



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

"Psicosis y locura en la primera parte de la obra de Jacques
Lacan (1932-1958)"

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA (N)

Pedro Roa Ortega

Directora: Dra. Sofía Saad Dayán

Dictaminadores: Mtro. Abraham Pliego Aceves
Dra. Leticia Hernández Valderrama



Los Reyes Iztacala, Edo de México, 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Introducción.....	1
Presentación.....	1
a. Una historia incontable: locura y transgresión.....	4
b. Ante el peligro de la “romantización” una definición anti-irracionalista.....	9
c. Desafíos y preguntas.....	16
d. La ética del psicoanálisis como paso preliminar a todo tratamiento posible.....	18
1. Psicogénesis de la paranoia.....	23
1.1 Antecedentes.....	23
1.2 Aimée o la paranoia de autocastigo: modelo para una teoría de la locura.....	25
1.3 La significación del delirio como interpretación de la segunda tópica freudiana.....	30
1.4. El <i>superyó</i> y los mecanismos sociales: la hipótesis psicogenética.....	32
1.5 Economía libidinal y psicogénesis.....	34
1.6 Determinismo psicológico y social de la psicosis: preludeo a la investigación sobre los complejos familiares.....	37
1.7 Observaciones finales sobre la teoría psicogenética de la paranoia.....	40

2. Complejos familiares y psicosis compartida.....	43
2.1 Las hermanas Papin y el paradigma de la folie à deux.....	43
2.2 La identificación de la “pareja psicológica”.....	46
2.3 La locura de ser-dos.....	48
2.4 Conclusión al caso: Apertura hacia una nueva teoría del yo.....	50
2.5 Lenguaje y pensamiento: Significar para alguien y la función informadora de la Imago.....	51
2.6 Los complejos familiares: Una primera lectura del Edipo.....	53
2.7 Formas psicopatológicas de las neurosis y las psicosis y su relación con los complejos familiares.....	57
3. Causalidad de la locura.....	61
3.1 El debate sobre el factor electivo.....	61
3.2 El fenómeno de desconocimiento en el sujeto infatuado.....	63
3.3 El estadio del espejo y la causalidad psíquica.....	66
3.4 La báscula del deseo: El anudamiento de los registros imaginario y simbólico.....	69
4. Estructuralismo y teoría del significante.....	73
4.1 Antecedentes.....	73
4.2 Identificación simbólica y función imaginaria.....	77
4.3 La relectura del Edipo en tres tiempos.....	82
4.4 Nombre-del-padre y metáfora paterna: Potencia e insuficiencia en la dialéctica del deseo.....	88
4.5 El sujeto freudiano: Una definición de subjetividad articulada en los tres registros del lenguaje.....	92

5. Psicosis y locura.....	101
5.1 Antecedentes.....	101
5.2 Introducción a los procesos psicóticos.....	103
5.3 Identificación y lenguaje.....	108
5.4 El (Nombre del) Padre en la psicosis.....	114
5.5 La(s) entrada(s) a la psicosis: ¿Desencadenamiento o constitución?.....	120
5.6 La función (simbólica) de lo femenino o el retorno de lo no reprimido.....	128
5.7 Neurosis y psicosis en Lacan: Verneinung y Verwerfung.....	133
5.8 La doctrina lacaniana de la locura.....	141
5.9 Paranoias y Parafrenias: una nosología de las psicosis.....	151
Conclusiones.....	155
a. Organización psíquica y psicopatología.....	155
b. La “autenticación” de la enfermedad como respuesta a la demanda psicótica.....	159
c. Los impasses del ideal rehabilitatorio.....	163
d. Función y límite del análisis en la clínica de las psicosis.....	166
e. ¿Qué puede decirse del trabajo con la transferencia psicótica?.....	170
f. El analista y su intervención.....	172
Bibliografía.....	180

Apéndice. La cuestión del diagnóstico: Estructuras clínicas versus psicopatología.....	186
a. El saber psicopatológico y la importancia del acto nominativo.....	186
b. Los procesos analítico-estructurales.....	191
c. El diagnóstico en transferencia.....	196
d. La nosología estructural del psicoanálisis lacaniano.....	199

INTRODUCCIÓN

*Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua a los
los dioses achacándonos todos sus males.
Y son ellos mismos los que traen por su propias locuras su exceso de penas.*

Homero, Odisea, Canto I

Presentación

La presente investigación ha procurado analizar dos ascensiones posibles en el tratamiento de los llamados “trastornos graves” a la luz de los primeros trabajos de Lacan, una lectura atenta revelará un uso específico perdido en la maraña de las terminologías. *¿Psicosis o locura, constitución o desencadenamiento, sentido o sin-sentido?* Estas preguntas siguen delimitando el objeto de estudio según el lugar que se haya elegido, sin embargo, en la lectura que Lacan hace de Freud se asoma una posibilidad que hasta ahora es única: el sujeto inconsciente. Hasta la invención del psicoanálisis, y aún después de él, la mayoría de concepciones de lo que significa la *Psyche* se ocupan solamente del campo de los fenómenos de la consciencia. Admitiendo que el sujeto padece los efectos de una *Spaltung* es posible plantear un *Ethos* que se distinga por el reconocimiento de una “verdad” inscrita por el efecto estructurante del orden simbólico. Así, la propuesta formulada a partir de este recorrido será escuchar y leer el discurso de un sujeto resistiendo siempre a la tentación de hacerlo caer en imperativos utilitarios que no dejan de insistir en su propia objetivación.

En los apartados que continúan en esta introducción se establece un diálogo con la filosofía, el arte y la literatura tratando de articular diferencias y concurrencias respecto de lo que cada punto de vista tiene que decir acerca del debate sobre la distinción psicosis-locura. Se han tomado sólo algunos

comentarios de personajes o movimientos muy concretos, todos ellos relacionados con el mundo intelectual en el que se desarrolló la obra de Lacan. También se hace un primer comentario sobre “la esencia” o lo propiamente original que implica el tratamiento del tema por parte del psicoanálisis. *¿Qué propone?* Diremos que primeramente *antepone* una ética de la diferencia. *¿Es esto una propuesta o un postulado?* Ello no tiene la menor importancia, lo verdaderamente relevante son las consecuencias que se desprenden de una práctica clínica orientada bajo dicho principio.

El capítulo I rescata y retrata algunos aspectos de la discusión que Lacan sostuvo con las teorías dominantes en psiquiatría durante el primer cuarto del siglo XX. Los temas van desde la etiología, desencadenamiento por la irrupción de un elemento novedoso o constitución de una personalidad pre-condicionada, hasta una teoría de la significación del delirio basada en criterios meramente semiológicos que otorgan relativamente poco peso a los *procesos evolutivos*. Al mismo tiempo que le concede un lugar privilegiado a la noción del “sentido-sin-sentido”, comienza a considerar la importancia determinante del complejo social-familiar en el que se presentan los fenómenos de la psicosis. Estos dos puntos constituyen lo más relevante de su teoría psicogenética; un evento desencadenante en el que además se juega una prefiguración relativa a los *mecanismos punitivos de orden social*.

El capítulo II comienza a abordar conceptos fundamentales tales como *identificación, narcisismo, lenguaje, Imago*, entre otros más, y con ello seguir la formulación de la teoría del yo que será la antesala a la presentación del estadio del espejo. Asimismo se recapitula sobre la primera lectura del Edipo freudiano, los complejos familiares y su relación con la psicopatología que sostenía los planteamientos del Lacan de esa época.

El capítulo III se analiza cómo es que la importancia que recaía en el significado (sentido) de los fenómenos psicóticos se transforma en un principio

que dicta que éstos aparecen de manera electiva a ciertos aspectos de la vida del sujeto. No sólo hay sentido, hay implicación de ese sujeto en el sufrimiento que le aqueja. Aunque Lacan no es explícito al respecto, nuestra reflexión trata de mostrar que se trata del sujeto del inconsciente, aquel que elige sin saberlo, o mejor, desconociendo. La teoría del estadio del espejo y la primera formulación del papel del deseo en la dialéctica humana dan como resultado la inteligencia de una causalidad motivada desde el inconsciente.

En el capítulo IV se entra de lleno al examen de los conceptos que permitirán establecer la disertación central de esta investigación (Capítulo V). La primacía del significado frente al significante queda completamente subvertida. Ya no se trata de encontrar el sentido del fenómeno psicótico sino de ubicar como se juegan en él los registros imaginario y simbólico. Se presenta también la versión revisitada del Edipo, ahora a través de las herramientas que brinda el análisis lingüístico y la noción de estructura. Los recursos formulados por Lacan a partir de este momento (falo, Nombre-del-Padre, metáfora paterna, el Otro y el otro) permiten enunciar una suerte tentativa de aproximación a la pregunta por el sujeto y lo éste significa, paso indispensable para proceder con en el análisis de la especificidad de la psicosis y la locura en términos estructurales.

A continuación, se hace un breve recorrido histórico del término psicosis para ayudar a introducir el uso psicoanalítico que le da Lacan. Como sucede con otros términos a lo largo de su obra, la noción de proceso es retomada pero esta vez desde la lógica del efecto significante de la falta en el Otro. Es por ello que se permite hablar de “procesos psicóticos” o de estructuras “prepsicóticas” y quizá incluso, como lo hacen los contemporáneos, de psicosis no desencadenadas. Se analiza a fondo la función del significante en la psicosis y el papel que juega en la identificación y el lenguaje, y se propone que el mecanismo por excelencia de la estructura psicótica, la forclusión del Nombre-del-Padre, tiene por consecuencia que la función simbólica de lo femenino sea completamente ineficaz frente al retorno de lo no reprimido. En este sentido, se discuten algunas alternativas

ofrecidas por los autores especializados y su pertinencia respecto a la lectura de Lacan que empeña este trabajo. A modo de “esclarecimiento” se presenta una revisión de los términos *Verneinung* y *Verwerfung* añadiéndola al debate de la distinción entre la estructura psicótica y la experiencia de la locura.

En las conclusiones se presenta una reflexión sobre las implicaciones que ha tenido la indistinción de los términos locura y psicosis en la práctica clínica y se hacen observaciones sobre el trabajo analítico a luz del recorrido previsto en esta investigación.

El último capítulo está ubicado como apéndice del texto puesto que se trata de una cuestión muy particular, la práctica específica del *diagnóstico* en la clínica con las psicosis. El texto es un comentario crítico articulado con las propuestas de autores que desarrollan su trabajo sobre conceptos fundamentales tales como el de *transferencia*, *identificación* o la noción de *estructura* . La extensión del comentario se disculpa si se toma en cuenta que las consecuencias del abuso ejercido por el aparato psiquiátrico son de grandes proporciones. Se examinan los problemas que se generan a partir de un uso de la noción de diagnóstico como punto de partida y no como llegada y se presenta una alternativa formulada a partir de la nosología estructural lacaniana.

a. Una Historia imposible: locura y transgresión

En el siglo XVII con Descartes las deliberaciones acerca del conocimiento humano llegaron a un primer remate; no hay nada que garantice que “las cosas son tal cual se las percibe” excepto por *Deux ex machina*, un sólo Dios que comprende todas las leyes de la naturaleza de una manera racional y que permite que los hombres no sean engañados por sus experiencias sensoriales. Al delimitar la experiencia del sentido también se definió “lo irracional” como sinónimo de locura, sin embargo, lo que el filósofo no alcanzó a comprender es que este

fenómeno (el sinsentido) también puede experimentarse en el orden de la racionalidad. Su experiencia misma, que no se aleja demasiado de la dubitación psicótica, lo confirma. (Cortés J. 2008, pp. 120-124) ¿Cuál es la diferencia? ¿*basta con afirmar que para el psicótico en el fondo se trata de una certeza delirante y que en el neurótico la creencia se ordena en torno a una duda fundamental?* La cuestión no es para nada sencilla y la lectura del autor (Ibíd.) ciertamente despierta reticencias, no muestra voluntad alguna para abandonar los criterios *paramétricos* de la estadística diagnóstica, al final parece que persiste en él la intención de buscar y encontrar los “rasgos cognitivos” y de “personalidad” que definen “los trastornos”. No obstante, por mucho que estos detalles no puedan dejarse de lado el autor manifiesta un empleo más o menos aceptable de las nociones de desencadenamiento y entrada en la psicosis, ciertamente se trata de un periodo de perplejidad angustiante ante la imposibilidad para simbolizar un hecho dentro de “la red de significados”. Por supuesto el hecho de que Cortés conciba la incapacidad del sujeto psicótico en el registro del sentido deja en claro hacia dónde se dirige: para él la psicosis se define por la transgresión del “sistema” de “reglas y valoraciones implícito en el juego del lenguaje”.¹ Cualquier momento de claridad en el autor se empaña en una lógica evolucionista que, además, invierte de manera dudosa el concepto de transgresión ubicándolo en fuera de toda la causalidad que Derrida (1996) le otorga: la locura en tanto que transgresión de un límite que (des)aparece sólo cuando es abolido. Uno da cuenta de la ley al momento de romperla nunca antes. Si hemos de admitir lo anterior es necesario advertir que ello es sólo una dimensión del fenómeno, el matiz clínico permite divisar la inhaprensibilidad radical en los casos más desconcertantes, unos por la gravedad de sus manifestaciones, otros por su *mimetización* con los síntomas neuróticos (el segundo grupo representa un punto de atención particular para este trabajo). Quien trabaja en el área clínica es cosa de todos los días escuchar acerca del “*borderline*”, término aparecido primero como una suerte de estado intermedio entre la psicosis y la neurosis después afinado a un “modo esencial” de los seres humanos en el que la razón y sinrazón, ésta última

¹ El juego del lenguaje planteado por Wittgenstein. (Cortés 2008, Nota 13 p. 125)

irremediablemente asociada a la locura, se entremezclan en una combinación “demasiado racional pero esencialmente irracional”. (Librett J. 2010.)

El análisis de Foucault (1976, 1976a) es un paso indispensable ya que efectivamente rastrea las condiciones que produjeron el matrimonio entre locura y lo irracional. Su importancia quizá pueda ubicarse más allá del registro histórico, es decir, de la intención del autor mismo. Explica que a partir del Renacimiento la locura se ha dividido en dos experiencias esenciales, la primera “trágica” y vinculada a la edad preclásica, a una exaltación romántica de “la irracionalidad”, la segunda “crítica” ligada a un cierto orden moral y percibido en la forma de una ética particular, digamos, la locura elogiada por Erasmo.²

Un autor como Rovatti (2002, pp. 14-16) convence ampliamente sobre el hecho de que el proyecto foucaultiano constituye en realidad *una historia imposible: la locura no puede hacer historia sino desde su propio desvanecimiento*. Esto querría decir que la locura en tanto que discurso marginalizado existe sólo en una negatividad radical del *no-ser*, de una historia de la razón descrita en un conjunto de prácticas sociales y sus consecuentes “tecnologías de exclusión”. De acuerdo con el autor, Derrida habría criticado a Foucault en este punto; el absurdo es pretender colocarse fuera del juego del lenguaje para escribir una historia sin que ello termine en el terreno de la metafísica. La indistinción de la línea que separa el sentido del sinsentido siempre ha “habitado el gesto del pensamiento” y la experiencia de Descartes lo prueba. En Derrida la locura no puede ser borrada sino que resulta ser indispensable para toda formulación del (buen)juicio en tanto que establece sus propios límites. Rovatti (Ibíd. pp. 17-19) ubica el debate entre los filósofos de la siguiente manera; mientras que Derrida sostiene que un discurso de la locura es posible y aún necesario como principio de salida a las especulaciones metafísicas, es decir propone una lógica de la locura, en Foucault cuando un fenómeno es “tematizado” pasa constituirse en el terreno de la “domesticación” y la “neutralización”, que para

² Erasmo de Rotterdam (2007). Elogio de la locura. Ediciones Folio. Barcelona, España.

el caso que abarca la temática de esta investigación se resuelve en una reducción de las estructuras clínicas a la categoría de “entidad patológica”. Tomando un poco el bando derridiano, Rovatti enfatiza que si se acepta la paradoja fundamental que plantea la locura, su inhaprensibilidad, también debe aceptarse que es posible articular un discurso a partir de ella. El peligro de la “tematización” no debe prevenir a nadie para seguir la imbricada ruta de un pensamiento que (idealmente) escaparía a este riesgo. Critica la vacilación con la que Foucault elude establecer su posicionamiento y se pregunta cómo es posible que en su *Historia* pretenda derribar el muro que impide un auténtico diálogo con la locura. De este modo ante la insistencia de la pregunta ¿qué es la locura? el autor apunta que de la polémica entre ambos filósofos puede extraerse una conclusión determinante: ***la locura tiene que ver con la verdad, todavía.***

Sin negar que los discursos “modernos” acerca de la locura constituyen claros intentos por controlar (en el sentido de una delimitación) “un objeto”, y sin invalidar que estos mecanismos obedecen a una ideología y a una dialéctica identificable sin dificultad, debe reconocerse que el loco no es simplemente un damnificado más por efecto de esos mismos discursos. Después de todas las polémicas, las “falsas” y las “auténticas”, ¿cuales son las implicaciones del debate entre la historiografía foucaultiana y la deconstrucción del binomio locura-(sin)razón que plantea Derrida? Por un lado se cuenta que la filosofía obtiene ciertos recursos que pueden orientarle hacia el límite de la oposición razón-locura manteniendo contacto con ambas o situándose como guardiana de racionalidad. Por su parte, el análisis histórico emplea ilustradamente categorías tales como la arbitrariedad de la violencia, la exclusión, la dialéctica del poder, empero, siempre con el riesgo latente de olvidar que no se trata de un *meaning of meaning* del sentido. Más allá de cualquier cuestión que remita a una historiografía del sujeto, el psicoanálisis plantea que para cualquier “tratamiento posible” de la locura es necesario ubicarse en una ética, pero no en un sentido filosófico (teórico), es decir, en términos de un discurso “por fuera” o al límite de su objeto (Librett 2010, óp.

cit.), sino en un discurso que contribuya a elaborar alternativas e hipótesis sobre lo que significaría la delimitación entre el terreno de la razón y el de la sin-razón.

Desde una perspectiva analítica más que la ruptura de las “leyes” que ordenan el intercambio simbólico en la psicosis lo que se muestra es una incapacidad absoluta para hacer funcionar dichos dictámenes. Un sujeto que transgrede la norma bien podría ubicarse en una estructura obsesiva o histérica, y aun llevado a la locura de los grandes tiranos poseídos por el poder, siempre una locura muy organizada. El “otro” tipo de locura, la psicosis, difícilmente asemeja en algo al sujeto transgresor de Bataille como propone Cortés (2008, óp. cit.), el análisis de Ryder (2010) lo muestra claramente. El autor puntualiza que incluso la equivalencia que Lacan (2008, p. 556) hace de la “experiencia interior” descrita por Bataille y la experiencia psicótica de Schreber en tanto que exposición a una verdad absoluta no es del todo “justa”. Para Ryder, aunque Lacan habla de estadios prepsicóticos, es decir, de la posibilidad que existe para que todo sujeto neurótico desencadene una estructura psicótica, es imposible hacer coincidir la psicosis schreberiana con la “experiencia interior” en tanto que transgresión de la ley. El autor intenta establecer una distancia entre la psicosis y la experiencia de la locura sin que ello derive a un nihilismo irresponsable que aboca un sentido “revolucionario” como algunos autores (Caldwell 2009) sugieren. La locura vinculada a la experiencia interior estaría “más allá de la subjetividad” en una “verdadera” realización de lo que la alteridad presenta radicalmente; el fundamento del lazo social en tanto que disrupción del “ego”, su límite y por lo tanto su definición. La experiencia interior estaría articulada en torno a una otredad significativa puesta en falta, en la psicosis de Schreber esta posibilidad es inexistente en tanto que ahí opera una identificación universal al ideal, la redención de la humanidad pero sin una mínima prolijidad de lo singular. El otro y el Otro existen para Schreber pero sólo de manera “superficial y vacía” y en una negación radical del *ser-para-la-muerte*. (Ryder 2010, óp. cit. p. 96) La diferencia puede plantearse desde el enunciado “la puta que es Dios”. Mientras que en Schreber ello representa la fantasía redentora de la fusión con el Otro, en el texto

de Bataille (*Madame Eduarda*) sería una separación de lo humano y lo divino, la voz y la mirada son, desde luego, una extensión del “cuerpo carnal”, es decir, el cuerpo erotizado simbólicamente. La experiencia que describe no es la del placer extático que sigue al tormento espiritual sino a la dimensión del goce del más allá del principio de placer. (Ibíd. pp. 97-98) Cuando Schreber dice que el “sol es una puta” habla del imaginario *ser-hombre* del “Dios-padre”, en Bataille es la feminidad en tanto que alteridad, el “Dios-puta” en toda su capacidad simbólica. La megalomanía del presidente es prueba indiscutible de la inoperancia de la función simbólica del Otro, de su efecto en la anulación del registro de la alteridad. El sentido “transgresor” de la experiencia que escribe Bataille no es fácilmente aprehensible, hay que ir, como en la mayoría de los casos, a la integridad de la obra. En todo caso el comentario de Ryder conduce a pensar que la preeminencia de los procesos metafóricos, no sólo metonímicos –como en el caso de la psicosis–, es el punto esencia de la diferencia entre la locura como experiencia interior, que se fundamenta en la asunción del *ser-para-la-muerte*, y la psicosis, que se estructura a partir de una identificación absoluta al Otro.³ (Ibíd. pp. 98-99)

b. Ante el peligro de la “romantización” una definición anti-irracionalista

A inicios del siglo pasado algún segmento del arte y la literatura occidentales exploró, a su modo, el potencial creativo de las llamadas “enfermedades mentales”. Constantinidou (2010, pp. 120-121) anota que fue en el grupo de los surrealistas (aunque no sin ciertos matices) donde la recepción de las ideas aportadas por la psiquiatría y el psicoanálisis, aunado a una ferviente visión

³ A diferencia de la *loca* experiencia interior de la que habla Bataille se estructura en torno a un objeto causa (la voz y la mirada), en la psicosis el sujeto se olvida de su *ser-para-la-muerte*, ahí la angustia aparece cuando un objeto que colma la falta en el Otro eclipsa ese otro objeto que es la falta misma en tanto que causa del deseo. La noción de causa es esencialmente inoperante puesto que la forclusión del significante de la falta impide la ejecución de los mecanismos metafóricos y metonímicos que harían posible la simbolización del cuerpo fragmentado. En el capítulo 5 se abordará este tema con mayor detalle.

“R/romántica”, propició investigación de considerable importancia. La autora identifica precisamente a los movimientos herederos del romanticismo crítico del empirismo racionalista de Kant con la “glorificación” de la locura en su relación con los procesos creativos, como la “experiencia última de la individualidad”. El surrealismo emergió como un movimiento que buscó quebrantar los modos de representación artística convencionales y las concepciones morales y estéticas de la cultura en general “explorando los aspectos más fundamentales de lo humano que el reino de la lógica ignora”. Discurso de liberación en el cual se lee por completo el entusiasmo que le inspira. La autora indica, sin embargo, que las aproximaciones de los artistas más representativos del periodo no fueron completamente afines⁴.

De cualquier modo, para el segmento en general eran los mecanismos paranoicos lo que atraía mayormente su atención. Precisamente porque la paranoia siempre careció de una definición estandarizada fue que pudo emplearse el término en un sentido distinto al de la “enfermedad mental”, que estaría más asociada a las esquizofrenias (psicosis). El plano de la distinción de “lo patológico” y “lo normal” pierde todo interés y según el resumen que presenta Constantinidou, a pesar del riesgo que presentan estas premisas lo que el “*art of conception*” del surrealismo quiere transmitir no sería una apología a la liberación imaginativa sino

⁴ Dalí radicalizó las tesis surrealistas, su método consistía en ir más allá de la simple “simulación” de los “estados psicopatológicos”. Empleando los mecanismos propios de la paranoia Dalí intentaba proyectar toda la capacidad interpretativa de la persona, esto es, la asignación de significados a los objetos percibidos. Así puede decirse que su investigación se cernía en la búsqueda fundamental de la significación pura, es decir, aquella que transgrede la convención social acerca de lo “tiene sentido” y lo que no. Paralelamente Bretón creía en la “omnipotencia de los sueños” en tanto que representaciones de un “lenguaje irrestricto” del cual la locura es su mejor expresión. El lenguaje en la locura estaría empleado “surrealmente”. ¿Qué querría decir éste modo surreal del lenguaje? Constantinidou señala que si el criterio básico de Bretón es la imaginación su idea del lenguaje y el fenómeno de la locura no puede darse en otros términos que no se agoten en la noción de libertad situada como un “dar rienda suelta” a los poderosas fuerzas “inconscientes” que determinan la vida psicológica de los seres humanos. En lugar de preguntarse si el discurso de la locura tiene “sentido” o si en él se expresa la singularidad máxima del sujeto, Bretón pensó que lo trascendente de la relación se debía a esa capacidad creadora-libertadora. (Constantinidou D.-A. 2010 pp. 122-123)

un acercamiento sistematizado de abolir (momentáneamente) las “relaciones cognitivas de la experiencia habitual”. (Ibíd. pp. 125-128) El problema con la perspectiva surrealista ese estado particular en el que un objeto se representa a sí mismo pero también a otro que es, además, completamente diferente, este efecto que Lacan llama *significante*, es *la experiencia habitual* y no se sale de ella en la desestructuración de las significaciones, es decir, cuando ellas se superponen unas a otras “sin control”. *La paranoia y la (experiencia habitual de la) personalidad son la misma cosa*.

Desde hace ya algún tiempo en la filosofía se ha tomado un camino similar al exaltamiento del cual el movimiento surrealista fue gran exponente. En este sentido Caldwell (2009, óp. cit.) propone que el antagonismo entre el pensamiento de Lacan y el de filósofos como G. Deleuze y F. Guattari es sólo un supuesto dado por las convicciones políticas que se asociaron a una u otra postura. El autor afirma que es posible identificar una relación de incidencia que llegaría establecerse en términos de una trasgresión/continuación del trabajo de Lacan en el famosísimo *Anti-Edipo*. Según él, después de la publicación de la multicitada obra, los autores confirmaron en reiteradas ocasiones que su empresa era enteramente “fiel” a la teoría lacaniana, mensaje que, sin embargo, pierde consistencia ante la indudable transformación de ciertos conceptos clave en la doctrina psicoanalítica que son entendidos como “barreras al desarrollo de una auténtica psiquiatría materialista”. (Ibíd. p. 21) Si el *Anti-Edipo* es un intento por “esquizofrenizar” al psicoanálisis lacaniano y revolucionarlo hasta convertirlo en un “esquizoanálisis” por medio de un replanteamiento del deseo, ya no como resultado de la falta primordial sino bajo una lógica de la *productividad* para la cual “todo es Real” y “todo es una máquina” de desear (Ibíd. p. 23). Es inevitable reconocer la contradicción fundamental que dicha definición suscita ante las primeras observaciones acerca de lo que es un sujeto en la obra de Lacan. La presente investigación mostrará que la noción de sujeto, desde el estadio del espejo (nivel imaginario) al complejo de Edipo (nivel simbólico), se consuma en el asesinato de *Das Ding* (nivel de lo real), pero al mismo tiempo incluye el sentido

de un *abismo* primordial que permanece infranqueable para el lenguaje. El sujeto (*je*) se diferencia del yo (*moi*), y no es la personalidad, todo lo que en él se manifiesta está estructurado por una red de símbolos (significantes) organizada en la falta de *Uno*, es el lugar del desconocimiento y del descentramiento.

A pesar de la contradicción, el texto de Cadwell (Ibíd.) afirma que Deleuze y Guattari se apegan a esta definición, si bien lo hacen desde “una perspectiva nietzscheana”, esto es, criticando que la formulación del deseo estructurado por la falta provoca que la noción se convierta en un “idealismo” pesimista, si bien respetuoso de la regla dialéctica, para ellos, absorto en un nihilismo de poca relevancia. Para los autores del *Anti-Edipo* el deseo es un instrumento de liberación ontológica antes que su elemento constitutivo, el concepto de realidad se funda en la conexión que el deseo establece de un aparato a otro, “ad infinitum”, sin alcanzar nunca la unidad de sus objetos. Esta aseveración, que parece seguir la concepción lacaniana de un sujeto “en la periferia” de continuas e interminables identificaciones que le hacen aparecer únicamente de modo intermitente y episódico. Las máquinas deseantes operarían en estados críticos y aún el deseo sólo sería concebible en términos de una dialéctica de la (des)organización de sus vínculos productores (Ibíd. p. 24), sin embargo desde una lectura analítica se diría que el modelo de los procesos (des)vinculantes compromete una cierta preferencia por el “caos” esquizofrénico frente a la “estabilidad” psíquica del neurótico. Resulta verdaderamente alarmante que los autores asuman por cierto que el psicoanálisis “ortodoxo”, es decir, todo lo que refute la idea de su esquizoanálisis, apunta a la “estabilización” del inconsciente psicótico que aparece en lo real, y quizá aun más inquietante resulta la proclama del proceso psicótico como fuente de “liberación” frente a la rigidez de los códigos sociales impuestos desde la cultura. Deleuze y Guattari habrían observado en el psicoanálisis una extensión de los mecanismos represores de la sociedad, por ejemplo, el significante de la falta como elemento constitutivo se aborda en tanto que imposición del modelo de producción capitalista, que para ellos, al igual que el psicoanálisis, organiza el deseo a partir del significante de la falta de *Uno*. El autor

sugiere que la “revelación” del *Anti-Edipo* sería que a éste (el deseo) en realidad no le falta nada (mucho menos objetos) sino que es el sujeto quien no se asoma cuando aparece el deseo. El fundamento es claro “no represión, no sujeto”, ergo “liberación” del ser, planteamiento atractivo para los polvorines intelectuales de las generaciones *anti*, antipsiquiatría, antipsicología, antipsicoanálisis, todos conjurados como los mismos métodos de control social al servicio de una ideología represora. Sólo el “poder liberador” de la creatividad producto de la “esquizofrenización” puede hacer frente a los totalitarismos paternalistas del discurso capitalista que pretende controlar el potencial revolucionario del deseo cuando se libera de la reactividad. (Ibíd. pp. 25-27)

Hemos de señalar que el prontuario presentado por Calwell es una muestra del fervor con que los entusiastas de la actualidad leen el freudomarxismo popular de los años 70. “Revolucionario”, “transgresor”, “transformador”, lo esquizofrénico está en el rizoma del deseo (en esto se coincide con el autor) y su estructura puede asociarse a un cierto concepto de locura, sin embargo, la evocación de la clínica lacaniana permite pensar que ésta y la psicosis constituyen latitudes bien diferentes en términos estructurales. Es posible afirmar que hay psicóticos que no se han vuelto locos (Muñoz 2009). Parecería que Deleuze y Guattari estaban en lo correcto, pero sin saberlo; ***el deseo es fundamentalmente loco, no psicótico***. La distancia entre un punto y otro es el objeto de esta disertación. No se trata de un “incipit Schizophrenia!” (Ibíd. p. 27) sino de reconocer que el sujeto aparece *in loco*, es decir, en una integración en la cual participa como agente y como actor de una tragedia plena de sentido. (Lacan 1984, p. 155)

Una definición de locura que se aproximada a la que puede formularse a partir de la obra de Lacan sería la propuesta de Calasso (2008), quien por medio del mito de Apolo explica que en su origen se encuentra un *don* (divino) que no es ni alusión a la “irracionalidad” que acompaña, determina y atraviesa a la razón, ni “enfermedad” o “déficit”, es una dimensión trágica del ser poseído por el otro. El

autor señala que el abanico de la posesión griega constituye un auténtico “conocimiento” del fenómeno de la locura y que para entenderlo es necesario distinguir entre el rapto a causa de las ninfas de otras formas de posesión⁵. Lo escribe sin ambigüedades, una locura que es la forma primordial de organización de todo conocimiento posible, figura “pre-moderna” si se quiere pero en todo caso diferenciada de lo que “los modernos” han llamado “enfermedad mental”. No es que los griegos desconocieran las “formas patológicas de la posesión”, lo que observaron fue que la posesión que experimenta el *nympholeptoi* es ante todo una puesta en juego para el conocimiento, una relación al saber. ¿Merece esta postura llamarse “irracionalista”? (Serrato J. 2009 p. 344) Calasso (2008, óp. cit. p. 21) afirma que la posesión platónica es una forma de conocimiento primario, previo a todo conjuro filosófico-racionalista, que da cuenta de un hecho básico: “nuestra vida mental está habitada por potencias que la dominan y escapan a todo control”. La posesión es entonces una auténtica metamorfosis, es una “adquisición” de conocimiento pero no en el sentido informático sino como el “pathos” aristotélico, por un lado *theoleptos*, ser *tomado* por Dios, dejarse inducir por su influencia divina, por otro *theoplektos*, ser *golpeado* por Dios, el padecer existencial propio del *ser-en-el-mundo*. En modo alguno se trata de un “trance” psíquico o epistemológico, no es ni revelación ni epifanía (Serrato 2009, óp cit. p. 345) sino un conocimiento que transforma a quien lo posee y que tiene que ver no sólo con el intelecto sino esencialmente con la voluntad.

El discernimiento de una locura por posesión no representa una prevalencia de la irracionalidad frente a la razón ni es defensa de la estigmatización de la práctica científica. Sócrates, el más célebre de los antiguos griegos que alcanzaron a ser “*nympholeptos*”, ¿cuál había sido su pecado? Primeramente, una falta “en contra de la mitología”, “sobre la naturaleza del simulacro”, desconocimiento del lenguaje que involucra todas las maniobras

⁵ Calasso (2008, p. 18) identifica los siguiente los siguientes; *mousoleptos*, el rapto por las musas, *daimonioleptos*, la posesión por inspiración divina, *phoibóleptos*, pasión desatada por la maestría en la ejecución de las artes, y *demetrioleptos*, la captura por los asuntos terrenales.

sociales, los gestos y las imágenes. (Ibíd. p. 25) No se trata de una “pérdida de la razón” sino de un conocimiento que desquicia en tanto que usurpado, en tanto que no pertenece al sujeto y que se efectúa sobre un desdoblamiento por el cual ese sujeto lo mismo puede perderse que encontrar la “liberación” de la “*sophrosyne*”, “ese sabio control de sí”, “esa conquista del pensamiento griego” que enseña que la locura existe por dos vías esenciales, la *manía* que nace de los dioses y la “*sophrosyne*” que nace de los hombres.⁶ (Calasso, óp. cit. p. 30)

Sophrosyne, la “conciencia” del “hombre dionisiaco” en el gozo extático de la unión narcisista con el objeto y la abolición de todas las dualidades basadas en el principio <<yo, no-yo>>. (Stephens 2007, p. 85) El arrebatado tiene que ver con un momento de alienación en el sentido de un “sujeto que existe auténticamente”, y sin importar lo problemático de la expresión el autor parece atinar; no se trata de la “fantasía de omnipotencia” infantil sino de un momento de “satisfacción absoluta” pero que al mismo tiempo no se acerca al estado primordial de la perfecta paz que es el objeto de la pulsión de muerte. La teoría del estadio de espejo de Lacan indica que esa sensación de plenitud, de captura por la imagen, es por definición fugaz e inestable y sólo adquiere su significación en tanto que imagen anticipada por el otro. (Ibíd. pp. 86-87) De este modo la figura de lo trágico no nace de la oposición divina entre *Apolo* y *Dionisio* que describe Astrachan (2009) sino en el sufrimiento del segundo, aquel sujeto llamado a admitir su condición primordialmente imperfecta e inacabada. (Stephens, óp. cit. p. 89)

⁶ ¿Es el erotismo de Bataille equivalente al rapto por las ninfas de Calasso? En el prefacio a *Madame Eduarda* de la edición francesa de 1956 Bataille escribe que la experiencia del erotismo en el extremo placer o en el extremo dolor se acerca a esa “forma trágica”, una “inversión” transgresora. (Bataille 2008, pp. 271-272) Es interesante que en este texto se plantee que no es la locura de la “animalidad”, digamos, de la libertad y la indiferenciación absolutas, sino el exceso y el horror propios de la condición humana. La risa, “una negación a tomar en serio [...] la verdad del erotismo” (Ibíd. 272), ¿negación de qué? el anti-autor no lo dice explícitamente, ¿negación del horror ante lo real de la castración en tanto que límite del goce mortífero? insinúa que es una jugarreta de “la identidad entre el ser y la muerte”, posesión, arrebatado en un estado horrorizado, ominoso, que “refuerza la atracción” y que raya en el delirio. Se “raya” en lo delirante, un “trance intolerable” pero que “a nuestro pesar” no alcanza “el momento insensato” *al que todo sujeto tiende pero que rechaza con todas sus fuerzas*. (Ibíd. pp. 273-274)

c. Desafíos y preguntas

La locura siempre plantea un abismo epistemológico fundamental para el discurso de la ciencia puesto que más allá de los hechos empíricos y de las relaciones funcionales observables ella implica un posicionamiento (para el clínico) frente a la mistificación del lenguaje que busca aprehenderla en tanto que objeto. Para Gaudillière (2004, pp. 34-35), quien retoma de Wittgenstein la idea de que el pensamiento humano se constituye de manera episódica, es decir, en la sucesión de un estado mental a otro, existen dos posibilidades; o bien se asume que el loco es víctima de una *confusión deficitaria* probada por el uso que da al lenguaje, o bien se acepta participar de aquel juego en tanto que sujeto, tomando responsabilidad por el posicionamiento asumido y, como señala Soler (2010, p. 20) estando “preparado para escuchar y soportar a aquel que no es esclavo de la ley fálica” sin pasar por alto que aún se tendría que “medir los riesgos que asume en cada caso [...]”.

Tal vez no sea demasiado obvio señalar que el discurso científico positivista se inclina por la primera “opción”. La crítica de Deleuze y Guattari (2009, pp. 27-29) se despliega en este sentido ya que apunta que uno de sus aspectos más problemáticos es la irreversibilidad con la que aprecia las quimeras del conocimiento humano. Por el hecho de constituirse en una dicotomía esencial, el pensamiento binarista de la ciencia se presenta como una eterna “ramificación lateral y circular” que, empero, permanece bajo la formas redundante de un saber incapaz de sobreponerse a la fragmentación de sí mismo: “Tanto más completo tanto más fragmentado”. (Ibíd. 29) Para el discurso que defiende esta jerarquía de elementos causales y subordinados en niveles que se producen solamente en una dirección, ascendente o descendente, en el origen de las “conductas humanas” está en la comunicación neuronal que gobierna todo el conjunto biológico. Hasta ahora se admite sin mayores dilemas que ese compuesto de secreciones se relaciona (condiciona) por otra suma de elementos, exteriores a él y que

pertenecen al orden de lo social-cultural, una verdadera “ramificación” en la que el saber se diversifica al modo de una taxonomía.

Frente a este problema Deleuze y Guattari (Ibíd. p. 32) proponen un “modelo rizomático” que elimina las inconveniencias de la dicotomía exterior-interior; pasar de “lo múltiple” a “la multiplicidad” haciendo a un lado la “relación con lo Uno” en tanto que sujeto u objeto, realidad natural o realidad social, “No hay unidad, ni siquiera para abordar en el objeto o para “reaparecer en el sujeto”. Su proposición, aunque no deja de ser cautivante, despierta mayor alboroto que el que pretende liquidar. A pesar de que no existan motivos para reprochar que el modelo se aleje de cualquier referencia a un eje genético e incluso estructural, es pertinente cuestionar; esta tesis, ¿no termina en un idealismo del tipo “Todo es todo”? Es decir, si se admite que “el rizoma conecta un punto cualquiera con otro punto cualquiera, y cada uno de sus rasgos o remite necesariamente a rasgos de la misma naturaleza” (Ibíd. 59) ¿no sería necesario que se diera por válido que se trata de una especie de meta-organización que no es ni lo Uno ni lo múltiple? En ese caso, esta realidad trascendental, que “no tiene principio ni fin” (Ibíd.) y que se revela a través de una experiencia mística desbordante y decreciente, sin unidades sino en permanente desintegración.

Desde su práctica analítica particular Guadillière (2004, óp. cit. p. 35) sugiere que el clínico debe permitirse *pensar que una causalidad que no corresponda al registro de la racionalidad* e insiste en que el método de las ciencias, humanas o naturales, o de cualquier otro tipo, encuentran toda su limitación en la ferviente devoción por reducir la causalidad del fenómeno de interés al menor número de leyes universales. Según el autor, a los filósofos les ha costado demasiado resistirse a dicho paradigma, tendencia en la que Wittgenstein ubica la fuente verdadera de toda metafísica. Para Guadillière la instrucción del filósofo austriaco debe leerse a la luz de un nuevo *motto* para las “ciencias humanas”; en lugar de volcar el ímpetu del saber sobre la generalización de las causas uno debe guiarse siempre hacia lo singular del caso por caso. Guadillière

también refiere el Fedro de Platón para explicar que la locura posee una función “cardinal” del mismo modo que “social”, por medio del síntoma se da trámite a un suceso catastrófico para todo el linaje del sujeto. La imposibilidad para inscribir este hecho se explica por la ausencia radical de un significante, el tiempo deja de existir en términos del intercambio entre los sujetos. (Ibíd. p. 36) Cualquier aproximación que pretenda imprimir el sello de la “generalización causalista” estará, por principio, destinada al fracaso en tanto que niega el descubrimiento freudiano: el sujeto aparece ahí donde no piensa.

¿Qué relevancia encuentran esta y otras deliberaciones frente al grave sufrimiento que muestra la locura? La respuesta del autor no parece corresponder a la pertinencia del cuestionamiento, para Gaudillière el trabajo analítico con la locura, digamos la escucha y el diálogo con ese discurso, conlleva efectos terapéuticos “inevitables” en la medida en que se propone una reinauguración del registro temporal abolido por lo inefable del “trauma”. ***Producir un nuevo significante ahí donde toda alteridad ha sido destruida*** (Ibíd. p. 38), ***¿debe y/o puede ser esa la función de un psicoanálisis?*** Es imposible negar que la propuesta de un “campo unificado” de la locura –para el cual sería inadmisibles la separación de las disciplinas que se interesan en ella– resulta audaz y llena del mejor idealismo, sin embargo, que las locuras de la ciencia, de las artes, de la filosofía o del psicoanálisis se reúnan en un espacio en el que “la actividad humana social” define la existencia de los fenómenos constituye un panorama desalentador.

d. La ética del psicoanálisis como paso preliminar a todo *tratamiento posible*

Han pasado ya tres décadas desde la muerte de Jacques Lacan y lo revolucionario de su pensamiento apenas parece ser recibido en la práctica clínica de la psicosis, circunstancia cáustica si pensamos que fue precisamente ahí donde surgió. Lacan fue primero psiquiatra, de tal manera que su práctica lo llevo

a centro de los debates sobre la causalidad, el desencadenamiento y la fenomenología de la locura.

Ya sea que se trate de un fenómeno asociado a la(s) esquizofrenia(s) o al campo de la paranoia, la psicosis es un terreno que podría distinguirse de la locura “de las pasiones humanas”, ahí el lenguaje revela el sentido pleno de su estructura; el efecto del significante, aquello que se presenta tan claramente en el extremo de la alucinación. En todo caso la premisa es una, se trata de fenómenos de lenguaje, esa es la aportación del psicoanálisis.

Debe hacerse valer la diferencia de lo que significa la locura en la obra de Lacan para no confundirle con lo que la literatura y las artes tratan de “mostrar”. No se trata de la locura del genio creador/destructor que los surrealistas trataron de reproducir aunque es cierto que puede encontrarse ahí el sentido de transgresión que es la relación del loco y su mundo, es decir de su posición en el lazo social. El psicoanálisis lacaniano, apuntalado en el de Freud, ha permitido difundir que tanto la estructura psicótica como en la locura más que transgresión lo que se observa es el no-límite de la forclusión de un significante.

Desde la obra de Lacan puede (re)formularse la advertencia de Freud respecto del trabajo con la estructura psicótica, es cierto, el analista no debe permitir que el sujeto le conduzca a su delirio, es decir, no debe responder a su transferencia psicótica. Sin embargo esto tampoco debe prevenir de la intervención sobre los discursos enloquecidos, entiéndase una puesta en marcha del trabajo significativo, hasta donde sea posible. La clínica psicoanalítica trabaja con fenómenos que se deslizan más allá de las especies y de los procesos del pensamiento biologicista, trabaja con la palabra. ¿Se trata, entonces, de un diálogo, una conversación con las locuras? Lacan es sumamente esclarecedor en este sentido, se trata de que el analista se convierta en el secretario del alienado empleándose a fondo para dibujar un horizonte ético que permita formular algo diferente al orden absoluto de las certezas delirantes, aunque sea sólo

fugazmente en una asociación pero que podría llegar a ser significativa en términos significantes, es decir, una significación que pueda evitar el desenganche al Otro y eluda así a la eterna proliferación de la no-constitución del corte.

El psicoanálisis procede en las *variantes* que se encuentran en el nudo clínico actual. Lacan (2009e, pp. 312-313) afirma que el término constituye un pleonasma, una contradicción, las variantes no tienen nada que ver con la mejor “adaptación” del tratamiento así como tampoco se relaciona con la “variabilidad” manifiesta de los casos en función de ciertas condiciones. Para un analista no existe la “pureza en los medios y los fines”, el destino del tratamiento está determinado solamente por la situación analítica misma. Se trata de un “rigor en cierto modo ético”, exigencia “fuera” de la cual todo intento de aproximación quedará reducido al terreno de lo psicoterapéutico y el “*furor sanandi*” sobre el que Freud advirtió. En un análisis los criterios son “los de una dinámica, una tópica, una economía” que se revelan a partir del silencio. Dichas pautas se desvanecen por no ser más que “los índices de la carencia” o “pantallas de la nulidad”. De acuerdo a Rodríguez Ponte (1998) la especificidad del psicoanálisis reside en la consistencia de este “rigor ético”.⁷ “La cura” es una transición coyuntural a la experiencia de un análisis y esto le coloca fuera de toda categoría terapéutica. Hablar de la ética del psicoanálisis constituye un universo de cuestionamientos, Lacan le dedicó todo un seminario, no obstante, el comentario Rodríguez la define en términos del “poder discrecional del oyente del que el analista se apodera para llevarlo a una segunda potencia, así como la responsabilidad que el mismo

⁷ El autor critica lo que la escuela milleriana propone acerca de las psicosis no-desencadenadas pero que pueden eclosionar por causa de la intervención del analista. Según él, una formulación clínica de este tipo es una manera de “recusar” la demanda “prepsicótica” de análisis, de “retroceder” ante su pregunta. Sin embargo, en el seminario de las psicosis Lacan habla continuamente del y su conclusión parece designar que hay individuos para quienes el desencadenamiento de una psicosis delirante se ubica a nivel (des)estructurante pero que también, en esa “otra” psicosis, puede significar la proliferación de un obrar *sint(h)omático*. En la psicosis un sujeto se desengancha en relación al Otro. La definición de las psicosis “ordinarias” se formula desde un encuadre que parte de este principio, la “normalización” se constituye como un *efecto de época* surgido del discurso de un Otro que no reconoce la castración como límite y condición del goce. (Miller J.-A., Jolibois, M., Henry, F. y de Georges, P. 2003)

conserva". La cuestión es acoger o abolir el discurso del sujeto, y en esa medida, al sujeto mismo.

En el texto de Lacan la cuestión ética del análisis reside básicamente en el trabajo con la transferencia, en este sentido "un psicoanálisis, tipo o no, es la cura que se espera de un psicoanalista." (Lacan 2009e, p. 317) El principio que lo obliga a "entender" lo que "quiere decir" el discurso de analizante da cuenta de su verdad: él no entiende. (Ibíd. p. 318) El autor refiere que anteriormente al "giro del veinte" para Freud el análisis apuntaba esencialmente al "desciframiento" del "material" proporcionado por el analizante. Revelación explícita por la "reducción" o el levantamiento de los síntomas producto del examen de las resistencias. Lacan pregunta "¿Quién resiste?" y responde que es el yo freudiano en tanto que sujeto inconsciente, prueba de ello es que esa misma resistencia puede ubicarse a nivel del ello o del superyó, no únicamente en su tópica sino también en su dinámica. (Ibíd. pp. 320-321) Esto es precisamente lo que las disciplinas "psi" ignoran. Para sus especialistas se trata de un "carácter" o una "personalidad" que ocultaría un sentido ("el de un conflicto reprimido") que en psicoanálisis se explica por la estructuración de ese yo como un síntoma. (Ibíd. p. 327)

La ética del psicoanálisis se descubre en la resistencia, pero aquella que está del lado del analista, él deberá "saber" que no puede "responder a los llamados" del "amor-pasión" de la transferencia imaginaria, ahí "lo que responde es menos importante en el asunto que el lugar desde donde responde." (Ibíd. 332) De este modo "[...] el analista se distingue en que hace de una función que es común a todos los hombres un uso que no está al alcance de todo el mundo cuando *porta* la palabra." (Ibíd. p. 336) El "portar la palabra" del sujeto hablante "en el sentido del oyente" se ubica en "ese silencio comprende la palabra" y que no es simplemente de resistirse de alardear sobre algún tema aparecido en el discurso del analizante, "se calla *en lugar de* responder." (Ibíd.) "En la medida en que el analista hace callar en él el discurso intermedio para abrirse a la cadena de las verdaderas palabras, en esa medida puede colocar en ella su interpretación

reveladora.” (Ibíd. p. 338) Su intervención debe fundarse en el principio de la “ignorancia” como “pasión del ser” que, al igual que el amor y el odio, puede llegar a constituirse en “una vía en la que el ser se forma”. Esto es lo que significa “portar la palabra” a nivel del inconsciente. No se trata, desde luego, de una negación del saber tanto como de la “revelación de la ignorancia” en un “no-saber” (Ibíd. pp. 342-343), una “docta ignorancia” en la que “El ser del analista en efecto está en acción incluso en su silencio [...]”. (Ibíd. p. 344)

1. PSICOGÉNESIS DE LA PARANOIA

1.1 Antecedentes

En su condensado pero exhaustivo artículo sobre la historia de la clínica de la paranoia Kepa Matilla (2008) resume que para antes de que se cumpliera el primer cuarto del siglo XX la psiquiatría europea en general organizaba sus teorías bajo dos esquemas básicamente. Un primer grupo es aquel constituido por las teorías evolucionistas que explicaban *la paranoia como un desarrollo o una reacción de la personalidad que comienza no a causa de un episodio desencadenante, aún cuando este se haya vuelto crónico, sino por una especie de “malestar indefinible”* (Ibíd., p. 223) que vendría a ser una experiencia de inquietud originada no ya por grandes acontecimientos sino en los ínfimos detalles de la vida cotidiana y que encuentra como antecedente a la personalidad. Ya sea que lo determinante en la paranoia sea la predisposición de la personalidad o la reacción a un acontecimiento, para estas teorías el delirio puede nutrirse de los contenidos que proveen los fenómenos elementales (como las alucinaciones) pero éstos no constituyen un “antecedente” o una “consecuencia” necesaria de la formación delirante, de hecho, desde esta perspectiva se excluye cualquier fenómeno inicial además del delirio. Es en este sentido que se afirma la *no existencia del desencadenamiento*; el delirio sería el fenómeno primario de la psicosis y estaría más o menos organizado bajo los mecanismos que componen la personalidad previa, de ahí que se proponga un “tratamiento psicológico” como terapéutica.

Por otro lado, en el segundo grupo –orientado hacia la tesis de la paranoia como una ruptura con la personalidad– se describe *el desencadenamiento de la psicosis como producto de la irrupción de un elemento que modifica la constitución de la personalidad previa del sujeto*. Bajo este esquema el delirio es considerado la reacción de una personalidad sana frente a una experiencia de carácter mórbido (la experiencia del fenómeno elemental) definida en términos orgánicos, sin

embargo, la reacción delirante sería producto de los “mecanismos normales del razonamiento” (Ibíd., p. 236). El delirio se concibe como producto de la actividad psíquica, un esfuerzo del razonamiento para intentar dar explicación a la intrusión del fenómeno elemental. Desde este punto de vista se preconiza la existencia de fenómenos primordiales independientes al delirio, mismos que vendrían a producir una ruptura con la personalidad, esta independencia se justifica por el hecho de que los fenómenos paranoicos representan experiencias únicas u “originales”, esto, en dos sentidos; primero “por comparación con la experiencia previa” y segundo “porque dan origen a la construcción del delirio.” (Ibíd.) Para esta segunda teorización la paranoia tiene un comienzo brusco y se desencadena una vez que aparece el fenómeno elemental, dicha manifestación que no guardará relación alguna con la personalidad previamente constituida.

Para articular su trabajo sobre la paranoia como trastorno evolutivo de la personalidad y su relación con la emergencia del fenómeno elemental Lacan se nutre de estas dos corrientes (sensiblemente distintas entre sí) encontrando en esta intersección aquello que justificará el estudio de la causalidad psicógena del síntoma paranoico. Decimos que la teoría propuesta en *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (Lacan 1976) es un momento de importancia y originalidad inicial en la obra de Lacan ya que concibe la existencia simultánea de los fenómenos elementales integrándolos a una noción general de la personalidad en la que “[...] lo original [...] es sostener una concepción psicogenética de la paranoia, haciéndola depender de la personalidad con la idea de enfatizar que se trata de una cuestión no orgánica; y al mismo tiempo, destacar la irrupción de fenómenos elementales que en realidad pertenecían a las tesis organicistas.” (Matilla, óp. cit., p. 237). Es cierto que Lacan trabajará ambos principios; *el desencadenamiento de las psicosis por la irrupción de lo no reprimido desde lo real y el de una locura que tiene que ver más con una estructura de lo que en ese momento él llama la personalidad*, con la finalidad de ilustrar que si algo podrá desencadenarse es precisamente porque existe una estructura que así

lo permite. De esta manera y ya desde estos comienzos rompe con la conceptualizaciones estrictamente categoriales de los trastornos psíquicos.

1.2 Aimée o la paranoia de autocastigo: modelo para una teoría de la locura

El tema central de la tesis que Lacan presentó para obtener el grado de doctor en medicina es aquel de una supuesta correspondencia directa entre la aparición de la psicosis y las experiencias vividas por el sujeto, así como su particular desenlace en la alteración de las funciones sintéticas de la personalidad⁸. Para poder articular su propuesta Lacan concibe una distinción de las psicosis basada en su etiología⁹, por un lado las “psicosis orgánicas”, y por otro las “psicosis paranoicas”, además de oponer una teoría psicogenética frente

⁸ Sabemos que esta primera definición de la personalidad como la síntesis de las funciones psicológicas queda por demás desechada –sino que vuelta en su revés– en lo que corresponde a las elaboraciones posteriores sobre el sujeto como esencialmente dividido e incompleto, sin embargo, es indudable que en esta primera definición de la personalidad puede leerse también la idea de que se trata de un sistema que debe ser necesariamente estructural en tanto que se compone por elementos *primitivos* al desarrollo psicológico del individuo, y aunque no tenga demasiado que ver con el Lacan de la década de los cincuenta, puede rastrearse ahí la prehistoria de la conceptualización del síntoma en su dimensión existencial. La alteración de la personalidad del paranoico tiene importancia estructural en tanto que se trata de una particular organización de "los mecanismos de la personalidad" que implicaría un esfuerzo de adaptación al medio social, en este sentido Lacan retomará la definición freudiana del delirio como un intento de solución, como escribe Jaime Velosa (2010, p. 50); "[...] la personalidad empieza a adoptar rasgos que la acercan a la noción de estructura, entendida como un conjunto de elementos que conforman un sistema de leyes propias y que se conserva como tal". Por supuesto en 1932 Lacan no diferenciaba aún el concepto de función del de funcionamiento, pero la idea de la personalidad del paranoico –y de la personalidad en cuanto tal– como conjunto (Lacan definirá explícitamente las estructuras como conjuntos en su seminario sobre las psicosis) que guarda un orden "estructural" da cuenta de cuales eran las inquietudes y las ideas que rondaban al joven psiquiatra.

⁹ Las primeras incluirían las esquizofrenias y los trastornos maníaco-depresivos de etiología hereditaria, congénita u orgánica adquirida (intoxicación por sustancias, traumatismos del órgano encefálico). Las segundas quedarían definidas como trastornos causados por un desarrollo anormal de la personalidad y por la fijación o detenimiento de la evolución "normal" de la vida afectiva.

las teorías constitucionalistas¹⁰ que dominaban la investigación teórica en la Francia de aquel tiempo. De manera paralela, y haciendo referencia a los trabajos de la psiquiatría clásica alemana (Kraepelin, Kreschmer, Krafft-Ebbing, Jaspers) Lacan definió la paranoia como una reacción frente a las experiencias de vida del sujeto en lugar de situarla como una anormalidad del desarrollo psíquico producto de procesos mórbidos (sean estos orgánicos o genéticos), esta reacción, se añade, queda determinada por los mecanismos de la personalidad¹¹ que son propios a cada sujeto. De este modo, y al privilegiar la tesis psicogenética, Lacan vincula la idea de la paranoia como *respuesta* la noción de “proceso psíquico” (desarrollada principalmente por Jaspers) cosa que le llevará a establecer como premisa que *el desencadenamiento de la psicosis es el resultado de una ecuación que incluye el sustrato orgánico, el influjo de experiencias vividas y la muy particular constitución psíquica que se haya desarrollado de manera previa.*

Si bien es válido criticar la tesis de Lacan, en la cual se presentan aparentes contradicciones producto de la ambigüedad de sus posicionamientos frente a la psiquiatría –y particularmente frente al psicoanálisis–, coincidimos con

¹⁰ Para las teorías constitucionalistas (cuyo máximo exponente fue Gáetan Clérambault maestro de psiquiatría de Lacan) las psicosis son "enfermedades" de etiología órgano-genética además de tener un sustrato hereditario y el delirio se concibe en términos de "[...] la actividad intelectual de la parte del yo que permanece sana [...]" (Garrabé, J. 2002, p. 19), es decir, que el delirio opera de acuerdo a las formas lógicas del razonamiento, se trata, empero, de unas formas lógicas trabadas en lo que Clérambault llamó "automatismo mental". El automatismo mental sería el núcleo, vale decir, el origen de las psicosis, es de naturaleza lesional-orgánica y se produce en una sucesión de ideas, es anideico. Para el maestro de Lacan las psicosis se generan a partir de una ruptura que se produce cuando aparecen los fenómenos elementales, esto quiere decir que los fenómenos elementales son una parte del automatismo mental, sucediendo primero el elemento disruptivo y luego el delirio. La siguiente cita resume la posición del psiquiatra francés al respecto: "El delirio de persecución alucinatorio no deriva de la idea de persecución, la idea de persecución no crea las alucinaciones; son las alucinaciones las que crean la idea de persecución" (Clérambault, Obras psiquiátricas, citado en Matilla, óp. cit. p. 226). Lacan retomará el concepto automatismo pero trasladándolo al campo de lo psicológico; "Cuando el orden la causalidad psicógena [...] se modifica con la intrusión de un fenómeno de causalidad orgánica, se dice que hay un fenómeno de automatismo." (Lacan 1976, p. 115)

¹¹ "Es posible que no se le reconozca a la psicosis ningún lazo unívoco con una disposición caracterológica definible, y que sin embargo predomine en su determinismo los mecanismos de la personalidad, a saber: desarrollo, experiencias y tendencias de orden personal." (Lacan 1976, pp. 48-49)

el análisis de autores como Olga Cox-Cameron (2000), quien señala que lo interesante del texto de Lacan es precisamente el hecho de que sale bien librado de esas ambigüedades ya que él en realidad nunca opone el concepto jasperiano de proceso psíquico al de proceso orgánico (debate que estaba en su momento álgido entre la psiquiatría francesa y la psiquiatría alemana) sino que más bien los sitúa en dimensiones paralelas y con esto lo que hace es dirigir su investigación hacia una reflexión que tiene que ver más con el tratamiento de las psicosis que él identifica en la obra del psiquiatra y filósofo alemán, a saber:

1) que en el desarrollo de la personalidad la relación entre la causalidad orgánica de carácter hereditario y el fenómeno psicótico es comprensible en la medida en que el segundo queda asociado a una constitución que predispone al primero (desde este punto de vista no existe el desencadenamiento de las psicosis, existe una predisposición constitucional de la personalidad)

2) que en el curso de una psicosis el proceso psíquico es intervenido por un elemento extraño de naturaleza orgánica o psíquica que viene a provocar un hiato¹², vale decir, un hueco, entre la personalidad previa al desencadenamiento y la personalidad una vez instalada la psicosis

Desde nuestra lectura lo que Lacan propone en *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1976, óp. cit) es una formulación que considera los aspectos evolutivos –no necesariamente esquemáticos– del delirio como una *organización* pero que al mismo tiempo encuentra en su semiología las

¹² Comenta Herbert Wachsberger en un texto recopilado por Jacques-Alain Miller (Miller, J.-A., Jolibois, M., Henry, F. y De Georges, P. 2003, p. 81) y titulado "Investigaciones sobre el inicio de la psicosis", que la distinción jasperiana de entre los fenómenos psicóticos en los que "la causa y el efecto son contiguos" (donde se "mantienen las relaciones de comprensión") y aquellos desencadenados debido a la aparición de fenómenos disruptivos (cuya causalidad "desarrolla efectos irreductibles a la comprensión", resistiendo así a toda identificación caracterológica) conduce a que Lacan priorice años más tarde (en 1958) "[...] un modo de entrada en la psicosis por un fenómeno agudo donde se testifica la irrupción de una causa [...]". Este es un detalle importante porque precisamente veremos que Lacan no abandonará nunca la idea del desencadenamiento en los procesos psicóticos.

bases de una significación que permite explicarlo como una solución a la irrupción de un elemento novedoso. De este modo, la tesis de Lacan retomará la postura de Paul Sérieux y Joseph Capgras (quienes a su vez habían leído los trabajos de la psiquiatría alemana, particularmente a Kraepelin); en la paranoia no es regla que se presenten fenómenos elementales para la formación del delirio, si bien existe una correlación entre la aparición de uno y el desencadenamiento del otro esto no constituye en modo alguno una determinación suficiente, *el delirio es siempre un intento de solución, es decir, es una reacción frente a una serie de hechos dados*. Lo relevante del trabajo de Sérieux y Capgras es que se inaugura una perspectiva de la paranoia en la cual las alucinaciones no juegan ningún papel en la formación del delirio paranoico, ya que éste cuenta con sus propios mecanismos etiológicos; las interpretaciones delirantes, de modo tal que el delirio no será entendido como carente de lógica, sino muy por el contrario, lo que llamaríamos el razonamiento, la interpretación de los hechos reales, se da de forma idéntica en el paranoico que en el sujeto normal, de modo tal que el delirio (su desencadenamiento) no se produce de manera abrupta sino que está relacionado con la personalidad desarrollada previamente.¹³

En este momento para Lacan la actividad del delirante no se organiza de acuerdo a la experiencia mórbida en sí misma¹⁴ –ya que esto significaría aceptar el efecto causal de la aparición del fenómeno elemental– sino que se trata de una reacción del sujeto frente a situaciones que involucran aspectos vitales de su existencia. Lacan defiende la idea de unos mecanismos defensivos sobrepasados por una experiencia que trastoca la vida afectiva sin que esta experiencia venga a

¹³ Como ya indicamos estos autores recurren a la enseñanza de Kraepelin para describir que “[...] en la paranoia no hay ruptura provocada por la irrupción de fenómenos primarios, sino más bien, una continuidad con la personalidad anterior del sujeto: en el perseguido interpretador [...] no hay ruptura con el mundo exterior; de él extrae todos los elementos de su delirio [...]”. (Matilla óp. cit. p. 228).

¹⁴ Posición más bien constitucionalista que entiende al delirio como una organización “lógica y racionalmente defectuosa” (Dromard 1911, en Lacan 1976, p. 64). Dromard, junto con Capgras y Sérieux, son los antecedentes de la escuela francesa de la que Clerámbault es el máximo exponente.

ser el origen del delirio, desde su perspectiva la determinación del delirio por “la personalidad paranoica” previamente constituida como tal es insostenible ya que se trata de una formación que se resiste a toda identificación caracterológica de modo tal que no es posible hablar de paranoia tanto como lo es hablar de paranoicos.¹⁵ Si seguimos esta línea de pensamiento el delirio queda definido como el resultado de una combinatoria, primero de la prehistoria del sujeto en el sentido de los *complejos familiares* en los que ha encontrado su definición y segundo de los avatares de la vida a los que todo ser humano estará expuesto en el curso de su existencia. Lo ingenioso, como se decía en párrafos anteriores, es que Lacan no niega la tesis Clérambault, le da su lugar al fenómeno elemental dentro de su propia explicación del nacimiento y desencadenamiento del delirio (aunque desconoce su papel como agente causal) añadiendo una construcción teórica denominada “puntos fecundos” (Ibíd., p. 96). La idea detrás de este concepto responde a aquellos momentos en la evolución de la paranoia en los que explota la idea delirante pero no porque aparezca el fenómeno elemental, sino porque delirio paranoico, más que estar fundado en los *mecanismos normales del razonamiento* –definición que Lacan no rechaza que pero que señala como incompleta– se gesta en el “sentimiento de extrañeza” que trae consigo el fenómeno elemental, aquellas intuiciones que son algo así como un presentimiento que más tarde –y ya instalado en el delirio– se vuelve certeza toda vez que ha encontrado el objeto al que se dirigirán las elaboraciones delirantes, en este sentido su posición es clara; no descarta el valor del fenómeno elemental en la formación del delirio pero le otorga un estatuto secundario, reconoce que la paranoia tiene un comienzo brusco e identifica como la causa específica del desencadenamiento del delirio a una *fijación libidinal* cuyo papel clave en el detenimiento del proceso psíquico “normal” queda relevado por medio de la investigación psicoanalítica.

¹⁵ "No hay paranoia, sólo paranoicos". (Lacan 1976, p. 92)

1.3 La significación del delirio como interpretación de la segunda tópica freudiana

Lacan comenta los estudios freudianos sobre el sueño para explicar (Ibíd. p. 191) que las imágenes ahí desplegadas, al igual que los síntomas paranoicos, tienen una significación que innegablemente es reveladora de lo que en ese momento él llama los *mecanismos psicógenos* de la personalidad. El delirio paranoico (su contenido) guardará estrecha relación con estos mecanismos en tanto que la dimensión psicógena comprende la especificidad de las *estructuras perceptivas* responsables de la creación de esas formas imaginativas. *Decimos que el valor de la significación personal en el delirio es aquel que ponga en evidencia las modificaciones sintomáticas como el juego entre los mecanismos psicógenos y las estructuras perceptivas (entendiéndoselas como un fenómeno fisiológico), ecuación a la que Lacan añadirá, ya desde este momento, el factor de la determinación del lenguaje como organizador del delirio.* En todo caso, su comentario no deja lugar a dudas; Lacan se pronuncia por un determinismo psíquico como el que Freud (1984h) propone en 1923 con el texto “El yo y el ello” para explicar la riqueza y diversidad de las formas delirantes a partir de las significaciones que se encuentran por medio del análisis:

“Si una significación personal viene a trasmutar el alcance de determinada frase que se ha escuchado, de determinada imagen que se ha entrevisto, del gesto de un transeúnte, del “filete” al cual se engancha la mirada en la lectura de un periódico, ello no es, como parece a primera vista, de manera puramente fortuita.” (Lacan 1976, óp. cit., p. 192)

Vemos que el tema de la significación personal del delirio es uno de los que más acercan al joven Lacan hacia una concepción del síntoma diferente del estatuto otorgado desde el pensamiento psiquiátrico, al discutir la comprensibilidad de dicha significación Lacan recurrirá abiertamente a Freud y a algunos de sus más cercanos discípulos (Karl Abraham y Sandor Ferenczi) para complementar lo

que ha sido imposible formular a partir de Jaspers. A pesar de todas las flaquezas de su lectura ya desde esta primera aproximación al psicoanálisis¹⁶ Lacan se dirige a un punto claro, a saber; que la diferencia fundamental entre la interpretación delirante y la interpretación llamada normal estriba fundamentalmente en que en la paranoia esta capacidad tiene un carácter fragmentario, inmediato e intuitivo, por más elaboradas que parezcan sus deducciones, antes de que se formule el delirio propiamente dicho, lo que se deja sentir en el paranoico no es la certeza absoluta de un saber (“el otro me ama”, “el otro me odia”) sino un sentimiento de extrañeza frente a lo que se está percibiendo, una intuición que no puede ser explicada porque aparece exactamente como el reverso de los mecanismos normales del razonamiento.¹⁷ Con la teoría de psicogenética de la paranoia Lacan propone la idea de un periodo de latencia en el que el sujeto es invadido por sentimientos de extrañeza, primero aparecen las interpretaciones trucas y sin organización, más tarde éstas se constituyen en una formación delirante una vez llegado el *momento fecundo*. A partir de este concepto se explica la *electividad* del delirio y su significación sobre ciertos hechos relativos a la peculiar relación del sujeto con el medio social. Resumidamente puede decirse que el factor electivo del delirio sería esta experiencia sobrecogedora que tiene gran “parentesco con los sentimientos de extrañeza inefable, de ya visto, de nunca visto, de falso reconocimiento...” (Matilla, óp. cit., p. 243) y que “[...] no se presenta a propósito de cualquier clase de percepciones...sino muy especialmente a propósito de relaciones de índole social...” (Lacan 1976, óp., cit. p. 192). Lacan utiliza la teoría de la psicogénesis

¹⁶ Lo paradójico de esta primera lectura, como señala Cox-Cameron (óp. cit.), es que nada podría alejarse más del Lacan de la segunda mitad de los años 50 (el llamado periodo de la prominencia de lo simbólico) que aquel de la tesis del 32 ya que ahí se da un tratamiento a la teoría psicoanalítica que se acerca más a un *psicosociologismo* – posicionamiento que Lacan criticaría ferozmente en años posteriores– en tanto que su interés se vuelca sobre la personalidad individual y las relaciones que ésta establece con el medio en términos de *adaptabilidad y funcionamiento*.

¹⁷ En este sentido podría aceptarse la siguiente definición sobre la interpretación delirante del paranoico en los términos en los que Lacan lo escribe en su tesis: “[...] un acto instantáneo en el que se presenta de golpe una nueva significación [...]”. (Matilla, óp. cit., p. 241)

para justificar su propia hipótesis, la paranoia de autocastigo, e indica que *la clave para comprender el delirio de Aimée está en que la paranoia queda definida como la reacción de la personalidad del “enfermo” a una situación (generalmente social) que despierta poderosos sentimientos de extrañeza, sentimientos que más tarde devienen en la ideación delirante propiamente dicha, siendo esto una suerte de último intento de defensa de los mecanismos del yo*¹⁸ *toda vez que éste se ha visto sobrepasado por un situación de importancia vital:*

“[...] lo que hacemos allí es definir un orden de fenómenos por su esencia humanamente comprensible, es decir por un carácter social, cuya existencia de hecho se explica por la génesis, social a su vez (leyes mentales de la participación). Sin embargo, estos fenómenos tienen por una parte el valor de estructuras fenomenológicamente dadas (momentos típicos del desarrollo histórico y de la dialéctica de las intenciones) y dependen, por otra parte, de una especificidad sólo individual (momentos únicos de la historia y de la intención individuales) [...]”. (Ibíd., p. 284)

1.4 El superyó y los mecanismos sociales: la hipótesis psicogenética

Para el final de su tesis Lacan da cuenta de estar plenamente convencido de que la paranoia de autocastigo y la paranoia de reivindicación forman un grupo específico de las psicosis de origen psicológico, según él, los trastornos pertenecientes a este grupo “[...] están determinados no por un mecanismo llamado pasional, sino por una detención evolutiva de la personalidad en el estadio genético del Súper-Ego.” (Ibíd., p. 316). Acompañándose de la teoría de la psicogénesis explicará estas fijaciones como *detenimientos* en la evolución “normal” de la vida afectiva que “se refieren al estadio del narcisismo primario”

¹⁸ Lacan –haciendo una lectura más que ambivalente de la teoría freudiana– asume una postura en la que se identifica al yo con la personalidad en términos de la función sintética que le es propia. Para fines explicativos podríamos decir que ambos términos pueden ser empleados como sinónimos en esta etapa de su obra.

(Ibíd., p. 317). Hay que puntualizar que en 1932 el narcisismo primario es para Lacan una suerte de “fase” transitoria en la cual las funciones de la personalidad están poco desarrolladas. Es en este sentido que se propone agrupar estos trastornos psicológicos (las psicosis paranoicas) bajo el nombre de “anomalías afectivas pre-personales” para diferenciarlas de la innata y etiológicamente normal incapacidad que tiene el “yo en desarrollo” para ejecutar las funciones de síntesis que le permitirán una adecuada adaptación al medio.

La paranoia de Aimée se presenta como el caso paradigmático para el estudio de los trastornos de origen psicogenético en tanto que aparecen en él los fenómenos más característicos de la intuición y de la interpretación delirante¹⁹ además de exhibir un muy claro ejemplo de la “curabilidad” de este tipo de trastornos. Sobre esto último llamaré la atención insistentemente; si el delirio de Aimée cesa en el momento en que se ejecuta la agresión delirante esto no significa en modo alguno que ello se deba al cumplimiento la fantasía homicida (destruir el su objeto de persecución), *lo que ha sucedido es que ella ha comprendido que con el ataque “se ha agredido a sí misma”* (Ibíd. p. 227) *en la medida en que es detenida y juzgada por un orden (el de la ilegalidad de sus actos) superior a ella.* Es como si con el ataque a la famosa actriz Aimée cumpliera una acción que tenía por objeto perjudicarla a ella misma, y si partimos, como lo hace Lacan, de que la paranoia es fundamentalmente un problema de “relaciones”, podemos acompañar al joven psiquiatra cuando declara que *los mecanismos de autocastigo de la paranoia son, en esencia, de orden social:*

“[...] su estructura está dominada por la misma intención punitiva, es decir, por una pulsión agresiva socializada, pero que su economía energética está

¹⁹ La paranoia de Aimée presenta los siguientes aspectos (Lacan 1976, p. 183):

- * Delirio sistematizado
- * Egocentrismo
- * Desarrollo lógico basado en premisas falsas
- * Movilización tardía de los medios de defensa
- * Conservación del orden en los pensamientos, los actos y el querer

invertida, debido esto únicamente a las contingencias de la historia afectiva.” (Ibíd., p. 303)

Lacan encuentra en los autoreproches de Aimée la imagen de una hermana mayor y una amiga íntima; ella no cumplía con la misión (intelectual, maternal) que le había devenido imposición. El delirio en este caso gira entorno a personalidades con las que ella no tiene (y no puede tener) contacto alguno, sin embargo esto no significa que no guarden una relación muy particular con un parte de ella, o como dice Lacan, con su ideal del yo. Todas son mujeres que de una u otra forma representan una imagen ideal a la que Aimée cree merecer pertenecer, pero que al mismo tiempo le despiertan el más profundo sentimiento odio, sentimiento que refleja la (verdadera) naturaleza amenazante de ese objeto ideal, sobre esto, Lacan escribe; “La misma imagen que representa su ideal es también el objeto de su odio.” (Ibíd. p. 230) *En el ataque a la figura del ideal exteriorizado y a partir del castigo que se cierne sobre la su acto el delirio cesa en sus manifestaciones*; “Aimée se siente golpeada en sí misma: y, cuando lo comprende, es cuando experimenta la satisfacción del deseo cumplido: el delirio, ya inútil, se desvanece.” (Ibíd.)

1.5 Economía libidinal y psicogénesis

Lacan utiliza la segunda tópica freudiana para explicar que la paranoia de Aimée *está estructurada como una regresión libidinal típica* porque lo decisivo ahí es el detenimiento del curso normal del desarrollo de la personalidad cuya *fijación* corresponde a la alteración de los mecanismos que dominan la función de “contacto con lo real”. Estos “engranajes” están determinados por las leyes de “la energética general de la libido” de modo tal que serían que al mismo responsables de propiciar el desarrollo “normal” de la personalidad así como su detención en un punto específico. Resulta entretenido observar como es que a pesar de que su lectura de los textos de Freud bien puede tildarse de no-analítica, Lacan

indudablemente trabaja el concepto de libido a partir de la vinculación con la vida sexual humana en su sentido simbólico –el sentido que Freud indudablemente le ha dado– en tanto que reconoce que se trata de un concepto que *desborda* la cuestión sexual, que la incluye y que se extiende hasta el resto de los *apetitos del ser humano*, es decir, tiene que ver con el deseo en su sentido más extenso.²⁰ De este modo, aunque se trate de un Lacan psiquiatra y no psicoanalista *el concepto de fijación libidinal se define en términos de una experiencia relativa a la sexualidad en su sentido pulsional pero también en sus dimensiones imaginaria y simbólica* puesto que se definen distintas extensiones en la relación de objeto si bien aun no diferenciadas en esta época sí interpeladas por el uso de ciertos conceptos definitivos:

“[...] en el primerísimo estadio de la organización erógena (orgasmo oral del niño de pecho), la proyección libidinal está enteramente fijada en el propio cuerpo del bebé (estadio autoerótico primitivo); después, mediante sucesivas fijaciones de la libido en objetos de valor vital, y más tarde de valor sublimado, se crea progresivamente el mundo objetal [...]” (Ibíd. pp. 233-234).

Hasta ahí no hay nada que sorprenda, Lacan está leyendo a Freud; el objeto nace de la fijación de la libido a un narcisismo llamado secundario, la vida afectiva queda inaugurada por el abandono del estadio autoerótico y del narcisismo primitivo, el paso hacia la relación del sujeto con sus objetos que quedará definida por la “calidad” con la que se haya formado aquel narcisismo secundario. Inmediatamente surgen dos preguntas de importancia; cómo influyen las fijaciones libidinales la aparición del objeto, y cómo se articula el momento de ruptura que da lugar a la formación de una fijación. A estas, Lacan responde:

²⁰ “[...] la noción de libido se revela, en la doctrina de Freud, como una entidad teórica sumamente amplia, que desborda, con mucho, el deseo sexual especializado del adulto. Más bien tiende a identificarse con el deseo, con el eros helénico, pero entendido en un sentido vastísimo, a saber, como el conjunto de los apetitos del ser humano, que van mucho más allá de sus estrictas necesidades de conservación. La preponderancia enorme de esos instintos eróticos en el determinismo de un orden importante de trastornos y reacciones del psiquismo es uno de los hechos globales mejor demostrados por la experiencia psicoanalítica [...]” (Lacan 1976, p. 232)

“[...] hay un estadio de la evolución de las tendencias narcisistas que es, con mucho, el mejor conocido de todos, y es el que responde a la aparición de las primeras prohibiciones morales en el niño, a la instauración de la independencia de estas prohibiciones frente a las amenazas de sanción exterior, o, dicho en otras palabras, a la formación de los mecanismos autopunitivos o del súper-ego. Este período corresponde a un estadio de la evolución libidinal ya tardío, y separado del narcisismo autoerótico primitivo por toda una primera diferenciación del *mundo de los objetos* (complejo de Edipo-complejo de castración); el principio moral demuestra, en efecto, ser posterior al *principio de realidad*. Este período merece el nombre de *narcisismo secundario*: en efecto, el análisis de los casos de fijación mórbida en ese estadio evolutivo permite demostrar que equivale a una *reincorporación al yo* de una parte de la *libido* que ya ha sido proyectada sobre los objetos [...]” (Ibíd., p. 235)

Se discierne efectivamente en Freud la idea de que las fijaciones son mecanismos necesarios para que se forme el yo al mismo tiempo que son agentes “de valor patogénico”, y en todo caso, como el mismo Lacan señala, se trata de hechos de valor constitutivo:

“En un sentido, el valor patogénico de una *fijación* dada puede ser asimilado al de una *constitución*, puesto que es siempre susceptible (y en eso insiste Freud constantemente) de ser referida, como ella, a un determinismo orgánico congénito; pero hay una diferencia importante, y es que la *fijación* deja siempre, igualmente, lugar para la hipótesis de un determinismo traumático, detectable históricamente, y evocable subjetivamente mediante una técnica adecuada.” (Ibíd. p. 236)

1.6 Determinismo psicológico y social de la psicosis: prelude a la investigación sobre los complejos familiares

La idea de un *determinismo orgánico congénito* como condición necesaria para la formación de una fijación es sumamente cuestionable, sin embargo, se rescata el valor de la hipótesis histórica de un suceso *traumático* que viene a modificar el curso en el que se producen las fijaciones, es decir, se rescata la idea del factor socio-psicológico como determinante en la etiología de las psicosis. Es por esto que no es ningún exceso decir la gran importancia de la tesis sea el haber sostenido una vía de apertura contraria a la tendencia dominante en el estudio de la causalidad de la locura; *pensar el delirio paranoico como síntoma psicógeno requiere del re-conocimiento de la escucha y la palabra en los discursos delirantes en tanto que constituyentes de una historia y pertenecientes al orden los acontecimientos*. Lacan se pregunta por el *sentido* del delirio de Aimée y reconoce en él las trazas de lo que más adelante llamará *complejos familiares*; la configuración –por así decirlo– de las relaciones sociales de mayor relevancia en la vida de un sujeto, lo escribe así: “En la etiología inmediata de la psicosis, se encuentra frecuentemente un proceso orgánico borroso [...] casi constantemente una transformación de la situación vital [...] y muy frecuentemente un acontecimiento con valor de trauma afectivo. Las más de las veces se descubre una relación manifiesta entre el acontecimiento crítico o traumático y un conflicto vital que persiste desde años atrás. Este conflicto, cuya resonancia ética es fuerte, va ligado muy a menudo a las relaciones parentales o fraternales del sujeto.” (Ibíd., pp. 245-246)

Es imposible dejar de destacar que Lacan es ingenioso, sabe que resulta poco útil pronunciarse por la inexistencia de la etiología genético-orgánica de modo tal que opta por pensar que en las psicosis –en la mayoría de los casos– es posible hallar al menos una determinación orgánica; lo interesante es como es que *aquella alteración del cuerpo produce una marca paralela en el psiquismo* que el conjugarse con la historia de vida del sujeto, vale decir, con sucesos *traumáticos*,

puede producir un síntoma paranoico. Influenciado por la filosofía de Spinoza el texto define la paranoia como un *fenómeno del conocimiento* (Ibíd., p. 308) en la medida en que se da por cierto que la *esencia* de un fenómeno es la suma de las relaciones *conceptualmente* definidas que establece con otro fenómeno, esta relación se explica por la lógica de un determinismo causal:

“[...] los conflictos determinantes, los síntomas intencionales y las reacciones pulsionales de una psicosis están en discordancia con las relaciones de comprensión, las cuales definen el desarrollo, las estructuras conceptuales y las tensiones sociales de la personalidad normal, según una medida determinada por la historia de los “afectos” del sujeto.” (Ibíd., p. 312)

La psicosis quedará asociada a lo social de la vida afectiva, en este sentido, no es poco común escuchar en los círculos de trabajo opiniones que señalan que este texto –si bien errado en sus conceptos básicos y en sus conclusiones clínicas– es sin lugar a dudas uno de los últimos grandes trabajos de la psiquiatría clásica. Influenciado por la fenomenología de Edmond Husserl, Lacan buscó explicar, describir y comprender el sentido que supone el síntoma paranoico como vivencia²¹ en conjunto con los factores órgano-genéticos y los estímulos ambientales. La realidad es que los estudios analítico-fenomenológicos son incapaces de describir la relación del sujeto y el *mundo de los objetos* puesto que ahí lo que se trabaja es “[...] la vivencia intencional del objeto en la medida en que es referida a la *conciencia*” (Cañal, J. 2010, p. 23). Subrayamos esta última parte de la cita porque ahí reside precisamente el punto débil de todo análisis fenomenológico, remitirnos a la preeminencia de esta instancia yoica que comprende las relaciones del sujeto y el mundo que le rodea como en una especie de cualidad omnipotente, un yo fuerte y autónomo que domine a las pulsiones como dice la *ego psychology*. Si bien la tesis tiene gran valor en tanto que rescata el sentido de los síntomas de la paranoia, y con ello les separa de la multitud de

²¹ Las vivencias, desde un punto de vista fenomenológico, son “[...] las significaciones de los actos psíquicos en la conciencia del sujeto [...]” (Cañal, J. 2010, p. 23)

síndromes patológicos descritos en las nosografías psiquiátricas, el problema del estudio de las relaciones de comprensión que propone Lacan es que está anclado en una suerte de *idealización de la función del significado*. Ya hemos señalado que Lacan recurre a Jaspers para elaborar su definición de la personalidad y de esta manera proponer su comprensibilidad; la personalidad implica una conciencia individual del yo digamos una conciencia de sí mismo, y puede seguirse (comprenderse) el curso de su desarrollo si se examinan a detalle *los hechos biográficos* del sujeto. *El tratamiento del significado (sentido) del hecho biográfico reduce esa realidad a una condición de fenómeno-objeto puesto que hace preponderar al yo que percibe como unidad de síntesis frente a la dispersión y multiplicidad de lo percibido*. Sería algo así como decir que el ruido de un árbol que cae no existe por el solo hecho que no hubo nadie ahí para percibirlo, es imposible imaginarlo pero sabemos que *lógicamente* un árbol habrá de producir una reacción sonora al caer. Más allá del debate filosófico que esta cuestión pueda acarrear habremos de decir lo siguiente: la lectura de Lacan se pierde en esta “idealización del yo” (nos valemos del equívoco en la frase) y tal parece que olvida detenerse en el capítulo V de aquel texto fundamental que es el “El yo y el ello” (Freud 1984h. óp. cit.); el apartado lleva por título “Los vasallajes del yo” y ahí Freud describe que el yo, al mismo tiempo tiene que éxito en hacerse valer como entidad unitaria, falla al imponerse sobre el ello, vale decir, sobre la pulsión, e incluso sucede lo contrario, el yo sufrirá los embates del ello que demanda satisfacción a toda costa. Por otro lado, el yo deberá hacerse también de los favores de un Superyó nada menos que exigente y castigador, es decir, debe hacer frente a la cultura y sus normas y a la amenaza de castigo ante la transgresión de éstas. Es mi opinión que después de la lectura de este último capítulo quedan pocas razones para pronunciarse por una noción del yo como la que Lacan sostiene en su tesis, quizá el ímpetu por descifrar el significado del delirio paranoico oscureció ésta y otras precisiones que se encuentran ya en el texto mismo de Freud. Es probable que esta lectura se deba en buena medida a la posición que Lacan toma respecto al psicoanálisis en 1932; recordábamos, al inicio de este capítulo, el comentario que dirige Cox-Cameron (óp. cit.) sobre la

notable ambivalencia de la cual da cuenta el joven psiquiatra al momento de escribir sobre la utilidad del psicoanálisis en el tratamiento de los trastornos psicógenos, aunque reconoce el sensible aporte de la teoría analítica al conocimiento de la personalidad se niega a pronunciarse por una auténtica deuda teórica con Freud al señalar que el psicoanálisis (al igual que muchas otras disciplinas) sólo es útil en tanto que coadyuva a la creación de una nueva ciencia, a saber, la ciencia de la personalidad.

1.7 Observaciones finales sobre la teoría psicogenética de la paranoia

A pesar de que de la tesis se refiere siempre a la personalidad como el factor clave en el desencadenamiento de la psicosis, esta primera aproximación a la teoría analítica sin duda tiene puntos brillantes que reconocerse. Baur (2010) resalta el planteamiento de la paranoia como una particular configuración de la realidad, ordenamiento que se establece a partir del material que provee el trastorno perceptivo y que reúne todos los méritos para ser reconocido como un proceso creativo. Si Lacan discutió las teorías constitucionalistas y defendía frente a estas la idea de la paranoia como una respuesta de una personalidad concreta y expuesta a un medio históricamente compuesto es porque para él la suposición de una continuidad entre la paranoia como constitución particular separada de los trastornos es insostenible. Cuestiona la supuesta continuidad entre la constitución de la personalidad y el síntoma paranoico y sienta las bases que le permitirán más tarde pronunciarse en contra de que el fenómeno psicótico (en la paranoia el delirio de interpretación) sea considerado como un simple error o la mala operación de los mecanismos normales del razonamiento. Según la autora (Ibíd. p. 55) cuando Lacan hace referencia al estudio analítico de los sueños, además de señalar (erróneamente) la insuficiencia de esta técnica para dar con la significación personal del delirio, precisa (correctamente) que los fenómenos elementales y su valor electivo no son prueba de un mal razonamiento sino que se trata de alteraciones que no necesariamente pueden ser llamadas alucinaciones.

El fenómeno elemental provoca primero en el sujeto un sentimiento de extrañeza en el cual un gesto o una palabra entre-escuchada despertarán la experiencia sobrecogedora de la pérdida momentánea del sentido, el delirio vendría ser una suerte de respuesta del inconsciente ante esta ausencia, un mecanismo de defensa del yo comprensible a través del análisis fenomenológico de la personalidad y el desarrollo socio-histórico que la engendra (Lacan 1976. óp., cit. p. 269).

Otro punto de gran valor teórico es la idea del valor humano de las psicosis en términos de que se le reconoce como una labor creativa y no como un déficit (Baur, óp., cit.). Lacan observa la ardua y minuciosa tarea que Aimée había impuesto a sí misma (alcanzar la gloria literaria), reconoce cualidades y dotes particulares en sus escritos. Estos rasgos, lejos de pasar inadvertidos, le permiten hipotetizar que la creatividad en la locura igualmente podría explicarse a partir de la teoría autopunitiva ya que el cese del delirio implicó también que se terminará aquel impulso creador:

“¿Quiere esto decir que hay un beneficio positivo en la psicosis? Si hemos de ser consecuentes, no podemos negar a priori tal posibilidad. El beneficio podrá realizarse a expensas de la adaptación social e incluso biológica del sujeto, pero eso no disminuye en nada el alcance humano de algunas representaciones de origen mórbido.” (Lacan 1976. Óp cit., p. 262)

Si bien en la idea del delirio de interpretación como proceso creativo es destacable en tanto que ahí se prefigura una noción del síntoma producido desde un posición activa que se resiste a la pasivización tan comúnmente encontrada en el discurso de la ciencia, no es, por otro lado, un criterio que pueda o deba orientar la dirección los objetivos terapéuticos de la intervención. Al no alcanzar un estatuto de remisión en el orden social la actividad literaria de Aimée será incapaz de representar una posible respuesta-solución. El impulso creativo del paranoico será más bien un producto de la exigencia originada en el medio social, no hay que

olvidar la importancia que dedica a la particular relación de la sujeto con ciertas figuras ideales, cualquiera que lea el texto de 1932 podrá dar notar la riqueza de su descripción en este sentido. Es posible asentar que en su análisis Lacan se plantea la noción de *complejo fraternal* para abundar en su explicación sobre la paranoia, y aunque esta idea no se encuentra ampliamente desarrollada, esto es un detalle que adquirirá importancia dado el cuestionamiento que le posará el caso de las hermanas Papin a propósito de la tesis del autocastigo.

2. COMPLEJOS FAMILIARES Y PSICOSIS COMPARTIDA

2.1 Las hermanas *Papin* y el paradigma de la *folie à deux*

Toda práctica que se haga llamar “clínica” nos coloca tarde o temprano frente a la posibilidad del cuestionamiento de nuestras teorías ya sea que las desmienta o que las confirme la clínica siempre es el espacio, el laboratorio, de nuestro quehacer. En este sentido, aunque no se trata de “un caso” que Lacan haya trabajado propiamente sino más bien de un comentario sobre un suceso que conmocionó a la sociedad francesa de principios del siglo XX, el análisis del horrendo crimen *refleja* los posicionamientos teóricos que Lacan debe adoptar para continuar formulando su teoría de la paranoia, la evidencia, por así decirlo, le compele a hacer algunas precisiones al respecto de su tesis de 1932.

El hecho fundamental que obliga a repensar la hipótesis de los mecanismos punitivos en la paranoia es que en este otro análisis no es posible encontrar rastro alguno de los motivos autopunitivos que se había identificado en la tesis. Con las hermanas, con una de ellas (Christine) al menos, el delirio aparecerá a partir de la reclusión carcelaria²², suceso por demás notable, pero no solamente eso, la tesis del *acto agresivo como un ataque al ideal amenazante*, ideal que por lo demás se maquina dentro del complejo fraterno, es decir, alrededor de una otra figura que representa el inalcanzable ideal es *insostenible para el caso de las hermanas; si todo el delirio de Aimée giraba entorno a otro, y para decirlo claramente; si venia de un otro y estaba dirigido a otro*, en tanto que representante de la figura ideal, en el crimen de las hermanas, en su consumación y su brutalidad, esto no existe puesto que se trata de que el ideal, no es otro sino, uno, la identificación pierde su propiedad dialéctica.

²² "En la cárcel, Christine da expresión de varios temas delirantes [...] desconocimiento sistemático de la realidad [...] las creencias más ambiguas [...]" (Lacan 1976a, p. 342)

Lacan deberá abandonar la tesis spinozista que sostuvo en “De la psicosis paranoica [...]” cuando se pronunciaba por una esencia demencial de cuyas causas podía darse cuenta a partir del estudio de la personalidad (esa esencia no era, en 1932, otra cosa que el delirio). Decimos que el caso de las hermanas Papin representa un desafío a esta concepción porque aún después de cometido el crimen, los estudios médicos –que por ese entonces estaban ya afianzados como métodos jurisdiccionales– señalaron la ausencia de todo signo propio de las psicosis paranoicas (Lacan 1976a. p. 339). Las hermanas no deliraban y quizá sólo exista el detalle de la defensa a ultranza que la una de la otra hizo en el juicio.²³ Posteriormente, Lacan (Ibíd., p. 340) cita a un doctor de apellido Logre, una evaluación declaró exactamente lo contrario, o lo que para el especialista eran pruebas suficientes para declarar una “[...] anomalía mental de las hermanas: ideas de persecución, perversión sexual, epilepsia o histero-epilepsia”. El médico observo ahí el comportamiento extraño y errático de las autoras del atroz ataque, pero además da registro de sus hábitos y del poderoso vínculo que las unía, de un decidido retraimiento del mundo y de una historia familiar ligada a los abusos de un padre alcohólico y una madre cómplice. Según Lacan las Papin presentan los rasgos fundamentales de la paranoia²⁴, se trata, empero, de *una forma muy particular de ésta en la que el delirio se conserva como no formulado, las llamadas folies á deux*.

De acuerdo con el comentario de Cox-Cameron (2000, óp., cit. p. 41) el trabajo con delirios a dúo no es cosa nueva para el joven psiquiatra. En un pequeño texto titulado “Locuras simultáneas” y publicado en el año de 1931, Lacan, en colaboración con sus colegas médicos M-M. Claude y P. Migault, describe las condiciones que él considera necesarias para que se desarrolle este

²³ 6. Al final serán declaradas culpables, Christine es condenada a ser guillotizada públicamente, Lea a pasar el resto de su vida en el encierro. Más tarde la pena de la primera será conmutada por la cadena perpetua.

²⁴ A) Delirio intelectual (ideas de grandeza y de persecución), b) reacciones violentas y c) evolución crónica (Lacan 1976a, p. 340)

tipo de psicosis; señala que los estilos de vida tendientes a la autoreclusión, la similitud de las manifestaciones psicóticas en la pareja, además de una poderosa tendencia homosexual son el caldo de cultivo para que se produzca una locura compartida.²⁵ Dos años más tarde en *Motivos del crimen paranoico* Lacan lo escribe así: “Los delirios a dúo se encuentran entre las formas más antiguamente reconocidas de las psicosis [...] se producen entre deudos muy cercanos, padre e hijo, madre e hija, hermanos o hermanas. Digamos que su mecanismo depende en ciertos casos de la sugestión contingente ejercida por un sujeto delirante activo sobre un sujeto débil pasivo.” (Ibíd., p. 343)

El deliro a dúo está descrito en una unión muy intensa dentro del complejo fraternal, lo que se observa ahí es una suerte de “duplicación” de la constitución psíquica en la que el delirio de uno es una replica exacta del delirio del otro, calca que da cuenta de la particular condición de “las tensiones sociales” (Ibíd., p. 341) que lo permean todo. En su texto Lacan describe que las hermanas se caracterizaban por una gran similitud en sus experiencias afectivas, sociales y familiares a tal grado que su locura bien puede considerarse como producto de un “contagio” en el que un sujeto activo (Christine) poseedor del delirio impone sus condiciones psíquicas a otro más débil (Lea). Lo interesante de su exposición sobre la locura de las hermanas es que se indica que ella no sólo se encierra en el círculo fraterno, si bien ahí es donde alcanza sus catastróficas consecuencias, es en la relación con la madre (Clémence) donde el embrollo identificatorio encuentra su origen. Se trataba de una madre omnipresente que se negó en todo momento a que sus hijas formarían lazos al margen de del que las unía a ellas. Una vez que

²⁵ Ahora es permisible escribir el siguiente argumento a fuerza del volver sobre él en capítulos adelante, una idea que permanecerá vigente a lo largo de toda la obra de Lacan es que existen locuras que se comparten, y más aun, que se sostienen en la medida en que son compartidas. En este tipo de manifestaciones el fenómeno elemental, que estaba como en un estado de suspensión, se desencadena con toda la variedad de la que los psiquiatras-fenomenólogos dieron a conocer una vez que se afecta de manera definitiva el lazo con el uno del ideal. Esta concepción (como señala Juan Carlos Plá, 2010) antecede a otra que será fundamental en sus trabajos posteriores; la constitución de un sujeto en varias generaciones.

las hermanas, al parecer por influencia de su patrona y víctima, la Sra. Lancelin, deciden dar por terminada su relación con ella es que comienza el desarreglo de psicológico que conducirá a tan funestos resultados.²⁶

2.2 La identificación de la “pareja psicológica”

Lacan, dijimos, recurre al doctor Logre y retoma de él el término “pareja psicológica” para dar cuenta de esa particular relación entre sujetos en la que el uno arrastra al otro a su delirio, mismo que antes de quedar evidenciado por *el acto* permanece como en un estado de incubación, estado en el que pueden ya existir en su contenido todas las características del delirio propiamente dicho, sin embargo, en esta ocasión éste se presentará en formas que no propician la absoluta ruptura del lazo social. El delirio se desarrollaría progresivamente y de manera simultánea en todas “personalidades” involucradas en el complejo. Se trata involucramiento que hace difícil discernir una de la otra, en su contenido no se revela el carácter elocuente que normalmente se asocia a los discursos delirantes, digamos que se mantiene dentro de los límites de lo que llamaríamos el “*carácter neurótico*”. En este punto Lacan recurre también a Freud y a su texto *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1984g) para explicar el caso de las Papin como pareja psicológica.²⁷

²⁶ Un detalle quizá más que importante y que se deduce *après-coup* de precisiones clínicas posteriores es el hecho de que el delirio a dúo y folie à deux no son necesariamente equivalentes, un delirio puede no sostenerse, puede desaparecer, reaparecer o mantenerse mientras que en una locura compartida de lo que se trata es de un espacio en el que un elemento necesariamente debe implicar a otro, es decir, que se sostienen mutuamente, la ruptura entre ellos es ciertamente imposible salvo por el conducto del pasaje al acto, salida delirante normalmente violenta. Vale la pena detenerse en este punto ya que en la elaboración de un concepto de locura descansado en la obra de Lacan necesariamente se plantea la posibilidad de distinguir el delirio de la locura en cuanto tal. Este es un punto que será retomado en discusiones subsiguientes en este trabajo.

²⁷ “Los psicoanalistas mismos, cuando hacen derivar la paranoia de la homosexualidad, califican esta homosexualidad de inconsciente, de “larvada”. Esta tendencia homosexual

En el texto referido, Freud explica que el paranoico percibe la indiferencia de sus semejantes –en relación a su demanda de amor– como hostilidad cuando no como un ataque directo. Tanto el celoso como el perseguido “proyectan hacia afuera, sobre otros, lo que no quieren percibir en su propia interioridad. sin duda que lo hacen, pero no proyectan en el aire, por así decir, ni allí donde no hay nada semejante, sino que se dejan guiar por su conocimiento de lo inconsciente y desplazan sobre lo inconsciente del otro la atención que sustraen de su inconsciente propio.” (Ibíd., p. 220) Freud se pregunta por la inversión de los afectos y responde que se trata del sentimiento de ambivalencia que aparece muy a propósito del incumplimiento de la demanda de amor de modo tal que “[...] para defenderse de la homosexualidad, la ambivalencia de sentimientos presta al perseguido el mismo servicio que los celos” (Ibíd.) prestan al sujeto neurótico. Cabe señalar este es un texto escrito en 1921 y publicado al año siguiente, se trata, como sabemos, del periodo llamado “el giro del veinte” cuando se declara abiertamente la importancia primordial –y recién descubierta– de la economía libidinal en la aparición de anormalidades en la vida afectiva del sujeto. En la paranoia la anormalidad consiste en “la sobre investidura de las interpretaciones de lo inconsciente del otro.” (Ibíd. 222). Lacan, siguiendo atentamente los postulados del texto freudiano en cuanto al papel de las fijaciones libidinales, planteamiento ya puesto en marcha desde el análisis del caso Aimée, explica el mecanismo bajo el cual opera la locura compartida de las Papin:

“Se trata, de hecho, de un mecanismo constante: esa fijación amorosa es la condición primordial de la primera *integración* de las tendencias instintivas de aquello que llamamos las tensiones sociales. Integración dolorosa, en la que se marcan ya las primeras exigencias sacrificiales que nunca más dejará de ejercer la sociedad sobre sus miembros.” (Lacan 1976a. Óp., cit. p. 344)

no se expresaría sino por una negación enloquecida de sí misma, que fundaría la convicción de ser perseguido y designaría al ser amado en el perseguidor.” (Lacan 1976a, óp., cit. p.344)

2.3 La locura de ser-dos

Esta *integración* será llevada a cabo a partir de una fijación anclada en el narcisismo, “en la cual el objeto elegido es el más semejante al sujeto: tal es la razón de carácter homosexual”. (Ibíd.) La lectura del concepto de homosexualidad en Freud refleja el carácter estructural del mismo que Lacan repeta. No se trata que el sujeto tenga o no una tendencia que le haga proclive a las relaciones con los seres del mismo sexo sino de una homosexualidad en el sentido de que el sujeto *cae* en una suerte de enamoramiento de espejo, es decir, que la imagen del cuerpo propio es elevada al nivel del ideal por la mirada del otro semejante que en primera instancia no serán otros que los encargados del cuidado del niño. Esta característica debe conducirnos irremediabilmente a la pregunta por la naturaleza del vínculo afectivo tal y como se presenta en la paranoia, sobre esto Lacan (Ibíd., p. 345) opina refiriendo su análisis de 1932:

“La ambivalencia afectiva hacia la hermana mayor dirige todo el comportamiento autopunitivo de nuestro “caso Aimée”. Si en el curso de su delirio Aimée transfiere sobre varias cabezas sucesivas las acusaciones de su odio amoroso, es por un esfuerzo de liberarse de su fijación primera, pero este esfuerzo queda abortado: cada una de las perseguidoras no es, verdaderamente, otra cosa que una nueva imagen, completa e invariablemente presa del narcisismo, de esa hermana a quien nuestra enferma ha convertido en su ideal. Comprendemos ahora cuál es el obstáculo de vidrio que hace que Aimée no pueda saber nunca, a pesar de estarlo gritando, que ella ama a todas esas perseguidoras: no son más que imágenes.”

Lacan vincula el concepto freudiano de la de ambivalencia afectiva al papel constituyente que tienen las imágenes en la formación del yo. La paranoia en este momento (1933) se traduce como un trastorno en el que la inherente pulsión odio-amorosa queda atrapada en el juego especular de las imágenes vía una fijación libidinal. Vemos que lo imaginario (concepto aún no formalizado) se

cierno, cuando se habla de la paranoia, como algo que remite a lo siniestro de una mirada que persigue y que atrapa la imagen del cuerpo.²⁸ Se trata del “mal de ser dos” de la pareja amorosa que formaron Christine y Lea, quienes incapaces de establecer un límite entre ellas mismas y su madre, se entregan a una existencia constituida –al igual que su crimen– en un *mundo cerrado*; ahí, aisladas, es dónde buscaron resolver “el enigma humano del sexo”. Nosotros diremos, para completar lo dicho por Lacan, que se trata de un amor que no admite el sexo, o mejor, un amor que evita la relación sexual en tanto que esta significa un espacio y una separación que hace posible el entre-dos que es la esencia misma de la relación, es decir, la incompletud y la desigualdad de los elementos que se relacionan. Ellas (las hermanas) al verse impedidas en la elaboración de una pregunta sobre aquel misterio de la vida que es el sexo “...entremezclan la imagen de sus patronas con el espejismo de su propio mal.” (Ibíd., p. 346). La imposibilidad para establecer un distancia entre una y otra llevará a las hermanas a constituirse en una verdadera unidad inseparable en las que el yo de una (Lea) es sencillamente el reflejo exacto del yo de la otra (Christine). Se trata de un *mal de Eros; una pasión narcisista desmedida que provoca que la relación con el otro quede excluida, es por esto que la frase de Lacan que acabamos de citar es tan esclarecedora; las hermanas, con el brutal asesinato, lo que buscaban era des-hacerse del mal que las consumió hasta el día del fatídico desenlace.*²⁹ (Plá, J. C. 2010)

²⁸ Recordemos el horrendo detalle del crimen en el que las hermanas, poseídas por saber un delirante, arrancan los ojos de sus víctimas en una suerte de pasaje a la literalidad del acto. Al respecto Plá (óp., cit. p. 17) señala; “Lo siniestro tiene que ver con una dimensión donde el Otro me arranca la mirada, donde no tengo mirada que cuente para el Otro [...] las hermanas aparecen como el Otro que arranca los ojos, para que ya no cuenten más las miradas [...]”

²⁹ Vale la pena señalar que después de ser condenadas a prisión perpetua las hermanas parecen finalmente haber logrado esa separación, la vida de Christine se apagará rápidamente tras cuatro años de encierro, mutismo y anorexia, en sus últimos días será incapaz de reconocer a Lea, quien después de 10 años de reclusión será liberada por su buena conducta, sólo para volver al seno materno y morir muchos años más tarde.

2.4 Conclusión al caso: Apertura hacia una nueva teoría del yo

Podemos afirmar que la consecuencia más importante extraída del caso de las hermanas Papin es la reformulación de su interpretación de la teoría del yo, ya no solamente en una función de síntesis sino introduciendo la cuestión especular y del narcisismo. Si en su texto de 1932 se entiende al yo como una *síntesis unitaria* de las funciones de la personalidad después de 1933 éste quedará definido como una síntesis de conglomerados, de imagos.

Más tarde, en agosto de 1936, Lacan presentará en el XIV Congreso Psicoanalítico Internacional en la ciudad austriaca de Marienbad su exposición sobre El estadio del espejo como periodo determinante en la formación del yo. Este es un momento de gran importancia en la obra de Lacan puesto que marca su entrada de lleno en la teoría psicoanalítica con el estudio del papel de las identificaciones. Retomando las ideas de un Henri Wallon, quien se pronunciaba por una teoría del yo en la que la unificación de éste sería producto de una dialéctica basada en las leyes de la evolución, Lacan transforma la noción del estadio del espejo dispuesta por éste y la desprende de sus connotaciones evolucionistas al plantear que el estadio no es otra cosa que una operación del psiquismo del niño en la que se inicia un proceso de identificación con la figura especular del otro. Ahora, si bien la experiencia del congreso de la IPA no fue exactamente placentera para Lacan (Roudinesco, E. 1994) sin duda fue un momento de gran importancia y determinante en el sentido de por primera vez se plantean el preámbulo de lo que será su muy original teoría del sujeto.

2.5 Lenguaje y pensamiento: Significar para alguien y la función informadora de la Imago

Al mismo tiempo que introducía la teoría del estadio del espejo en su primer congreso psicoanalítico Lacan escribió *Más allá del principio de realidad* (2009), texto en el cual expone que el análisis fenomenológico es parte privilegiada y esencial de toda investigación psicológica que pretenda ir más allá de su propia *garantía de verdad* en lo que concierne a su objeto de estudio. En este sentido Lacan dirige una dura crítica a la psicología de orientación *asociacionista* señalando que su mayor defecto es sin duda ese suponer la preexistencia del objeto de conocimiento al lenguaje que lo define. Al proceder de este modo se desconoce toda diferenciación básica entre los conceptos de *función* y de *funcionamiento* (distinción básica en el pensamiento lacaniano), lo cual no puede provocar otra cosa que una desvarío, una *antinomia dialéctica*³⁰ que convierte a la psicología en una *ciencia fundamentalmente idealista de los fenómenos del conocimiento* que se sustenta al mismo tiempo en un *materialismo ingenuo*, probadamente incapaz de construir su objeto en términos positivos. Lacan utiliza el problema de la imagen en su función de información, es decir como “forma intuitiva del objeto”, (Ibíd., p.85) para mostrar cómo es que su relevancia en el psiquismo ha sido reducida (desde la psicología) a un mero accidente en el que unas se superponen a otras en el tiempo por un principio de acumulación.

Si bien dos años antes (1934) de la publicación de este texto Lacan ya había ingresado a la Sociedad Psicoanalítica de París este es un trabajo que aún merece el mote de “pre-analítico” en términos del uso que hace de conceptos fundamentales de imago, identificación y complejo, lo relevante es que se sirve del análisis fenomenológico para cuestionar el papel del lenguaje en los trastornos

³⁰ “[...] la primacía de un espíritu puro, en tanto que, por el decreto de esencial de la identificación, que reconoce al objeto a la vez que lo afirma, constituye el momento verdadero de conocimiento.” (Lacan 2009, p. 84)

mentales en términos de una premisa fundamental; si se *reduce* el signo a su mínima expresión es posible llegar a la conclusión de que el lenguaje “[...] antes que significar algo, significa para alguien.” (Ibíd., p. 89). A pesar de que esta proposición *acusa un sentido encubierto por las palabras*, merece destacar que este *sentido* será consignado a una *figura otra* en la medida en que es ese otro quien podrá *significar* ese sentido. Se habla de un personaje que *ordena* el sinsentido por medio de una operación de reconocimiento de los signos que lo contienen, conceptualización interesante aunque errada que postula ya la posición de un oyente como *interlocutor*, y sobre todo, vincula esta figura a un *rechazo* primordial para la revelación en el sujeto de una imagen³¹ que le permita, no sin ser esto paradójico, lidiar precisamente con aquel *rechazo* en una suerte de *sustitución* (Ibíd., p. 90).

La *función informadora* de esta imago está definida por procesos *identificatorios* –siempre discernibles de la simple imitación– que se caracterizan por “[...] la asimilación global de una estructura [...]” y por “[...] la asimilación virtual del desarrollo que esa estructura implica en el estado aún indiferenciado.” (Ibíd., p. 94). Lacan identifica estos períodos de indiferenciación con la inexistencia de inhibiciones propias de las prohibiciones sociales. Resulta particularmente interesante revisar el tratamiento del concepto de identificación en esta época ya que, como señala Roberto Mazzuca (2007), parece que desde el comienzo de su obra Lacan sitúa una distinción clara entre el concepto freudiano y el suyo. Recurre a los trabajos de Émile Meyerson y a su concepto de *identificación mental* para describir que las relaciones sujeto-naturaleza se organizan bajo un pensamiento identificatorio cuyo sentido no es ni la imitación ni la introyección sino la *relación de una imagen con otra*, relación habilitada por medio de herramientas *artificiales* de las cuales el lenguaje representa su más alto logro. Como un detalle no menor diremos que *el concepto de imagen parece tener entonces un valor antecedente y condicionante para lenguaje en tanto que es la forma más esencial*

³¹ Entendida en el sentido de una estructura bajo la cual se organiza la psicología de un sujeto, es decir, una Imago.

de relación (este punto será merecedor de un comentario especial en capítulos adelante). Dentro del proceso de constitución subjetiva las identificaciones representarán la transmisión de los rasgos que producen la forma particular de las relaciones sociales del sujeto, de este modo, el comportamiento humano queda definido dentro de una determinada *estructura* social en una “constelación que dentro de esta estructura domina de modo más especial los primeros años de la infancia.” (Lacan 2009. Óp., cit. p. 95). Aquellas relaciones psíquicas primordiales son lo que Lacan llamará complejos.³²

2.6 Los complejos familiares, una primera lectura del Edipo

Antes de que termine la década (1938) Lacan escribe un artículo preparado para la Enciclopedia Francesa cuyo tema era la vida mental de la infancia a la vejez. El escrito que lleva por título *La Familia* aparece publicado después de la famosa y accidentada presentación de la teoría del estadio del espejo durante el congreso de Marienbad y se articula sobre dos principios teóricos fundamentales; la preeminencia de los complejos familiares sobre las determinaciones biológicas y fisiológicas del “instinto” y la proclama de que la Imago es la organización fundamental del psiquismo. (Lacan 2003, p. 27) Lacan retoma los principios de su teoría del estadio del espejo para escribir su síntesis de la familia freudiana basada en el Complejo de Edipo y el padre como prototipo de la represión a través de la amenaza del complejo de castración. Lo original es que presenta el estadio del espejo como un momento antecedente al complejo de Edipo, precisión nada desdeñable, además de que realiza una maniobra bastante dudosa cuando, a pesar de reconocer que Freud define el término complejo en tanto que representaciones inconscientes (Imago), no deja de señalar que al ser considerados como las estructuras que determinan la organización psíquica del

³² “Por la vía del complejo se instauran en el psiquismo las imágenes que informan a la unidades más vastas del comportamiento, imágenes con las cuales el sujeto se identifica una y otra vez para representar; actor único, el drama de sus conflictos.” (Lacan 2009, p.95)

sujeto la noción puede ser extendida para describir también cómo se organizan algunos de los fenómenos conscientes: “Hemos definido al complejo en un sentido muy amplio que no excluye la posibilidad de que el sujeto tenga conciencia de lo que representa” (Ibíd., pp. 28-29). A juicio nuestro esta y otras erratas en la lectura de los textos de Freud pierden sustancia en tanto que sus posteriores elaboraciones se dirigen a cuestionamientos en los que la lógica no es ya una tónica sino una topología de los conceptos. El inconsciente dejará de ser un lugar para convertirse en una dimensión (estructurada como un lenguaje). En este sentido, otra idea de relativa importancia que reaparece en el texto es aquella de una cierta “herencia psicológica” (Ibíd., p. 16), es decir, la idea de que el sujeto se constituye en un proceso generacional en el que las “vicisitudes del grupo familiar” y de los “complejos y arquetipos” socio-históricos (Farré J. 2011, p. 59) serán el receptáculo en el que el sujeto se introduzca a la cultura quedando así determinada su vida psíquica como un fenómeno social.

Es necesario hacer un breve recorrido por el texto rescatando los conceptos que resulten importantes para explicar el planteamiento sobre el problema de la constitución del yo, a saber; que el destino psicológico del niño dependerá de la articulación entre las imágenes parentales, el sujeto tendrá que sublimar la pérdida de la Imago materna e identificarse de acuerdo a la estructura edípica predominante su grupo familiar de modo tal que no quede “cautivo de las imágenes del complejo” y que de este modo esté presente toda la disposición para quedar “sometido tanto a su instancia letal como a su forma narcisista” (Lacan 2003, óp. cit. p. 137). En este sentido (el de una teoría de psicosis sustentada en la hipótesis de los complejos familiares) también se comienza a articular la idea del declive de la Imago paterna vinculada a la aparición de ciertas formas psicopatológicas que llamaríamos “de época.” (Ibíd. pp. 92-93)

Lacan comenzará por explicar que el complejo del destete representa la forma primordial de la Imago materna. Es el complejo más primitivo del desarrollo psíquico y da lugar a los sentimientos más arcaicos y más estables que unen al

individuo con la familia. A pesar de ser un estadio primordial, el destete, más que estar fundado en la determinación fisiológica del niño estaría regulado por factores culturales (el tabú freudiano) que prohíben a la madre la perpetuación de aquel primer régimen alimenticio. En este sentido se considera que “[...] el destete es a menudo un trauma psíquico [...]” (Ibíd. p. 32) puesto que se trata del momento que interrumpe una relación biológica (la del alimento), interrupción que no puede menos que dejar una huella insistente en el psiquismo. Vemos pues que el destete es considerado como una crisis vital pero también como una crisis psíquica en la que el sujeto, al margen de toda conceptualización de una elección puesto que no se encuentran ahí rastros de nada que pudiera ser llamado yo primitivo, tiene dos opciones para lidiar con el hecho de la pérdida, o bien aceptarlo o bien rechazarlo. Lacan dirá que el camino del rechazo es lo que abre la posibilidad para que el sujeto elabore “positivamente” esta pérdida primordial. La Imago materna entonces deberá ser sublimada para que nuevas relaciones se introduzcan con el grupo social y nuevos complejos las integren al psiquismo, es esto lo que determinará el progreso de la personalidad. De lo contrario la Imago, necesaria en su origen, deviene “factor de muerte” (Ibíd. p. 40).

Si el complejo del destete representa la sublimación de la Imago materna el complejo de intrusión tendrá que ver con la experiencia que vive el niño que en *condiciones domésticas normales* se ve confrontado a la imagen de un otro (por lo general un hermano) cuya figura semejante no vendrá representar otra cosa que una relación fundada en el principio de la *rivalidad*. Es interesante que en el texto se diga de que esa rivalidad, en modo alguno de importancia vital, se vive en el plano de una *identificación mental* (Ibíd. p. 45) en la que se adopta la postura y los gestos de ese otro rival. Subrayamos el uso que aquí se está haciendo del término *identificación* ya que Lacan indica puntualmente que se trata de un periodo que comprende hasta los primeros dos y medio meses de vida, más adelante la identificación seguirá otras vertientes teniendo la confrontación con la Imago del otro un carácter diferente, no siendo “[...] un conflicto entre dos individuos sino un conflicto en cada sujeto, entre dos actitudes contrapuestas y complementarias.”

(Ibíd. p. 46) Lo que opera ahí es una suerte de confusión en la que se afianza la incapacidad del niño para distinguirse como espectador y como objeto mirado. Alienado en la Imago del semejante, al niño aún no le es posible desligar la imagen del otro de la imagen del cuerpo propio³³. Una vez transcurrido el período crítico de la *prematuration* motriz, los efectos de la imagen especular serán otros bien diferentes, a saber; el niño dará muestras de un “derroche jubiloso de energía” a partir del reconocimiento de su propia imagen, Lacan lo describe como un sentimiento de alegría producido por “el triunfo de la unidad imaginaria” que lo representa, el sujeto queda maravillado ante la potencia de su imagen: “Lo que el sujeto saluda en ella, es la unidad mental que le es inherente. Lo que reconoce, es el ideal de la Imago doble. Lo que aclama, es el triunfo de la tendencia salvadora.”(Ibíd., p. 55). Sin embargo, y en esto Lacan es claro, aquella unidad imaginaria no significa que la percepción de la presencia del otro será suficiente para que el sujeto abandone el estadio del narcisismo alienante puesto que el semejante, en tanto que Imago duplicada, no está realmente representado ahí sino que en su lugar lo que tenemos es una intrusión extraña que viene a situar a ese sujeto en una confusión que lo aliena de un modo primordial y necesario. Si bien Lacan critica la hipótesis de Totem y Tabú acerca de la familia como “la horda primitiva” en la que un macho biológicamente superior acapara a las fértiles mujeres de modo tal que le es dada la muerte por la comunión fraternal de los hijos quienes a partir del asesinato fundarán las leyes de prohibición y convivencia en las que se basa la cultura, también es cierto que asocia su noción del complejo de castración³⁴ a la concepción freudiana de la prohibición del incesto y retoma el

³³ Vemos que en la asociación del concepto de confusión alienante como parte del proceso de identificación esta presente desde esta etapa. Esto es un detalle importante puesto que servirá para que Lacan pueda explicarse el mecanismo de la psicosis como una falla dentro del constitución del yo pero aún más allá; la idea de que el yo mismo constituye la mayor de las alienaciones siendo, por otro lado, la única necesaria para establecer una relación de objeto con mundo.

³⁴ Lacan definirá el complejo de castración como un doble movimiento afectivo del sujeto, por un lado agresividad dirigida en contra el progenitor frente al cual su deseo sexual lo ubica en postura de rival, y por otro retorno del temor de una agresividad semejante (2003, p. 67)

Edipo freudiano en sus tres tiempos dedicando un particular interés al momento en el que el niño es desalojado de la posición ideal, la entrada en escena del padre, cuya función será la de privar a la madre del niño como objeto de deseo³⁵. La Imago paterna aparece frente al niño como agente de la prohibición sexual y como ejemplo de esa transgresión. De acuerdo con Lacan, el Edipo opera desde lo obtenido en el complejo de intrusión, es decir, “a través de un conflicto triangular [...]” (Ibíd. p. 71), las tensiones producidas a partir del conflicto alcanzan una suerte de resolución; primero a través de la represión de la sexualidad, y segundo por la sublimación de la realidad en la imagen parental que se perpetúa como ideal producto de un *proceso identificador*. Este doble proceso inscribe “[...] dos instancias permanentes: la que reprime, Superyó; la que sublima, Ideal del yo [...]” llegando así a “[...] la culminación de la crisis edípica.” (Ibíd. p. 64)

2.7 Formas psicopatológicas de las neurosis y las psicosis y su relación con los complejos familiares

Con el artículo de la familia se comienza a abandonar la teoría de la psicogénesis de la paranoia tal y como la había trabajado hasta el momento. Se pronuncia que son los complejos (en particular el Edipo) lo que impone una cierta relación entre el sujeto y la Imago que determinará la constitución de “la realidad” al mismo tiempo que las formas patológicas. Contrariamente a lo que postulará a partir del *Retorno*, por ahora Lacan considera que en el núcleo del complejo existe un conflicto de carácter afectivo y no tanto intelectual, distinción que se hará completamente inútil a partir de la formulación de la teoría del significante, con todo, se trata de un argumento novedoso en la definición de la psicosis para su tiempo, además de que aparece ahí una idea de capital importancia: el sujeto se crean a sí mismo y a los demás sólo a través de crisis dialécticas. (Ibíd. p. 90) En el caso de una psicosis delirante el yo del sujeto tenderá a confundirse con el

³⁵ Vale la pena señalar que a pesar de que el tratamiento que Lacan le da al término "deseo" dista mucho de cualquier aproximación que se diga analítica sin duda su mención no es en absoluto fortuita.

objeto experimentando así su reincorporación en el terreno de lo imaginario y esto no a causa de un déficit de cognitivo sino por una crisis que viene a trastocar el ordenamiento de su vida afectiva. Lacan sostiene que ya para antes de que se llegue al final del complejo de Edipo el sujeto tendría que haber adquirido (en los estadios previos descritos por él como estadio del espejo) una estructura imaginaria tal que le permita lidiar con la pérdida del objeto (Ibíd., p. 78), es decir, haciendo un trabajo de duelo que lo aleje de las manifestaciones de la psicopatología en tanto que trastornos de una función psicológica esencial, función aún entendida en términos de personalidad.

El estudio de este texto confirma que Lacan utiliza un concepto de identificación esencialmente diferente de aquel descrito por Freud. Diferencia entre identificación e identificación narcisista (Ibíd., p.79) apoyándose en la idea de que la alienación es una característica única de la segunda y que la primera constituye, por decirlo así, el triunfo del sujeto en la medida en que se ha constituido un yo, un superyó y un ideal del yo a propósito de la identificación con el progenitor del mismo sexo (identificación llamada edípica) que se opone –por definición– a aquella de la Imago del semejante primordial. Queda, sin embargo, muy expuesto a la crítica su concepto de identificación edípica como la identificación con la Imago del progenitor del mismo sexo, en todo caso, al juzgar por los comentarios ya inscritos en el texto mismo puede entreverse la posibilidad de que el sexo este siendo entendido ahí tanto en su dimensión psíquica como anatómica. Sin duda este es uno de los planteamientos que tendrán mayor relevancia para sus posteriores elaboraciones y aunque su comentario sobre la diferencia entre sexo psíquico y anatómico no especifique mayormente en el texto de 1938 nos conformamos con suponer que esta idea ya estaba presente.

Se mencionó al comienzo de este apartado que Lacan identifica la declinación social de la Imago paterna con ciertas manifestaciones patológicas. A grosso modo podríamos decir que para Lacan esta declinación, que es producto del desarrollo cultural, científico y tecnológico –lo que desde el positivismo es

llamado progreso— , es ante todo como una crisis psicológica que tanto por su forma como por su alcance bien merece ser llamada *la gran neurosis contemporánea*: “Nuestra experiencia nos lleva a ubicar su determinación principal en la personalidad del padre, carente siempre de algún modo, ausente, humillada, dividida o postiza. Es esta carencia la que, de acuerdo con nuestras concepciones del Edipo, determina el agotamiento del ímpetu instintivo así como el de la dialéctica de las sublimaciones” (Ibíd., p. 94). Lacan comienza articular su noción de la falla de la función paterna como desencadenante de trastornos psíquicos graves y si bien aún lo discute en términos de una adaptación de la personalidad a la realidad, la idea de que algo de esencial en la constitución del sujeto tiene que ver con el padre indica los pasos sobre los que Lacan anduvo antes de poder formular la forclusión del Nombre-del-Padre como el mecanismo de las psicosis.

Toda la segunda parte del artículo estará dedicada al análisis de la relación de los complejos familiares con las manifestaciones psicopatológicas de las neurosis y de las psicosis. Parte de dos principios fundamentales: 1) *que los complejos familiares desempeñan una función formal en las psicosis por medio de una detención (fijación) en la economía libidinal, quedando así alteradas las relaciones del yo y la realidad*, 2) *que en las neurosis los complejos constituyen una función causal cuyos síntomas y estructuras estarán determinados por las muy particulares circunstancias familiares bajo las que se haya ordenado el complejo*. Lacan justifica un poco la tesis de la paranoia de autocastigo acentuando lo “novedoso” de esa aproximación en Francia pero al final debe que admitir una nueva; que en la psicosis lo que se presenta es una “[...] reconstitución de estadios del yo, anteriores a la personalidad [...]” en la que opera una suerte de parálisis afectiva bajo el nombre de fijación y que es en esas formas detenidas donde se encuentra el objeto del delirio (Ibíd., p. 99). Para entender el papel de los complejos en las psicosis paranoica Lacan procede en su investigación desde dos vertientes, por un lado, los complejos familiares como tema del delirio, y por otro, como agentes causales en su determinismo (Ibíd. p. 107), y es en lo relativo al orden causal que se especifica que de todas sus formas

la que mejor representa el influjo de las condiciones psicológicas originadas en el grupo social es el delirio a dúo. Según él la eclosión de la psicosis puede vincularse a la hipótesis de un grupo familiar “descompletado” en el que a causa de esta falta al menos dos miembros se aislarán de modo progresivo y formarán lo que se conoce como “la pareja psicológica” (Ibíd. pp. 110-111) o complejo fraternal.

Aunque sigue discutiendo el tema de la anomalías de la vida afectiva en términos de una teoría de la personalidad Lacan comienza a utilizar otros términos para cuestionarse acerca del proceso de constitución del yo, ya para el final de su trabajo (Ibíd, pp. 134-35) hablará de las nociones de libido y deseo como conceptos clave para entender que las manifestaciones clínicas que presentan los casos de esquizofrenia remiten siempre al fracaso del proceso constitutivo del yo de modo tal que también se produce una ruptura con el mundo social que llamamos realidad. El problema de “la introversión de la personalidad” en la esquizofrenia³⁶ se define por una “carencia de la Imago constitutiva del Ideal del yo” que produce aquella “subducción narcisista de la libido” que se observa en los síntomas más graves. Si bien es cierto que falta el recurso de lo simbólico para explicar cuestiones básicas de la teoría también es válido suponer que se apela a él aun sin que esto signifique que el autor sea plenamente consciente de ello, por ejemplo, la definición de la Imago como instancia estructural³⁷ bien puede considerarse el preámbulo de la diferencia con la que Lacan va a trabajar el concepto de objeto y la formulación de la función del significante en esta etapa temprana de su obra.

³⁶ Entendida ésta como una “*involución intrapsíquica*” que devuelve al sujeto a un estadio del narcisismo primordial.

³⁷ “El Superyó y el ideal del yo, en efecto, son condiciones de estructura del sujeto [...]” (Lacan 2003. pp. 129-130)

3. CAUSALIDAD DE LA LOCURA

3.1 El debate sobre el factor electivo

Acerca de la causalidad psíquica (2009b) no es quizá una crítica tanto como un distanciamiento del órgano-dinamismo de Henry Ey, teoría que establece lo fundamental del fenómeno psicótico en términos de un “error de interpretación”, equívoco que el psiquiatra califica de “insulto a la libertad”. Lacan acusa que esta tesis se diferencia sólo superficialmente de las teorías organicistas ya que al considerar el error de la creencia del sujeto delirante como un “fenómeno de déficit” se le concede un lugar de objeto *puro*, como si existiese fuera una causalidad relativa a otros fenómenos. En este sentido desechamos las observaciones de un Jean Garrabé (óp. cit., p. 136) quien señala que el incipiente psicoanalista habría confundido las teorías “organísmicas” de Ey con lo que Jean-Paul Sartre llamó “el nuevo biologicismo”, es decir, aquellas posturas que defendían que la naturaleza de los fenómenos psicóticos se debía a un sustrato orgánico exclusivamente. Para el doctor Garrabé la tesis de Ey se inclina más al sentido spenceriano de *la naturaleza como resultado de procesos de organización que obedecen a la lógica evolutiva de la biología y no a la idea del órgano biológico*. Creemos, por el contrario, que esta diferencia es claramente reconocida por Lacan, de ahí que sitúe la hipótesis órgano-dinámica justo al mismo nivel que las teorías biologicistas, esto en virtud de que para esta postura la “enfermedad mental” no sería otra cosa que un trastorno neurológico, una producción cerebral más que debe ser considerada globalmente y sin hacer distinción entre lo que es orgánico y lo que es psíquico. Es precisamente en este punto donde el texto establece una distancia insalvable entre su comentario y el del maestro de Bonneval, ahí dónde el segundo describe que las enfermedades mentales causadas por determinaciones en la organización biológica son obstáculos e insultos a la libertad humana Lacan discurre; “[...] al ser del hombre no sólo no se lo puede comprender sin la locura, sino que ni aun sería el ser del hombre si no

llevara en sí la locura como límite de su libertad.” (Lacan 2009b, óp., cit. p. 174). Este enunciado define la locura como el límite de la libertad a propósito de los planteamientos de la fenomenología hegeliana al tiempo que especula sobre el papel de las identificaciones como “margen de elección” de una sintomatología singular a cada sujeto. En este sentido Mazzuca (2007, óp., cit. p. 76) señala que la fórmula del límite de la libertad no sólo es utilizada en términos de un obstáculo al movimiento del *ser* sino que se juega también su “sentido matemático”, esto es, el límite de una función que anula la separación y la distancia del sujeto con el objeto, en este caso, de la identificación con el ideal. Desde estas prerrogativas se plantea una diferencia radical entre el sujeto cartesiano que existe porque piensa (correctamente), es decir, que es racional, y por otro lado aquel que llamaremos el *sujeto del lenguaje*, ese que es ahí donde no piensa.

Toda la oposición de los planteamientos de Lacan y de Ey respecto de la noción de una cierta causalidad psíquica responsable del fenómeno de la creencia delirante (tal y como lo indica el subtítulo de este apartado) es un debate que tiene que ver con el factor electivo de la psicopatología de un sujeto, o lo que es lo mismo, la posibilidad de una cierta implicación de ese sujeto en la *formación* de un síntoma relativo a ciertas interrogantes en el lugar del inconsciente tal y como lo descubrió Freud. El argumento que el alumno demuestra ante el maestro encuentra su terreno en dos ideas básicas; en el fenómeno del desconocimiento en la locura opera como forma primitiva de reconocimiento y que el fenómeno de la infatuación es producto de una identificación sin mediación. (Lacan 2009b, óp., cit. p. 163) Este es un punto en el que necesariamente habremos de ahondar puesto que se trata de un primer gran aporte teórico que bien merece ser calificado propiamente como *lacaniano*.

3.2 El fenómeno de desconocimiento en el sujeto infatuado

El fenómeno de la creencia delirante será una manifestación de desconocimiento en tanto que Lacan hace valer el sentido antinómico que la palabra conlleva (Frydman y Thompson, 2009). Es cierto que para que uno pueda afirmar que algo se desconoce primero debe admitirse que aquello que se está negando ha tenido que ser previamente reconocido. El loco, quien no reconociéndose ahí dónde se supondría que está puesto su saber sobre sí mismo, es incapaz de declinar aquella creencia puesto que *permanece cautivo en la función de desconocimiento que es el yo (je)*.

La experiencia del fenómeno elemental (alucinaciones, interpretaciones obsesivas, intuiciones delirantes y un largo etcétera), aún cuando provoca gran desconcierto y tribulación, es siempre una forma interpelación al sujeto en la que si bien “[...] no reconoce sus propias producciones en calidad de suyas [...]” tampoco dejará de tantear algo de sí en ellas en tanto que estas *productos* “[...] lo desdoblan, le responden, le hacen eco, leen en él, así como él los identifica, los interroga, los provoca y los descifra [...]”. De este modo, “[...] la locura es vivida íntegramente en el registro del sentido [...]” (Lacan 2009b, óp. cit. p. 164) a diferencia de lo que el pensamiento positivista sugiere, a saber, que el fenómeno elemental sería en principio una suerte de “indicador del valor discriminativo de la conciencia”, es decir, de su preponderancia sobre aquello de lo que es conciente. A partir de la fenomenología de Merleau-Ponty, Lacan propone que se trata más bien de un hecho que es “esencial a la intencionalidad del sujeto” (Lacan 1981, p. 96), fundamento teórico que, a juicio nuestro, jamás será descuidado a lo largo de su obra. Este principio constituye uno de los mayores soportes para la propuesta de nuestro trabajo, a saber; ***el sujeto no es ajeno al malestar que le aqueja, aun cuando él mismo no sepa nada al respecto***³⁸.

³⁸ “A estos enunciados se opone toda nuestra experiencia en la medida en que nos aparta de concebir al yo como centrado sobre el *sistema percepción-conciencia*, como organizado por el “principio de realidad” en que se formula el prejuicio cientifista más opuesto a la dialéctica del conocimiento -para indicarnos que partamos de la *función del*

Esta paradoja (inevitable) remite a la definición del reconocimiento primitivo en aquello que se desconoce como propio y que se evidencia en las situaciones en las que “[...] el loco quiere imponer la ley de su corazón a lo que se le presenta como el desorden del mundo, empresa “insensata”, pero no en el sentido de que es una falta de adaptación a la vida –fórmula que oímos corrientemente en nuestros medios, aun cuando la mínima reflexión sobre nuestra experiencia debe demostrarnos su deshonrosa inanidad– empresa insensata, digo, más bien por el hecho de que el sujeto no reconoce en el desorden del mundo la manifestación misma de su ser actual, y porque lo que experimenta como ley de su corazón no es más que la imagen invertida, tanto como virtual, de ese mismo ser.” (Lacan 2009b, pp. 169-170) Lacan encontrará que esta condición de desconocimiento observada en la locura (particularmente en sus manifestaciones paranoicas pero no solamente ahí) es consecuencia de un proceso identificatorio malogrado a un nivel primario, falla que corresponderá a la no-mediación de las identificaciones con las imágenes ideales. El texto detalla plenamente el papel que tienen las identificaciones sobre el fenómeno de la creencia delirante puesto que “[...] si un hombre que se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey [...]” (Ibíd. p. 169), la diferencia, como señalan los autores (Frydman y Thompson, óp. cit.), radica en el “desenlace” de la identificación, es decir, si ésta ha permitido operar a partir de la mediación de una instancia tercera. De lo contrario el sujeto quedará remitido a una “posición infatuada”³⁹ en la que el desconocimiento será el “[...] índice de lo que el sujeto conoce de él sin reconocerse allí, aun cuando quiera imponer su ley al desarreglo en que se le presenta el mundo, ya que ese mismo desorden es manifestación de su ser, y aun cuando la salida a su embrollo la encuentre por vía de la infatuación.

desconocimiento [...] pues si la *Verneinung* representa su forma patente, latentes en su mayor parte quedarán sus efectos mientras no sean iluminados por alguna luz reflejada en el plano de la fatalidad, donde se manifiesta el *ello*.” (Lacan 2009a, p. 105)

³⁹ “[...] esa identificación, cuyo carácter sin mediación e “infatuado” he deseado ahora mismo hacer sentir, se demuestra como la relación del ser con lo mejor que éste tiene, ya que el ideal representa en él su libertad.” (Lacan 2009b, p. 170)

Es decir, creérsela.” (Ibíd. p. 86) La locura será entonces el resultado de una identificación inmediata en la que el sujeto efectivamente creará ser lo que es desconociendo la *hiancia* primordial que constituye todo lo subjetivo. Este es un punto de capital importancia ya que desde este momento Lacan hace explícita una de las más determinantes diferencias entre su pensamiento y aquel de la psicología y la psiquiatría (y aun el de ciertos psicoanálisis): una teoría del yo que profese la totalidad del conjunto subjetivo estará irremediablemente condenada al fracaso puesto que lo único que puede observarse ahí es un “agujero hiente” como principio y como final de todo “desarrollo”⁴⁰.

La locura es entonces una condición inherente al ser del hombre y esto, como ya mencionamos, la convierte en una posición subjetiva clínicamente más cercana a la paranoia que a la esquizofrenia, siendo esta una distinción teórica de gran importancia para el delineamiento de los bordes que comparte con el concepto de psicosis. Nuevamente, su mecanismo será aquel de una no-mediación de las identificaciones de modo tal que la función ejercida desde el lugar de la imagen ideal constituye toda la creencia en el yo. Esta imagen, al ser transmitida desde la posición del otro semejante, alcanzaría toda su sanción una vez que, mediada por esta instancia tercera, permitiera el tránsito del sujeto hacia un momento en el que se reconocerá a sí mismo como otro. La función del ideal será la del desconocimiento de aquello que determina la causalidad psíquica del sujeto en la medida en que ésta se organiza alrededor del deseo del otro⁴¹. La mediación como requisito indispensable para salir del estadio de alienación primordial que significa la identificación con el ideal no está planteada

⁴⁰ “[...] aun cuando los mejores espíritus en psicoanálisis requieren una [...] teoría del Yo, hay pocas probabilidades de que su lugar se advierta por otra cosa que no sea un agujero hiente [...]” (Lacan 2009b, p. 176)

⁴¹ “El deseo mismo del hombre se constituye [...] bajo el signo de la mediación; es deseo de hacer reconocer su deseo. Tiene por objeto un deseo -el del otro-, en el sentido de que el hombre no tiene objeto que se constituya para su deseo sin alguna mediación [...] y que se vuelve a encontrar en todo su desarrollo de su satisfacción a partir del conflicto entre el amo y el esclavo mediante toda la dialéctica del trabajo.” (Lacan 2009b, p. 179)

explícitamente en el texto del 1946 aunque sí se hace mención de ella. Será hasta el seminario *Los escritos técnicos de Freud* cuando Lacan (1981, óp. cit.) trabaje ampliamente esta formulación, lo hará siguiendo lo dicho en el informe sobre el *Discurso de Roma*; se trata de la *función de la palabra* que engancha al sujeto con el otro, “[...] mediación entre el sujeto y el otro [...] realización del otro en la mediación misma [...]” (Ibíd. p. 82) puesto que sólo a través de la palabra será posible que el sujeto sepa algo de ese otro y pueda así proclamar un lazo con él. “El yo es referencial al otro. El yo se constituye en relación al otro. Le es correlativo. El nivel en que es vivido el otro sitúa el nivel exacto en el que, literalmente, el yo existe para el sujeto.” (Ibíd., p. 85)

3.3 El estadio del espejo y la causalidad psíquica

Lacan expone que el registro de las imágenes percibidas se impone como experiencias primordiales a toda objetivación y síntesis de tal manera que resultan decisivas para la constitución de lo que llamamos la realidad. El concepto de *imago*, vale decir, la captura identificatoria realizada a partir de ella, le permite explorar las *relaciones imaginarias fundamentales* en la constitución del sujeto al representar objetos que sólo existen a partir de una suerte de “reconocimiento primitivo”. (Lacan 2009b, óp cit. . p. 182)

Apoyándose en Merleu-Ponty y su fenomenología de la percepción, Lacan (Ibíd. pp. 176-177) propone que la experiencia primordial de la imagen del semejante responsable de los cuidados del niño pequeño tiene la cualidad de presentarse “partes extra partes”, es decir, de un modo fragmentado en términos de la experiencia en cuanto tal. Más o menos a los seis meses de edad sucede algo determinante; si primero la experiencia de la imagen es aquella de la fragmentación, a partir de ésta se producirá el reconocimiento arcaico necesario para que más tarde el sujeto experimente la “asunción triunfante de la imagen”, un momento de fascinación ante el reflejo del espejo que es el otro. Se trata de una

primera organización de la experiencia en la que “[...] el sujeto se identifica de Sí con la imagen del otro [...]” (Ibíd. pp. 178-182), identificación que compromete toda la extensión de los matices que alcanzan las emociones humanas, sus ambigüedades y sus ambivalencias. Explica que estas importantes consecuencias en torno al lugar imaginario de los fenómenos subjetivos tienen origen en la “prematuración del nacimiento” y el contingente “atraso” del desarrollo neurológico antes de los primeros seis meses de vida. De esta prematuración son prueba la incoordinación motora y del desequilibrio corporal observados durante este periodo. Por el contrario, el desarrollo de las funciones ópticas y los efectos de la estimulación visual se dejan apreciar pocos días después del nacimiento⁴², la marca de entrada al *ser-en-el-mundo* es una completa disimetría en el desarrollo funcional del organismo humano. La precoz maduración de la percepción visual otorga a la imagen un valor de “anticipación funcional” (Ibíd. p. 183) en tanto que la identificación con esta es decisiva para la formación del nudo imaginario que da lugar a lo que Freud llamó narcisismo. Lacan lee en *Más allá del principio de placer* (Freud 1984e) que desde el comienzo mismo del desarrollo psíquico al yo primordial le es exigida una renuncia a condición de obtener una salida a la alienación, esta exigencia será el rastro de la miseria que vivirá el sujeto en todas las separaciones de su objeto de amor, vale decir, del objeto de identificación. La falla en este renunciamiento primordial al narcisismo primitivo será la estructura fundamental de la locura y del desconocimiento que dirigirá todas sus relaciones con el mundo. (Lacan 2009b, óp cit. . p. 184)

Al presentar nuevamente su teoría del espejo en el XVI congreso de la IPA en Zurich el año de 1949 Lacan (2009a) añadirá a lo expuesto 13 años antes que no se trata ya del yo considerado una “síntesis armónica” de las funciones de la personalidad, por el contrario se le define “[...] como un sistema central de identificaciones alienantes [...]” (Mazzuca, óp cit. 2007, p. 76-77) que terminan por

⁴² "Sabido es que sus efectos se manifiestan con respecto al rostro humano desde el décimo día posterior al nacimiento, es decir, apenas aparecidas las primeras reacciones visuales y previamente a cualquier otra experiencia que no sea la de una succión ciega. (Lacan 2009b, p. 178)

producir en el sujeto un efecto de desconocimiento de sí mismo, un momento de confusión que corresponde a la prematuración de los sistemas psicomotriz y senso-perceptivo. El devenir subjetivo en esta nueva formulación queda definido por la relación con la imagen del otro ya no tomando la instancia yoica como el momento cúspide del desarrollo psicológico, se trata, en su lugar, de presentar la causalidad psíquica como matriz anticipadora del yo objeto (*moi*) y del yo sujeto (*je*). Se abandona de manera definitiva el principio de integración funcional como eje rector del proceso de las formaciones yoicas, una auténtica subversión lógica puesto que puede leerse ahí una definición (del yo) que da cuenta de un polo de subjetividades, un conglomerado, *el yo es otro, pero no sólo eso, el yo es varios*.

Al describir la imagen del cuerpo como una *Gestalt*⁴³ Lacan (2009a, óp cit. p. 101) resalta la importancia del mecanismo especular como sustento de sus efectos formativos. Este mecanismo “[...] simboliza la permanencia mental del yo (*je*) al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante [...]” por el proceso de reflexión en el que se pasa de una experiencia fragmentada a una unitaria. En este sentido, creemos preciso el examen de Vanheule (2011) el cual señala que la segunda teorización del estadio del espejo va más allá de las teorías del desarrollo psicológico (Köhler y Baldwin) de su tiempo ya que introduce una perspectiva en la que la identificación tiene un propósito fundamentalmente defensivo. Al identificarse con la imagen ideal el yo (*je*) *niega* (en el sentido de la *Verneinung*) aquella insuficiencia primordial y *anticipa* la experiencia de unidad que servirá como abono para la formación de posteriores identificaciones (idea que Lacan expuso en su texto *Más allá del principio de realidad*). Se trata, como profundizará algunos años después (Lacan 1981, óp. cit. pp. 248-249), no de una ignorancia en tanto que esto significaría un “no estar advertido de algo” sino que en su lugar habremos de *reconocer* en el desconocimiento una forma del saber que no puede ser concebida sin su correlato, es decir, aquello que se reconoce, porque “[...] el yo (*je*) se constituye, en primer lugar, en una experiencia de lenguaje, en

⁴³ Cuya significación se orienta en este momento hacia la de “[...] una exterioridad donde esa forma es más constituyente que constituida [...]” (Lacan 2009a, óp. cit. p. 100)

referencia al tú y que lo hace en una relación donde el otro le manifiesta [...] órdenes, deseos, que él debe reconocer [...]". (Ibíd. p.248) Retomando la idea de una cierta inclinación crítica a la tesis de Ey habría que puntualizar que este es el sentido del llamado *factor electivo* en psicoanálisis; el sujeto se haya inmerso en una dimensión ética en el sentido de la lógica inconsciente que descubrió Freud. El sentido de ese "debe" que escribe Lacan se lee entonces como el dilema al que resuelve un sujeto, *ser o no ser*, pero siempre desde el la posición del desconocimiento, que es "el límite de la libertad".

3.4 La báscula del deseo: El anudamiento de los registros imaginario y simbólico

En el texto de 1949 (Lacan, 2009a) se plantea la posibilidad de estructuración del yo a partir de una falla en la forma "ortopédica" de la *Gestalt*. A diferencia de la primera presentación en la que se explicaba la formación del yo y su consistencia a nivel de la experiencia del sí mismo para la segunda los efectos de la imagen se entienden como un cierto prolegómeno al impacto que tendrá el lenguaje y el pensamiento simbólico. La imagen, su registro, será "[...] la matriz simbólica en la que el yo (je) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (Lacan 2009a, óp cit., p. 100) El yo será una construcción imaginaria que se estructura como *conocimiento paranoico*⁴⁴ mediante la cual la imagen del otro se vuelve garantía de esa ilusión de unidad del cuerpo propio, un *anhelo* que se sostiene en un cuerpo que está marcado por el deseo (del otro). El pasaje del yo (moi) especular al yo (je) social de la personalidad paranoica no será otra cosa que esta alienación que "mediatizada" por medio de una "reducción simbólica" que se "[...] inaugura, por la

⁴⁴ "También nosotros hemos mostrado en la dialéctica social que estructura como paranoico el conocimiento humano la razón que lo hace más autónomo que el del animal con respecto al campo de fuerzas del deseo, pero también que lo determina en esa "poca realidad" que denuncia en él la insatisfacción surrealista." (Lacan 2009a, p. 102)

identificación con la imago del semejante y el drama de los celos primordiales [...]” en una dialéctica que “liga al yo con situaciones socialmente elaboradas”. Lacan retoma el concepto de *transitivismo infantil* para dar cuenta que es en este momento de alienación en el que el niño se vive como objeto del deseo del otro (materno) que se produce la tan documentada imitación de comportamientos, juego en donde el *infans* se coloca como objeto del deseo del otro, un otro, que por medio de su discurso, significa aquel cuerpo implacable. (Ibíd. pp. 103-104)

Vanheule y Verhaeghe (2009) concuerdan en señalar que la teoría del espejo de Lacan desarrolla la idea del yo como función garante del reconocimiento, esto le permite descubrir que esta experiencia no puede concebirse más que como resultante de una dialéctica del deseo. Si bien no desecha la tesis lógica de la teoría del espejo, a saber, que este desarrollo se indica por la integración de la falta de coordinación motora y sensorial con la totalidad que representa la imagen del cuerpo, la diferencia fundamental entre un primer planteamiento (1936) y otro (1949) será que aquella integración no será más la cúspide de un movimiento evolutivo sino que se propondrá como un momento intermedio en el que el sujeto comenzará a vérselas con el deseo. Incluso es posible aventurar que ya para esta época (la que comprende los trabajos citados anteriores a 1953) se comienza a definir el axioma que dirigirá su obra durante los siguientes 15 años, esto es, que el deseo es el punto nodal de toda constitución de un sujeto. La interrogante (*¿qué quiere el otro de mí?*) propone pensar que el sujeto solamente puede ser aprehendido ahí donde el deseo del otro se revela como demanda, quizás sea el hecho mismo de la formulación de este cuestionamiento algo pueda ser considerado un primer intento de remisión para esa demanda. Siguiendo a los autores diremos que el *modelado del yo*⁴⁵ consiste en una especie de *estratagema* por la cual el sujeto buscará satisfacer el deseo del otro, el contenido de las identificaciones, en el sentido de su *afirmación* será lo que permita al sujeto *hacerse* algo frente al deseo del otro.

⁴⁵ Del inglés *molding*. (Vanheule y Verhaeghe 2009, p. 397)

En el seminario de *Los escritos técnicos* (Lacan 1981, óp cit.) se explica claramente que este *hacerse* corresponde a "un movimiento de báscula, de intercambio con el otro" en el que "aprenderá a reconocer invertido [...] todo lo que en él está en estado de puro deseo, deseo originario, inconstituido y confuso [...]" (Ibíd. p. 253) Antes de que intervenga el lenguaje el deseo sólo es experimentable en el plano imaginario tal y como se observa en el estadio del espejo, ahí el deseo existe alienado en el otro, situación que de perpetuarse no habrá de producir otra cosa que su destrucción. (Ibíd. pp. 253-254) Puesto que la única posibilidad es la de la competencia absoluta y mortal "Cada vez que nos aproximamos, en un sujeto, a esta alienación primordial, se genera la agresividad más radical: el deseo de la desaparición del otro en tanto el otro soporta el deseo del sujeto." (Ibíd. p. 254) *El deseo es el deseo del otro*, fórmula, que a pesar de todo, no es equívoca puesto que, como lo indica Lacan de manera explícita, es válida únicamente para aquel registro de *la captura imaginaria*. (Ibíd. p.262)

"Resumiendo. A la proyección de la imagen le sigue constantemente la del deseo. Correlativamente, hay re-introyección de la imagen y re-introyección del deseo. Movimiento de báscula, juego en espejo [...] Se repite [...] el niño re-integra, re-asume sus deseos." (Ibíd. p.265) Para responder a la cuestión de cómo es que el plano simbólico, vale decir, el lenguaje, "se conecta" con el plano imaginario en lo que ahora llamamos "la báscula del deseo" Lacan enuncia de un modo casi categórico; se trata de la ley. Veremos más adelante que no se trata de cualquier ley sino de una por la cual los deseos del niño pasan primero por el otro especular, siendo ahí su lugar de sanción, es decir, donde son aprobados o reprobados. (Ibíd.) Para esto el sujeto debe (en el sentido electivo de la palabra) disponer de una cierta aprehensión del simbolismo del lenguaje en tanto que función de pacto (Ibíd. p. 266) y reconocer ahí la "[...] la desinserción de su relación con el otro hace variar, espejear, oscilar, completar y des-completar la imagen de su yo. Se trata de que la percibida completud, a la cual nunca tuvo acceso, para que pueda reconocer todas las etapas de su deseo [...] Se trata de que el sujeto constituya mediante reposiciones e identificaciones sucesivas, la

historia de su yo.” (Ibíd. p. 269) La intersubjetividad se manifestará solamente en la medida en que el sujeto se sirva del lenguaje, es decir, está dada por la utilización del símbolo en su función de nombramiento. Esa es la marca de la entrada en el registro humano en cuanto tal, un “encarnación de lo simbólico” que sólo podrá producirse en aquello “vivido imaginario”. (Ibíd. p. 318)

4. ESTRUCTURALISMO Y TEORÍA DEL SIGNIFICANTE

Sabed los hombres todos, dijo, que las ruinas del tiempo edifican las mansiones de la eternidad. ¿Qué quiere decir esto? El viento del deseo asola al espino pero después en el lugar del matorral nace una rosa sobre la cruz del tiempo. Estadme atentos ahora. En vientre de mujer la palabra se hace carne pero en el espíritu del Hacedor toda carne que pasa se hace la palabra que no pasará. Esa es la postcreación. Omnis caro ad te veniet.

James Joyce, Ulysses

4.1 Antecedentes

En junio de 1953 y acompañado por algunos otros colegas Lacan abandona la Sociedad Psicoanalítica de París para formar la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. De acuerdo con Porge (1998), poco después presenta la conferencia titulada *Le symbolique, l'imaginaire et le réel* en la que se hace alusión por primera vez al *Retorno a Freud*. Según la recapitulación del autor en aquel momento también se habló de la función del padre y aún de su nombre como representante de una función metafórica esencial para el sujeto. Lo cierto es que desde 1950, en el marco del primer congreso mundial de psiquiatría, Lacan argumentaba que el psicoanálisis debía constituirse como el estudio de “[...] la dialéctica familiar, a nivel de los intereses particulares del sujeto, donde la sola virtud de las significaciones incluidas en el lenguaje, moviliza las imágenes mismas que sin que lo sepa rigen su conducta y demuestran reglarla hasta en sus funciones orgánicas [...]”. (Lacan 1986, p. 33) Rescatemos el uso de los conceptos brevemente. Se habla de *dialéctica familiar* (entendida como aquel complejo que se produce a partir de un estadio especular previo) para destacar que *las significaciones incluidas en el lenguaje* reglamentan el tránsito de las *imágenes* que *rigen la conducta*, digamos, la fenomenología de la dialéctica misma. Es claro que ya desde este momento Lacan diferencia plenamente la significación del campo simbólico como tal. Esta precisión le permite observar que

en la *movilidad de las imágenes* el significado (sentido) no es el punto del cual hay que partir ni al cual hay que llegar, sino que es en el más allá del sentido (la significación) donde se encuentra la clave que evidencia que son las leyes encargadas del ordenamiento del lenguaje y sus formas sintácticas a quienes se debe este dinamismo. Lee en Saussure que la dimensión sincrónica y diacrónica de los sistemas lingüísticos comprueba que la relación fundamental entre el significado y el signo sólo puede ser explicada a partir del análisis de los modos en los que es empleado, es decir, del lugar que ocupan en la cadena de significaciones que hace un discurso. Por supuesto se trata de la interpretación que Lacan *hace* de la teoría de Saussure, hay quienes le acusaron de haber versado las fórmulas del gran lingüista. No podemos más que estar de acuerdo con ellos.

La diferencia entre el acto del habla y el lenguaje mismo (la oposición Langue-Parole) se reduce a la distinción entre el código y el lenguaje como tal. Lacan escribe que el código es una correlación fija de los signos con la realidad que significan, a diferencia del lenguaje, en el que “[...] los signos toman su valor de su relación los unos con los otros, en la repartición léxica de los semantemas tanto como en su uso posicional, incluso flexional de los morfemas, contrastando con la fijeza de la codificación [...]” (Lacan 2009d, p. 286), “[...] el lenguaje humano constituiría pues una comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida [...]”. (Ibíd. p. 287) La primacía del significado frente al significante en cuanto a su valor estructural queda completamente subvertida; el signo como algoritmo fundamental sólo obtiene su significación en la medida en que se ubica dentro de una cadena discursiva. ¿Qué es lo que permite este deslizamiento de las significaciones? Precisamente eso que Saussure colocó debajo de la barra, el significante.

A partir de este momento (1953) Lacan comenzará a cuestionarse acerca de la particular relación entre la pulsión (sexual) y los efectos de las leyes del lenguaje, vale decir el significante. Esta concomitancia estaría caracterizada por la

determinación de “la realidad del órgano” y por las imágenes representantes del ideal del yo, o mejor, por la adopción del ideal en una *institución imagen-objeto* que se imprime en la ilusión de unidad que refiere la teoría del estadio especular. Este proceso provocará entonces la emergencia de un *yo primordial*, una primera simbolización, al mismo tiempo que promueve la afiliación de la imagen del cuerpo como primeramente fue experimentada en el sujeto, es decir, de modo fragmentario. Este yo se constituye a través de representaciones en las que es irrecusable la división (*spaltung*) causada por un cierto y necesario mecanismo defensivo: la *Verdrängung*. Esta división se expresó primeramente como la oposición consciente/inconsciente, más tarde los conceptos no serán tratados como si fuesen mutuamente excluyentes, por el contrario, Freud observó (de ahí sus progresos) que esta distinción carece siquiera de utilidad en tanto que la dinámica psíquica es una imbricación de *elementos estructurales* que se rigen por las leyes del lenguaje, es decir, que existen solo por oposición.

Lacan realizará todas las conversiones e inserciones necesarias en su doctrina para describir que el problema fundamental de la función de la palabra será el de saber que es por obra del lenguaje que el sujeto entra en contacto con la hiancia de su ser, con su falta-de-ser, puesto que esta es la verdadera condición del yo-sujeto (*je*). La palabra habilita al sujeto para elaborar en el imaginario una idea más o menos coherente acerca de quién es (*moi*), la función del lenguaje será aquel “[...] trabajo que realiza de reconstruirla (la idea de sí) para otro, vuelve a encontrar la alienación fundamental que le hizo construirla como otra, y que la destinó siempre a serle hurtada por otro.”⁴⁶ (Lacan 2009d, p. 242) El papel de las identificaciones tendrá entonces mayor complejidad de lo que se había supuesto, la importancia que tiene el hecho de que el sujeto se identifique como “objeto de deseo del Otro” (Ibíd.) para que él mismo pueda devenir como sujeto deseante es una nueva dimensión en la que el yo (*je*) se define como “frustración en esencia” pero “[...] no de un deseo del sujeto, sino de un objeto donde su deseo está

⁴⁶ El paréntesis es mío.

alienado y que, cuanto más se elabora, tanto más se ahonda para el sujeto la alienación de su goce.”⁴⁷ (Lacan 2009d, óp. cit. p. 243)

Ya anteriormente al informe de 1953, en *Intervención sobre la transferencia* (2009c, p. 215), Lacan se sirve del análisis el caso Dora para indicar que es necesario, a fin de que la asunción del cuerpo como propio sea un hecho asequible al sujeto, que permanezca abierta la “fragmentación funcional” de la imagen del cuerpo en tanto que esta fragmentación es lo que constituye los síntomas de aquello que Freud llamaba las neurosis de conversión. En el caso específico de las esquizofrenias no es extraño toparse con que esta fragmentación, que a diferencia de lo que sucede en las neurosis, tiene lugar de modo específico de tal suerte que el psicótico enfrenta grandes problemas cuando de lo que se trata es de la función sexual del cuerpo, o mejor, del cuerpo como sexual, como pulsión. Son temas recurrentes en alucinaciones o delirios aquellos que tienen que ver con indiferenciación y con la transformación (en el sentido de la emasculación schreberiana) toda vez que no ha terminado de constituirse un saber en falta sobre *ese gran misterio que es el sexo*.

Para finalizar esta introducción diremos que con el *Retorno*, Lacan apuesta una alternativa a la *egopsychology* en la cual la prevalencia de un yo autónomo, la parte sana del *ego* con la que el analista debe establecer una “alianza”, contraria todo el descubrimiento freudiano, a saber, ““El inconsciente escapa por completo al círculo de certidumbres mediante las cuales el hombre se reconoce como yo. Es fuera de este campo donde existe algo que posee todo el derecho a expresarse por yo (je), y que demuestra este derecho en la circunstancia de ver la luz expresándose a título de yo (je). Lo que en el análisis

⁴⁷ Esto no significa en absoluto que Lacan se pronuncie por la alienación del sujeto a la figura del “terapeuta” como método de incursión analítica, disposición más bien adoptada por aquellos a quienes él rebatía y criticaba, diremos que desde la lógica lacaniana esto resulta sencillamente inaceptable “[...] no tanto porque el otro guarda las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido por el otro.” (Lacan 2009e, p. 259)

viene a formularse con, hablando con propiedad, el yo (je), es precisamente lo más desconocido por el campo del yo.” (Lacan 1983, p. 18)

4.2 Identificación simbólica y función imaginaria

El concepto de identificación en Freud compone un largo recorrido cuya revisión entera es innecesaria aquí. Basta con seguir la enseñanza de Lacan en *Las formaciones del inconsciente* (Clase XXIV) para saber que a partir del “giro del 20” el fundador del psicoanálisis distingue en la identificación “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva” cuyo objeto, los padres, da ocasión al surgimiento de toda clase de expresiones ambivalentes (Freud 1984c, p. 99), pero no solamente eso. La identificación será una suerte de paso del *ser* el padre/madre al *tener* al padre/madre. Si bien hasta 1958 Lacan no habrá formalizado su teoría del objeto fálico esto no le impide vislumbrar que la distinción plateada por Freud acerca de estos dos modos de identificación primaria (ya sea que “recaiga en el sujeto o en el objeto del yo”, *Ibíd.* p. 100) tiene que ver con el hecho de que el primero, el nivel del ser, a diferencia del segundo, el nivel del tener, es posible aun antes de que quede conformada cualquier “elección sexual de objeto”, es decir, previamente a la introducción del narcisismo. Freud reafirma esta diferencia en un sentido metapsicológico al escribir que en la identificación el sujeto aspira a configurar su yo a semejanza del otro: “La identificación reemplaza la elección de objeto, la elección de objeto ha regresado hasta la identificación”. (*Ibíd.*) A propósito del proceso identificatorio en su relación con los mecanismos de la formación del síntoma Freud indica que existe una tercera vía⁴⁸ que “prescinde por completo de la relación de objeto con la persona copiada” (*Ibíd.*, p. 101), lo cual no quiere decir que se prescinde del otro en tanto que sujeto sino que se prescinde de la relación de objeto que se establece con él. Este tercer modo de

⁴⁸ La primera siendo la identificación con la persona (objeto) amada, la segunda con la figura de la persona no amada.

identificación incluye al semejante pero va más allá, es posible solo a nivel de la “comunidad”. No se trata de que exista algo así como una relación de empatía entre los sujetos del lenguaje (Freud indica que esto vendría a ser un producto de las identificaciones) sino más bien de un puro imaginario que se mantiene reprimido de la conciencia entre los “yoes”.

De este modo el concepto de identificación en Freud puede resumirse de la siguiente manera en el texto de Lacan (1999, pp. 440-443):

a) como la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto. El vínculo con el objeto primordial, identificación con la Madre.

b) como sustitución de una ligazón libidinal por vía regresiva; la introyección del objeto en el yo. La identificación con el objeto amado “en cuanto regresiva”, ¿dónde?, en el lugar de la demanda de amor. La demanda está sometida a la “única condición de la existencia del significante”, cosa que no significa, por otra parte, que al interior de aquella existencia significativa no sea posible encontrar un sinnúmero de articulaciones particulares. Lo diremos así; existe la estructura del significante como terreno fértil donde germinan la variedad de las semillas-síntoma, articulaciones que obedecen a un orden –como dijimos, el del significante– pero que se manifiestan más allá del “horizonte de los discursos”.

c) como producto de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales. No existe un objeto para la pulsión que no sea del orden de una relación imaginaria.

Postulará que las identificaciones están determinadas simbólicamente⁴⁹ de acuerdo a lo descrito por Freud en *Psicología de las masas análisis del yo*. El concepto del otro tiene ya la connotación explícita como figura (Gestalt) del semejante pero también como lugar del lenguaje, su cuerpo y las convenciones socioculturales que lo transmiten, es decir, como Otro simbólico. En este proceso el ideal juega un papel doble, por un lado es un punto de anclaje que permite al sujeto cuestionarse sobre quién es y quién quiere ser, por otro, es marca del reconocimiento del sí-mismo en el deseo del otro. François Roustang (1989, p. 63) indica que en el seminario sobre las psicosis Lacan expone por vez primera que el síntoma, fenoménicamente hablando, está configurado imaginariamente, empero, su explicación sería imposible salvo a partir de las identificaciones (simbólicas) que vendrían a constituir algo así como “el punto de vista del gran Otro”.

Siguiendo la lectura de Mazzuca (2007 óp. cit. p. 76) diremos que el concepto identificación se trabaja desde el texto *Acerca de la causalidad psíquica* en una acepción que bien merece llamarse “analítica”. Lacan escribe ahí que no existe otro lugar en donde la realización de las identificaciones se observe con mayor plenitud que en los fenómenos de la locura, cuando la identificación se ha producido de manera inmediata y sin distanciamiento, ausencia de mediación que desemboca en un “estasis del ser” o lo que es lo mismo, un *no-ser-para-la-muerte*. La identificación idealizante e idealizadora de la locura paranoica proporciona el modelo conceptual de la identificación pero no únicamente para explicar las circunstancias en las que se provoca la emergencia de la llamada patología, en su lugar propone que esta identificación “loca” es un momento esencial para la constitución del yo (*moi*) pero sobretudo del yo-sujeto (*je*) como función de desconocimiento. Esta función será la característica fundamental del *conocimiento paranoico: el sujeto no habrá de reconocer en el desorden del mundo la manifestación de su propio ser*. Alienación extrema que se sostiene en dos puntos,

⁴⁹ Se habla de la “mediatización” por el deseo del otro como aquel proceso en el que constituye el objeto de deseo vía la rivalidad con el semejante entendiendo al Yo como una instancia para la cual toda manifestación del deseo se presentará una amenaza.

la inmediatez de la identificación con el ideal y la ausencia de una dialéctica que propulse el movimiento de las significaciones del lenguaje, no como un signo concreto a la manera de las psicosis, sino a modo de nudo de significaciones dentro de la historia de un sujeto. (Lacan 2009b, óp. cit. pp. 164-165) De acuerdo con Lacan esta alienación se desarrolla sobre una serie de identificaciones que no hacen otra cosa más que poner en evidencia la función de la imago entendida como un conglomerado, es decir, como una estructura (imaginaria) siempre asociada a un valor libidinal, es decir, a un afecto. (Ibíd. p. 175) La imago obtendrá su valor en “[...] una forma de causalidad, que es la causalidad psíquica misma: la identificación; ésta es un fenómeno irreductible, y la imago es esa forma definible en el complejo espacio-temporal imaginario que tiene por función realizar la identificación resolutive de una fase psíquica, esto es, una metamorfosis de las relaciones del individuo con su semejante.” (Ibíd. p. 185) Esta *transformación* sería el inicio de un movimiento que tendería hacia un segundo tipo de identificación que llamaremos edípica, dialéctica que hará asequible el tránsito por la alienación primordial.

El registro imaginario queda plenamente asociado a la constitución del mundo de los objetos y de las estructuraciones preverbales, campo dominado por la ocurrencia de una escena primaria que provoca la pasivización (alienación) del sujeto en el reflejo de la imagen especular. Retomamos el comentario de Roustang (1989, óp. cit. p. 46) quien señala que hasta antes de 1953 Lacan sólo habrá podido discernir el inconsciente en términos estructuralmente imaginarios (imagos y complejos). La ligazón entre el inconsciente, el lenguaje y su formalización que llamaremos el orden simbólico sólo obtendrá su importancia predominante a partir del *Retorno*. Lo fundamental en el giro de sus planteamientos será que esa formalización ya no quedará asociada a las imágenes sociales sino que será el lenguaje (sus leyes simbólicas) lo que ocupe el lugar protagónico en el sentido de la aceptación de los imperativos de la cultura y su manifestación en la singularidad del síntoma. Lo simbólico, que anteriormente al citado acontecimiento sólo había sido formulado como adjetivo, queda

transformado, Lacan lo *substantiviza* elevándolo al nivel del orden, vale decir, de una disposición que en términos estructurales hace posible el intercambio social.

En el seminario de los *Escritos Técnicos* Lacan elabora la “Tópica de lo imaginario” y se sirve del esquema de los dos espejos para explicar la relación que guarda la identificación imaginaria del yo ideal con la referencia simbólica que constituye el ideal del yo. De acuerdo con Mazzuca (2007 óp. cit. pp. 77-78) las referencias a la identificación simbólica aparecen en este período *solamente* en relación a la asunción de la sexualidad en tanto que reconocimiento simbólico a través de “la pregunta histórica”. (Lacan 1984, óp cit. p. 229) Si bien es cierto que Lacan solo hace uso de la expresión “identificación simbólica” esporádicamente, la idea de un proceso esencialmente distinto al de la identificación especular insiste en los textos. Si de lo que se trata es de la formulación de una correspondencia simbólica al fenómeno imaginario, la identificación únicamente puede definirse bajo la forma de una pregunta; “¿soy un hombre o una mujer?”. (Ibíd. p. 244)

Estas condiciones permiten que Lacan distinga plenamente dos tipos de identificación, una vinculada al estadio del espejo y a *la introducción del narcisismo*, la segunda en relación a la constitución del Edipo. Es necesario pasar revista a este “modelo” sin detenerse demasiado en detalles pero procediendo prudentemente puesto que no se trata exactamente de aquel del *Totem y tabú* freudiano. Este recorrido es indispensable en virtud de que Lacan trabajó el complejo y la noción de estructura a propósito de una cierta transmisión generacional de la que el sujeto es portador, tema imprescindible para los propósitos de esta investigación.

4.3 La relectura del Edipo en tres tiempos

Lacan planteó su estadio del espejo (que ya hemos sondeado en páginas previas) como una suerte de preámbulo, un prólogo según Joel Dör (1986), al complejo de Edipo. Es cierto que para ambas formulaciones Lacan habrá de señalar tres tiempos a la manera de un proceso que es, nunca está de más apuntarlo, dialéctico.

Resumidamente, en un *primer tiempo* (que designaría la salida de la fase de identificación imaginaria) encontraríamos el surgimiento de un yo (*je*), garantía en el sentido de una cierta subjetivación, pero del que ciertamente no podrá decirse que ha concretado el abandono efectivo de la alienación con la imagen del cuerpo. La diferencia entre este primer indicio y lo que se describe con el estadio del espejo radica en que el sujeto *infans* se encuentra aun en una relación que tiende a la unidad con el cuerpo de la madre. La mediatización estaría dirigida hacia lo que ese sujeto identifica como el objeto de deseo del otro, a saber, el falo; ser o no ser el falo de la madre. Dör (Ibíd. p. 94) explica que si bien se trata de una relación que tiende a la fusión de los cuerpos el hecho mismo de que el niño se identifique como objeto fálico “[...] elude la mediación de la castración [...] pero “[...] la convoca en la misma medida en el terreno de la oscilación dialéctica [...]”, báscula del deseo, como decía Lacan en el seminario sobre los escritos técnicos. Para esbozar de modo breve lo que interesa a esta investigación, a saber, el Edipo como una dialéctica estructurante de la condición humana, es necesario remitirnos al seminario de 1957-58 *Las formaciones del inconsciente*. Lo que ahí se puede leer es que esta *oscilación* señalada por Dör resulta imprescindible para el desplazamiento hacia un segundo momento y la introducción del registro de la castración. Diremos que las consecuencias de la báscula del deseo será posible toda vez que la ley del padre haya sido reconocida en tanto que “[...] dimensión esencial que estructura el deseo como aquello que “somete el deseo de cada uno a la ley del deseo del otro.” (Dör, 1986, óp cit. p. 98)

Lacan es claro al advertir que no se trata en absoluto de la misma operación cuando se habla de la prohibición de la madre como objeto de deseo en el terreno simbólico y la castración como efecto en el plano imaginario, (Lacan 1999, p. 174) en todo caso se habla de una simbolización primaria en la que el deseo del niño es efectivamente el deseo de la madre. Este asunto es crucial, no se trata de la madre en términos de su presencia ya que del mismo modo en que sucede con el padre, Lacan remite a ella en el sentido de su función simbólica, vale decir, de esa simbolización primordial que ya se mencionaba. (Ibíd. p. 188)

Este es definitivamente un hecho de importancia capital para la teoría, nuevamente el *factor electivo*, es decir, aceptar o no ser el falo de la madre. Se plantea la posibilidad de que el sujeto está compelido a una necesaria responsabilidad al “aceptar”, “registrar” y “simbolizar” “[...] él mismo [...] esa privación de la que la madre es objeto [...]”. (Ibíd. p. 191) Lacan devela aquella posición desde la cual es posible “elegir” un síntoma a manera de *estructuración psíquica*, y toda la relación que se dispone a describir está referida a este anudamiento entre el nivel imaginario y el nivel simbólico, correspondencia que tendría muy poco que ver con las maneras de la estructura familiar (lo que describía en su artículo para la enciclopedia francesa) puesto que no se trata de un idilio fundamentado entre personas (o sea personalidades) sino entre palabras. Nuevamente debe hacerse explícito que esta relación primordial del niño no es precisamente con la madre sino con el deseo que ella le transmite. (Ibíd. p. 204) En este sentido Lacan permanece renuente a indicar si es que en este periodo podemos hablar propiamente sobre un sujeto e incluso resta importancia a esta consideración aduciendo que no es necesario que éste yo esté ya presente en el discurso para que él pueda ser su soporte, el sujeto podría encontrarse ahí en un estado de latencia en el cual la regla sería la indiferenciación. (Ibíd. p. 206)

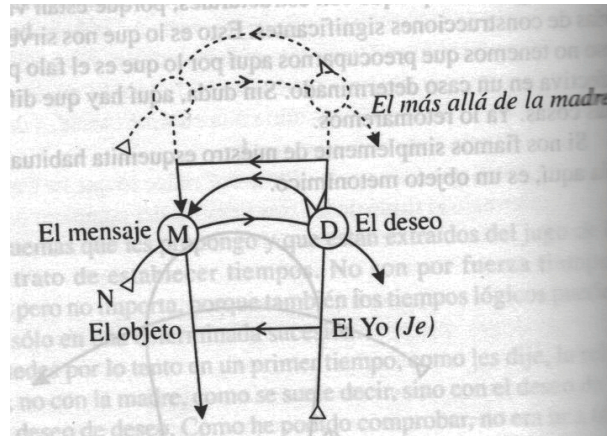


Fig. 1 (Lacan 1999, p. 206)

Refiriéndose al grafo de la figura de arriba explica todo este primer tiempo escribe: “Es preciso y suficiente con que el Yo (Je) latente en el discurso del niño vaya aquí, a D, a constituirse en el nivel de ese Otro que es la madre –que el Yo (Je) de la madre se convierta en el Otro del niño– que lo que circula por la madre en D, en tanto que ella misma articula el objeto de su deseo, vaya a M a cumplir su función de mensaje para el niño, lo cual supone, a final de cuentas, que éste renuncie momentáneamente a su propia palabra, sea cual sea, pero no hay problema, pues su propia palabra todavía está más bien en este momento de formación. El niño recibe, pues, en M el mensaje en bruto del deseo de la madre, mientras que debajo, en el nivel metonímico con respecto a lo que dice la madre, se efectúa su identificación con el objeto de ésta.” (Ibíd. p. 207)

El *segundo tiempo* se inaugura con un hecho decisivo; el registro de la falta del objeto como desenlace de una intrusión que no es otra que la función del padre, o para escribirlo precisamente, de la metáfora paterna. Lacan articula esta intrusión en tres experiencias fundamentales: frustración, privación y castración. El padre se presentará como *interdictor*, ya no se trata solamente de lo que (el deseo de) la madre dice sobre el padre, el padre interviene efectivamente sobre el discurso de la primera. A diferencia de lo que sucede en la etapa anterior, en la que la posición de un tercero está ocupada por el deseo del deseo, lo cual a pesar

de todo implica, como dice Lacan (Ibíd p. 209), una relación simbólica como tal, el padre (su discurso) tendrá un efecto privativo en un doble sentido, por un lado sobre la madre y sobre el niño por otro. Esta segunda “fase” resultará fundamental en el sentido de que atravesarla es condición necesaria para acceder a la simbolización de la ley que determina el inicio de la declinación del complejo. En el plano imaginario el padre actúa como privador de la madre sólo por el hecho de que esta privación significa que la demanda dirigida al Otro se remite a un Otro. Aquí el deseo deja de ser simplemente el deseo del otro por la introducción de una primera ley que puede signar que existe un Otro portador del objeto fálico. Esto es lo que vendrá a significar la relación con la palabra del padre.

La declinación del complejo o *tercer tiempo* implica la “asunción de la reconquista del falo por el niño” pero ya no en términos de una dialéctica del ser sino en una del tener. El padre interviene como el que tiene el falo, no como el que lo es, esto restituye el objeto de deseo de la madre como el elemento clave que sostiene la Ley. El niño se identificará con lo que ha resultado de la intervención de la metáfora paterna, esto es, el padre simbólico como portador de aquel objeto de deseo. Este período será conceptualizado como aquel de la renuncia de la rivalidad con el padre y la aceptación (*Bejahung*) de la ley simbólica y la ubicación del deseo de la madre en la función del padre. No se trata ya de que el padre venga privar a la madre del objeto de su deseo ni al niño de cumplir esta demanda sino que al ser tomado como aquel que acarrea de dicho objeto, se reestablece el orden por el cual el falo será colocado en el único lugar donde puede ser deseado, es decir, en el lugar de la falta. El padre vuelve sobre su propio discurso y lo sanciona en términos de un don, una transmisión de aquello que fue objeto de privación, a saber, falo como objeto de deseo de la madre. Esto es lo que se llama propiamente pasar de la dialéctica del ser a la dialéctica del tener, el padre da a la madre en tanto que la madre reconoce el “carácter central del objeto fálico en cuanto imaginario” a propósito de su deseo. (Ibíd. p. 212) Esta ubicación del falo es estructurante y constituye “ [...] la prueba más clara de la instalación del

proceso de la metáfora paterna y del mecanismo intrapsíquico correlativo: la represión originaria [...]”. (Dör 1986, óp cit. p. 101)

La lectura lacaniana del Edipo propone que el sujeto, al aceptar y servirse de las leyes del lenguaje, se inserta un orden, una estructura, en la que compone un elemento que se relaciona simbólicamente con otros y que se sostiene a partir de dicha relación. El sujeto se mueve electivamente dentro de la estructura que está dada a partir del uso de las leyes de lenguaje, no se trata de que esté contenido en la *complejo*, existe ahí *una red simbólica* que envuelve la vida de ese sujeto, una estructura “ [...] que reúne antes de que él venga al mundo a aquellos que van a engendrarlo “por el hueso y por la carne”, que aportan a su nacimiento con los dones de los astros, si no con los dones de las hadas, el dibujo de su destino, que dan las palabras que lo harán fiel o renegado, la ley de los actos que lo seguirá hasta donde no es todavía y más allá de su misma muerte, y que por ellos su fin encuentra su sentido en el juicio final en el que el verbo absuelve su ser o lo condena –salvo que se alcance la realización subjetiva del ser-para-la-muerte.” (Lacan 2009d, óp., cit. p. 269) En esta estructura habrá de fundarse –*no a sí mismo sino por sí mismo*–, a partir de ciertos dones que “[...] son ya símbolos, en cuanto que el símbolo quiere decir pacto, y en cuanto que son en primer lugar significantes del pacto que constituyen como significado: como se ve bien en los objetos del intercambio simbólico [...]”. (Ibíd. p. 263) Se trata de un pacto que figura una *alianza* que no es ninguna manera una simple transmisión al modo en que se entiende en informática, en ese caso bastaría, como indica Roustang (1989 óp. cit. p. 49), con que un sujeto pudiese aprender a hablar con un sistema de instrucción virtual de tal manera que ninguna relación humana fuese necesaria, es cierto, ese individuo dominaría los elementos simbólicos pero ¿sería capaz hacerlos funcionar juntos? ¿es el orden simbólico garantía de la ley y del lenguaje? Tal vez no todavía, quizá sea necesario buscar en otra parte ese “algo que completa el símbolo para hacer de él el lenguaje”. (Lacan 2009d, óp. cit., p. 266)

Esto que vendrá a completar lo simbólico no será otra cosa que el significante del Nombre-del-Padre, vale decir, su función. Porge (1998, óp cit.) señala que si bien fue en el seminario dedicado al caso del hombre de los lobos (1952-1953, inédito) donde Lacan utilizó por primera vez el término “nombre del padre” ya para 1953 el concepto alcanza una verdadera relevancia teórica en tanto que la figura del padre aparece asociada a una importancia fundamental y aunque no se detalle en dónde radica su importancia escribe: “En el nombre del padre es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley. Esta concepción nos permite distinguir en el análisis de un caso los efectos inconscientes de esa función respecto de las relaciones narcisistas, incluso respecto de las reales que el sujeto sostiene con la imagen y la acción de la persona que la encarna [...]”. (Lacan 2009d, óp. cit. p. 269) Es en la transición del *ser* al *tener* que se produce la incidencia del complejo de castración, a saber; para poder creer que puede tenerlo, el sujeto tendrá que asumir primeramente que no lo tiene. Este el punto nodal de la intervención de la llamada función paterna: abolir la certeza del niño acerca del objeto del deseo de la madre y atraer ese mismo deseo sobre el objeto supuestamente poseído, el falo.

La consecuencia inmediata de la ejecución de la castración se refleja en la entrada del sujeto al mundo de la cultura. Freud lo explicó y Lacan lo interpretó; se entiende que la embocadura en el orden de la ley sólo es posible si ha existido (para el sujeto) un Otro que en el Otro haya aportado algo que no sea únicamente la llamada y la vuelta a llamar, digamos el *fort-da*, sino alguien que además *responde a ese llamado con una palabra*. El significante es *causa* de la significación, y en este sentido afirmaremos que dicha *función imaginaria* quedará definida por el conjuro del campo pre-edípico y del estadio del espejo antes de que se configure el tránsito por el cual el sujeto habrá de hacerse de un ser-en-el-mundo. *¿Por qué asegurar una preeminencia a estas alturas?* Pues bien, si el significante viene del Otro, y por lo tanto es éste quien determina el don de tal o cual significación –que en el caso de la constitución del sujeto del lenguaje sería

una significación de la imagen del cuerpo—, el ordenamiento de la subjetividad por medio de la identificación con el otro sólo podrá operar bajo la forma de una *ley de exclusión recíproca* que rompa el encanto de la incorporación totalizante del objeto escópico, ley que se introduce como efecto del significante primordial que Lacan llamó *metáfora paterna*. En el siguiente apartado habremos de distinguir *la función* (simbólica) y el significante que la inaugura en tanto que dicho refinamiento es necesario para abordar lo que sucede en el caso de las estructuras psicóticas, es decir, en el campo de la forclusión. Las posibilidades para pensar una cierta forma de locura en la cual la forclusión no parece haberse efectuado a cabalidad, o al menos no con el mismo efecto estructurante, y en donde quizá aún se observa lo que bien podría proponerse como una suerte de suplencia ante lo no constituido⁵⁰ excusan esta sucinta reflexión, acaso sea posible distinguir en esas locuras un rechazo (*Verwerfung*) sobre algún otro significante que no sea el Nombre-del-Padre.

4. El Nombre-del-padre y la metáfora paterna: Potencia e insuficiencia en la dialéctica del deseo

Lacan asigna al Nombre-del-padre un estatuto que va más allá del *fort-da*, el juego sería mas bien la comprobación fehaciente de la metáfora en tanto que su finalidad no es otra que el dominio simbólico sobre el objeto perdido. (Dör 1986, óp cit. pp. 103-104) Dicha potestad se efectúa en la sustitución significativa del objeto que colma (imaginariamente) el deseo del Otro materno. De modo equivalente, la función del padre debe ser admitida por una afirmación (*Bejahung*) de la represión originaria (*Urverdrängung*). Este momento se presenta como un proceso de metaforización (simbolización primordial) de la ley que se cumple en la sustitución del significante fálico por el significante del Nombre-del-Padre. Un significante que Lacan estimó primordial en tanto que núcleo desde el cual se organizan las significaciones que orientan la existencia de un sujeto. No se trata solamente de

⁵⁰ Este tema se desarrollará a profundidad en el capítulo 5.

una posición simbólica que debe asumirse, incluye la organización del deseo del niño atravesado por el deseo de la madre alrededor del objeto fálico. En la metáfora, el padre sitúa al falo como un objeto fundamentalmente perdido e inalcanzable, prohibición que inaugura *lógicamente* la posibilidad de restitución en el plano imaginario. Es necesario retomar el detalle que Porge (1998, óp cit. p. 40) observa sobre la función del Nombre-del-Padre; de ninguna manera sustituye cosa alguna en el deseo de la madre, su función es la de representar *un* lugar para éste, localización que habrá de ser simbolizada por el niño en tanto que se ha producido la ausencia fundamental de la madre, tal y como se revela en la experiencia del carrete. Este es todo el sentido del concepto de *simbolización primordial*.

Se afirma entonces que el padre es su palabra y que el deseo del Otro se relaciona esencialmente a ella y no a la figura que la representa⁵¹. La ocasión en la que este deseo se somete a la ley de la palabra es el momento mítico que marca el encuentro de un sujeto con lo real del goce del cuerpo, un goce irrepresentable e insoportable, mortífero. La represión (primordial) es el hecho clave de la función metafórica que se realiza por la intervención del significante del Nombre-del-Padre y lleva en ella la inscripción de la metáfora primordial; “[...] esa frase, esa construcción simbólica, recubre con su trama todo lo vivido humano, que siempre está ahí, más o menos latente [...]”. (Lacan 1984, óp cit. p. 163) Esta “marca” constituye lo mítico de la separación del nivel imaginario y de la dimensión simbólica, su estructura y su mecanismo. (Naranjo 2005, pp. 122-126)

Insuficiencia. En el seminario de *Las formaciones del inconsciente* se explica que el complejo de castración, antecedido por la frustración imaginaria, promueve la primacía del falo en tanto que la falta es experimentada como deuda. Ahí lo simbólico tendrá que ver con la castración a modo de efecto, pero por otro

⁵¹ Habremos de tomar la siguiente como definición de lo que hasta 1958 se llamará el Nombre-del-Padre: “Es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya la ley, que promulga la ley. Es el Otro en el Otro.” (Lacan 1999, p. 150)

lado, y como indica Porge (1998, óp cit.), se identifica que ésta función opera exactamente como lo describe Freud a propósito de la represión: una función *devaluada* que solamente puede operar en tanto que fracasa, es decir, en la medida en que es insuficiente para dar cuenta de la *verdad acerca del deseo*. El autor indica que se trata del padre “siempre degradado” que no atina a ejercer su función (“plenamente”) porque la pregunta sobre qué es *un padre* es irresoluble, pero al mismo tiempo, será el “maestro” poseedor de un saber único en tanto que supuesto. Esto es lo que podríamos llamar la doble aquiescencia del padre: ahí donde es insuficiente es que encontrará el éxito de su obra. La metáfora paterna es la función del padre no-absoluto.

Potencia. Lacan suscribe que la función del padre no es otra que la procreación, esto, desde luego, a nivel del significante ya que se trata de una cosa aparte del hecho biológico. Se trata de una “potencia” del Padre, una capacidad rectora sobre la realidad sexual y la dialéctica del deseo. En este sentido es que se afirmará que el Edipo es impensable al margen del padre. (Lacan 1999, óp cit. p. 170) La función del padre no es la de su presencia, es su potencia procreadora, procreación simbólica encarnada por la transmisión de un significante: “[...] el padre no es un objeto real, aunque deba intervenir como objeto real para dar cuerpo a la castración [...] No es tampoco únicamente un objeto ideal, porque por este lado sólo pueden producirse accidentes [...]”. (Ibíd. pp. 178-179) El padre es una metáfora: “[...] un significante que viene en lugar de otro significante” (Ibíd. p. 179).

Padre real	Castración	imaginario
Madre simbólica	Frustración	real
Padre imaginario	Privación	simbólico

Tabla 1. Lacan utiliza para explicar las relaciones entre la castración y la asunción del sexo propio en la declinación del Edipo. Esta asociación queda justificada al destapar que el padre ejerce una prohibición efectiva sobre lo que corresponde al nivel pulsional. La castración será un efecto simbólico operado por una figura real sobre un objeto imaginario, la frustración será un

efecto imaginario sobre un objeto real (la madre) operado por una función simbólica (el padre). En el nivel de la privación, que sería algo así como el punto crítico de la articulación del Edipo, el padre imaginario ejerce su función en tanto que se plantea como el objeto de deseo de la madre o como el portador del objeto de deseo de la madre. (Ibíd. pp. 176-177)

Hasta 1958 el objeto alrededor del cual gravita la metáfora paterna no será otro que el objeto fálico como elemento significativo de la problemática edípica y estructurante a nivel de la castración. Antes, en 1956, sobre el final del seminario sobre las estructuras de la psicosis, Lacan (1984, óp cit. p. 441) aborda el objeto fálico en Freud como el punto central de toda dialéctica libidinal y como *pivote* de la estructura neurótica. Se trata de una auténtica *supremacía* como escribe Dör. (1986, óp cit. p. 83) En ella se conocerá “la verdad” sobre el ser hombre o ser mujer, no puede pensarse al sujeto de la neurosis, que no es otro que el sujeto dividido, por fuera de la ley que hace emerger la pregunta sobre *qué se es frente al deseo*. Esta “verdad” es el posicionamiento del sujeto frente a ese objeto privilegiado que es el falo. *¿A qué se debe este privilegio?* Sencillamente se trata de una referencia esencial al padre (al Uno de la castración) y no a un objeto tal cual. El falo sólo adquiere su estatuto en tanto que es poseído por Uno, no es un objeto indiferenciado que se eleve a la categoría simbólica, digamos el pene anatómico, el falo es significativo, lo cual querría decir que debe ser entendido como el referente de todos los otros objetos simbólicos. La castración será el legado del tránsito por la fase de la supremacía del falo. La falta de pene tal y como la *conciibe* Freud, es decir, hecha concepto, deja una huella determinante en el imaginario. En este sentido, se afirma que el falo como imaginario no constituye en modo alguno un obstáculo a vencer en la dialéctica de la castración, al contrario, es una suerte de “aliado problemático” que ayuda a tramitar el camino de entrada en la dimensión simbólica del lenguaje por el advenimiento de la metáfora paterna. Se confirma entonces que el falo como significativo primordial del deseo en la triangulación edípica será un elemento de doble referencia, imaginaria y simbólica. (Ibíd. pp. 88-89)

Resulta valioso detenerse antes de hacer el siguiente breve vistazo sobre aquello que resulta de la dialéctica del deseo, a saber, un sujeto deseante tal y como lo describió Freud. Aunque no es un objetivo inicial de la presente investigación, reflexionar acerca de las categorías Simbólico, Imaginario y Real es meritorio suscribir una suerte de definición toda vez que se han empleado los términos para explicar conceptos clave; no se trata de registros aislados que deban ser unificados por la función extraordinaria de un elemento significativo, lo simbólico, lo imaginario y lo real están ahí desde el comienzo aunque no se sepa muy bien cómo. Lo cierto es que no se trata de una clasificación categorial ni de un criterio diferencial, y aunque está lejos de los planteamientos de su teoría de los nudos, se lee en Lacan una suerte de aviso acerca de la *imbricación* de los tres ordenes, *encarnadura* dada por medio del lenguaje que se “inscribe en el plano de lo real ese otro plano que es lo simbólico”. (Lacan 1981, óp cit. p. 381) Este apunte permite explicar que la triple realización de la palabra es el hecho fundamental para la definición del sujeto freudiano en la lectura de Lacan, tesis relativa a la dialéctica del deseo, a la polaridad amor-odio y a la introducción del narcisismo. (Ibíd. pp. 401-403)

4.5 El sujeto freudiano: Una definición de subjetividad articulada en los tres registros del lenguaje

Una de las mayores aportaciones de Freud a la clínica de los trastornos psíquicos es haber mostrado que sujeto de la razón y sujeto de la locura no distintos, los anima el mismo Logos en la estructura del inconsciente. Si seguimos la tesis del Inconsciente estructurado como un lenguaje es irrecusable preguntarse acerca de lo qué es la palabra y qué la distingue del registro del lenguaje como tal.

De acuerdo a lo dictado en el seminario de las estructuras freudianas la palabra está inscrita en una suerte de doble sentido o un doble piso; por un lado es fundante (*fides*) del don simbólico, *el Tú en mi palabra porque mi palabra se ha*

puesto en tu lugar, palabra que compromete al otro a quien está dirigida. Se trata de un pacto dialéctico en el que el otro sentido de la palabra sería aquel que constituye precisamente el reverso (*fingimiento*) de lo que acabamos de citar, esto es, que la palabra se pronuncia siempre de un modo fundamentalmente ambigua, siempre al filo del engaño toda vez que lo que se recibe no es más que el propio mensaje de manera invertida. (Lacan 1984, óp. cit. pp. 57-58) En el nivel donde el sujeto se dirige al otro es que también podrá hablar de él y lo hará aún cuando crea que está hablando de sí mismo. La paranoia es un buen ejemplo, su característica fundamental es que el sujeto, “su parte sana”, es capaz de dirigirse al otro y incluso de servirse del lenguaje para engañarlo, sin embargo, se trata de un lenguaje sin dialéctica puesto que, ya sea erotomaniaco o persecutorio –¿no está acaso siempre lo uno detrás de lo otro?–, el delirio del paranoico gira únicamente en torno al propio sujeto (*je*) y no es posible si quiera que pueda distinguir entre lo que es él y lo que es su yo (*moi*). (Ibíd. pp. 59-60) La noción de “conocimiento paranoico” viene a formalizar lo que ya planteaba al final de su primer seminario, entre imaginario y real aparece la pulsión representante y su representación, el odio. Se trata de que la función simbólica del lenguaje, la palabra, aporte un elemento capaz de interrumpir aquella relación que sólo tiene por desenlace la muerte:

“El conocimiento paranoico es un conocimiento instaurado en la rivalidad de los celos, en el curso de esa identificación primera que intenté definir a partir del estadio del espejo. Esta base de rivalidad y competencia en el fundamento del objeto es, precisamente, lo que es superado en la palabra, en la medida en que concierne al tercero. La palabra es siempre pacto, acuerdo, nos entendemos, estamos de acuerdo: esto te toca a ti, esto es mío, esto es esto y esto es lo otro. Pero el carácter agresivo de la competencia primitiva deja su marca en toda especie de discurso sobre el otro con minúscula, sobre el Otro en cuanto tercero, sobre el objeto.” (Ibíd. pp. 61-62)

El hecho fundamental por el cual Lacan transforma la tesis del yo como estadio de alienación en términos imaginarios es la función simbólica del lenguaje. Función que no es, como entiende la psicología, el hecho comunicativo entre los seres tanto como una convocatoria, un evocar al otro hacia los mismos lugares del sujeto del discurso⁵², aquel que inaugura “su alteridad” y “su subjetividad” en la medida en que se dirige a otro:

“Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta. Para hacerme reconocer por el otro, no profiero lo que fue sino en vistas de lo que será. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderme.

Me identifico en el lenguaje, pero sólo perdiéndome en él como objeto. Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, porque ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser.” (Lacan 2009d, óp. cit., p. 288)

La dialéctica inconsciente puesta al descubierto por el psicoanálisis de Freud es una en la cual siempre puede presentarse la posibilidad de que esto que habremos de llamar función de la palabra, vale decir el reconocimiento del sujeto en y por el Otro, quede sin ser formulado. Esta situación estaría expresamente definida como una cierta *anulación* del sujeto en la medida en que el punto de partida de ésta dialéctica es la *alienación* en el otro, por esta razón puede él mismo ser objeto de un no reconocimiento frente a sus semejantes. Se trata una dialéctica en la que la regla es la constante posibilidad de lucha y la perenne imposibilidad de coexistencia con el otro, Lacan lo lee en el texto de Hegel, y si bien señala que la propuesta del filósofo no alcanza a agotar el tema, la dialéctica del amo y del esclavo coadyuva a pensar que “La constitución del mundo humano

⁵² “En efecto, el yo (je) nunca está donde aparece en forma de un significante particular. El yo (je) está siempre a título de presencia que sostiene el conjunto del discurso [...] El yo (je) es el yo (je) del que pronuncia el discurso.” (Lacan 1984. óp cit. p. 391)

en cuanto tal se produce en una rivalidad esencial, en una lucha a muerte primera y esencial.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 62)

La importancia radical de la conjunción entre imaginario y real, el lugar del odio, es un tema ampliamente trabajado en el seminario sobre las psicosis. Esta consideración es esencial si se admite que el objeto de interés humano es siempre el objeto de deseo del semejante. “¿Cómo es esto posible? Porque el yo humano es el otro y al comienzo el sujeto está más cerca de la forma del otro que del surgimiento de su propia tendencia. En el origen él es una colección incoherente de deseos –éste es el verdadero sentido de la expresión cuerpo fragmentado– y la primera síntesis del ego es esencialmente alter ego, está alienada. El sujeto humano deseante se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad, y el primer abordaje que tiene del objeto es el objeto en cuanto objeto de deseo del otro.” (Ibíd. p. 61) En este sentido, es fundamental para toda la noción de sujeto en psicoanálisis precisar que “[...] antes de hablar del otro como algo que se coloca o no a cierta distancia, que somos o no capaces de abrazar, de estrechar, incluso de consumir en dosis más o menos rápidas, se trataría de saber si la fenomenología misma de la formas en que las se presentan en nuestra experiencia no obliga a un abordaje diferente y, precisamente, el que adopto cuando digo –antes de ver cómo va a ser más o menos realizado– que el Otro debe ser considerado primero como un lugar, el lugar donde se constituye la palabra.” (Ibíd. p. 391) Se trata de distinguir entre la duplicidad del otro, digamos el objeto no-yo, el otro imaginario y el Otro que escucha como tercero y que por esta misma razón se convierte en el lugar que contiene todas las significaciones posibles:

“[...] el otro con minúscula, es el otro imaginario, la alteridad en espejo, que nos hace depender de la forma de nuestro semejante [...] el Otro absoluto, es aquel al que nos dirigimos más allá de ese semejante, aquel que estamos obligados a admitir más allá de la relación de espejismo, aquel que frente a nosotros acepta o rechaza, aquel que en ocasiones nos engaña, del que nunca

podemos saber si no nos engaña, aquel a quien siempre nos dirigimos.” (Ibíd. p. 362)

Para el ser hablante no basta el “correlato biológico” que es suficiente para la existencia del animal, el ser humano, para serlo, necesita de otra marca que determine su realidad en su sentido fundamental: el anodamiento simbólico. Como señala Palomero (1997, p. 133), el sujeto se constituye como tal en la medida en que se habla de él, incluso antes de su nacimiento, es decir, tiene un lugar en el Otro. El sujeto en tanto que posición subjetiva antecede a la existencia del ser viviente, algo del sujeto existe ya en el imaginario de los padres, primordialmente de la madre, quién es la única que guarda el saber sobre aquel niño, y el padre, quién tendrá que hacer suyo a ese niño a través de la transmisión del nombre propio. Se trata del momento de la aparición del significante primordial⁵³ bajo el principio freudiano fundamental de la ausencia y la presencia en la economía libidinal, es decir, el *más allá del principio de placer*. (Lacan 1984, óp cit., pp. 214-215) Este es el momento “formal” de la aparición del sujeto freudiano, es decir, el sujeto como “presencia sobre un fondo de ausencia, que puede ser hecho presente en cuanto ausencia”. (Lacan 1999, óp cit. p. 435) Este es el campo de lo que ha quedado *Verworfen* en las psicosis, es decir, cuando el significante primordial falta por efecto de un rechazo que nada tiene que ver con la represión. El tema de la *Verwerfung* como el mecanismo esencial de las psicosis se trabajará en los apartados siguientes, por el momento se apunta lo que algunos autores como Mustapha Safouan (2003) preguntan, ¿es realmente la falta del significante el elemento conjetural de las psicosis? ¿o es quizá posible que el significante exista siempre ahí pero que lo determinante sea el uso que el sujeto hace de él? En este sentido es Lacan quien introduce la ambigüedad: “En el Hombre de los Lobos, la impresión primitiva de la famosa escena primordial quedó durante años, sin servir para nada, ya significativo empero, antes de poder decir su

⁵³ “Antes de que el niño aprenda a articular el lenguaje, debemos suponer que hay significantes que aparecen, que ya son del orden simbólico. Cuando hablo de una aparición primitiva del significante, esto ya implica el lenguaje.” (Lacan 1984, p.215)

palabra en la historia del sujeto. El significante entonces está dado primitivamente, pero hasta tanto el sujeto no lo hace entrar en su historia no es nada [...]”. (Lacan 1984, óp cit. p. 225)

El sujeto se sirve del lenguaje y con ello produce un discurso, realización que habrá de situarse en y por el Otro de la palabra. *To be or not to be*, hacerse reconocer (o no) en el lugar del lenguaje, reclamar para sí dicho reconocimiento, *ser hombre o ser mujer*, ese es el cuestionamiento fundamental que proviene del Otro. (Ibíd. p. 239) Para Lacan la sexualidad está íntegramente ligada al reconocimiento simbólico, “[...] el sujeto encuentra su lugar en una aparato simbólico preformado que instaura la ley en la sexualidad. Y esta ley sólo le permita al sujeto realizar su sexualidad en el plano simbólico. El Edipo quiere decir esto [...]”. (Ibíd. p. 242) Se debe proceder atentamente cuando se habla de la “realización de la sexualidad” puesto que no se trata de llegar a ningún lugar con la pregunta sobre el ser hombre o ser mujer, el sujeto nunca sabe exactamente de que va aquello, razón misma por la que continúa preguntándose. En las psicosis, debido a que se estructura fundamentalmente en donde no hay material simbólico, la pregunta no llega a formularse, queda bajo el efecto de la *forclusión*.

Toda la elaboración que aquí se plantea escapa al discurso de la ciencia y a sus aún persistentes esfuerzos para conseguir el cumplimiento de un ideal ateórico, principio de proporciones absurdas. El sujeto es una noción enteramente necesaria para sostener que *cogito ergo sum*, es decir, sostener la ilusión de que el pensamiento es el límite de la existencia. Es innegable que “el cogito filosófico” no es más que un espejismo en el cual el sujeto de la ciencia supone encontrar la seguridad de ser él mismo, saber quien es y hacia donde se dirige en tanto que es porque piensa. Para el psicoanálisis, en cambio, “No se trata de saber si hablo de mí mismo de manera conforme con lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo que aquel del que hablo.” (Lacan 2009h, p. 484) Este espejismo es lo que Lacan llama el yo (moi) imaginario, función que no es, como cree firmemente el discurso científico, objetiva, sino que se define por completo en el plano de lo

ilusorio, “fundamentalmente narcisista”, y es el sujeto (je) quien “da acento de realidad a cualquier cosa a partir de ella”. (Lacan 1984, óp cit. p. 249)

Si la disimetría de los sexos en el complejo de Edipo es la que ha descrito Freud, es decir, de naturaleza simbólica, esto se debe al significante, por ello, la simbolización para uno u otro será diferente sin que eso tenga que ver biológicamente con el registro anatómico de los cuerpos, esto, en tanto que la experiencia edípica se organiza en torno al falo imaginario como “el elemento simbólico central”. Es cierto que la vía para hombres y mujeres es exactamente la misma, a saber, la vía de la castración, sin embargo, es innegable notar “una diferencia llamativa: uno de los sexos necesita tomar como base de identificación la imagen del otro [...]” (Ibíd. p. 252). La realización de la posición sexual simbolizada a través de la vivencia edípica se inicia por la alienación del sujeto en el objeto de deseo del otro. La identificación que se produce ahí acarrea necesariamente esa conjunción de lo real y lo imaginario, el otro (sexo) se realiza también como objeto de rivalidad en una dialéctica primitiva de la cual la paranoia es el ejemplo exacto. (Ibíd. pp. 251-254)

Freud presentó a un sujeto *no-comprensivo* que, precisamente por esta cualidad, es el lugar de todas las formaciones sintomáticas que describe la fenomenología clínica. Se trata, como han señalado los autores (Frydman y Thompson 2009, p. 83), del “agente de una elección respecto de una nueva modalidad de satisfacción pulsional”. Así sucede en las neurosis resultantes de un conflicto que, de acuerdo a Freud, no lleva automáticamente a la “enfermedad” sino que es más bien el trámite (vía la represión) por el cual el sujeto se posicionará frente a su propio devenir pulsional. El conflicto de la neurosis, entendido como aquello que aparece después de la incidencia del complejo de castración y de la represión tiene como condición una *Versagung* (frustración), de ahí que Lacan proponga definir al yo (je) *esencialmente como frustración*. (Lacan 2009d, p. 243) En Freud la represión (*Verdrängung*), la desmentida o renegación

(*Verleugnung*) y la desestimación o rechazo (*Verwerfung*) serán consecuentes a ciertos posicionamientos electivos claramente discernibles⁵⁴.

Dada la lógica establecida, una definición lacaniana de *lo subjetivo* es posible en los términos siguientes:

1. Aparece en lo real en tanto que el sujeto se vale del significante (de la función simbólica) “[...] no para significar algo sino para engañar acerca de lo que ha de ser significado.” (Lacan 1984, óp. cit., p. 266)

2. “[...] supera la organización individual en tanto que suma de las experiencias individuales, e incluso en tanto que línea del desarrollo individual.” Es un “[...] sistema organizado de símbolos, que aspiran a abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su sentido.” (Lacan 1983, p. 68)

3. “Lo simbólico da una forma en la que se inserta el sujeto a nivel de su ser. El sujeto se reconoce como siendo esto o lo otro a partir del significante. La cadena de los significantes tiene un valor explicativo fundamental, y la noción misma de causalidad no es otra cosa.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 256)

Se trata de una instancia que siempre está llegando a ser, es decir, que se coloca en una posición electiva, planteamiento que vendría a desarrollar lo que ya se afirmaba en *Acerca de la causalidad psíquica*; “Llegar a ser tal como eres” (Lacan 2009b, óp. cit. p. 175), es decir, asumir (simbólicamente) la historia como propia. Esta una de las elaboraciones que permitirán pensar que la identidad no existe como tal sino que se constituye a través de una serie de identificaciones a lo largo de lo que nos es dado llamar la existencia, ahí dónde se gestan todas las

⁵⁴ Se volverá sobre este tema en el capítulo VI.

dificultades del sujeto, “[...] sobre el plano de la asunción simbólica de su destino, en el registro de su autobiografía.” (Lacan 1983, óp. cit., p. 70)

Si el devenir subjetivo es un proceso que nunca termina y que por esta misma razón compele a nuestro sujeto hacia una constante redefinición, esto, irremediablemente, provoca que al final ese sujeto aparezca siempre como extraño ante sí mismo. Así, el sujeto freudiano es un fenómeno *heideggerianamente* unitario pero que está siempre al borde de la constitución, más allá de la dualidad cartesiana de lo subjetivo y lo objetivo; Nuestra subjetividad es solamente, de manera secundaria y derivada, lo íntimo de un pensamiento que se opone a la exterioridad del mundo. El movimiento primordial que genera, al mismo tiempo, lo consciente y lo inconsciente es una torsión en virtud de la cual el sujeto no se encuentra ni en el exterior ni en el interior. (Palombi 2009) Haciendo una lectura incisiva de la segunda tópica freudiana Lacan determina: “Para él se trata de recordar que entre el sujeto del inconsciente y la organización del yo no sólo hay disimetría absoluta: hay diferencia radical.” (Lacan 1983, óp cit. p. 96) Al final no hay respuesta ni definición que valga, la pregunta que se plantea no es menos radical en tanto que irresoluble; *el sujeto, ¿es algo?* (Ibíd. p. 101)

5. PSICOSIS Y LOCURA

*¿qué locura podría protegernos
de un manicomio
que se confunde con el mundo?*

Miguel Espejo, Fragmentos del Universo, Pathos

5.1 Antecedentes

El término psicosis aparece en 1845 cuando el psiquiatra y filósofo austriaco Ernst von Feuchtersleben lo opuso al de neurosis, siendo así que la primera quedara definida como la enfermedad mental y la segunda como la enfermedad del sistema nervioso. Su conceptualización sustituyó a la “locura” en la designación de las “afecciones” de la vida mental pero con ello no se hizo más que inaugurar una nueva indeterminación al respecto ya que “si sólo algunas neurosis ofrecían síntomas psicóticos, síntomas de enajenamiento, de vesania, de locura, las psicosis, todas, eran al tiempo, neurosis pues el trastorno mental presuponía el trastorno nervioso.” (Colodrón 1999, óp cit. p. 42) A pesar de todas sus variaciones la psicosis siempre ha estado asociada a un cierto carácter “unitario” (no hay que olvidar las discusiones sobre la *Einheitspsychose*). Actualmente los manuales de psicopatología sugieren que la *Schizophrenia and other psychotic disorders* no son más que “un conjunto convenido de síntomas [...] último intento de ordenar el alboroto generado en torno a una idea en crisis permanente que, desde su mismo origen, mantuvo, violentados, trastornos distintos con apariencia de unidad”. Más tarde, el concepto, desmedido en su definición, habría de abarcar todo el campo de las psicosis quizá sólo dejando al margen el grupo de la paranoia. La obra de Kraepelin es el ejemplo más nutrido de

este esfuerzo, sin embargo, su limitación es insalvable, “juzga análogos cursos demasiado heterogéneos”⁵⁵. (Ibíd. pp. 35-37)

Con la psiquiatría y el saber psicopatológico del primer cuarto del siglo XX, a la indeterminación de los conceptos se sumó una nueva dificultad, el sustantivo “psicosis” se comenzó a utilizar como adjetivo, “lo psicótico” se convirtió en la marca de la “enfermedad”, resumen de la presencia o ausencia de alucinaciones, ideas delirantes y en verdad cualquier comportamiento lo suficientemente desapegado a la norma para ser calificado de “anormal”. Se añadió, además, la fantasía de una descripción absoluta de su fenomenología. En los manuales es fácil identificar desde las más restrictivas categorizaciones (delirio y alucinación sin conciencia de la enfermedad) hasta las más amplias y vagas, por ejemplo, aquellas que describen los síntomas positivos de la esquizofrenia (trastorno esquizofreniforme, trastorno esquizoafectivo, trastorno psicótico breve). De este modo “lo psicótico” comprendería ideas delirantes, alucinaciones de cualquier tipo, lenguaje y comportamiento desorganizados. (Ibíd. p. 43) No está de más señalar que toda empresa basada en tales principios habrá de toparse siempre con la misma dificultad, “superponer dos modos distintos pero no concurrentes de conceptualización”, primero descriptiva y conforme a la noción de “trastorno o déficit”, segundo etiológica y acorde la noción de “proceso psíquico” (Jaspers). (Ibíd. p. 46) Más allá del debate sobre la diferencia entre dichas nociones una cosa es cierta, no es posible, como pretenden las neurociencias y la neuropsiquiatría modernas, prescindir de la actividad teórica para aclarar el fenómeno de la psicosis, vale decir, de todo aquello que podemos llamar “las locuras”. (Lacan 1984, op. cit. p. 12) Aún los criterios de definición dominantes en la clínica hoy en día, esos mismos que se declaran abiertamente ateóricos, no alcanzan a despejar las incógnitas, por el contrario, plantean nuevos cuestionamientos en la medida en que se avanza en el conocimiento del funcionamiento del cerebro. La aparición de los medicamentos neurolépticos,

⁵⁵ “a.- el hebefrénico, esto es el trastorno primordial del lenguaje; b.- el catatónico, el trastorno motor; c.- el paranoide, el trastorno del pensamiento.” (Colodrón A. 1999, p. 37)

especialmente la clorpromazina⁵⁶, potenció que la nueva psiquiatría, ya de por sí anclada a un casco teórico reducido, abrazará casi por unanimidad la hipótesis dopaminérgica de la esquizofrenia. Si bien la evidencia del papel determinante de los procesos neurofisiológicos en los cuadros delirantes agudos es innegable también es cierto que otros estudios, más o menos recientes, han encontrado que en sujetos identificados con alguna de las formas de la esquizofrenia, y sin antecedentes de farmacológicos, no es regla que se presente un exceso o deficiencia en la calidad de las biomoléculas neuronales.

Para finalizar este comentario diremos que sin importar que se trate de una explicación “dopaminérgica, serotoninérgica, noradenérgica o gabaérgica”, de una “focalidad lesional” o de un “alteración de las conexiones cerebrales”, es seguro que el tiempo dé “razón a una u otra, aunque posiblemente, se la quite a todas.” (Colodrón 1999, óp cit. p. 54) Al final esto resulta poco relevante si se parte del principio que dicta: “*El psiquismo no está en el cerebro*”, el “trastorno”, si bien puede asociarse a una modificación de la unidad “*psique-soma*”, compete fundamentalmente a la existencia, es una experiencia “vivida” a nivel del *ser-en-el-mundo*. (Amado 1985, pp. 64-65)

5.2 Introducción a los procesos psicóticos

La experiencia clínica y el edificio teórico del psicoanálisis permiten enunciar que es la salida de la madre como lugar de un goce mortífero lo que inaugura cualquier posibilidad de relación entre lo psíquico y el mundo que es otro. El recorrido que llevará al sujeto y sus vínculos libidinales se estructurará a partir de lo que haya sucedido en el momento crítico de dicha escisión, es decir, de la aparición del yo (*moi*) y del reconocimiento del cuerpo propio. Así, junto a la de diferenciación sexual y de posicionamiento subjetivo, lo que ha resultado de este

⁵⁶ Medicamento neuroléptico desarrollado por Henri Laborit. Está categorizado dentro de los antipsicóticos clásicos o de cuarta generación.

ordenamiento (del trabajo significativo de la falta estructural) es el sujeto de la otredad, desenlace de la función del significante del Nombre-del-Padre. En *Las formaciones del inconsciente* Lacan (1999, óp. cit. pp. 148-149) estudia la determinación económica de los trastornos psíquicos en términos de comunicación y lenguaje discutiendo las teorías de Bateson y Gisela Pankow desde dos ejes; primero, la comunicación –más allá de una relación de un contacto con el entorno– se centra en una significación, segundo, en la psicosis esta relación se presenta entre la madre y el niño. Se trata de una correspondencia “discordante” y “desgarradora” en la que el vínculo de la madre se presenta en forma de “doble”, es decir, como una doble relación que se establece el nivel especular propiamente, corresponde al *infans* responder o no a la declaración de amor de la madre. Del comentario ahí propuesto se deduce que en su lectura del “*double bind*” y de la “dialéctica del doble sentido” no se trata, como supone la escuela de Palo Alto en California, de dos mensajes opuestos, “uno detrás de otro”, por el contrario, hay para Lacan dos mensajes que son simultáneos en la misma emisión lingüística. Se pregunta acerca de lo qué ocurre en las psicosis –en términos de un proceso de comunicación– para que el sujeto no llegue a constituirse en la emisión y remisión de mensajes, es decir, descubrir por qué el psicótico rompe la posibilidad de comunicarse con el mundo que le rodea. De acuerdo con él, lo problemático de la perspectiva norteamericana y su teoría del doble mensaje es que implicaría una doble significación, a diferencia de lo que él plantea en su clase del 8 de enero del 58, a saber, que no se trata en modo alguno de una doble significación sino de “lo que el significante tiene de constituyente en la significación”. (Ibíd. p. 149) Si bien es cierto, en acuerdo con Pankow, que en las psicosis se trata de la falta de una palabra que inaugure el significante en cuanto acto en el sujeto. El problema es que la psiquiatría, la psicología y algún “psicoanálisis” optan por la vía de la personalidad (síntesis y unidad) para explicar el callejón sin salida que representan las significaciones para el sujeto psicótico, obviando por completo que *la falta en la psicosis es la ausencia del significante de una falta en el Otro*.

La forclusión del significante fálico y la consecuente falla en la asunción sexual (sexuación) se presentan como factor estructurante, el primero, y como desencadenante, el segundo. ¿Qué se desencadena? O bien la emergencia del fenómeno elemental sensorial o bien un intento de restitución, un delirio que en su ficción en su sin-sentido despliega un saber que se acerca vertiginosamente a “la verdad” del Otro. *¿Defecto de inscripción de la experiencia de la castración en el inconsciente que altera el sentido de la realidad?* (Sánchez-Barranco et. al. 2006, óp. cit. p. 123) Ciertamente no, sin embargo, la impresión de los autores no debe ignorarse por completo, el sentido del término forclusión, tomado por Lacan de la jerga jurídica, se encuentra dado en el texto de Freud. Ya desde *Las neuropsicosis de defensa* y posteriormente en el historial del hombre de los lobos, el creador del método recurre al concepto de *Verwerfung* (rechazo) para explicar lo acontecido en los procesos psicóticos de la misma manera que asigna el de *Verdrängung* (esfuerzo de desalojo) para las neurosis. Para el segundo caso, las representaciones de afectos penosos producidos por efecto de la castración son esforzadas, digamos expulsadas por proyección hacia el exterior para después dar paso a una sustitución por otra representación asequible al yo (*moi*). En las psicosis la representación penosa se repudia (*verwirft*) junto al afecto al cual había quedado asociado. En el análisis del presidente Schreber Freud precisará el sentido que tiene el mecanismo de la *Verwerfung*, a saber, el de una representación que habiendo quedado suprimida o abolida no es esforzada hacia el exterior (como en la represión) sino que retorna y se impone desde esta realidad manifiesta por medio de la experiencia alucinatoria y por la reconstrucción delirante.

En términos más o menos simples la forclusión implica un no-arribo del significante primordial a un tiempo y espacio al cual había sido convocado. En Schreber Lacan identifica este llamado y la incapacidad de (re)producirlo al ascenso la presidencia de la corte y al desencadenamiento de la segunda crisis. Este aspecto debe tenerse a muy seria consideración puesto que una lectura exageradamente descuidada, como la que hace Sánchez-Barranco y sus colegas

(et. al. 2006, p. 124), bien podría acercarnos a una definición de la *Verwerfung* y de su efecto en el sujeto en términos de “un agujero que nunca se llenará”, de un sujeto que “estará predispuesto a la psicosis” puesto que no “estará en disposición” para asimilar la función del significante del Nombre-del-Padre, resultando todo esto en la producción de “delirios y alucinaciones de carácter psicótico.” Los autores se equivocan fundamentalmente, la estructura de la psicosis no se constituye por una falta irreparable sino por la ausencia del significante de la falta en el Otro. Para el criterio de este trabajo, y de acuerdo con lo propuesto por Lacan, eso que ellos llaman “el agujero”, por definición, no debe ser colmado, es lo estructural y lo estructurante de lo propiamente humano. Hablar de predisposición a la psicosis no hace más que denotar el *background* que se impone en su lectura de la obra lacaniana. Es claro que ninguna investigación seria puede limitarse a una “reconstrucción histórica” de los conceptos. Tampoco debe conformarse con definiciones sencillas cuando se tiene a acceso los textos apropiados. Las observaciones que da el propio Lacan (1999, óp. cit. pp. 150-154) son un buen comienzo: La forclusión es el mecanismo por el cual algo que habiendo quedado *verworfen* en la cadena de los significantes produce una falla en el lugar de la falta en la tipografía del inconsciente. Cuando se habla de *Verwerfung* es la falta misma, el lugar de vacío que permite el juego de los significantes, y por lo tanto, la continuación de la cadena, lo que se ha cancelado en tanto que espacio. El significante de este lugar de la falta, que no es otro que el significante del Nombre del Padre, fue rechazado en un mítico momento primordial.

Aunque el tema de la distinción entre la *Verwerfung* del psicótico y la *Verdrängung* del neurótico ocupa una reflexión específica en este trabajo por ahora puede adelantarse: si en la neurosis la represión es aquello que en cuanto significante permite que se perpetúe la creación de significaciones “consistentes” *encadenadas*, en la psicosis esto resulta imposible en tanto que el Otro del tesoro del significante, sede del código, es un Otro absoluto que no admite nada acerca de la castración. El hecho de que “lo propio del significante es que es discontinuo”

(Ibíd. p. 153) significa que la dimensión metafórica es *insimbolizable* para el psicótico puesto que es un “más allá del significante en tanto que con él tratas de significar algo y, a pesar de todo siempre significas otra cosa.” (Ibíd. pp. 153-154) Ahí la significación está detenida en un continuo interminable que ignora la puntuación, o en términos saussurianos, el punto de almohadillado cuya función es la discontinuidad que Lacan menciona.

La pregunta acerca de cómo existe la estructura del significante en la psicosis es un punto del cual no es posible prescindir. Cualquiera con un poco de experiencia en el campo podría dar cuenta que no se trata solamente de que el sujeto psicótico haya caído presa de una multiplicidad de significaciones, lo que sucede es lo que acontece a todas las estructuras clínicas desde una perspectiva analítica, es decir, el decreto de una peculiar relación con aquellos significantes que presentan una determinación fundamental para la existencia del orden simbólico, significantes sin los cuales las significaciones humanas serían inconcebibles y el lenguaje como tal no sería posible. Lacan indica que estos significantes primordiales permiten que el sujeto circule libremente por las significaciones y que encuentre allí el límite que introduce la disimetría y la dialéctica como fuente de explicación (*Erklären*) de lo que significa el sujeto y el objeto. La psicosis se formula a partir de la devaluación de los significantes primordiales que habrían servido de garantes del orden simbólico, ello en el sentido de un discurso que no reconoce en su función de ausencia el auténtico motivo por el cual todo se organiza como un juego del lenguaje. (Lacan 1984, óp. cit. pp. 284-286) ¿No se trata entonces de una falta esencial del significante? Esta parece ser la hipótesis lacaniana, o bien la pregunta –que el neurótico sí formula pero que no responde–, no es formulada por el sujeto sino por el Otro, o bien la respuesta llega antes de que ésta haya sido planteada siquiera. En todo caso, en el núcleo de la psicosis aparece una imposibilidad fundamental para que el deseo sea experimentado en forma de un cuestionamiento en una oscilación dialéctica: *¿qué (me) quiere el Otro?*. (Ibíd. pp. 287-288)

Si el subtítulo de este apartado acude al significante *procesos* es porque es bastante claro que ese es el nivel que Lacan asigna a la *Verwerfung*, lo que acontece con ella es una suerte de trato directo entre el sujeto y el significante, compromiso que a pesar de todo sólo puede presentarse en términos de “la verdad”, aquello que es absolutamente imposible de realizar y que le otorga un elemento trágico a toda empresa psicótica. Es necesario apuntar decisivamente lo que se entiende por proceso psicótico. Sobre esto Lacan escribe: “Resulta de ello cuya primera etapa llamamos cataclismo imaginario, a saber, ya nada de la relación mortal que es en sí misma la relación con el otro imaginario puede ser dado en concesión. Luego, despliegue separado y puesta en marcha de todo el aparato significante. Disociación, fragmentación, movilización del significante en tanto palabra, palabra jaculatoria, insignificante o demasiado significante, plena de insignificancia, descomposición del discurso interior, que marca toda la estructura de la psicosis. Después del encuentro, la colisión, con el significante inasimilable, se trata de reconstituirlo [...]”. (Ibíd. p. 457) Se percibe entonces que más allá de las interrogantes que aparecen en la discusión del desencadenamiento y de la entrada en la psicosis, para Lacan se trata de un hecho que se reproduce a lo largo de toda la historia de un sujeto, vivencia que concierne a hechos muy específicos pero que no implica una lógica causalista o evolutiva. El proceso al que alude es un continuo estructurante que comienza en el discurso del Otro y termina con la desaparición de la palabra del sujeto.

5.3 Identificación y lenguaje

La identificación en la psicosis debe compensar la no-simbolización con un imaginario que a pesar de estar estructurado según el modelo del estadio de espejo, es esencialmente distinto puesto que el psicótico no (re)conoce la exclusión recíproca de la función del lenguaje; “*Sí eres tú, yo no soy. Si soy yo, eres tú el que no es*”. (Lacan 1983, óp. cit. p. 256) En él la alienación va más allá de la rivalidad vinculada a un “significado anonadante”. Lo que se presenta ahí es

un “anonadamiento del significante” en el que la función paterna se reduce a su componente imaginario, destino que proporciona un cierto enganche o encadenamiento. No se trata de la dialéctica especular (la exclusión recíproca) sino de la captura imaginaria. Mazzuca (2007, óp. cit. p. 79) habla de una “identificación conformista” de la psicosis, una auténtica compensación llevada a cabo por la captura imaginaria. Lacan (1984, óp. cit. p. 299) explica que esa es la alienación psicótica propiamente dicha. En la psicosis el doble del yo, esa “imagen sobrevalorada, encumbrada respecto a la primera, la del Otro con mayúscula [...]” que en la neurosis introduce el yo (*moi*) y el ideal de ese yo se lleva a cabo pero sin la función del Otro. Para el psicótico el otro es completamente imaginario, constituye un alguien “[...] con quien sólo son posibles relaciones de frustración [...]”.

Toda la dialéctica del deseo debe considerarse a partir de ese proceso primario (de captura imaginaria). La identificación se produce sin “la cristalización triangular” que el significante introduce en la economía pulsional. En la psicosis el sujeto no recibe su propio mensaje de manera invertida, la palabra viene del otro. La paranoia es un campo en el que esto se manifiesta de manera particular; *la exclusión radical del Otro provoca que el circuito del lenguaje solamente interpele al orden imaginario*. En la palabra delirante “no hay verdad por detrás” (Lacan 1984, óp. cit. p. 81), ahí las significaciones tienen un peso y una inercia singular, no se producen como parte del juego de los significantes, son “intrínsecas a la realidad” y no remiten más que a ellas mismas. (Ibíd. p. 84-85) Lacan define decididamente que el “verdadero” delirante, el psicótico, es aquel individuo para quien las palabras no poseen más la función significante de la ausencia de Uno. La significación está detenida “remite ante todo a la significación en cuanto tal”, plena o vacía de significado. (Ibíd. p 52)

Identifica dos formas del detenimiento de la significación. El neologismo, propio de ciertas formas de la esquizofrenia, es un ejemplo ilustrativo. Primero la significación tiene un carácter inundante que colma al sujeto revelando “la verdad”

de lo que experimenta como realidad (nivel de la intuición), después esa misma significación queda vacía, inerte en su efecto simbólico, no remita a nada más que una fórmula que se repite, un *estribillo* que se opone a la palabra en tanto que impide que el sujeto participe de lo social y del intercambio simbólico. (Ibíd. pp. 52-53) Se trata de un fenómeno que es lo que es, un código, “[...] algo bastante próximo a lo que los lingüistas llaman autónomos por cuanto que es el significante mismo (y no lo que significa) lo que constituye el objeto de la comunicación [...]”. (Lacan 2008, óp. cit. p. 515) Lacan parece dar cuenta de una sensible diferencia entre los fenómenos interpretativos del delirante, que él concibe, según Matilla (2008, óp. cit. p. 242), como “una penetración intuitiva”, y las alucinaciones verbales, “fenómenos que han sido llamados erróneamente intuitivos, por el hecho de que el efecto de la significación se adelanta en ellos al desarrollo de ésta. Se trata de hecho de un efecto del significante, por cuanto su grado de certidumbre (grado segundo: significación de la significación) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma [...] en la misma medida en que para el sujeto esta alta tensión del significante llega a caer, es decir, las alucinaciones se reducen a estribillos [...]”. (Lacan 2008, óp. cit. p. 516)

Esta distinción permite pensar las locuciones neológicas también como fenómenos de mensaje, comunicación interrumpida en “un punto donde termina el grupo de palabras que podríamos llamar términos índice, o sea, aquellos a los que su función significante designa [...] como *schifters*, o sea precisamente los términos que en el código, indican la posición del sujeto a partir del mensaje mismo.” (Ibíd. p. 517) La diferencia entre el Otro no conocido y el otro que es yo, “fuente de todo conocimiento”, da cuenta de la existencia de una dialéctica del delirio que se sitúa entre ambas relaciones, “¿el sujeto habla? [...] ¿de qué habla?”. (Lacan 1984, óp. cit. p. 63) De la primera pregunta no podrá saberse nada hasta transcurrido un tiempo de trabajo inicial, de la segunda sí, aunque debe procederse con cautela. El delirante habla de él, sin duda, pero lo hace a nivel de algo que le ha hablado a él en primer lugar. Lacan advierte; “Deben notar

desde ya la diferencia de nivel que hay en la alienación como forma general de lo imaginario, y la alienación en la psicosis. No se trata de identificación, sencillamente, puesto que [...] A partir del momento en que el sujeto habla hay un Otro con mayúscula. Si no, el problema de la psicosis no existiría. Los psicóticos serían máquinas con palabra.” (Ibíd.)

Si la creación del símbolo es un momento más mítico que genético éste no puede ser referido ni a la constitución del objeto ni por la relación del sujeto con el mundo. Lo simbólico incumbe fundamentalmente al ser. Se produce en la función de negación (*Verneinung*) por oposición a la de afirmación (*Bejahung*). (Lacan 2009g, p. 364) Así es como debe comprenderse la *Einbeziehung ins Ich* (“introducción en el sujeto”), un mecanismo de reconocimiento, y la *Ausstossung aus del Ich* (“expulsión fuera del sujeto”), su correlato, el desconocimiento. En la psicosis esto último se realiza en un dominio que escapa y subsiste fuera de la simbolización articulada. Lo real aparece erráticamente, “en relaciones de resistencia sin transferencia [...] como una puntuación sin texto”. (Ibíd. p. 369) Lacan anota que para Freud lo afectivo (*afektion*) es concebible como consecuencia directa de un momento de simbolización primordial donde debe afirmarse (*moi*) para que sea posible negarse (*je*). Esto determina toda la “estructura discursiva”. En la psicosis lo anterior se experimenta en “una especie de intersección de lo simbólico y lo real que podemos llamar inmediata”, en ella, “se opera sin intermediario imaginario” pero bien alcanza una mediatización “bajo una forma que reniega de sí misma” en tanto que ha quedado fuera del “tiempo primero de la simbolización”. (Ibíd. p. 365)

La designación clínica del amplio grupo de las psicosis paranoicas para Lacan (1984, óp. cit. p. 32) es una relación del sujeto con el significante en cuanto tal, es decir, como puro significante. Distingue dos criterios:

a) paranoia y delirio de interpretación

b) psicosis pasional y delirio reivindicativo

Para él lo verdaderamente importante no es saber si el fenómeno elemental se ha presentado en el “núcleo inicial” como un “punto parasitario” a partir del cual se construye la reacción de la personalidad por la integración por sus mecanismos defensivos (Clérambault), este rebote, el delirio, es también un fenómeno elemental puesto que “la noción de elemento no debe ser entendida en este caso de modo distinto que la de la estructura, diferenciada, irreductible a todo lo que no sea ella misma.” (Ibíd. p. 33) La distinción cobra peso cuando define que la cuestión se resume de la siguiente manera, el fenómeno de la interpretación delirante “se articula en relación al yo y del otro [...] el yo como siempre relativo”, en la psicosis pasional “lo que se llama el núcleo comprensible del delirio, que es de hecho un núcleo de inercia dialéctica, se sitúa evidentemente mucho más cerca del yo (*je*), del sujeto.” (Ibíd. p. 38)

Czermak (1987, p. 136) indica que la psicosis paranoica se experimenta como alusiones directas o indirectas pero que genéricamente cuestionan algún aspecto del ser del sujeto. En realidad nunca pone en juego la verdadera alusión, la que concierne al otro y sus significaciones, sino que encuentra su centro siempre en su propia certeza. Según él, Lacan explica la noción del automatismo mental por una organización que se produce en torno al mismo significante aun cuando este no ha sido formulado y sin que ninguna significación se desprenda de él. En estos casos, siempre tan complicados a la valoración diagnóstica, el sujeto va desapareciendo, “se cuelga de la palabra como de una cuerda [...] el automatismo [...] emerge entonces para materializar el hecho: allí está su significación fundamental.” (Ibíd.) Desaparece cuando es llamado a responder con un significante del cual no puede servirse, así el Otro se presenta “en su majestad devastadora” imprimiendo una multiplicación de las significaciones, tantas como “alter egos” puedan formarse. “Al mismo tiempo se instala un amor que, en toda su pureza, erradica el sujeto al que le falta el habla [...]”, (Ibíd. p. 137) ahí sólo es posible en el habla de *moi* en lo real, una palabra que está completamente

indiferenciada, ¿el Otro me habla o soy (je) quien habla? Así, en las psicosis paranoicas “el universo se recubre con esa presencia alusiva, invisible, demasiado presente, unívoca, con la que nadie trata.” (Ibíd.)

La identificación y el amor son sucesos fundamentalmente imaginarios, sin embargo, ellos sólo pueden alcanzar satisfacción en las palabras. El lenguaje involucra el registro de los objetos identificables, hace insistir lo que ha dejado de ser al mismo tiempo que hace surgir la presencia de eso que falta. El significante opera en la multiplicidad del sentido, que es solamente otra manera de llamar a la ausencia de sentido, se expresa plenamente en la estructura de las leyes de la “segregación urinaria”. La enunciación tiene la peculiaridad de no implicar una representación del objeto al cual se hace referencia. Su estructura es que se articula en ciertas leyes universales que son propias todas las lenguas, digamos, en un orden cerrado y encadenado. (Lacan 2009h, óp. cit. p. 466-467)

En la psicosis⁵⁷ la cadena se ha roto y su secuela es la inminente equivalencia entre S y s, la alucinación verbal lo demuestra. Ante la irrupción de fenómeno elemental, perplejidad y angustia dan cuenta de la ausencia radical de sentido, vacío de la significación. Después el fenómeno se hace alusivo, la significación se convierte en certeza, en un exceso que no por hallarse pleno de significaciones deja de ser una manifestación de lo inefable. No debe pensarse, empero, que se trata de una respuesta del sujeto, al contrario, la alucinación le habla a él, se impone desde el exterior. Tampoco debe confundirse con la respuesta del delirante, formación que sí pertenece al sujeto y que de hecho se presenta como la única posibilidad de que el fenómeno psicótico sea ubicado subjetivamente y deje de ser por completo ajeno. Debe tenerse en cuenta que no todos los delirios están de lado de la metáfora (delirante), es decir, de ese carácter

⁵⁷ Lacan distingue un cierto tipo de estructura psicótica en la que, “cualquiera que sea su naturaleza, no es forzoso reconocer, por una parte, la libertad negativa de una palabra que ha renunciado a hacerse reconocer, o sea, lo que llamamos obstáculo a la transferencia, y, por otra parte, la formación singular de un delirio que –fabulatorio, fantástico o cosmológico; interpretativo, reivindicador o idealista– objetiva al sujeto en un lenguaje sin dialéctica.” (Lacan 2009e, p. 270)

estabilizador que no es una restitución de la realidad sino una suplencia. El automatismo mental se ubicaría entonces en el registro del significante (sentido anidéico) mientras que el fenómeno elemental de la paranoia podría situarse en el registro del significado. La vivencia (*Erlebnis*) de transformación del mundo se vincula, en el desencadenamiento o en un momento previo, a este último. (Matilla 2008, óp. cit. p. 248)

5.4 El (Nombre del) Padre en la psicosis

Es admisible hablar de “la elección de la psicosis” (Frydman, et. al. 2009 p. 86) en tanto que la clínica exige el empleo de un desplazamiento de la causalidad definida como mecanismo órgano-genético hacia otra basada en la función del significante. Desde Freud y Lacan el sujeto es el agente de este descentramiento que alcanza su verdadera expresión en el intento de “conquista del susodicho hombre o mujer”, es decir, de la asunción del nombre propio como estructura de la realidad humana. En *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis* Lacan (2008, óp. cit.) establece sin ambigüedades que *la metáfora paterna provee el engranaje ineludible que define el destino estructural de un ser hablante*. Para ello introduce una referencia de la que sin duda es posible extraer una apreciación del sesgo electivo que implica toda estructuración psíquica y su relación con el padre en tanto que función simbólica. El poema *La pesca de la ballena* de Jacques Prévert cuenta la historia de un hijo que rehúsa hacer una viaje de pesca con el padre, incidente que trasciende el tema de la vocación de un hijo por su padre y que más bien plantea una interrogante; *¿por qué habría de asumir (yo) el papel de predador de una criatura con la que nada he tenido que ver?* La narración continúa, al volver de la faena el padre ha ordenado despedazar el cadáver del animal para la preparación de la carne, se repite la escena, el hijo desecha el llamado y al final el cuchillo que él habría debido usar para sustraer la pulpa de la gran bestia es tomado por ella misma, asestando un golpe fatal que atraviesa al padre.

Se trata de un padre que no alcanza a inscribir el significante de la ley, “Pues si nos remitimos a la obra de Daniel Gottlob Moritz Schreber, fundador de un instituto de ortopedia en la Universidad de Leipzig, educador, o mejor, para articularlo en inglés, “educacionalista”, reformador social [...] podemos considerar como rebasados los límites en que lo nativo y lo natal van a la naturaleza, a lo natural [...] en que lo puro bordea lo malempeorial, y en que no nos asombrará que el niño [...] mande a paseo (*verwerfe*) a la ballena de la impostura, después de haber traspasado, según la ocurrencia de este trozo inmortal, su trama de padre a parte.” (Ibíd. p. 555) Esto es precisamente lo que acontece en la psicosis, el sujeto ha tenido ocasión para “mandar de paseo” al significante puesto que la inscripción no es un suceso mecánico que se produzca como efecto de la ejecución de una instancia tercera y externa, el niño tiene la opción de tragarlo o no, toma partido por la afirmación (*Bejahung*) o por el rechazo (*Verwerfung*) de aquel llamado. ¿Cómo es posible conciliar este principio con el determinismo estructural del que Lacan habló en sus primeros seminarios? Pues bien, ha de notarse que introduce una variante del sentido en el que opera la forclusión, a saber; el significante en tanto que impostura/semblante sólo puede ser acceder a su función simbólica en la medida en que ese sujeto lo asuma como ley. No se trata simplemente de que el significante quede inscrito por una transmisión eficaz de la metáfora paterna (o materna) el sujeto puede aceptarlo o rechazarlo electivamente.

Lo novedoso del *tratamiento* de la psicosis en el periodo 1956-1958 es que no se trata más de un trastorno sino que se induce un carácter estructurante del mismo modo que estructural. Esa condición está dada por el rechazo al significante, es decir, por la forclusión del Nombre-del-Padre que no es otra cosa que su palabra (función simbólica). En este sentido distingue “las tres esferas de la palabra” que “en el seno mismo del fenómeno de la palabra” integra “los tres planos de lo simbólico, representado por el significante, de lo imaginario representado por la significación, y de lo real que es el discurso realmente

pronunciado en su dimensión diacrónica.” (Lacan 1984, óp cit. p. 95) Lacan vincula la diferencia entre la metáfora delirante (y su función sustitutiva) en la paranoia y la *errancia* del discurso esquizofrénico precisamente al impacto estructurante de la forclusión del Nombre del Padre en los tres registros. Como es bien sabido el orden en el que se presentan los registros en su obra no es fortuito, en este caso se escribe *S/R* en la medida en que se privilegia la alteración al nivel del símbolo y la inscripción del sujeto en el orden del lenguaje. El imaginario queda definido como el lugar de las ilusiones y las verdades que se enuncian en el discurso del delirante. Lo real será ya aquello que tenga que ver con lo imposible del decir en el psicótico, lo que no se inscribe ni simbólicamente ni imaginariamente y que en muchas ocasiones no tiene otro destino que el del pasaje al acto. Habrá que contentarse con examinar la cuestión del padre únicamente en el campo simbólico en tanto que el comentario de Lacan hasta 1958 se sitúa fundamentalmente en ello⁵⁸. Ya se ha dedicado una breve glosa a este tema así que con la previsión de no caer en repeticiones, aunque al final esto resulte imposible, se asume como definición la siguiente: El Nombre-del-Padre es el símbolo del padre muerto, el padre hecho símbolo en tanto que ausente por su presencia pero vigente por la palabra. Un padre “[...] que llegado el caso puede fallar y el padre que, según parece, no ha de estar tan presente para que no falte.” (Lacan 1999, óp cit. p. 160)

La importancia del sujeto como agente electivo en la inscripción del significante no debe provocar que dicha transmisión se ubique (por completo) en su *responsabilidad*⁵⁹, ya que no es a causa del sujeto mismo “ni por un hombre que se declara padre [...] sino por el deseo de la madre, en cuanto mujer” que se

⁵⁸ “Lo simbólico da una forma en la que se inserta el sujeto a nivel de su ser. El sujeto se reconoce como siendo esto o lo otro a partir del significante. La cadena de los significantes tiene un valor explicativo fundamental, y la noción misma de causalidad no es otra cosa.” (Lacan 1984, p. 256)

⁵⁹ Lacan usa el concepto *responsabilidad* de un modo muy conveniente, se trata del “acuse de recibo” por parte del sujeto que se comunica con otro, relación que no se sostiene sino a consecuencia del significante: “En efecto, algo es significativo no en tanto que todo o nada, sino en la medida en que algo se constituye un todo, el signo, está ahí justamente para no significar nada. Ahí comienza el orden del significante, en tanto que se distingue del orden de la significación.” (Lacan 1984, p. 269)

instaura la metáfora, “Ella [...] sustituye el significante de su deseo, que es enigmático para el niño por carecer de significación, por otro [...] el del padre, el significante de la paternidad. Y de esta metáfora nace una significación: el falo: es decir, lo que falta en la madre y es la razón de su deseo de mujer.” (Julien P. 2002, p. 53) Lacan (2008, óp. cit. p. 553) insistirá sobre esta cuestión al indicar que si éste (su deseo) no se sitúa en la palabra del padre, si ella no hace caso de su palabra, entonces tenemos condiciones para la psicosis. Para que el padre haga de función metafórica es necesario que la madre atienda su deseo en él, “[...] del lugar que ella reserva al Nombre-del-Padre en la promoción de la ley.” La metáfora paterna incumbe a la madre como el lugar propicio para la implantación de la ley de la prohibición del incesto. Lacan advierte que “la relación del padre con esa ley debe considerarse en sí misma, pues se encontrará en ello la razón de esa paradoja por la cual los efectos devastadores de la figura paterna se observan con particular frecuencia en los casos en que el padre tiene realmente la función de legislador [...] como parangón de la integridad o de la devoción, como virtuoso en la virtud o en el virtuosismo [...] todos ellos ideales que demasiadas ocasiones le ofrecen de encontrarse en postura de demérito, de insuficiencia, incluso de fraude [...] de excluir el Nombre-del-Padre de su posición en el significante.”

“En la psicosis, el Nombre del Padre, el padre en cuanto función simbólica, el padre en el nivel de lo que ocurre aquí entre mensaje y código, y código y mensaje, está precisamente *verworfen*. Por esta razón, aquí no está [...] aquello con lo que el padre interviene en cuanto ley. Está la intervención en bruto del mensaje no sobre el mensaje de la madre al niño. Este mensaje, como mensaje en bruto, es también fuente de un código que está más allá de la madre.” (Lacan 1999, óp cit. p. 210) Así, el significante en tanto que elemento discursivo se expresa “como puros mensajes, órdenes u órdenes interrumpidas, como puras fuerzas de inducción en el sujeto [...] perfectamente localizables en ambos lugares, mensaje y código, disociados.” (Ibíd. p. 211) La emergencia del fenómeno elemental, no por un déficit de las funciones superiores sino en una falla esencial

del orden del lenguaje, confronta al sujeto, sin mediación, con la marca del enigma del deseo materno, digamos, la equívocidad de lo que la madre significa en tanto que sujeto deseante.

El “tú” es el significante de la llamada al Otro, por eso entre “tú eres quien me seguirás” y “tú eres quien me seguirá” Lacan explica que la letra final (“s”) separa un mensaje de otro en las frases referidas, y en ello se significa la participación del Otro. La diferencia fundamental es que en el primer caso se invoca una presencia que introduce el lugar de un tercero, punto de vacío que representa al significante, en el segundo, esto no es necesario dado que la única relación que es posible establecer es una correspondencia doble (de la que habló Bateson), una relación que excluye toda ambigüedad en tanto que lo que se vive ahí es la literalidad. (Lacan 1999, óp. cit. p. 155) Lo que resulta imposible en la psicosis es la ida y vuelta del mensaje al código y del código al mensaje. El fenómeno elemental sustituye esta falta del significante del Nombre-del-Padre toda vez que este se vea evocado dejando al descubierto un hueco “[...] porque lo que ha sido llamado en un momento dado en el nivel del Tú era precisamente el Nombre del Padre, en cuanto capaz de admitir el mensaje y, por este motivo, garante de que la ley se presente como autónoma. Éste es el punto del vuelco, del viraje, que precipita al sujeto en la psicosis [...]”. (Ibíd. p. 158)

En Schreber la alucinación verbal –la *Grundsprache* o lengua fundamental–, sería la expresión de un mensaje al Otro pero sin que éste se haya constituido sede del código, situación que permitiría una remisión de lo que se ha enunciado, es decir, su articulación como deseo. La imposibilidad del psicótico reside en la falla de la articulación a nivel del “Tú” de la significación, se escapa porque está más allá del “sí mismo” que se representa en el significante “Tú”. La “irrupción del fenómeno o perceptum en su particularidad significante” se presenta por “una presencia del significante en lo real”, digamos la alucinación sensorial, o “en el caso de la alucinación verbal, un retorno del significante en lo real que se impone en su dimensión de voz”. (Cañal 2010, p. 26). En el delirio schreberiano

los significantes son solamente fenómenos de código, significantes que no son sino por “su fijeza”. Sus significaciones no remiten a otras significaciones, razón por cual no es exagerado decir que en el discurso de la psicosis hay sólo rastros de la red discursiva que anteriormente se sostuvo por el llamado de “Un-padre” “[...] a donde el sujeto no ha podido llamarlo antes. Basta para ello que ese Un-padre se sitúe en posición tercera en alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria a-a’, es decir, el yo-objeto o ideal-realidad, interesando al sujeto en el campo de agresión erotizado que induce.” (Lacan 2008, óp cit. p. 552)

Siguiendo este mismo análisis Berdullas, Malamud, y Ortiz (2010 pp. 43-45) afirman que en Schreber la imagen del doctor Flechsig no es modo alguno un sustituto del padre “educacional” sino que “lo presentifica en la anulación hacia su persona”. El neurólogo es el almocida que “no representa al padre sino que lo es” en una “escena fantasmática no mediatizada” que “se realiza en los delirios” de persecución y de grandeza. La problemática del presidente se explica entonces por la “realización asintótica del deseo” en “la fantasía optativa femenina cuyo objeto es Flechsig”, feminidad que por manifestarse fuera de la ley de la castración perturba fundamentalmente el orden simbólico. Las autoras lo resumen de un modo muy convincente: “Al padre perturbador del goce de las neurosis, se opone el padre de las psicosis que llama a la satisfacción. La realización asintótica del deseo habla de una infinitización de la satisfacción a partir del lugar que tiene el padre en la estructura. Schreber se infinitiza en partenaire del padre-Dios.” En el seminario sobre la psicosis Lacan (1984, óp. cit. pp. 444-445) se comprueba que trata de una feminidad que desentendida de la castración, la “*evitatio-Entmannung*” (transformación en mujer) representa un conflicto que se ha producido en torno al “objeto viril”, es decir el pene, en lugar del objeto fálico.

No hace falta nada más para que en la función formadora del padre se produzca una falta que la existencia de lo unilateral y lo monstruoso en el discurso antecede al sujeto, ante la complicación para asumir la realización del significante *Un-padre* a nivel simbólico lo que le queda al sujeto es la imagen de ese mismo

padre, una imagen que queda fuera de toda dialéctica pero que ofrece al mismo tiempo un punto de enganche en la alienación especular. (Ibíd. p. 291) “Si la imagen cautivante es desmesurada, si el personaje en cuestión se manifiesta simplemente en el orden de la potencia y no en el del pacto, aparece una relación de agresividad, de rivalidad, de temor, etcétera. En la medida en que la relación permanece en el plano imaginario, dual y desmesurado, no tiene la significación de exclusión recíproca que conlleva el enfrentamiento especular, sino la otra función, la de captura imaginaria [...] La alienación aquí es radical, no está vinculada con un significado anonadante como sucede en cierto modo de rivalidad con el padre, sino en un anonadamiento del significante.” (Ibíd. p. 292)

De este modo, Lacan parece confirmar que los pre-psicóticos existen como psicóticos compensados hasta el momento en que las muletas imaginarias dejan de ser efectivas ante la falta del significante y aparece la psicosis como tal, es decir, como “Una gran perturbación del discurso interior, en el sentido fenomenológico del término, se produce, y el Otro enmascarado que siempre está en nosotros, se presenta de golpe iluminado, revelándose en su función propia. Esta función entonces es la única que retiene al sujeto a nivel del discurso, el cual amenaza faltarle por completo, y desaparecer. Este es el sentido del crepúsculo de la realidad que caracteriza la entrada en la psicosis.” (Ibíd. p. 293)

5.5 La(s) entrada(s) a la psicosis: ¿Desencadenamiento o constitución?

Si antes de 1956 lo que precede al desencadenamiento de la psicosis es la ineficacia de la (necesaria) relación narcisista entre la imagen del cuerpo y el yo⁶⁰ (*moi*); posteriormente a esta fecha Lacan propone una aproximación bastante más profunda y afirma que no hay lugar mejor que la psicosis para explorar lo que

⁶⁰ El conocimiento paranoico, una relación de comprensión de la personalidad como unidad de desarrollo regular. Por otro lado la noción de un acontecimiento desencadenante de procesos psíquicos contrarios al desarrollo "normal". Ambos constructos sostuvieron toda la teoría lacaniana sobre la psicosis hasta antes del seminario de 1955-1956.

el síntoma revela acerca de la articulación de la estructura subjetiva. Esta conceptualización introduce un antes y un después en su obra, y en la clínica de las psicosis misma. Se presenta la noción de lo estructural del síntoma, no se trata ya de procesos dinámicos puestos en juego gracias al cumplimiento de ciertas condiciones (orgánicas o históricas) sino de las relaciones de la palabra y el lenguaje que se alejan de toda comprensión (*Verstehen*) posible. No hay psicogénesis, lo asegura, sin embargo, la cuestión del desencadenamiento no queda muy bien delineada. Lanza una crítica a los fenomenólogos y les acusa de confundir “el dominio de la significancia y el dominio de la significación”, condición que los vuelve incapaces de discernir la estructura de lo estructurante. Para él la noción de estructura sólo puede ser abordada científicamente a partir de la *Erklären*, una explicación que no tiene que ver con una significación mecánica como en las relaciones de comprensión sino con el recurso del significante como único fundamento concebible. En Schreber el trabajo de esta *Erklären* indica que antes de la primera crisis delirante podía ya detectarse en el presidente una serie de trastornos preliminares y de momentos que él llama “fecundos”, características de la estructura neurótica que persisten notoriamente sin que sea evidente la estructura psicótica en la que aparecen pues “Nada se parece más a una sintomatología neurótica como una sintomatología prepsicótica.” (Lacan 1984, óp cit. p. 273)

¿Cuál es entonces la clave para explicar la estructura psicótica? ¿A partir de qué momento decidimos que el sujeto pasó la barrera, que está en el delirio? (Ibíd. p. 274) Este es precisamente el tema que nos ocupa.

Primero debe admitirse que la estructura aparece en el fenómeno pero no del modo en que las investigaciones de los fenomenólogos han señalado, es decir, referido a una realidad en la que el *perceptum* se impone a al *percipiens* de modo tal que lo percibido constituye la realidad en sí. Este camino es impreciso y conduce a un *impasse* que ciertamente permanece infranqueable desde esta perspectiva, Lacan, por otra parte, se sirve del concepto de estructura en Freud y

de su noción de economía libidinal para ir más allá en el examen de covariancia de las manifestaciones fenomenológicas advirtiendo una distinción posible entre la estructura de las neurosis y la estructura de las psicosis. Distinción que no debe asociarse a los ímpetus nosográficos de la psiquiatría moderna y aun de la psiquiatría fenomenológica, en un análisis no se trata de comprender sino de explicar, Lacan indica el punto de partida: “el inconsciente en las psicosis está ahí, presente.” (1984, óp. cit. pp. 207-208) ¿Cómo aprehender lo que parece ser uno más de sus enigmáticos fraseos? La explicación del desencadenamiento en dos tiempos lo ilustra de modo muy preciso por qué es que la neurosis y la psicosis tienen una estructura distinta a pesar de que su fenomenología muestren formas similares. El inconsciente en las psicosis no corresponde a una función de lugar de lo reprimido sino más bien a una función de “abolición” de aquello que debiendo ser reprimido sólo puede aparecer desde el exterior. No hay en el psicótico trazas de algo que tenga que ver con la represión porque no existió ahí la necesaria *Bejahung* del significante primordial que es el Nombre-del-Padre. Esa ausencia de represión “abre una perspectiva muy distinta, que nos lleva a una nueva definición del inconsciente, a <<una función del inconsciente distinta de lo reprimido>>; el inconsciente como transmisión de una no-transmisión.” (Julien 2002, óp cit. p. 58)

De acuerdo con Julien (Ibíd. pp. 28-29) es a partir de este giro en la teoría que surge una nueva nosografía lacaniana en la que la problemática de la diferencia del lenguaje como enunciado colectivo (cultura) y de la enunciación de la palabra del sujeto da por resultado tres estructuras subjetivas posibles:

a. La psicosis. El sujeto está en el lenguaje pero no habla, es hablado. La ausencia de la palabra.

b. La neurosis. Lenguaje y palabra dialectizadas entre sí mediante un proceso la metonimia y la metáfora.

c. La condición del hombre moderno. Más allá de la psiquiatría, esta condición nueva, producto de un sistema capitalista, guarda una estrecha semejanza con la alienación de la locura en la que el sujeto falla en ser sujeto de la ley que rige el lenguaje, por lo que no puede hacerse partícipe del juego puesto en marcha ahí. ***El sujeto, más que hablar, es hablado.*** Julien precisa que lo que está operando en esta condición moderna es ***“una antinomia entre el lenguaje y la palabra, de tal modo que se yuxtaponen sin encontrarse.”*** El hombre moderno, a causa de la alienación provocada por su sometimiento a la lógica del mercado, se olvida de su existencia y de su muerte, de eso que es precisamente lo que nos hace humanos, el *ser-para-la-muerte*.

La subversión del término psicosis y la introducción de la analogía entre los estados prepsicóticos y la descripción de la condición del hombre moderno permiten que Lacan se pregunte “¿Cómo se entra en ella? ¿Cómo es llevado el sujeto, no a alienarse en el otro con minúscula, sino a volverse ese algo que, desde el interior del campo donde nada puede decirse, llama a todo lo demás al campo de todo lo que puede decirse [...]”. (1984, óp. cit. p.226) La dificultad que representa el rastreo de una prehistoria del fenómeno psicótico así como la cuestión del desencadenamiento coinciden en la confusión de las estructuras prepsicóticas con la sintomatología neurótica. En este sentido Julien (2002, óp. cit. p. 45) estima, “Aquel a quien se llama prepsicótico no es reconocible como tal. Al parecer se comporta como todo el mundo; socialmente hablando, se las arregla bastante bien para abrirse camino [...] mediante una serie de identificaciones puramente conformistas con personajes que le darán la idea de lo que es preciso hacer para ser un hombre o una mujer. así, por intermedio de una imitación, un enganche a la imagen del semejante, del par, que le sirve de muleta, el prepsicótico puede vivir sin que se declare una psicosis. Vive en su capullo, como una polilla.” Ese soporte, sin embargo, es perecedero, tarde o temprano ese sujeto habrá de vérselas con un acontecimiento que vendrá trastocar aquel frágil equilibrio construido sobre la base de paupérrimas identificaciones, un suceso que, las más de las veces aparentemente insignificante en cuanto a su morbilidad,

sería un encuentro con algo del orden de lo real que suspendería todos los arreglos que el sujeto había puesto en marcha para hacer coincidir el saber y “la verdad”. Este golpe es definitivamente una situación excepcional, deja abierta la posibilidad de que se trate tanto de un logro (como en el caso Schreber) como de una caída, con lo cual se formula una nueva verdad frente a la cual “el saber falta y la interrogación queda suspendida.” (Ibíd. p. 47)

El periodo prepsicótico queda definido como un tiempo en el que sobrevienen imágenes que sólo retroactivamente encuentran su explicación como preguntas a las cuestiones fundamentales (el deseo, la muerte y el sexo). No cabe duda que para Lacan existe ***un límite entre ese momento de confusión en el que la pregunta por el ser se plantea y aquel otro en el que con la elaboración delirante se busca construir una respuesta para dicho cuestionamiento.*** ¿Basta con que aparezca el delirio para que se pueda afirmar cabalmente que estamos frente a una estructura psicótica? En absoluto, en la psicosis, responde Lacan, es necesario que se presente un mecanismo de compensación imaginaria frente a una ausencia, o mejor, un Edipo ausente que lo es por la falta del significante del Nombre-del-Padre como función de corte en el tejido del lenguaje. Todo parece indicar que “la entrada en la psicosis” se produce en un momento doble, primero aquel del anonadamiento por la presencia del fenómeno elemental, después, cuando le es exigido tomar una posición frente a los enigmas humanos. Viene para el sujeto un momento de ruptura en el que no tardará en aparecer el delirio toda vez que la “compensación imaginaria” ha fallado en sostener la estructuración, misma que aun siendo tan similar a las significaciones neuróticas, se diferencia de esta por el hecho de que es una “ [...] iniciativa que viene del Otro [...] El Otro quiere esto [...] quiere significarlo.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 275) Es precisamente porque el Otro no es “portador” del significante sino su lugar de ejecución, que el sujeto psicótico, a diferencia del neurótico, busca por todos los medios restituir algo sobre lo que no ha quedado constituido como tal. Schreber es un ejemplo muy claro de esto: el Otro sabe sobre eso que el sujeto no y siempre se trata de ese Otro como un otro-sujeto: “Es

a nivel del entre-yo (*je*), vale decir del otro con minúscula, del doble del sujeto, que es y no es a la vez su yo, donde aparecen las palabras que son una especie de comentario corriente de la existencia [...] como si el enigma, por no poder formularse de modo verdaderamente abierto, sino mediante la afirmación primordial de la iniciativa del otro, diera su solución mostrando que de lo que se trata es del significante.” (Ibíd. p. 277)

En la psicosis el sujeto se encuentra con el significante de manera electiva, y podríamos añadir, de manera directa, sin mediación. Si el neurótico habría de llegar a una remisión del significante es precisamente por que no se da cuenta de que eso está en sus narices, es decir, su encuentro con el significante permanece en el plano del des-encuentro con lo real (*tyché*) en la que su participación está puesta en duda. Para el psicótico, quien sí da cuenta de este hecho, el peso es insoportable, en el caso de Schreber, la psicosis propiamente dicha se desencadena a partir de ciertos hechos que de manera súbita exigían al joven juez la asunción de un nombramiento, “un llamado expreso”, (Ibíd. pp. 455-456) “[...] el momento en que desde el otro como tal, desde el campo del otro, llega el llamado de un significante esencial que no puede ser aceptado.” (Ibíd. p. 436) Así, el desencadenamiento de la psicosis queda vinculado a la respuesta dada ante un acontecimiento esencial, la formulación de la interrogante acerca del ser. La respuesta psicótica aparece a raíz de una coincidencia, de una doble caída, del “encuentro fortuito de dos elisiones, una en lo imaginario y otras en lo simbólico: yuxtaposición de dos agujeros.” (Julien 2002, óp. cit. p. 47) La captura imaginaria de la relación en espejo funciona como sostén de la vida y del discurso de un sujeto hasta que en algún momento no alcance más a satisfacer la exigencia de su respuesta, un acontecimiento para el cual “el modelo de las significaciones que dan los otros (otros con minúscula: a-a’) ya no basta para echar luz sobre la conducta requerida.” (Ibíd. p. 48) En Schreber sucede exactamente así. El desencadenamiento de las psicosis se da partir del nombramiento de su presidencia en la corte en tanto que ese nombramiento representa una función de autoridad paterna. Se trata de la imposibilidad de tomar

la palabra, la propia, y dejar de repetir la del otro⁶¹. En el centro de la entrada a la psicosis está “[...] el desfallecimiento de un sujeto al momento de abordar la palabra verdadera [...]” (Lacan 1984, óp. cit. p. 361), sujeto que “[...] sólo puede captar al Otro en la relación con el significante, y sólo se detiene en una cáscara, una envoltura, una sombra, la forma de la palabra. Donde la palabra está ausente, allí se sitúa el Eros del psicótico, allí encuentra su supremo amor.” (Ibíd. p. 365) La elisión en el orden imaginario sería el desmoronamiento del sostén que había servido de referencia al prepsicótico, en Schreber la pregunta acerca de la identidad sexual, ser la mujer de Dios o lo hermoso que sería ser mujer y sufrir el acoplamiento. En el orden simbólico el desencadenamiento aparece con el encuentro de un acontecimiento que tiene que ver con “el llamado de un significante de base”, clamor que no puede ser remitido a ningún registro. El significante está forcluido ahí donde el sujeto no ha podido responder. (Julien 2002, óp. cit. p. 51)

El acercamiento de los agujeros en los registros imaginario y simbólico supone entonces dos momentos sucesivos en el desencadenamiento (Ibíd. pp. 54-57):

a) El tiempo de la perplejidad en el que *lo forcluido en lo simbólico vuelve desde lo real*. Se acompaña de la aparición del fenómeno elemental, lo que Clérambault llamó “el automatismo mental”, palabra que se imponen al sujeto procedente del exterior, percepción que en el análisis se revela como el eco de su propio pensamiento. No son, como el caso del obsesivo, significaciones que vengan al psicótico desde dentro, por el contrario, se imponen desde fuera

⁶¹ Esta repetición correspondería a la formulación del automatismo mental; “El término tiene un sentido bastante preciso en neurología, donde califica ciertos fenómenos de liberación, pero su uso analógico en psiquiatría sigue siendo por lo menos problemático. Es, no obstante, el término más preciso en la teoría de Clérambault, si piensan en la distinción, hoy completamente olvidado, que hace Aristóteles entre el automaton y la fortuna. [...] el automaton es lo que piensa verdaderamente por sí mismo, un cínculo con ese más allá, el ego, que da su sujeto al pensamiento.” (Lacan 1984 p. 438)

dejando al sujeto es un estado de perplejidad absoluta (sensación de extrañeza) frente a una interrogante a la cual es imposible responder, un enigma insuperable.

b) El tiempo de la convicción, momento en el cual se pone a trabajar la palabra en pos de una recuperación del equilibrio perdido. Se trata de un periodo “creativo” en el que el sujeto, mediante la invención de la metáfora delirante, atribuye las alucinaciones verbales a un otro, dirige su tragedia a ese otro. Se trata de un intento de atribución de significaciones a los fenómenos elementales, si el sujeto no ha podido responder a cierto llamado el delirio aparecerá como conato de recubrimiento de aquella relación con el otro y con el Otro. La “abundancia imaginaria” de las formas de relación con el semejante es un empeño dirigido a afirmar al Otro, lo cual, en este caso, sólo puede acontecer en una relación dual, imaginaria y que se rige según las leyes de la dialéctica especular. Lo que se obtiene es una proliferación de significaciones más o menos fuera de control.

Lacan lo resume de la siguiente manera: “Entre estos dos polos se sitúa el registro en el que se juega la entrada en la psicosis: la palabra reveladora, que abre una nueva dimensión y que da un sentimiento de comprensión inefable, que no recubre nada de lo experimentado hasta entonces y , por otro lado, el estribillo, el refrán.” (1984, óp. cit. p. 366) Para que pueda decirse que la psicosis se ha desencadenado es necesario que la falta del Nombre-del-Padre haya producido un agujero en el significado. Se da comienzo así a “la cascada de los retoques del significante” hasta que se logre una cierta estabilización entre el significante y el significado en la metáfora delirante. (Lacan 2008, óp. cit. p. 551-552)

5.6 La función (simbólica) de lo femenino o el retorno de lo no reprimido

Se ha introducido la *Verwerfung* como una función del inconsciente esencialmente distinta a la represión, en ella se articula la ausencia de una *Bejahung* (juicio de atribución) que en la neurosis se establece como precedente necesario a la *Verneinung* (juicio de existencia). La psicosis depara un destino en el cual ante el llamado del Nombre-del-Padre lo único que puede responder en el Otro es “un puro y simple agujero” que por carecer del efecto metafórico provoca una abertura correspondiente en el lugar donde se ubica la significación fálica. (Lacan 2008, óp. cit. p. 534) Así, se confirma la tesis de la estructura psicótica como resultado del doble efecto de la forclusión, por un lado la ausencia del significante primordial, y por otro la falta producida por éste en la significación fálica.

Según la exposición de Geneviève Morel y Herbert Wachsberger (Miller, et. al. 2003, óp. cit.) este doble sentido al interior de la estructura misma vendría a significar “los abismos” de la psicosis que Lacan (2008, óp. cit. p. 546) escribió $\Phi 0$ y $P0$, precipitaciones que surcan entre lo simbólico y lo imaginario (de ahí la dificultad para discernir entre uno y otro) y que adoptan manifestaciones por completo imprevisibles:

a) $P0$: trastornos del lenguaje a nivel de la palabra y la enunciación, fenómeno elemental anideico e imposible de ser considerado bajo una óptica semántica

b) $\Phi 0$: trastornos asociados a la imagen del cuerpo tales como ideas delirantes asociadas a la sexualidad, manifestaciones que confirman la falta en la función fálica

Morel y Wachsberger (Miller et al. 2003, óp. cit.) deducen que el desencadenamiento de la psicosis de Schreber se explicaría del siguiente modo:

1. el llamado al significante forcluido (*Un-padre*)
2. formación de $P0$, aparición de la *Grundsprache*
3. formación de $\Phi0$, delirio sobre la transformación en la mujer de Dios

Los autores hacen suyo el supuesto de que los trastornos del lenguaje prueban por sí mismos la forclusión del significante. Sin embargo, no pasan por alto los numerosos casos en los que esta condición no se cumple a cabalidad, ¿cómo es posible que la ausencia de estos trastornos sea compatible con la tesis de la forclusión? En estos casos el cuerpo ($\Phi0$) adquiere una “significación delirante monomaniaca sexual” (Ibíd. p. 68) que desemboca en afectaciones psicosomáticas. Se trata de una idea delirante que progresivamente habrá de enriquecerse, tanto en la diversidad de su contenido como en su refinamiento. No hay alteración de la función simbólica manifiesta pero sí hay un fracaso en la construcción del síntoma en lo relativo a esa función, como si el lenguaje fuese ineficaz y su capacidad para extender y sostener un lazo (social) fallará a pesar de no hallarse disminuida. Esta inalteración de la función simbólica propiamente dicha no asegura, según Morel (Ibíd. p. 71), que el desencadenamiento ($P0$) sea imposible, por el contrario, esto puede suceder en cualquier momento a causa de una nueva falta, esta vez ya implicando al Nombre-del-Padre y quizá hasta la función simbólica misma. La forclusión de un significante había permanecido oculta gracias al camuflaje de lo que ahora se muestra como una insuficiencia en la función de suplencia.

La entrada a la psicosis de tipo $\Phi0$ se opondría a ese otro modelo que es el desencadenamiento como resultado de una discontinuidad o de una rotura ($P0$) puesto que en el primer caso si el comienzo puede ser abrupto y desequilibrante también puede derivarse de un “desarrollo progresivo” que mezcle periodos críticos y de disminución de la demanda al cuerpo. En el caso de la segunda entrada lo que se muestra es que el discurso sostenido se ve interrumpido por la emergencia de un fenómeno determinante en la historia del sujeto. En la entrada

Φ_0 se trata de una variante de la relación del sujeto con el goce y lo imaginario que se sostiene hasta que el desencadenamiento (entrada P0) se produce por la irrupción de un elemento nuevo: “En el lugar donde el objeto indecible es rechazado en lo real, se deja oír una palabra, por el hecho de que, ocupando el lugar de lo que no tienen nombre, no ha podido seguir la intención del sujeto sin desprenderse de ella por medio del guión de la réplica [...]”. (Lacan 2008, óp. cit. p. 513)

Para desarrollar la noción del retorno de lo no simbolizado Lacan problematiza la noción de una cierta etapa previa a toda simbolización que no cuenta con referencia dialéctica alguna, en ella puede “[...] suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 118) No hay que dejar de señalar que se trata de una etapa que no puede ser localizada como “algún momento en la génesis” porque no se está trabajando con datos cronológicos, sino lógicos, lo indica claramente. (Ibíd. pp. 118-119)

En este sentido, indica que la psicología sostiene toda su aproximación en el “falso problema” que es descubrir por qué el sujeto delirante “cree” en lo que le presenta el fenómeno elemental. Su planteamiento es radical; en lugar de explorar la supuesta génesis de la creencia delirante lo que hay que desenmascarar en esa convicción de “la realidad de la alucinación” es que “el loco no cree”. No es poco común encontrar en ciertos sujetos delirantes un discurso plagado de demostraciones que confirman la naturaleza de los fenómenos que experimentan, puede dudarse de la realidad que éstos exponen, e incluso puede llegar a afirmarse la irrealidad de los mismos, pero la cuestión es preferentemente que “a diferencia del sujeto normal para quien a realidad está bien ubicada, él tiene certeza: lo que está en juego –desde la alucinación hasta la interpretación– le concierne.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 110)

Lacan critica en varias oportunidades que las aproximaciones del tipo *ego psychology* no pueden observar en el fenómeno elemental otra cosa que un proceso defensivo del yo (*moi*). Más allá de cualquier motivo que sea conveniente atribuir a la instancia yoica en la economía libidinal, lo fundamental es que este ego nunca se encuentra solo, está siempre presente ese “extraño mellizo”, el yo ideal. En la psicosis ello “habla”, sin duda una fantasía, “pero que a diferencia de la fantasía o del fantasma, que ponemos de manifiesto en los fenómenos de la neurosis, es una fantasía que habla, o más exactamente, es una fantasía que es hablada [...]” y dirigida al sujeto. (Ibíd. p. 209) Esto implica que el eco de la intervención de este personaje no puede explicarse totalmente por la teoría de lo imaginario y del yo especular, e independientemente del papel que quiera asignársele éste no iría más allá de la categoría de los discursos sobre la realidad. Lo cierto es que existe ahí “como correlato” un discurso que es precisamente lo contrario, un lenguaje que “nada tiene que ver con la realidad”. En la psicosis el discurso será susceptible de aparecer como delirio, sin embargo, y contrariando que propuso desde 1932, vale decir, que el delirio es producto de un conflicto que implica al ideal y a un superyó implacables, esto no significa en modo alguno que se trate de una equivalencia. El delirio toca temas que puede decirse que guardan una correspondencia con las formas que el sujeto ha encontrado para relacionarse con ese ideal, sin embargo su dialéctica es demasiado compleja como para conformarse con esta explicación. Ideal y delirio están en el mismo lugar pero no son la misma cosa. (Ibíd. p. 210)

Si el *ego* anclado en la realidad es sólo la mitad del sujeto, y el ideal, que no tiene nada que ver con la realidad, no es por cierto la instancia reveladora de su palabra, entonces, **¿quién habla en el delirio?**, ¿es el otro de la función imaginaria, el otro de la dialéctica del amo y el esclavo, el otro-reflejo? Según Lacan, el mecanismo de la proyección tal y como lo describió Freud proporciona una respuesta posible; qué sucede cuando a los 30 meses de edad un niño que ha golpeado a otro afirma absolutamente convencido, “él me pegó”. De acuerdo con nuestro autor ese niño no miente porque en ese periodo de su vida él es,

efectivamente, el otro. Esta es la lógica que define el “orden de relación” imaginario y que se encuentra en la base de toda clase de mecanismos proyectivos, sin embargo, ella no es suficiente para explicar cómo es que en la psicosis la proyección (delirante) tiene su principio en el sujeto pero se juega en el sentido de algo que aparece en el exterior, razón por la cual esto no puede limitarse a las ocurrencias propias del registro imaginario. (Lacan 1984, óp. cit. pp. 210-211) Lacan advierte que el narcisismo en Freud va más allá de lo imaginario, si bien es cierto que la alienación es el fenómeno que lo constituye “Nada puede esperarse de un abordaje de la psicosis en el plano imaginario, porque el mecanismo imaginario da la forma, pero no la dinámica, de la alienación psicótica.” (Ibíd. p. 212)

En la psicosis lo real aparece como algo esencialmente distinto a los esfuerzos que el sujeto realiza con “el aparato de reflexión, dominio y de investigación que es su yo”. Con todo lo alienante que esto pueda implicar, aquello que surge bajo la forma de la alucinación o del delirio no es sino “La emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería –en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización– pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio.” (Ibíd. p. 124) La diferencia entre la estructura de la neurosis y de la psicosis responde a que en el segundo caso la función de lo femenino en su dimensión simbólica esencial no ha podido ser asimilada, el sentido simbólico de la procreación está abolido. Es el hecho de engendrar, función que aparece en el hecho biológico, aunque no se trate precisamente de anatomía. En la neurosis la “pulsión femenina” simbolizada en aquel periodo primordial permitirá la afluencia de síntomas que por lo demás encuentran su origen en las neurosis infantiles, ahí “[...] lo reprimido se expresa de todos modos, siendo la represión y el retorno de lo reprimido una sola y única cosa. El sujeto, en el seno de la represión, tiene la posibilidad de arreglárselas con lo que vuelve a aparecer. Hay compromiso.” (Ibíd. p. 126)

5.7 Neurosis y psicosis en Lacan: *Verneinung* y *Verwerfung*

Ya se mencionó que la distinción de las estructuras freudianas de la neurosis y la psicosis se presenta respecto de las relaciones del sujeto con la realidad (Vidal 2000, óp. cit. p. 50), pero, ¿qué es la realidad para Freud? Quizá una obra entera pudiera resolver la cuestión, este trabajo, por otra parte, admite que el freudismo provocó un movimiento contrario a los “*conciencialismos*” del tipo Henri Ey. Lacan se preguntó cómo sería posible situar algo de la realidad al margen de los significantes que la aíslan, al parecer, ello es simplemente inadmisibile. La realidad sólo puede sostenerse en el entramado de los significantes. En las psicosis, cuya estructura está marcada por la falta de un significante primordial, esto no querría decir que hay “falta de realidad” tanto como que hay una realidad estructurada de acuerdo a la muy particular relación del sujeto con el significante (forcluido). (Lacan 1984, óp. cit. p. 357)

¿Es Freud un científico naturalista que separa una realidad exterior y un psíquica? Haciendo un uso relativamente abusivo del concepto de percepción en Merlau-Ponty⁶² Georges Amado (1985, pp. 137-140) indica que Freud describe ante todo una afectividad primaria que sería “auxiliar” en la creación de esa otra realidad que es el mundo exterior. ¿Debe tomarse por cierto que el psiquismo para Freud se define como “esa realidad que sobrepasa los límites personales” pero que alcanza “un fondo de conformidad para todos los individuos”? Una conclusión de este tipo parece seguir una lógica trascendente pero se pierde en la idea del límite concreto de la realidad. Con Lacan diremos que el psiquismo no es ni interior ni exterior sino que es inconsciente. Desafortunadamente para Amado (Ibíd. pp. 142-145), al asumir lo real a la realidad externa al sujeto –digamos aquello que se experimenta en tanto que vivencia por “decisión” del yo (*moi*)–, las consecuencias son graves. Inclusive se llega a sugerir una “percepción conciente” y una “percepción inconsciente”, con ello, sus tesis se convierten definitivamente al mismo “*conciencialismo*” que pretende criticar. A Lacan, por otro lado, no le

⁶² "La percepción es el pensamiento de percibir".

interesa mínimamente hacer oponer realidades, para él el sentimiento, el afecto (*afektion* en Freud) de lo irreal es exactamente el mismo que el de la realidad. “Lo que hace el segundo sea sentido como tal es que se produce en el interior del texto simbólico que constituye el registro de la rememoración, mientras que el primero responde a las formas inmemoriales que aparecen sobre el palimpsesto de lo imaginario, cuando el texto interrumpiéndose deja al desnudo el soporte de la reminiscencia.” (Lacan 2009g, óp cit. p. 372)

En el artículo sobre la negación Freud (1984k, pp. 255-256) explica que la oposición subjetivo-objetivo no es modo alguno una cuestión estructural del mundo humano. El “antagonismo” se produce porque el pensamiento ha adquirido la capacidad para hacer presente una percepción ocurrida reproduciéndola en una representación para la cual no hace falta que se presente el objeto “realmente”. Se ha entrado al mundo de las representaciones simbólicas. Para Freud la finalidad del “examen de realidad” no es encontrar en la percepción un objeto que corresponda a lo representado sino reencontrarlo, que el sujeto se convenza de que todavía puede estar ahí precisamente porque sabe de su ausencia. Esta es la condición; un objeto sólo podrá ser reencontrado en “la realidad” en la medida en que se haya constituido su pérdida y la consecuente sofocación de la satisfacción objetiva (real).

La función del juicio⁶³ sería la esencia del desarrollo de la capacidad del yo (*je*) para incluir o expulsar objetos del campo de su percepción. Quedará favorecida toda vez que “la creación del símbolo de la negación haya permitido al pensar un primer grado de independencia respecto de las consecuencias de la represión y, por tanto, de la compulsión del principio de placer.” (Ibíd. p. 257)

⁶³ Freud (1984k, pp. 254-255) identifica dos vertientes:

- a) atribuye o des-atribuye una propiedad a partir de la percepción de un objeto regido absolutamente bajo el principio del placer
- b) admite o impugna la existencia "real" del objeto representado. La capacidad para reencontrarlo (también) en la percepción

Freud escribe claramente que la función intelectual y los procesos afectivos se separan. Así, el contenido de una representación penosa reprimida puede ser percibida por la conciencia pero sólo ha condición de quedar negada. Únicamente de este modo es posible “tomar noticia” de lo reprimido. La negación (Ibíd. pp. 253-254) sería básicamente una cancelación de los efectos de la represión si bien esto no habrá de comprometer que se acepte el contenido de la representación reprimida. Este “tomar noticia” se producirá a costa de que la representación termine su vínculo con la carga afectiva que le acompañaba, es ciertamente una aceptación pero sólo a nivel intelectual y sin que la represión pierda su función esencial. La negación a nivel del juicio es una intención dirigida a desentenderse de algo que resulta intolerable, el clásico ejemplo de Freud, aquel analizante que decía “*No vaya a creer que estoy hablando de mi madre...*”. Lacan acordará por completo; “[...] el sujeto no puede comunicarnos nada sino de su yo y por medio de su yo [...]” (Lacan 2009f, p. 353), la separación de lo que es él y lo que no es el componente esencial de esta instrumentación. El hecho de que el texto freudiano diga que se trata de una capacidad del yo en modo alguno debe hacer suponer que se trata de un recurso de la función de unidad o síntesis de la “psicología llamada general”, es imposible diferenciar este yo (*moi*) de las captaciones imaginarias que lo constituyen. (Ibíd. p. 355)

El comentario de Jean Hyppolite resume que la negación –o como fue traducida en la versión de los Escritos, la denegación–, es una presentación de “lo que se es en el modo de no serlo”. (Lacan 2008a, p. 839) Cuando Freud dice que la represión ha quedado cancelada escribe *Aufhebung*, palabra que significa negar, elevar, suprimir, trascender, pero también conservar. La represión persiste a modo de “no-aceptación”. (Ibíd.) Según Hyppolite, la *Verneinung* de Freud no es una negación ideal, índole del retorno a lo inanimado que es el objeto de la pulsión de destrucción. En el caso de las psicosis, o de los niños muy jóvenes –quizá hasta los primeros 30 meses–, esto se observa muy claramente. Lo definitorio es un “gusto por negarlo todo” (Freud 1984k, óp cit. p. 256), la idealización de ser dueño del objeto en tanto que se lo hace desaparecer. La negatividad del

neurótico es auténticamente un momento mítico, Freud distingue en el tránsito de uno a otro, a saber, “entre el paso a la afirmación a partir de la tendencia unificante del amor, y la génesis, a partir de la tendencia destructiva, de esta denegación tiene la función verdadera de engendrar la inteligencia y la posición misma del pensamiento.” (Lacan 2008a, óp cit. p. 840) Freud diferenció lo que es afectivo y lo que es lo intelectual añadiendo que lo reprimido se acepta pero no por ello la represión queda *Aufhebung*. Para Hyppolite y para Lacan el hecho de que la represión siga operando se debe a que, como ya se apuntó, es una afirmación puramente intelectual, la represión del afecto es tan eficaz como siempre. (Ibíd. p. 841) Además, si se define que la *Bejahung* es la afirmación de lo que es, la *Verneinung* será la marca de “un símbolo fundamental disímtrico. La afirmación primordial no es otra cosa que afirmar; pero negar es más que querer destruir.” (Ibíd.) La cuestión es que el término negación ha sido traducido también por rechazo, aunque según lo aportado por Hyppolite (Ibíd. p. 842), Freud no escribe *Verwerfung* sino *Ausstossung*, vocablo que significa emisión o expulsión.

Lacan (1984, óp. cit. p. 25) refiere el historial del hombre de los lobos para justificar lo propuesto por Hyppolite. En la *Verwerfung* lo rechazado retorna en lo real. Freud describe que su joven analizante no quería saber nada de la castración, ni si quiera en el sentido de la represión precisamente porque existe otra forma de ese no querer saber sobre el objeto. De acuerdo con la lectura lacaniana, Freud, empero, lo habría confundido todo; el engranaje que opera en la estructura del hombre de los lobos no tiene nada que ver con el mecanismo proyectivo de la represión (*Verdrängung*), sin embargo, en su texto la idea un cierto rechazo que no es el de la desmentida (*Verleugnung*) ni el de la negación (*Verneinung*) insiste. Freud refiere que en el joven aristócrata coincidían “corrientes” que admitían la castración reprimiéndola pero que también la rechazaban. Son dos mecanismos enteramente disímiles, en la primera se trata de aceptar para luego (de)negar, en la segunda “Se trata del rechazo [...] de un significante primordial a las tinieblas exteriores [...] Este es el mecanismo fundamental que supongo está en la base de la paranoia [...] un proceso

primordial de exclusión de un interior primitivo, que no es el interior del cuerpo, sino el interior de un primer cuerpo de significante.” (Lacan 1984, óp. cit. p.217)

La *Verneinung* se relaciona con un momento primitivo pero que ya “conlleva una primera puesta en signos”, en la *Verwerfung* esto no ha llegado a producirse. (Ibíd. p. 225) Para aprehender el sentido que tiene el rechazo de la forclusión es necesario ir más allá de la *Ausstossung* de la negación. En uno de sus repasos al historial Lacan (2009g, óp. cit. p. 368) plantea que el análisis de la alucinación que hace Freud reconoce plenamente este sentido, la *Verwerfung*, si bien tiene que ver con la represión, se distingue de ella en la incapacidad del sujeto para dar cuenta de aquello que ha quedado al margen de la simbolización, es decir, de la castración. En la neurosis lo propio es un mecanismo que oculta “la verdad” al sujeto pero no del todo, en la psicosis aquello que ha sido rechazado aparece bajo la forma de la intrusión. No se trata de negación sino de forclusión. La distinción esencial entre una y otra es que “lo reprimido neurótico no se sitúa en el mismo nivel de la historia en lo simbólico que lo reprimido en juego en la psicosis, aun cuando hay entre los contenidos una muy estrecha relación.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 25)

Todo eso acerca de lo cual el sujeto “[...] no quiso saber nada siguiendo el sentido de la represión [...]” es un hecho no consumado, “no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera.” (Freud 1984c, óp. cit. p. 78) La alucinación del dedo que está por desprenderse pertenece a este nivel, ahí donde no se ha producido simbolización, donde el sujeto es incapaz articular alguna palabra⁶⁴, hay un mecanismo que hace retornar desde exterior lo que ha caído bajo la *Verwerfung*. Si la alucinación aparece es porque la posibilidad de hablar es inexistente, no se trata de que el sujeto no pueda alcanzar la simbolización a causa de una carencia funcional, la falta de la forclusión tiene

⁶⁴ “[...] por no haber podido ser hablada, la amenaza de castración no ha sido metabolizada, simbolizada y reaparece bajo la forma de una alucinación, es decir bajo la forma de una imagen visual que tiene, para el psicótico, todas las apariencias de una imagen real.” (Roustang 1989, p.93)

que ver con la estructura. El sujeto llega a confundir la alucinación y la realidad a causa del desconcierto que encuentra en el repudio social a su palabra delirante. Lo no simbolizado en lo real es la prueba máxima de dicha incompetencia, el sujeto psicótico no es capaz de auxiliarse en el yo (*moi*) y sus trabas imaginarias, él, “[...] paradójicamente en contacto directo con lo simbólico, del que no quiere saber nada y que, a causa de esto, se le impone, llegando a ser la única realidad, que sin ser la realidad exterior, es lo real construido.”⁶⁵ (Roustang 1989, óp. cit. p. 95)

¿La psicosis tiene una prehistoria como la neurosis? Lacan abstiene de una respuesta pero su planteamiento conlleva consecuencias definitorias. El sujeto que no ha alcanzado la simbolización primordial se encuentra ante la incapacidad para hacer funcionar el mecanismo de la *Verneinung*. Al no poder restablecer el “compromiso” con el otro el psicótico sólo podrá establecer una mediación que es más bien *un pulular, una proliferación imaginaria, a-simbólica*. La psicosis pone en evidencia lo que la neurosis vela; la dialéctica del cuerpo fragmentado respecto al universo imaginario. (Lacan 1984, óp. cit. p.127)

De acuerdo con el resumen que presenta Safouan (2003, óp. cit. pp. 53) el sentido más preciso que Lacan da a la forclusión es el de un anonadamiento del significante, vacío de cualquier significación que represente “su verdad”. Ante la imposibilidad de asumir simbólicamente un llamado “expreso” a su función la única opción para el sujeto es “inflar la imagen paterna [...] hasta el punto de hacer de ella el Él donde toda realidad se absorbe [...]”. (Ibíd. p. 56) La novedad del concepto en la orientación lacaniana permite que el abordaje de la distinción neurosis-locura-psicosis se aparte definitivamente de la consideración del trastorno global de las funciones que obedece un “desarrollo lineal derivado de la inmadurez de la relación de objeto [...] explicaciones insuficientes, inmotivadas,

⁶⁵ En Respuesta al comentario de Jean Hippolyte (1954) Lacan define lo real y lo simbólico en la psicosis: "Es ciertamente lo que explica, al parecer, la insistencia que pone el esquizofrénico en dar ese paso. En vano, puesto que para él todo lo simbólico es real." (Lacan 2009h, p. 373)

que se superponer de modo tal que no permiten distinguir los casos y, en un primer plano, obliteran la diferencia entre neurosis y psicosis.” (Lacan 1984. óp. cit. p. 442) La especificidad de la clínica psicoanalítica descubre que “No se trata de la relación del sujeto con lazo significado en el seno de las estructuras significantes existentes, sino de su encuentro, en condiciones electivas, con el significante en cuanto tal, lo que marca la entrada en la psicosis.” (Ibíd. p. 455)

“[...] distinguir el sujeto, el que habla, y el otro con el que está preso en la relación imaginaria, centro de gravedad de su yo individual, y en el que no hay palabra. Estos términos nos permitirán caracterizar de manera nueva psicosis y neurosis.” (Ibíd. p. 67) La diferencia se precisa entre el deseo delirante, digamos psicótico, en el cual se produce una cierta “desobjetivación, y el deseo neurótico, que si bien puede llegar a parecer lo suficientemente delirante como para causar peligrosas confusiones, permanece dentro del límite que marca la “duplicidad del significante el el significado”. (Ibíd. pp. 152-153) “En el caso de las neurosis, lo reprimido aparece in loco, ahí donde fue reprimido, vale decir en el elemento mismo de los símbolos, en tanto el hombre se integra a él, y participa de él como agente y como actor. Reaparece in loco bajo una máscara. Lo reprimido en la psicosis, si sabemos leer a Freud, reaparece en otro lugar, in altero, en lo imaginario, y lo hace, efectivamente, sin máscara.” (Ibíd. p. 153) Con todo, la distinción no puede ser suficiente, “¿Por qué? Porque una psicosis no es simplemente eso, no es el desarrollo de una relación imaginaria, fantasmática, con el mundo exterior.” (Ibíd. p. 155)

En el desencadenamiento de la psicosis es frecuente encontrar que el delirio se formula alrededor de “algo arrebatado” o “desaparecido”. En términos generales, la aparición del fenómeno elemental tiene que ver con una cierta herencia-ausencia (la forclusión) estructural. (Czermak 1987, óp. cit. p. 75) No obstante, la clínica cotidiana da cuenta de una psicosis “a veces sin alucinación ni momento fecundo, ni delirio articulado, sin desencadenamiento, sin nada que atestigüe un mínimo de cristalización identificatoria.” (Ibíd. p. 82) Czermak (Ibíd.)

señala que en el seminario de las estructuras freudianas Lacan pone distancia entre lo que él llama psicosis cristalizadas (las paranoias) y no cristalizadas. En el segundo grupo, “[...] allí donde se supondría que el *moi* subsume todo lo imaginario, se puede descubrir un imaginario sin *moi*.” (Ibíd. p.141) De este modo, esquizofrenia y paranoia serían “los dos polos de la psicosis”, la primera constituida en la dimensión de un imaginario en el que el yo (*moi*) está ausente, la segunda en un simbólico que aparece en lo Real y cuyo síntoma se observa con mayor nitidez en la dimensión yoíca (*moique*), imaginaria. (Ibíd. p. 143) En la esquizofrenia el fenómeno elemental carece de un carácter propiamente delirante puesto que no se produce una restitución de algo que tenga que ver con la ley del deseo del otro, no lo suscita ni lo persigue, simplemente no está. (Ibíd. p. 146) Se trata de psicosis en las que “[...] incluso el trazo de la falta está faltando [...] un universo sin agujero, en el que falta la duda verdadera.” (Ibíd. p. 147) A diferencia del discurso plenamente delirantes, en estos casos el discurso nunca se sigue la misma trama, el sujeto se pierde entre los otros “[...] es alguien que no tiene lugar. Alguien sin fijeza.” (Ibíd.) “Todo su discurso no es la puesta en juego de un *moi* organizado en torno de identificaciones contradictorias: es un Imaginario sin *moi*. Flota como corcho a la deriva [...]”. (Ibíd. p. 148)

Si el lenguaje representa un segundo nacimiento después del biológico la entrada en esa dimensión otra de lo simbólico está dada por la función significante que Lacan llamó el Nombre-del-Padre. Al asumir la palabra como propia el *parlêtre*, el ser que habla, escapa de la voz pura en la cual el psicótico (se) traduce la ausencia radical de simbolización en una caída al desecho del objeto primordial. Se trata de una articulación silenciosa que hace emerger la *alucinación verbal motriz*, que lejos de ser como tal una alucinación constituye ante todo un procedimiento al cual el sujeto recurre para tratar de mantenerse en la humanidad. (Ibíd. pp. 72-81)

5.8 La doctrina lacaniana de la locura

Se tiene a consideración que afirmar un rescate del concepto de locura en la obra de Lacan es admisible en tanto que la clínica muestra que puede haber locura (*folie*) en las psicosis tanto como puede no haberla (Muñoz 2009 p. 126). Lacan retoma las descripciones de la psiquiatría clásica desde las conclusiones del pensamiento estructuralista, pero sobre todo subordina cualquier distinción a la correlación dada en el análisis, es decir, al vínculo transferencial entre analista y analizante. Es relativamente sencillo ubicar que inicialmente en Lacan el concepto de locura se relaciona primordialmente al registro imaginario, avante, la importancia de lo simbólico se compromete en tanto que el desconocimiento del loco opera exactamente del mismo modo que en el sujeto “normal”, es decir, en el sostenimiento de *una creencia de lo que es y lo que no*. Para dar comienzo a la discusión de nuestro tema diremos que el concepto de locura no involucra criterios funcionalistas, empero, concierne a la noción de una falta no deficitaria que se presenta por un exceso. Todo esto conmina a que los analistas se planteen la posibilidad de incluir la locura como una cuarta categoría de las estructuras clínicas tradicionales (neurosis, psicosis, perversión), disposición que no debe perder de vista que se trata de una estructura que se diferencia de las otras pero que indiscutiblemente participa de ellas. Según autores como Muñoz (2008, p. 88), el establecimiento de la locura como concepto en la obra de Lacan queda subvencionada a una auténtica “doctrina” que se distingue de la propuesta por el elogio de Erasmo y por la arqueología de Foucault. Ahí, “locura y psicosis no coinciden, designan cosas diferentes que incluso pueden superponerse.” Así, la locura no será “patrimonio exclusivo de las psicosis”, del mismo modo, sería posible afirmar que existirían psicosis en las que el sujeto no se ha vuelto loco. (Muñoz 2010, p. 104)

En *Acerca de la causalidad psíquica* Lacan utiliza simultáneamente el término psicosis y locura en el análisis de su Aimeé, prueba suficiente de que ya desde este periodo inicial son conceptos que se diferencian explícitamente. El

primero se delinea en la totalidad de los antecedentes biográficos y constitucionales del individuo, el segundo sería un fenómeno inherente al imaginario del ser humano, es decir, a las relación del yo (*moi*) y sus ideales. En la identificación el loco comporta una alienación inmediata, infatuación que puede considerarse constitutiva de la subjetividad pero que en la locura concierne a la ausencia de mediación de la función del Otro y a la captura imaginaria, “Lejos, pues, de ser la locura el hecho contingente de las fragilidades de su organismo, es la permanente virtualidad de una grieta abierta en su esencia”. (Lacan 2009b, óp. cit. p. 174) No se trata de una disminución de las capacidades del sujeto, es la capacidad misma en la esencia del ser hablante para asumir la escisión estructurante de la *Spaltung* freudiana. Para Lacan la locura es el límite de la libertad, ella no vitupera su esencia, como lo empezó a mostrar Erasmo, por el contrario, es su más fiel defensora, tanto, que sólo podrá considerarse libre aquel que siendo loco cree en el yo (*moi*) al modo de la alienación paranoica, es decir, en confrontación directa con el ideal. Lacan también empleó el concepto de locura referido al amor, “cuando se está enamorado, se está loco”, como una más de sus variaciones, así, el término está definido más allá del campo psicopatológico. (Muñoz 2008, óp. cit. pp.92-93)

Se sabe que fue el pensamiento de Hegel (*Fenomenología del espíritu*) lo que permitió que el psiquiatra comenzara a transformarse en analista. La locura del alma bella, el delirio de infatuación y el fenómeno del desconocimiento son las referencias más inmediatas. Algunos especialistas señalan que lo más trascendente en la lectura hegeliana consiste en lo que el filósofo llamó “autoconciencia”, noción que no deja de lado a la locura sino que la hace corresponder a ciertos estados de “inmediatez” en los que la “otra” “autoconciencia” se “olvida”. La locura aparece como una forma esencial de conocimiento, “la certeza de sí y de otros”, un saber absoluto. Esta referencia podría constituir un tema de disertación por sí mismo, sin embargo, en este trabajo optamos por hacer nuestro el antecedente de los autores, que Lacan haya dado cuenta de una locura relacionada a las figuras del “derrotero” de la razón en el

pensamiento del filósofo alemán no es una casualidad. *La Ley del corazón y el delirio de infatuación* corresponden a la primera figura, estasis de la “autoconciencia” en el camino de su realización como razón pura, la segunda figura, *El alma bella*, es el estancamiento de la razón en un momento anterior a su realización concreta como “espíritu cierto de sí mismo”, es decir, como moralidad. *Razón o Espíritu*, en ambos casos se trata de “lo no realizado” que “implica un desconocimiento de lo Otro como universal concreto”. (Acciardi M., Basile, M., Berger A., Castañeda C., Lancí, M., Leibson L., Muñoz, P., Smith M. C. y Vaneskeheian, A. 2009, pp. 134-135) Cuando Lacan habla de la ley de corazón (2009b. óp. cit. p. 169-170) no sólo hace referencia al desconocimiento del estadio especular sino de la función de la palabra del Otro. Así se sostiene la certidumbre del sujeto infatuado, él debe luchar contra una humanidad que se opone a su individualidad, a su (sin)razón. La locura, al ser “la permanente virtualidad de una grieta abierta en su esencia” (Ibíd. 174), es correlativa del desconocimiento de la falta estructural del sujeto, función indispensable pero que llegada a un punto se vuelve en una disolución de toda la dialéctica del ser.

¿Por qué Lacan (1984, óp. cit. pp. 12-15) afirmaba que la psicosis no es la demencia sino que corresponde a lo que habitualmente se llaman “las locuras”? **¿psicosis y locura pueden ser equivalentes?** Podría decirse que no se trata de la locura de sus primeros trabajos sino de ese campo que Freud sitúa en las *parafrenias* (esquizofrenia y paranoia). Este aserto, sin embargo, es “correcto” sólo en un sentido bastante amplio. Lacan también habló de la locura haciendo referencia al *Elogio* de Erasmo, quien la describió como esa pasión desbordada que excede la razón, que la hace desaparecer y ocupa su lugar en las *human affairs*. El sabio holandés emplazó esta locura⁶⁶ en la cotidianidad del hombre y la asoció a la “normalidad” de las sociedades humanas, no obstante, los autores (Muñoz 2008, óp. cit. pp. 88-89) advierten que esta distinción debe cuidarse, no sería aceptable terminar con todo el debate al modo de Pascal, es decir,

⁶⁶ En la edición consultada el término se traduce por "necedad".

concluyendo con simpleza que hay una locura necesaria y compartida y hay otra que no es la de todos y que corresponde a la patología.

Lacan introduce ciertas precisiones que delimitan las particularidades de cada concepto si bien no de manera explícita. El problema del desencadenamiento se plantea a partir de un premisa, *las estructuras freudianas nunca intersectan*. Además, se presenta la cuestión de los “momentos fecundos”, esos núcleos a partir de los cuales parecen intervenir “fragmentos de una psicosis en el curso de una neurosis”⁶⁷(4). (Muñoz 2009, óp. cit. p. 126) De cualquier modo, es posible apuntalar sin demasiada controversia que Lacan habla de una locura que no es la psicosis. Así, la propuesta sería pensar que ella puede coincidir en la psicosis, y si esto es cierto no habría razón suficiente para cavilar que esto tendría de ser diferente para las demás estructuras. En estos términos la locura como categoría clínica sería una invención propiamente lacaniana, la cuestión es saber si está más allá de la lógica de las estructuras freudianas.

Muñoz (Ibíd. pp. 128-129) resume que frente a estos cuestionamientos autores como Jean Claude Maleval o Juan David Nasio proponen la noción de un mecanismo forclusivo parcial, sin embargo, su contenido no deja de ser problemático. Convenimos con el autor cuando indica que si bien es cierto que la forclusión del significante no es exclusiva del Nombre-del-Padre sino que recae también en otros significantes, ello no es suficiente para sostener, a partir de Lacan, que la forclusión pueda operar parcialmente: “En el origen ha pues Bejahung, a saber, afirmación de lo que es, o Verwerfung.” (Lacan 1984, op. cit. p. 120)

Esta *afirmación* pura y primitiva establece la primera dicotomía, lo que es simbolizado y lo que no. La simbolización de una *Ley* por la cual todo lo humano se realiza, la ley de la palabra, el Edipo, momento de introducción del significante

⁶⁷ Freud hizo un comentario sobre esto al final de *Las neuropsicosis de defensa* (1984a, óp. cit. p. 61) en el cual indicaba que “no es raro que una psicosis de defensa interrumpa episódicamente el trayecto de una neurosis histérica o mixta.”

en el que la pulsión (y sus significaciones) deja de orientar toda la existencia del *infans* para dar paso a la “conquista del susodicho hombre o mujer”. Para Lacan la asunción del nombre propio da la estructura de la realidad. No se trata de la supresión o del dominio de la “dimensión instintiva” y el triunfo de la simbolización, ya desde etapas previas a la *declinación* del Edipo es posible apreciar la formulación de un nexo entre ese sujeto y su mundo por medio excreciones, secreciones y demás intercambios corporales, sino que es necesario, para que pueda hablarse “científicamente” de la subjetividad, que se produzca “[...] la posibilidad de manejar el significante con fines puramente significantes y no significativos [...]”. (Ibíd., p. 270) Esta materia tiene un desenlace muy diferente en la neurosis y en la psicosis, para el primer caso la determinación queda pues definida por la permanencia de un significante “enigmático en cuanto a su significación” (Ibíd.) que se efectúa como una carencia de valor existencial, en el segundo se encuentra en un estado muy particular, debiendo permanecer enigmático encuentra su significación en el Otro, resultando así la inoperancia de su efecto significante en tanto que constituye un acto no ejecutado. En Lacan existe una diferencia fundamental entre la convicción que experimenta un psicótico, que diríamos es delirante, y la del neurótico, que por muy “loco” que se muestre funciona bajo un mecanismo diferente al rechazo del psicótico. En este último la aparición de lo que ha sido rechazado primordialmente se manifestará en el fenómeno elemental, para el neurótico se trata de un mecanismo proyectivo que pone en marcha el desconocimiento de un sentimiento propio que es vertido sobre la figura de un otro, imputándole a él toda clase de reproches por aquello que ha caído en una re-negación (*Verleugnung*) a ser reconocido en el sí-mismo. Así, el significante es rechazado o afirmado y en verdad no hay nada en los textos que haga suponer que la forclusión (y sus efectos) pueda ser parcial.

La importancia de la distinción entre las locuras manifiestas en ciertas neurosis graves y la estructura psicótica tiene que ver con una serie muy larga de argumentos que ahora habrá que dejar de lado, sólo hay que considerar que una medicación inadecuada o aun innecesaria puede acarrear los mismos efectos

devastadores para un sujeto que el hecho mismo del acto nominativo (diagnóstico) de la “enfermedad”. Las “neurosis enloquecidas” asemejan su sintomatología a las clásicas formas psicóticas de la nosografía psiquiátrica y ello ha propiciado una confusión con serias implicaciones para la clínica, en este sentido, el campo del psicoanálisis ha padecido también la proliferación de subcategorías en su nosología estructural, psicosis ordinarias y extraordinarias, desencadenadas o no desencadenadas, Muñoz (2010, óp. cit. p. 106) resume esta abundancia en los siguientes puntos comunes acerca del uso del concepto, esfuerzo hacia la teorización de los fenómenos clásicamente identificados con las psicosis recurriendo a la invención de categorías descriptivas rescatando así el diagnóstico como práctica de la clínica estructural psicoanalítica y no como una simple semiología:

1. La locura tendría un carácter episódico, la psicosis es una estructura
2. El término locura aplica fundamentalmente a los casos en que se presentan delirios o fenómenos elementales en una neurosis
3. La locura se vincula a la imposibilidad de incorporación de un hecho biográfico en la cadena significativa, en la psicosis este hecho no se ha constituido simbólicamente y aparece en lo real
4. Se propone el mecanismo de la represión primaria (Khan 1982, citado en Ibíd.) o el de la forclusión de un significante que no es el Nombre-del-Padre para explicar su constitución
5. Desde Lacan es posible discernir la fenomenología de la locura y la estructura psicótica

El autor (Ibíd. p. 107) indica que la estructura histérica es un caso privilegiado para poner a prueba la distinción locura-psicosis. Se sabe desde Freud que además de los ataques y síntomas de conversión en la histeria bien pueden presentarse fenómenos típicos de la psicosis (delirios y alucinaciones), de ahí que se hable últimamente de la “locura histérica”. Según su lectura de los trabajos de Maleval en este sentido el problema de esta conceptualización es que

se desdibuja toda vez que se le incluye en el campo de la esquizofrenias. Es claro que el delirio histérico no es un delirio dissociado como en la psicosis, lo cual demostraría que no se trata de la forclusión del significante primordial. La dificultad de estos planteamientos, continúa, es que si uno no es demasiado cauteloso entonces podría encontrarse en la desfavorable posición que deja de lado la cuestión de la transferencia –panorama que remite más al conocimiento psiquiátrico que a los planteamientos del psicoanálisis–. En el seminario Lacan (1984, óp cit. p. 49) advierte que la transferencia de la psicosis no es exactamente lo mismo que cuando se está hablando de una neurosis. En la función de la palabra que se distinguen; la psicosis existe en el campo del lenguaje de un modo que implica un tratamiento de la palabra discrepante de lo que se observa en las “neurosis locas”. Para Lacan se trata del tema de la “direccionalidad” del discurso de un sujeto hacia el Otro, ya que la función de la palabra es “ante todo, hablar a otros” (Ibíd. p. 57), es fundamental. De hecho, no sería errado argumentar que aquí descansa toda la distinción lacaniana entre una y otra; si el neurótico que habla al Otro recibe su propio mensaje de forma invertida, el psicótico, más que hablar, es hablado por el Otro.

Lacan suma un hecho trascendente para la clínica; se hablará de psicosis o neurosis según lo indique el trabajo de la transferencia puesto que es en este campo donde aparece la función de lazo con el Otro y con el otro. De esta manera la tesis freudiana sobre la psicosis como un trastorno narcisista en el que la libido se desentiende casi por completo de los objetos y se dirige hacia su propio cuerpo en tanto que objeto “no es completamente satisfactoria”. Lacan propone examinar el plano en el que se ha producido este retiro ya que parece no bastar la imputación de esos desplazamientos a los mecanismos de la neurosis como la proyección y la represión. “¿Cuáles son los planos, los registros, que permitirían delimitar esas modificaciones del carácter del otro que siempre están, lo sentimos claramente, en el fondo de la alienación de la locura?”. (Ibíd. pp. 130-131)

A propósito de las manifestaciones de los trastornos histéricos que se hacen pasar por una “locura” Lacan distingue aquellas “locuras” que no se presentan de este modo. Para ello se ocupa del caso Dora, ¿por qué utiliza como ejemplo a una histérica para hablar de la locura? Debe que leerse en el seminario que para la paciente de Freud se trata de “mantener una relación soportable” a través de ese mediador esencial que es el señor K, relación que en términos significantes no es otra que la del padre. En ella se observa toda la dialéctica imaginaria de la identificación y de la rivalidad, situación acentuada “por el hecho de que la madre en la pareja parental es un personaje totalmente borrado.” (Ibíd. p. 132) En una lectura privilegiadamente detallada Lacan además resalta el momento en que la mediación del señor K. termina (“*Mi mujer no es nada para mí*”) y lo vincula al síntoma “de persecución” relativo a la figura del padre. Ello, sin embargo, no querría decir que Dora se ha precipitado a una psicosis paranoica, para él el criterio diferencial entre se articula a la luz de que se presenten, o no, “trastornos” a nivel del lenguaje. Refiere una pequeña experiencia (5), y en ella el posicionamiento es claro: no se puede declarar una psicosis simplemente por la presencia de ideas (¿delirantes?) reivindicativas. Incluso cuando esas reivindicaciones no encuentran vínculos correspondientes a la realidad social, ello no constituye una psicosis, en su lugar, sería una estructura paranoica en la cual ha aparecido un síntoma obsesivo o incluso histérico como en el caso que nos ocupa, quien “experimenta respecto a su padre un fenómeno significativo, interpretativo, alucinatorio incluso, pero que no llega a producir un delirio. No obstante, es un fenómeno que está en la vía inefable, intuitiva, de la imputación a otro de hostilidad y mala intención, y a propósito de una situación en la que el sujeto participó, verdaderamente, del modo electivo más profundo.” (Ibíd. pp. 133-134) La locura de Dora en tanto que posición subjetiva tiene que ver con una fenomenología bien distinta a la descripción típica de la “locura histérica”. Se trata de una categoría sostenida en una relación imaginaria que no puede estar destinada a otra cosa que “al conflicto y la ruina”. Para Dora la dificultad se presenta en la tensión erótico-agresiva que se propicia por la ausencia de la intervención de un tercero, una instancia “que sea la imagen de algo logrado, el

modelo de una armonía”, un tercero que sea portador de una ley simbólica. (Ibíd. p. 139) La locura neurótica de Dora radica en la reivindicación de las relaciones perturbadas que no tiene nada que ver con el delirio de reivindicación de, digamos, un paranoico como Schreber, para quien esa frágil relación imaginaria se derrumba y lo que resta es “una oquedad sombría” que enfrasca al sujeto en el completo desasimiento de la realidad que describió Freud. (Ibíd. 143) Para Lacan cuando la palabra se produce es gracias al sujeto. El sujeto es creador pero está vinculado al otro, “no en tanto objeto, imagen, o sombra del objeto, sino al otro en su dimensión esencial [...] irreductible a cualquier cosa que no sea la noción de otro sujeto, es decir el otro en tanto que él.” Al igual que el niño pequeño que dice “fue él quien ha pegado” cuando otro ha sufrido las consecuencias de su indiferenciación Schreber responde a ese “él” reduciéndose “a un solo partenaire” de ese Dios “asexuado y polisexuado”. (Ibíd. p. 146)

De esta manera la conclusión de los autores (Muñoz 2008, óp cit. pp. 94-97) es que más que una estructura la locura es un posicionamiento, “una respuesta posible ante el encuentro con la propia división. Y en tanto tal, puede acontecer en cualquiera de las estructuras clínicas”. Retomando la fórmula de 1949 se diría que la psicosis no es el límite de la libertad, es la locura de la constitución imaginaria y de la infatuación del sujeto la que apuntala su contorno. La psicosis hasta 1958 es disolución. Ya desde el seminario 1954-1955 Lacan (1983, óp cit. p. 363) declara una distinción en este sentido; “Decir que la locura es la mayor perturbación imaginaria como tal no es definir todas las formas de locura: hablo del delirio y de la paranoia.” Lo anterior quizá constituya una de las pocas oportunidades que se prestan para afirmar que Lacan clarifica que existe esa locura de la relación imaginaria pero que también están esas “otras” locuras, o sea, las psicosis. Según Muñoz (2008, op. cit.) si la locura “responde a la inconsistencia del Otro con un elemento imaginario”, es decir, a la identificación apasionada con el ideal, ello permitiría explicarla como una toma de posesión frente al Otro completamente única, diferente de la triada freudiana. Lacan parece

dirigirse a esta misma conclusión, el yo es una locura⁶⁸, “[...] convicción desborda la ingenuidad individual del sujeto que cree en sí, que cree que él es él, locura harto común y que no es una locura completa porque forma parte del orden de las creencias.” (Lacan 1983, óp. cit. pp. 23-24) “Creer en el yo, que “uno es uno”, constituye una forma de locura, común, inherente a la estructura del yo y como tal ineliminable –pues es necesario que el yo crea en sí para mantener la ilusión de dominio que el estadio del espejo anticipa–.” (Muñoz 2010, óp cit. p. 109) ¿*La locura del Elogio*? Tal vez de todos modos lo cierto es que el estatuto diferenciado para esta “locura generalizada” se reduce al hecho de que se trata de una creencia “barrada” (Ibíd.), una convicción que está atravesada por la indeterminación, por la duda, el neurótico vacila, pero al contrario de la psicosis, al final siempre está la certeza de que yo soy yo y no otra cosa. Si el neurótico se debate entre la duda y la certeza pero sin perder la certidumbre de que “él es él”, en la psicosis –Lacan lo dice en varias oportunidades–, el sujeto no cree en lo que el fenómeno elemental le muestra, el Otro lo determina de manera aplastante. El autor indica que una “locura completa” sería la ausencia de separación entre el sujeto y el otro que es yo, cuando esta condición se cumple diremos que se ha enloquecido. “Un loco completo –no el loco por momentos vacilante que somos todos– es el que se adhiere a su yo elidiendo la función de Otro.” (Ibíd.) La identificación con el semejante desconociendo la función de mediación del Otro, es decir, de la simbolización de una división (*Spaltung*) esencial es la fórmula general de la locura infatuada, así para el autor (Ibíd.) se conceden tres formas fenoménicas de locura:

1. Despersonalización y no reconocimiento del Otro (psicosis)
2. La “normalidad” de Erasmo y la creencia en el yo, no sin el reconocimiento del Otro (neurosis)
3. Locura completa, es decir, la certeza de yo desconociendo al Otro (locura infatuada)

⁶⁸ “Que el sujeto acabe por creer en el yo es, como tal, una locura.” (Lacan 1983, p. 370)

Igualmente puede distinguirse la formación del delirio en la locura y en la psicosis. Si el psicótico es hablado por el Otro y en su decir no hay metáfora sino que el sentido se detiene, en el delirio de la locura, “la de ser poseído por los demonios”, el sujeto puede conservar toda una subjetividad, alienada quizá, pero sin ser el objeto del deseo del Otro. Por decirlo de manera algo diferente, hay delirios que persiguen al modo de un superyó brutal y hay otros que sostienen en el goce y tranquilizan a esa “conciencia moral”, este último sólo podrá producirse a condición de que un significante (no el Nombre-del-Padre) haya caído bajo la forclusión. Así, este grupo de formaciones delirantes se ubicaría en torno a un suceso imposible de articular en la propia historia, en la psicosis la historia misma sería escenificada por esta falta. En ambos casos el sujeto se encuentra imposibilitado para servirse del significante, en la locura esto transcurre en los fenómenos del sentido (significación), en la psicosis los trastornos del lenguaje. (Muñoz 2009, óp. cit. pp. 129-130)

Terminaremos este subtítulo con una pregunta, ***¿es oportuno plantear, como lo hacen los autores*** (Acciardi et. al 2009, óp. cit. pp. 141), ***“dos variantes” de la locura en Lacan?*** Una “normal y estructural” que estaría determinada por la no-relación no-proporción sexual, y esas otras locuras (psicóticas) que serían un “modo de suplir esa relación que no hay” pero solamente desde “lugares y funciones asimétricas”. El apartado siguiente ofrece dar respuesta a este cuestionamiento.

5.9 Paranoias y Parafrenias: una nosología de las psicosis

La clínica de la psicosis propuesta a partir de Lacan está lejos de cualquier nomenclatura de tipo psicopatológico, es, de hecho, una subversión de estas significaciones en tanto que se las dirige no al objeto sino al significante.

Julien (2002, óp. cit. pp. 40-42) sostiene que a partir de 1953 el concepto de psicosis en Lacan se aísla de las manifestaciones del carácter paranoico e incluso aventura suponer que quizá la eclosión del delirio se deba precisamente a una cierta falta de paranoia. Según el autor en una nosología lacaniana puede pensarse la existencia de una “constitución paranoica” junto a la de una psicosis delirante sin que ello implique una redundancia. Por supuesto, esta conclusión clínica no apareció espontáneamente, ella es resultado de la formulación y reformulación de la teoría del imaginario. Ahí puede captarse una bifurcación fundamental de la psicosis como “trastorno” y como estructura. La oposición del “conocimiento paranoico” y el delirio psicótico apoya esta tesis. La pregunta, no obstante, permanece abierta *¿es posible una constitución paranoica no delirante y no psicótica?* Si ya se ha confirmado que se trata de una forma de relación al saber, la distinción de una paranoia que no es un delirio es asequible. Si bien es cierto que Lacan distingue que no es lo mismo un delirio paranoico que la paranoia como tal (1984, óp. cit. p. 30), debe leerse con exceso detenimiento lo que está definiendo para ambos casos.

Lacan retoma y corrige la tesis (Kraepelin) que señalaba a la paranoia como un “desarrollo insidioso de causas internas” (intuición) que se expresa en una evolución continua. Aquí el delirio se presenta y se sostiene al margen de cualquier alteración del pensamiento o de la conciencia. (Ibíd. pp. 30-31) Para él en la paranoia no hay evidencia de un “desarrollo insidioso”, lo que ahí aparece son “brotes” o “fases” normalmente identificables a ciertos “momentos fecundos” en los que el fenómeno elemental desencadenante provoca una ruptura en la vida afectiva. En modo alguno se trata de una “evolución continua”, todo delirio va cambiando de acuerdo a las innumerables vicisitudes que la vida impone a quienes la experimentan. Aunque esta variación aparece como un fenómeno secundario hay que precisar qué papel juega aquella “conservación intacta de la conciencia”.

La teoría del conocimiento paranoico surge para explicar una dimensión de la locura humana que no es la de las psicosis sino que se sitúa más allá de los límites que la psicopatología ha impuesto al concepto. Para Lacan el yo (*moi*) tiene una estructura paranoica porque es sede de las identificaciones alienadas que conforman todo conocimiento posible. Es una alienación basada en la fantasía de unidad del ego, de ahí su similitud con la estructura psicótica paranoide. En ambos casos se implica un delirio de conocimiento y de dominio sobre el otro y sobre el yo, unidad y continuidad en una dialéctica imaginaria pero que conserva un carácter inamovible: “Desde cierto ángulo, esto (el imaginario) recubre una parte de los fenómenos involucrados (el delirio y el fenómeno elemental) no agota el problema [...] no hay modo alguno, en un paranoico bien constituido, de movilizar esa carga; mientras que en los esquizofrénicos, el desorden estrictamente psicótico va en principio mucho más allá que en el paranoico.”⁶⁹ (Ibíd. 211) Al aumentar la riqueza y la notoriedad de las construcciones delirantes el sujeto se muestra “cada vez más seguro” de sus planteamientos “cada vez más irreales”. La distinción entre paranoia y esquizofrenia es posible en este sentido; el delirio de la psicosis es testimonio de una escritura en la que el sujeto no está incluido, en la paranoia este fenómeno se presenta con una abundancia de significaciones totalmente destinadas a ser escuchadas por él, ahí aparece él, sólo a condición de un enfrentamiento con el otro de la relación especular. (Ibíd. pp. 112-114) Si para el esquizofrénico todo lo simbólico es real, para el paranoico, que se sirve de las estructuras imaginarias, los fenómenos elementales “son solamente presignificantes” y no se alcanza por ellas la organización de “ese universo siempre parcial que llaman un delirio”. (Lacan 2009g, óp. cit. p. 373) Entre la paranoia y la personalidad, o en términos analíticos el yo (*moi*), no existe relación alguna puesto que son una y la misma cosa. Este “recurso” permitiría hipotetizar una locura (*folie*) en la cual no es rastreable un momento de desencadenamiento, por el contrario, lo que se aprecia es un detenimiento, o mejor, una ausencia de movimiento de la estructura. La idea de una “locura-estructura” en la que “hay pasión de ser, necesidad de ser” conduce a la aceptación de fatuidad de la pulsión

⁶⁹ Los paréntesis son míos.

amorosa del sujeto, ese narcisismo primario que apunta a la “fijeza” de una identificación alienante “apasionada”.

¿Queda demostrada la existencia de “dos locuras” en Lacan hasta 1958? Hemos sondeado esta cuestión y es cierto que los argumentos que separan una “paranoia común”, es decir, la locura en la que la “normalidad-personalidad” es paranoica, y la “respuesta psicótica”, digamos, el delirio como (re)construcción frente a un acontecimiento desencadenante. (Julien 2002, óp. cit. p. 75) Lacan observó dos dimensiones esencialmente diferentes en los delirios. Por un lado, el sentido freudiano de la reconstrucción reparadora del agujero en lo real, y por otro, aquel en el cual la restitución a perdido consistencia y se presenta como un acto repetitivo. En el primer caso, el delirio viene del otro como doble, se sostiene en un juego de significaciones (metáfora delirante) que se ordenan según una dialéctica imaginaria. En el segundo, para el esquizofrénico, el delirio es del Otro y aunque se sitúa en un trama ésta no revela nada del sujeto porque lo que se cuenta ahí es una historia escrita sin él. En la psicosis el delirio es una palabra que se queda a nivel de la cosa, se confunde entre sí. Tal es el caso del neologismo, sea que aparezca pleno o vacío de significación, “[...] el enfermo mismo subraya que la palabra en sí misma pesa. Antes de poder ser reducido a otra significación, significa en sí misma algo inefable, es una significación que remite ante todo a la significación en cuanto tal.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 52)

CONCLUSIONES

a. Organización psíquica y psicopatología

En 1861 el neurólogo y psiquiatra alemán Wilhelm Griesinger proclamaba que las “enfermedades mentales” no son otra cosa más que síntomas de alteraciones cerebrales (Colodrón 1999, p. 18), y con ello inauguraba la entrada del pensamiento organicista que habrá de gobernar la psiquiatría hasta nuestros días. Así, se produjo la conquista de su campo, a saber, el de las alteraciones de la naturaleza espiritual de los seres humanos como producto de trastornos corporales. La locura priva al hombre de su libertad en tanto que el sinsentido representa la pérdida de la facultad del (buen) juicio y del libre albedrío. Una vez que esta conquista ha quedado afianzada, el pensamiento organicista se autorizó a “describir subhombres, hombres máquina, de conformidad con la imagen de los animales máquina del adagio cartesiano”, “se delimitaron formas nosográficas fijas, esquemas indispensables para clasificar los aspectos clínicos, seguir su evolución y conocer su causa.” El problema con esta perspectiva es su concepción causal de la presuposición de “una causa” que tiene su origen en una “disfunción” del curso “normal” de la organización neuronal. En verdad no es para descuidar el hecho de que el pensamiento organicista sea incapaz de concebir que la “desviación” representada por una cierta disfuncionalidad sea inherente al funcionamiento mismo del organismo. (Amado 1985, pp. 63-64)

De cualquier modo, ya sea que se encuentre la causalidad de la locura en el ámbito extrínseco o intrínseco al organismo, el principio de las teorías organicistas siempre es el mismo, a saber, todo esfuerzo terapéutico debe encaminarse a suprimir un estímulo con la intención de restablecer la armonía de las funciones psicológicas. Como indica Georges Amado (Ibíd.), “la primera concepción hace de los psiquiatras hombres de ciencia”, en tanto que se trata de objetivar el origen de la anomalía, “la segunda los hace humanistas”, puesto que al

considerar el trastorno al interior del organismo vivo se repara en un psiquismo constituido por partes que reaccionan unas a las otras, es decir, bajo una dialéctica que representa su equilibrio. Para las hipótesis que se basan en el componente biológico exclusivamente, el fenómeno elemental se explica por la excitación mecánica de un centro sensorial, apareciendo el delirio fundamentalmente como una reacción al hecho alucinatorio, digamos, a cada trastorno orgánico correspondería una “enfermedad psíquica”. De este modo el autor ciertamente coincide con el criterio lacaniano que coloca al mismo nivel tanto a las teorías constitucionalistas como a las evolutivas, para ambas “[...] el salto de lo normal a lo patológico –del carácter paranoico a la paranoia o del carácter esquizoide a la esquizofrenia– se realizaría en virtud de un exceso, de un aumento de cantidad que provocaría una transformación de la calidad.” (Ibíd. p. 69) El siguiente esquema-resumen sería válido para todas las posturas organicistas en un sentido general:

- a. Búsqueda de una causalidad eficiente en procesos cerebrales mórbidos
- b. La experiencia de sensaciones anormales (fenómeno elemental) está siempre asociada a un trastorno orgánico
- c. La alteración del órgano va siempre acompañada de una determinada enfermedad psíquica (delirio)

Entre todas las posturas afiliadas a este modelo la de Henri Ey merece nuevamente un comentario⁷⁰ por representar el mayor intento de reconciliación entre el organicismo y la teoría psicogenética. Para el maestro de Bonneval en el origen del trastorno mental siempre existe una afectación del órgano encefálico, lo novedoso de su aproximación es que añade que esta turbación opera a nivel global y no localmente, como lo planteaban las tesis puramente organicistas. Toda problemática de los trastornos mentales se explica en términos de la organización jerárquica de las funciones superiores, lo cual le permitió considerar que el ser

⁷⁰ Ya se discutieron algunos puntos de la teoría en el capítulo 4.

humano se desarrolla simultáneamente en el plano de su constitución (organogenética) y en el de la experiencia vital. El organismo y la organización psíquica que emana o que se sobrepone a él es el resultado de la procesos evolutivos jerarquizados en términos de la maduración e integración de las funciones nerviosas y sus estructuras, es decir, de la conciencia y de la personalidad. La “enfermedad” aparece cuando se ha producido una desviación en el desarrollo evolutivo a causa de un proceso orgánico mórbido, la inmadurez de las estructuras (conciencia y personalidad) es lo que proporciona la fisionomía clínica de los trastornos en términos de una organización positiva. (Ibíd. pp. 81-82)

Actualmente en el “*mundo psi*” se reconoce que toda modificación del psiquismo corresponde a una modificación biológica y viceversa, lo problemático es pensar que esta condición sólo aplica a los casos denominados “patológicos”. Ey lo entendía de esta manera, y en ello reside el error de su teoría, presupone que sólo la normalidad procede de una “espiritualidad” cuya marca esencial es la “libertad”. Si bien este es el punto crítico de su elaboración debe admitirse que Ey, a diferencia de la mayoría de los psiquiatras de su época, se preguntó por el sentido que constituye a la organización positiva de la patología mental. Para él la enfermedad no es un cuerpo extraño, depende estrechamente del organismo del ser vivo para constituirse como el efecto de su desorganización. Este desarreglo se interpreta como una desestructuración de la conciencia y por lo tanto de la libertad del sujeto. Por el hecho de que la conciencia es siempre conciencia de algo Ey pensó que podía tratarla en términos de la unidad de una facultad psicológica, es decir, una actividad del pensamiento que ordena las experiencias (percepciones). Para él la conciencia interviene activamente en la personalidad. En el punto más alto de la escala jerárquica propuesta, aun por encima de la conciencia, se encuentra la razón (el entendimiento) en tanto que ella representa la intersección de la experiencia personal y del saber colectivo. Toda posibilidad de un sujeto para mostrarse “razonable” reside en el nivel de conciencia y el grado de desarrollo de la personalidad, inversamente, en la patología el pensamiento y la

conducta descienden paralelamente con la disminución de la conciencia llegando al trastorno de la personalidad. (Ibíd. pp. 85-89)

Ha sido necesario pasar revista a los planteamientos generales de la teoría organodinámica puesto que el modelo de normalidad que orientaba la investigación de Ey es hoy el *ejemplar hombre occidental*, dueño de sí mismo, de sus objetos y de sus relaciones, libre e integrado a su medio. Amado (Ibíd. p. 92) cita el famoso *Manuel de psychiatrie* en el cual lee: “En las civilizaciones primitivas, entregadas a los mitos, esta locura de la humanidad, cuando es demasiado general, no deja de manifestarse fácilmente la locura de algunos [...] En la medida en que las variaciones de la vida de relación son casi por entero vividas en la modalidad de lo irracional, lo irracional patológico e individual no se manifiesta, no puede manifestarse”. Sin embargo habrá que objetarse lo siguiente; la locura existe ahí también y es tan reconocible como en cualquier otra parte, la cuestión es más bien cómo en occidente el concepto de “*lo irracional*” ha sido irremediablemente asociado a “*lo psicótico*”, negando así cualquier dimensión del saber en la locura, sabiduría que no es del todo incompatible con el razonamiento pero que aun así no puede ser reconocida como tal. La respuesta occidental a la locura, fenómeno bien comprobado en todas las civilizaciones pero que sólo en la nuestra se ha desarrollado en una verdadera *psicopatología científica* (Ibíd. p. 112), significa la limitación de la subjetividad y de la responsabilidad de un sujeto en tanto que proclama la alienación como una enfermedad de la mente. Si la locura queda convertida en un asunto concerniente a la sensibilidad social es por este motivo: es una enfermedad, es decir, un problema a resolver por medio de la razón, como era de esperarse.

b. La “autenticación” de la enfermedad como respuesta a la demanda psicótica

De acuerdo con Amado (1985, óp. cit. 30) el saber de la psiquiatría ha existido siempre a nivel de lo social como aquella instancia encargada de separar todas las dualidades que resumen la rectitud o la desviación de las conductas humanas. Nació desde el primer criterio psicopatológico, es decir, cuando se identificó que en su origen se encuentra un desequilibrio, un desfallecimiento o una insuficiencia de la psicología de un individuo. Aquí el sentido de esta falta tendría que ver la presentación de un fenómeno que se revela en términos de un exceso o un déficit en las funciones superiores. Se trata, en todo caso, de confrontar el hecho psiquiátrico (la patología) con el hecho psicológico (la significación). La “ratio” (como está desarrollado en la teoría de Ey) promulga las normas que introducen la normalidad, en la clínica, un impetú de “normalización” que no dejará de ser la causa en común a todas las medidas que se hacen llamar “psicoterapéuticas”.

La razón y su política de lo social se asumieron garantes de la rigurosidad de las ciencias dedicadas a la investigación del psiquismo. El examen de Foucault (1976, óp. cit. y 1976a) se dirige en este sentido; para el pensamiento medieval el alma (psique) estaba siempre sometida a fuerzas ocultas, malvadas o divinas, un “querer bueno” y un “querer malo”. Más tarde, con el advenimiento de la “era de la persona individual”, o como la llama el autor, la edad clásica, se produce una transformación sobre la noción de locura, no es más una “posesión” ligada al acercamiento místico de una experiencia religiosa, sagrada, sino un “cuestionamiento” al sujeto y a su conciencia empírica, es decir, a su razón. A partir del renacimiento el sujeto se ha transformado en un ciudadano, un hombre razonable y social. Lo normal tiene que ver entonces con el respeto a un cierto orden como principio fundamental de las sociedades humanas, o lo que es lo mismo, una concepción moral que sirve al control social. La locura queda atrapada en el universo de un discurso que proviene de una “conciencia crítica” del hombre

que la reconoce como un saber inaccesible (elemento trágico) salvo para quien la experimenta.

Amado (Ibíd. p. 53) refiere la opinión del filósofo y médico *Georges Canguilhem* respecto al tema de la normalidad y su presunta equivalencia al concepto de salud mental; “Ni un promedio estadístico, ni una normalidad con referencia a la cultura y a la sociedad [...] dan una definición acertada de la salud [...]”, la “enfermedad”, será una manifestación de “valor negativo” para el ser, “No hay patología objetiva [...] Objetivamente se pueden describir estructuras o comportamientos pero no puede decir que sean ‘patológicos’ sobre la base de ningún criterio puramente objetivo.” (Ibíd. p. 54) Lo que sí puede afirmarse es que la locura se define fundamentalmente en una *dimensión intuitiva* de la experiencia de la salud y de la enfermedad, es decir, que una y otra son ampliamente reconocidas por la comunidad en la que el sujeto se ubica. Así, toda normalidad depende enteramente de la posibilidad de ir más allá de la norma, no existe ni la ciencia biológica ni la ciencia psicológica de lo normal, lo que existe es la ciencia de las situaciones y de las condiciones llamadas normales.

Si partimos del hecho fundamental que señala Masotta (2011, p. 242), a saber, que la “enfermedad mental” es una propiedad del grupo social en cuanto tal, habrá de reconocerse en el movimiento antipsiquiátrico de los años 70 una postura ciertamente valiosa; el “objetivo” de toda aproximación que pretenda ejercer un efecto “terapéutico” no puede fundarse en la vuelta a la normalidad ya que es precisamente ahí, en la norma, donde apareció “el problema” en primer lugar. Esta contrariedad, como ya se ha venido explicando, tiene que ver con la particular relación del sujeto al saber del Otro, vínculo sostenido a partir de una identificación extrema. Los antipsiquiatras acertaron al decir que lo que se juega entre el psicótico y su médico es una relación de “supuesto cuidado” que más bien se ha orientado en las bases de un conocimiento opresivo entre ese sujeto nominado “enfermo” y el saber “científico” que sustenta dicha nominación.

La palabra, como hemos tanteado a lo largo de este trabajo, instruye al otro en la posición de ser reconocido por el sujeto para que él mismo pueda, a su vez, reconocerse y ser reconocido. Esta palabra es entonces siempre un más allá del lenguaje que debe sostenerse en el discurso, pero, ¿qué es exactamente un discurso? pues bien, es todos esos “actos”, todas esas “gestiones” y “contorsiones” que expresan las “marionetas” presas del juego del lenguaje. (Lacan 1984, óp. cit. p. 79) En este sentido se retoma el comentario de Fernández y Ruiz (2003, pp. 57-58); “El discurso psicótico, producción delirante de sentido, no sólo denuncia su propia catástrofe, sino que testimonia y da un aviso a toda la humanidad acerca de las consecuencias de la gran violencia en la sociedad moderna. Los gritos, el horror y la muerte en el campo de batalla y la convocación irrestricta a la guerra en nuestros días, nos hace pensar en un delirio institucionalizado [...] ¿Hasta qué punto el delirio del loco denuncia una catástrofe y un vacío existencial que aparece en nuestra cultura? ¿Cómo nos permite pensar la tragedia del loco y su posible destino? [...]”. Estas cuestiones no deben, y en verdad no pueden, escapar a la perspectiva analítica en tanto que ésta percibe en las psicosis algo más que una mera disfuncionalidad.

Foucault (1976, óp cit. pp. 223-224) interpreta “la denuncia psicótica” de la siguiente manera; por medio de su delirio, el loco evidencia el efecto de todo el proyecto institucional del modo de producción capitalista y sus políticas sociales. Es un hecho histórico irrecusable que el tratamiento de la locura se transforma tal y como el resto de los procesos sociales, desde las revoluciones sociales hasta las catástrofes sanitarias. Así, la conversión radical de la cultura occidental en lo relativo al lugar que la locura ocupa en ella, a saber, como forma relativa a la razón, está dada en este sentido. La “experiencia de la locura” alcanzó “la época de la ciencia”, aunque quizá sea más justo que ha sido la ciencia quien a querido seguirle el paso a la locura. En ella el loco, según los criterios diagnósticos derivados de la clínica médica e implementados por la psiquiatría y por la psicopatología, se convierte en un enfermo. En lugar de su exclusión, el sujeto es sometido a una serie de dispositivos y tratamientos que apuntan a disminuir

síntomas, lograr adaptaciones, pero básicamente, y para la discusión que ahora se propone, hacerle completamente irresponsable frente a su padecer, pues su mal, en cuanto producido por una lesión o una alteración bioquímica, viene de un saber que no es cuestionable. Esto es lo que llamaremos la respuesta occidental a la locura, ante la evidencia del fracaso de la ley y sus instituciones (de ahí lo intolerable) el loco se vuelve un sujeto patológico que sin vivir el rechazo de la exclusión absoluta y el confinamiento sí experimenta un apartamiento en el que la razón es siempre anterior a su locura. Para el pensamiento humanista no hay porque separar razón y locura en términos de reclusión sino en una distancia previamente acordada, el camino que separa lo racional de lo irracional. Este punto es crucial, si el loco se aparta de la razón, lo hace poniendo en juego exactamente las mismas imágenes, creencias y razonamientos que el sujeto “normal”, “El loco, por lo tanto, no puede ser loco para sí mismo, sino solamente a los ojos de un tercero [...]”. (Ibíd. pp. 289-290)

Al hablar de la paranoia, Lacan (1984, óp. cit. p. 30) refiere el *Elogio* de Erasmo para explicar que eso que nos es dado llamar “enfermedad mental” está siempre vinculada al comportamiento humano llamado “normal”. Digamos así; existe la llamada “locura necesaria”, la “locura de todos” (Pascal). Esto, sin embargo, es una afirmación que resulta poco útil para esclarecer esa relación al saber del Otro. Lacan insiste en que al clínico no le sirve de nada identificar el fenómeno de la locura con los “patterns” del comportamiento, sugiere que en realidad nunca ha sido posible establecer una diferencia tajante entre las conductas “normales” y las de la patología. Aun en la mejor situación posible, es decir, con una psiquiatría humanista interesada en ir más allá de la organicidad, la definición del hecho patológico sigue basándose en un sistema de valores que, a pesar de reconocer que el fenómeno no surge de una causalidad lineal, observa siempre un sentido de pérdida o déficit entre la experiencia y las relaciones de dichos procesos con el medio. Tal es el resumen que el psiquiatra español Antonio Colodrón (1999, óp cit.) hace: *la “enfermedad” aparece en las contracciones de la*

*vivencia del sujeto que habiéndose extrañado del mundo y sus objetos, vive alienado en un mundo privado y que no comparte.*⁷¹

La cúspide de ese sistema de valores es la conciencia integrada del individuo, “ser consciente de ser, ser consciente de sí mismo”, como recapitula Amado (1985, óp. cit. p. 88, nota 16) a partir de Sartre y Husserl. La conciencia como el límite del conocimiento en tanto que nada puede conocerse fuera de ella (Henri Ey).

c. Los *impasses* del ideal rehabilitatorio

Una vez que se le ha otorgado validez médica al tratamiento de la locura, ella no será otra cosa más que un objeto. Habrá entrado en la misma categoría que la conciencia, y no sólo eso, se le juzgará a partir de ésta y con ello se le impondrá una existencia a condición de haber sido objetivada. La conciencia de no estar loco, es la posibilidad de darse “[...] la locura como conocida y gobernada a su vez en un solo acto de conciencia, esto es lo que se halla en el núcleo de la conciencia positivista de la enfermedad mental.” (Foucault 1976a, óp. cit. p. 187)

Foucault identifica que el final del siglo XVIII y con la liberación de los locos de Pinel la locura se convierte en “la primera figura de la objetivación del hombre” (Ibíd. p. 188). Es difícil acodar del todo con esta afirmación, podría argumentarse que es en la esclavitud, en cualquiera de sus formas, donde se haya el grado máximo de alienación y de dominio sobre de lo uno sobre lo otro. Aún así debe reconocerse que con el médico francés no hubo nada cercano a una “liberación”, sino lo contrario, suprimió el encierro y las cadenas pero lo hizo

⁷¹ En la primera de sus *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia* propone examinar el término enajenación no como una forma inadecuaciones al medio sino el contrario, la “enfermedad [...] nos sitúa en un ámbito disconforme con el de esas conductas adaptativas normales aunque extremas. Nos sitúa ante la pérdida del sentido de la realidad.” (Colodrón 1999, p. 20)

pensando en un sujeto que, a pesar de ser ajeno a sí mismo y a los demás, puede y sobre todo *debe* ser conducido hacia la cura de su mal. Es cierto que sus observaciones permitieron comprobar que la locura en tanto que estado de “alineación” no se desprende de “las funciones del entendimiento” y reconocer aun que estas facultades pueden coexistir con las más vistosos delirios, de ahí que proponga su *tratamiento moral*, descubrir las áreas sanas y las que se presentan bajo la forma de la patología. Para Pinel la alienación es total, lo cual le permite preconizar el tratamiento como “un recurso para devolver al sujeto a sí mismo”; “El enfermo no está pues perdido del todo, puesto que es sólo insensato al que le quedan todavía comarcas de buen sentido.” (Amado 1985, óp. cit. p. 26)

Este es ciertamente el punto de origen para la psicoterapia en sus más diversas modalidades, el objetivo, la restitución del hombre a una adecuación con su medio. Para la psicología el comportamiento está dirigido a fines adaptativos, el problema estaría dado en que estas respuestas, al estar formuladas desde la alienación, es decir, desde la pérdida del sentido de la realidad, resultan incomprensibles y se juzgan como desadaptadas. “Ya desde sus primeros pasos, los psicólogos comportamentalistas, con su énfasis en elaborar una patología de la conducta, apuntalaron el error de significar la patología de las funciones. Desarrollaron un pseudo saber del trastorno de la conducta sin tener en cuenta que la condición patológica no es acorde a los comportamientos; sin tener en cuenta que lo que juzgamos patológico es la calidad del modo de acción que inferimos desde esas conductas.” (Colodrón 1999, óp. cit. pp. 20-21). Efectivamente, la psicología de orientación conductista juzgará la locura en términos de comportamientos desadaptados porque niega la dimensión subjetiva y por lo tanto es incapaz de vislumbrar que esos mismas conductas productoras de sufrimiento y dificultades sean, por otro lado, intentos de “autorregulación”.⁷²

⁷² Aquí Colodrón está leyendo a Freud cuando en el caso *Schreber* cuando dice que *aquello que se pensaba era el problema en verdad se desenvuelve como la solución*.

Para este tipo de aproximaciones el fenómeno psicótico no es más que un conjunto de comportamientos organizados que dan cuenta de un particular modo de percibir la realidad y las relaciones con ésta. El hecho de que el discurso del psicótico sea reducido a erratas de interpretación o de atribución de sentido influye definitivamente en la orientación del tratamiento, de ahí que sus objetivos no sean otros que los de corregir ahí donde hay error y enseñar la forma adecuada de "relacionarse con la realidad". El terapeuta, investido con todo el saber de su entrenamiento en técnicas de modificación de conducta, sólo tiene enseñar al sujeto como arreglar ahí donde los tornillos están desajustados. Por supuesto, el sujeto que se somete a la terapia no tiene manera de comprobar que la "visión de la realidad" que el terapeuta está tratando de enseñarle sea efectivamente la más "apropiada". La documentada efectividad de las técnicas de modificación de conducta reside, según afirman sus defensores y practicantes, en que están basadas en la evidencia (*evidence based data*), sin embargo, es claro que obedecen a un régimen político-moral muy cuestionable. Nadie pone en duda que sus métodos sean altamente efectivos cuando el objetivo concreto es la modificación de la conducta, se jactan de ello con su estadística y sus estudios a largo plazo, pero quizá habría que preguntarse si no es que esos procedimientos, no menos que autoritarios y reveladores de una lógica del adiestramiento, en realidad se han desarrollado al margen de cualquier objetivo que pueda hacerse llamar "terapéutico."

Resulta imposible pasar por alto el ejercicio de una reflexión sobre las conceptualizaciones que las corrientes dominantes en la clínica hacen sobre la sintomatología psicótica. Los enormes progresos en el conocimiento de la bioquímica cerebral y en neurofisiología han contribuido a que la psiquiatría tiende cada vez más hacia una perspectiva psicofarmacológica pura desde la cual los psiquiatras pueden pensar las psicosis como un conjunto de síntomas determinados molecularmente, de modo tal que lo único que debe hacerse es investigar los mecanismos que gobiernan dichos procesos para hacer las adecuaciones posibles. Es verdaderamente sorprendente cómo la psicología sigue

este mismo camino con un trazo no muy divergente. El desarrollo de las técnicas de evaluación y diagnóstico clínico (se le llame así o no) terminan por justificar un ordenamiento que designará el procedimiento correctivo más conveniente a cada circunstancia. La psicología, disciplina que aún actualmente busca sustentarse en un conocimiento empírico, se consagra al servicio de un ideal y se olvida de una pregunta fundamental *¿qué puede ser rehabilitado ahí dónde algo no se ha constituido como tal?*

d. Función y límite del análisis en la clínica de las psicosis

Jacques Derrida (1996) –que no es un personaje del que podría decirse “¡era un gran freudiano!”–, escribió un pequeño ensayo en el que si bien no abandona su escepticismo respecto al psicoanálisis, propone junto a Foucault, “ser justos con Freud”. Admite que en su obra opera un sentido anticartesiano del reconocimiento de la locura puesto que escucha su discurso como cualquier otro, es decir, como un saber acerca de “la verdad”. Ser justos con Freud significaría reconocer que el psicoanálisis está fuera del edificio de la psicopatología y que ello permite (re)inaugurar una posibilidad de diálogo “razón-sinrazón”. (Ibíd. p. 133). A pesar de su buena intención, el filósofo se equivoca, Freud no reconcilia su pensamiento con una cierta edad clásica, tolerante e incluso comprensiva en su trato hacia la locura. Para ambos autores Freud toma la locura al nivel de su lenguaje, dimensión completamente pasada por alto en el pensamiento positivista, y restituye así la posibilidad de un diálogo entre el médico y la sinrazón de la locura. Sin embargo, es preciso afirmar que el freudismo no estableció nuevamente un puente de diálogo con la locura porque lo que en realidad muestra es que el sujeto cartesiano y el sujeto de la locura son uno, eso radical de su descubrimiento.

Este es un punto que no debe descuidarse, aunque la psiquiatría moderna dispone de las neurociencias para fundamentar la etiología biológica de los

trastornos mentales “sigue encontrándose con el abismo que se abre entre el saber de la ciencia y las particularidades clínicas de los enfermos”. Es innegable que el fenómeno clínico escapa irremediabilmente a la inteligencia científica, “[...] la dimensión subjetiva, un sujeto del que podemos percibir mejor cómo se beneficia o no de los neurolépticos cuando aprendemos de él lo que le afecta en la mente y en el cuerpo, de manera correlativa. Pues el cuerpo del ser hablante es algo más que el organismo biológico. Hay un órgano que Freud llamó libido [...] La libido es el resultado de la incidencia del lenguaje en el organismo del viviente.” (Cano, P., Castaño, A., Gallano, C. y Marti, M. 1997, p. 148) De este modo, la psiquiatría mira al psicótico únicamente como un ser deficitario que en su desadaptación a las funciones sociales –anomalía producida a su vez por una alteración de las funciones psicológicas superiores–, sólo admite una causalidad fisiológica sobre el fenómeno de la psicosis; disminución de serotonina al interior de las neuronas o aumento de su concentración extracelular.

Algunos autores (Machín y Romero 2006) han propuesto que este trabajo debe llevarse a cabo “hacia una reconstrucción neurótica de la clínica”, esfuerzo que comprende un cierto conocimiento y sostenimiento de una posición subjetiva deseante toda vez que se produce la angustia. Sin embargo, la noción de “reconstrucción neurótica” resulta demasiado problemática para ser adoptada como definición del trabajo analítico, esta investigación se parte de un principio que dicta que “la cura” en psicoanálisis no comparte absolutamente nada con el ideal rehabilitatorio de las psicoterapias y de la psiquiatría. De manera un tanto paradójica se presenta un hecho indiscutible, el psicótico no necesita que alguien venga a proponerle una restitución para su tragedia, él mismo se encarga de elaborarla, su delirio y sus síntomas en general lo demuestran, es sabido desde Freud. Este ideal supone un sujeto que en el fondo es capaz de relacionarse con el mundo de manera equilibrada, que tiende hacia la homeostasis. Incluso él, quien no pudo observar el desarrollo de las psicoterapias del tipo *ego psychology*, de la neuropsiquiatría y de las técnicas de modificación conductual advertía: “La expectativa de poder curar todo lo neurótico me parece sospechosa de pertenecer

al mismo linaje que aquella creencia de los legos para quienes las neurosis son algo enteramente adventicio que no tiene derecho a existir.” (Freud 1984k, óp cit. p. 142)

Si bien es cierto que ha sido Freud quien introdujera de manera ambigua sus posicionamientos acerca de la labor analítica respecto a las psicosis, las referencias aparecen ininterrumpidamente en toda su obra y ello no puede más que interpelar a los nuevos psicoanalistas quienes deben leer ahí donde la pluma del creador se detuvo sólo para dejar “entrever que el camino para tratar la psicosis queda totalmente allanado desde el principio propio del psicoanálisis.” (Báez 2007, óp cit. p. 102) Más allá de las reservas acerca de la pertinencia del trabajo analítico en trastornos graves como las esquizofrenias, Lucien Cantin (2009), aludiendo a la experiencia del bien conocido centro de atención a la psicosis en la ciudad canadiense de Quebec, el "388", defiende la idea de que dichas acusaciones no solamente son infundadas sino que por lo demás ignoran la pericia con la que se ha trabajado desde hace ya bastante tiempo (en el caso del "388" 27 años de práctica clínica), esfuerzos que se han dirigido a la atención de personajes para los cuales, en el peor de los casos, se ha dictado una sentencia de proporciones catastróficas, la de un sujeto ausente en un cuerpo enfermo. El comentario del autor se enfoca a un cuestión fundamental, el tratamiento que propone el psicoanálisis no puede ser aquel de una pretendida comprensión o interpretación del mundo en que los llamados “enfermos mentales” viven. Por el contrario, debe ser en todos los casos un cometido basado en una ética que apunte a la producción de un conocimiento sobre lo que Freud llamó el inconsciente, un saber producido desde la experiencia analítica y cuyo devenir podría manifestarse en un cambio de la sintomatología y en la reorganización de la vida del paciente. (Ibíd., p. 287)

En su 34ª conferencia Freud (1984k) trata el tema del límite del análisis frente a “ciertas perturbaciones”, situaciones que son “en general inaccesibles para la terapia analítica, y dado su estrecho parentesco con las neurosis, debería

limitar nuestras pretensiones respecto de estas últimas.” (Ibíd. p. 137) Para situar esta coyuntura habla del trabajo analítico con los niños, ensayo en el cual “los éxitos son radicales y duraderos”, pero ello no sin que antes se hayan dispuesto varias modificaciones al dispositivo planteado con los adultos. El niño, al carecer de un superyó constituido según Freud, requiere que la técnica se ve confrontada a situaciones particulares, esencialmente, a nivel transferencial. Incluso sugiere que esto último (la transferencia) bien puede desempeñar un papel diferente en el análisis de los niños, *¿podría decirse igual de la condición psicótica?* Por el momento admitiremos que Freud formula dos criterios a los que debe suscribirse el límite del análisis en el tratamiento de las psicosis; primero, el “grado de rigidez psíquica” puesto que “muchas alteraciones” que “parecen definitivas, corresponden a cicatrizaciones de procesos transcurridos”, es decir, son el resultado, a nivel estructural, de una restitución por medio del síntoma. En estos casos el análisis tiene poco que hacer, y quizá no sea siquiera deseable, o posible, el tránsito de ese fenómeno sintomático. Freud describe esta consistencia en términos de una “falta” de la “fuerza libidinal” que se requiere para la formación de nuevos caminos de tránsito pulsional. Este es precisamente el caso de las psicosis, el analista puede “saber” dónde habría que “aplicar las palancas, pero éstas no podrían mover el peso.” (Ibíd. p. 143) Se tiene la impresión que Freud refiere a un tipo de psicosis muy particular en la que la libido se ha volcado de un modo tan absoluto sobre el yo en tanto que sujeto (*je*) que es imposible distinguir ya entre él y el objeto que es él (*moi*). Son quizá el grupo de psicosis más graves en lo relativo a sus manifestaciones y en cuanto a la ruptura del lazo social. El segundo criterio sería el de “la forma de enfermedad”, pauta que no puede alcanzarse sino hasta después un tiempo de trabajo, siempre *a posteriori*. Para el psicoanálisis de Freud, es decir, el de su experiencia pionera, el campo de aplicación terapéutico “son las neurosis de transferencia, fobias, histerias, neurosis obsesivas y, también anormalidades del carácter que se han desarrollado en lugar de estas enfermedades”, los estados “narcisistas” y psicóticos permanecen fuera en tanto que lo predominante sea la incapacidad para dirigir la libido hacia otro

emplazamiento además del propio sujeto, digamos del yo (je) de la alienación narcisista en lo imaginario. (Ibíd.)

e. ¿Qué puede decirse del trabajo con la transferencia psicótica?

Freud describió las limitaciones del análisis en términos de la posibilidad de la transferencia, ¿basta entonces con que ella aparezca para que nuestra labor sea propicia? El ímpetu por reconocer el concepto y los determinantes de la relación sujeto-saber, esa particular relación por la que el otro (el analista) se convierte en un “sujeto supuesto Saber”, no debe hacer creer que la finalidad del tratamiento es “fortalecimiento” de esta relación (imaginaria), por el contrario, la transferencia debe ser “desatada”, “disuelta” por medio del dispositivo. Fortalecer la transferencia es precisamente uno de los objetivos (si no el único) que persiguen tanto la psiquiatría⁷³ como las diversas formas de psicoterapia. Desde luego, para estos saberes todo lo que se ha tratado de ilustrar con esta reflexión pasa inadvertido, en ellos, la supresión del discurso “loco” por la identificación con el dominio pedagógico-rectificador es un asunto que no tiene por qué ser cuestionado. (Masotta 2011, óp. cit. pp. 243-244)

Cantin (2009, óp. cit. p. 297) sugiere que tendría que redefinirse la transferencia en el trabajo clínico como "el amor al conocimiento del inconsciente". Con todo lo cuestionable de esta aseveración, es cierto que indica un camino para pensar al sujeto y la dinámica de la transferencia en el trabajo con las psicosis. Desde las perspectivas postfreudianas éste ha sido un concepto comúnmente asociado a conflictos en el "desarrollo" del Edipo, definición que se encuentra frente a un verdadero impasse clínico cuando la psicosis demuestra la inoperancia de dicho complejo. Para el autor ha sido Lacan quien "redefinió" la teoría freudiana al poner en la mesa de discusión el tema de la dimensión afectiva y de las relaciones de objeto que Freud no pudo observar en la psicosis. Si se ubica la

⁷³ Incluso aquella que se denomina “de vertiente humanista”.

transferencia como aquel registro en el que los afectos problemáticos del sujeto habrán de ser dirigidos a la figura del analista es cierto que puede observarse su carácter "masivo" e intratable. El psicoanálisis lacaniano parte de una definición de la transferencia correspondiente al saber de un sujeto supuesto, del lado del analizante, ubicando ese conocimiento específico en el analista, de lado de éste último, en la suposición de un sujeto del inconsciente. Se trata de una dimensión de confusión y malentendido fundamental, permanente. El analizante supone en el Otro un saber acerca de sí mismo, un Otro que estaría en el preciso origen de aquello que le sucede y que actúa sobre él sin su participación. El sujeto psicótico, a diferencia de lo que sucede con las neurosis, llega a la consulta con una sobrecarga de certezas y suposiciones que no le permiten operar la dimensión del equívoco que ya se mencionaba. El analista, en estos casos, no tendrá otra forma de proceder que no se dirija en primera instancia por la instrucción que el psicótico elabora acerca de lo que experimenta, su "conocimiento" sobre el padecimiento que le aqueja.

Desde lo que Cantin (Ibíd. p. 298) considera el punto de vista de la experiencia clínica, definir el trabajo con la transferencia como "*the love of the knowledge of the Unconscious*" permitiría un abordaje auténticamente analítico. La transferencia en la psicosis no se volverá consistente, digamos no operará en un sentido analítico, a menos que se apele al descubrimiento que el sujeto puede hacer a partir de lo que se muestra en el fenómeno elemental. Se trata de abrir una brecha en el saber que el psicótico supone en el Otro y en sí mismo. Esto es lo que significaría que se ha producido transferencia, ahí donde se ha accedido a este "amor por el descubrimiento del Inconsciente" el trabajo analítico vendría a promover que aquello que ha funcionado "inconscientemente" (*unbeknownst*) para el sujeto encuentre una forma de "expresión", es decir, una forma de ser simbolizada, al convertirse en el objeto de un saber que efectivamente es transmisible desde un lugar distinto al del anonadamiento. Se diría entonces que el sujeto psicótico ha entrado en transferencia en el momento en que enuncia una pregunta relativa al síntoma; así, el trabajo de un análisis será concomitante al

efecto de la pregunta sobre el síntoma. En este sentido, la ventaja de un saber que se ha producido en transferencia es que no depende de un síntoma positivo para conjeturar un diagnóstico y, por lo tanto, una intervención. Si el eje definitorio de las estructuras clínicas es transferencial es porque lo emprendido ahí es una lectura del deseo propio, el del analista y del analizante. Ese sería el saber inconsciente al que apunta un psicoanálisis de la psicosis.

f. El analista y su intervención

Freud fue inequívoco en su pesquisa sobre el tema de la vinculación de la pérdida de realidad y el papel del analista frente a ésta; *en todo trastorno psíquico es demostrable un cierta desfiguración de la realidad por oposición al desarrollo dialéctico del sujeto*. En la psicosis esto queda expuesto de manera radical, ¿cuál es entonces el lugar para el analista?, ¿debe convertirse en el Otro mediador? Cuestionamientos que los mismos psicoanalistas evitan pero sobre los cuales no pueden dejar de construir su práctica. En *Intervención sobre la transferencia* Lacan (2009c, óp. cit. p. 219) explica la dirección del trabajo analítico en términos de un “progreso” en la medida en el sujeto pueda ir encontrando una singularidad respecto al Otro. Es el analista en su posición de “neutralidad analítica”, de “puro dialéctico” que abandona el lugar del ideal imaginario que dispone el efecto identificador pero que localiza la “particularidad” a partir de la cual sería posible una constitución dialéctica del Otro de la singularidad “[...] por la proyección de su pasado en un discurso en devenir.” (Ibíd.) La vía por la que debe proceder el analista no es la descalificación de los nominalismos, ni siquiera por el modo arbitrario en que pueden presentarse, ya que en la medida en que sea posible cuestionar al significante sobre aquello que significa es que es descubrimos en él que “es un verdadero significante.” Las palabras determinan la realidad “como una

cuchilla de arado” provocando que los objetos existan *realmente*⁷⁴. (Lacan 1984, óp. cit. p. 265)

Partiendo de la noción del significante, ya sea que se trate de la historización de un discurso delirante o de algo que se aproxime más al efecto de la invención nominal –por ejemplo los neologismos–, el trabajo analítico con la psicosis habrá de apuntar a la construcción de una suplencia sintomática, un reemplazo que tenga poco o nada que ver con el sostenimiento o el fortalecimiento de los significados arraigados en el sujeto, digamos, deshacerse de la transferencia imaginaria. Esta postura no es un capricho metodológico de Lacan, él identificó que a diferencia de lo que sucede en las neurosis para el psicótico el Otro posee un saber que es inmune a la falta, razón misma por la que puede devenir en un perseguidor implacable. Si el neurótico primero deberá construirse un Otro completo para después hacerlo caer en falta, en las psicosis el Otro, en su posición de exclusión respecto de la castración, es precisamente eso, un “todo” sin principio ni final que insiste y se muestra en el contenido del fenómeno elemental. En el trabajo de la transferencia de un psicoanálisis lacaniano aplicado a los casos de psicosis el analista habrá de sostener una posición neutral respecto a la confirmación de los signos que el psicótico busca en la figura del analista como replica del Otro que posee un saber absoluto acerca de él y el síntoma.

Soler (2010) precisa los comentarios de Lacan y propone que el lugar del analista debe ser primero el de la no-interpretación puesto que en estos casos se trata de un goce no reprimido, un saber del cual en la neurosis nada quiere saberse y que en la psicosis tiene un peso absoluto que lo hace desbordarse por todos los rincones posibles. Después de este primer momento la intervención

⁷⁴ Lacan lo había escrito ya en su informe sobre el Discurso de Roma, si bien de un modo un poco menos clarificado: "Este "algo" completa el símbolo para hacer de él el lenguaje. Para que el objeto simbólico liberado de su uso se convierta en la palabra liberada del *hic et nunc*, la diferencia no es de la calidad, sonora, de su materia, sino de su ser evanescente donde el símbolo encuentra la permanencia del concepto." (Lacan 2009d, p. 266)

debe derivarse hacia otro trabajo, esta vez desde la palabra que irrumpe como *des-interpretación*. La autora lo resume de la siguiente manera:

- a) El testigo silencioso y la “neutralidad analítica”
- b) Apuntalamiento del límite del goce producido por la identificación con el *Ideal-Ich* freudiano

Procediendo de este modo, el analista encontraría oportunidad para una cierta estabilización a partir de la construcción delirante. Este afianzamiento propiciaría la formulación de un delirio en el que se construyen preguntas y ya no certezas abominables. A pesar de todo esta “proporcionalidad” estará destinada a ser frágil y no significaría el fin del análisis sino acaso su comienzo. La distinción entre los fenómenos primarios de la psicosis y las producciones que le son posteriores parece justificar el principio de estabilización propuesto por Soler, ello si se asume la definición del fenómeno psicótico como la “[...] estructura de un discurso que persigue una lógica propia, y que sobre todo necesita tiempo y lugar [...]”. (Masotta 2011, óp. cit. p. 244) En este sentido, hemos de dar el objeto de la teoría y de la práctica analítica en “[...] atacar la noción epistemológica misma de objeto, prestar oídos a las articulaciones del deseo ahí donde este aparece aplastado por demandas y necesidades [...]” (Ibíd. pp. 251-252) acogiendo la singularidad del sujeto psicótico, no en el lugar de agente del orden y empleando la sugestión como instrumento de trabajo sino estando “preparado para escuchar y soportar a aquel que no es esclavo de la ley fálica” midiendo “los riesgos que asume en cada caso, para sí mismo y para otros.” (Soler 2010, óp. cit. p. 20)

Sin duda esta es una cuestión que interpela directamente a la definición del trabajo de la transferencia. Fernández y Ruiz (2003, óp cit. p. 64) indican que toda intervención debe ser una escucha dirigida a “la historia singular y a la experiencia íntima de los sujetos y su familia” (la escucha del testigo silencioso de la que habla Soler). “Con Lacan decimos que el síntoma es un testimonio. El psicótico es un testimonio abierto, despedazado, imposibilitado de decir, pero allí

donde el otro no dice nada. Allí donde el otro es silencio, el psicótico ubica su Eros, ama su delirio como a sí mismo.” (Plá, J. C. 1991, citado en Ibíd. p. 69)

En este mismo sentido Soler (2010, óp. cit. p. 49) exhorta que en la intervención del analista es necesario que hacer presente un destinatario capaz de recibir aquel deseo “loco” expresado en el discurso delirante. Para esto es indispensable que se propicie una relación de semejante a semejante (imaginaria) que incluya “el amor, la amistad, la llamada al testigo, la confidencia”. Sin embargo, un psicoanálisis concierne al sujeto no al yo o a los múltiples “yoes” que ese sujeto pueda inventar. Si en la clínica de las neurosis “[...] la relación significativa de interpretación condiciona la relación libidinal de objeto [...] El vector de la interpretación va del Otro intérprete al sujeto analizante, mientras que el vector del amor de transferencia va del sujeto al Otro”, en las psicosis esta condición no está presente en tanto que la libido transferencial, “o bien se repliega autísticamente sobre el sujeto, poniendo término a la relación, o bien la certeza psicótica la supone procediendo del Otro y yendo hacia el sujeto [...]”. (Ibíd.) En el segundo acontecimiento, que es el que nos interesa por representar ocasión al análisis, se produce una doble inversión en la estructura de la transferencia. Inicialmente es la presuposición de que la libido proviene del Otro lo que coloca al sujeto en una posición pasiva, como objeto de goce de ese Otro, sin embargo, esta estructuración de la transferencia sólo puede sostenerse por su correlato, “[...] quien descifra es el sujeto y el interpretado es el Otro.” (Ibíd. p. 50) Del lado del analista Soler identifica tres posibilidades:

1. El analista como el Otro de la voluntad de goce que tomará al sujeto como objeto (el delirio erotómano o de persecución)
2. El analista ubicado bajo el significante del Ideal, garante de un orden universal y a quien es posible acudir para la rectificación del desorden del mundo y de los ataques de los que se es víctima. En este caso el psicótico queda como atrapado en una “identificación al revés”, el

analista se convierte en su “doblete simbólico”, aquel en donde encontrará confirmación a su delirio

3. El lugar del semejante, testigo de las fechorías cometidas por el Otro

“[...] el psicoanalista presta su significante, su nombre de psicoanalista, y también su presencia, o sea su capacidad para soportar la transferencia delirante. Pero esto no es todo: de él se espera una maniobra [...] desde el lugar del Otro, que es el partenaire de las elaboraciones espontáneas del sujeto [...]” él mismo será interpretado en todas sus palabras y en todas sus intervenciones [...] asignado a un lugar [...] Pero desde ahí [...] a veces podrá maniobrar a fin de orientar la construcción persecutoria o las exigencias erotomaníacas por las sendas de lo soportable. En todos los casos, por más diversas que sean sus maniobras, jamás podrá apuntar a otra cosa que a diferir la inminencia del encuentro fatídico y aniquilante del sujeto, mediante la interposición de una elaboración simbólica en el caso de la persecución, o mediante el retraso de la realización en el caso de la erotomanía.” (Ibíd. p. 51)

Según Báez (2007, óp cit. pp. 105-106), frente a la psicosis una perspectiva auténticamente lacaniana debe “intentar unir lo débiles nexos entre simbólico e imaginario” que han quedado despedazados por el colapso, adentrarse en un “doble movimiento que figure la dialéctica alienación-separación” entre otro y Otro. Ese sería el lugar propicio para un dispositivo analítico de la psicosis, el ejercicio de una “clínica de la sorpresa” que conduzca al sujeto hacia algo que tenga que ver con la “perplejidad en el encuentro con el significante”, un lugar en el que la escucha trace un borde sin rechazar o descalificar nada de lo que ahí se dice. Por supuesto, no se trata de la escucha que se hace del neurótico sino de la “puesta en escena de un objeto de deseo, el despertar de la angustia”, ante eso, lo que permitiría ir más allá de las medidas terapéuticas que los psicoanalistas han denunciado en sus limitacionesm, “[...] emprender una

aventura con el psicótico es que el sujeto forcluído invente un lugar y un saber que le permitan hacer lazo social [...] hacer algo con su delirio [...] y no solamente ser esclavo [...] desprenderlo del automatismo del significante y distanciarlo de su ubicación de objeto. No debe olvidarse que si el psicótico habla es porque existe como sujeto; lo mismo, no olvidar, que si bien el fantasma está ausente sí hay algo que se parece al fantasma, unas fantasías con las que el psicótico quiere arreglárselas [...]”. (Báez 2010, p. 122)

Lacan constata la conclusión freudiana del síntoma no como el problema a solucionar sino como la solución misma. Lo paradójico de este enunciado es insalvable. Su signo adquiere entonces un sentido universal a todos los seres humanos en tanto que representa el intento de solución puesto en marcha por cada sujeto frente a la “no-relación sexual”, ese es el precio que se debe pagar por la inserción en el lenguaje. Este desenlace, que puede ser más o menos cómodo para el sujeto, responde a la imposibilidad del lenguaje para dar cuenta de lo real del cuerpo vivo y la relación sexual, una falta que se relaciona con la no inscripción del goce del otro en el inconsciente. Es claro que el espectro de variaciones adoptadas por la fenomenología psíquica es inconmensurable sin embargo una cosa es cierta; no puede existir un sujeto asintomático puesto que ello refleja la manera en que ese sujeto hace frente al abismo de su sexualidad. El psicoanalista no debe aspirar (como lo hace la psiquiatría y las psicoterapias) a eliminarlo ya que éste es el principio y el final de todo análisis, lo único que puede esperarse como consecuencia del mismo es la transformación de aquello en otra cosa, quizá únicamente adecuado a una condición menos dolorosa para el sujeto. (Soler 2003, p. 90)

Para Lacan el lugar del analista frente a las psicosis se situaría de algún modo en el emplazamiento del Otro en tanto que muerto, pues él no habrá de ceder en ningún sentido a la relación imaginaria que se propone en la transferencia psicótica, aunque es completamente cierto que en las psicosis el sujeto sólo podrá operar una reconstitución del sí mismo a partir de ciertas

“alusiones” en un “circuito imaginario”. (Lacan 1984, óp cit. pp. 229-231) Como ya se ha apuntado en diversas ocasiones a lo largo de este trabajo, esta será una relación que siempre redundará en la destrucción del otro por un dominio absoluto del Otro. “Una definición [...] del delirio es justamente una perturbación en la relación con el Otro, debido a un mecanismo transferencial [...] donde se implica la relación con un Otro imaginario omnipotente, y toda nuestra relación de odio-amor con ese Otro [...] Delirar es una vicisitud clave [...] existir es estar en el tiempo del Otro. Implica siempre desencuentros radicales de los tiempos del sujeto y del Otro en el cual está y existe como sujeto. Por eso el delirio con Freud es un intento de curación de la relación con el Otro, con el cual no hacemos más que delirar cada vez más [...] o sea, que si eso es la creación, se trataría de no persignarse ante el delirio, sino más bien cuidarlo, darle formas, otras formas, otra imagen; que delire la lengua. Lacan cita a Chesterton, quien dice que el loco ha perdido todo salvo su razón [...] el loco es riguroso [...] hay una lógica en el delirio, a descubrir y a reencontrar [...]”. (Plá 2010, óp cit. p. 23)

Una definición relativamente cercana señala que si bien el delirio no es la única posibilidad para organizar una suplencia en torno al significante que no se ha constituido, el hecho de que se hable de estadios prepsicóticos antecedentes al desencadenamiento o de desestabilizaciones después de cumplidas ciertas condiciones es evidencia suficiente para afirmar de que la forclusión es susceptible de ser compensada en sus efectos”, y ello, “con normas que no se reducen exclusivamente a la elaboración delirante”. El trabajo analítico con las psicosis será “una manera de tratar los retornos en lo real” que apunta a “civilizar” el goce “haciéndolo soportable”, esto por medio de resoluciones que echen mano de “un símbolo de suplencia” que permita elaborar una ficción, una metáfora en la que ese goce encuentre sentido y una legitimación fantasmática. (Soler 2010, óp. cit. pp. 15-16)

Al final parece que lo único que el psicoanálisis puede ofrecer al psicótico es un lugar en el que sin la amenaza del poder y del saber absolutos del Otro él

pueda sostenerse como sujeto y explorar nuevas vías para inventar esa suplencia que el analista le sugiere. Debe quedar muy en claro que nadie podrá encontrar dichos caminos por él ya que por principio el analista no comprende nada, su comienzo es el malentendido fundamental, aquella “disposición primera” sin la cual “no existe verdaderamente ninguna razón” para que no se comprenda todo y cualquier cosa. (Lacan 1984, óp. cit. p. 35) En todo caso “lo importante no es comprender, sino alcanzar lo verdadero”, incluso alcanzándolo por azar, sin premeditación, comprendiendo o no eso que se despliega en un discurso. (Ibíd. p. 75)

BIBLIOGRAFÍA

Acciardi M., Basile, M., Berger A., Castañeda C., Lancí, M., Leibson L., Muñoz, P., Smith M. C. y Vaneskeheian, A. (2009) "La locura en la obra de Lacan: Articulaciones con las nociones de cuerpo, manía y sexuación", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), vol. 16, Universidad de Buenos Aires, pp. 133-142.

Amado, G. (1985) *Fundamentos de la psicopatología. Locura, enfermedad mental y psiquiatría según una ontología psicoanalítica*, Buenos Aires, Gedisa.

Astrachan, G. (2009) "Dionysos. Mainomenos. Lysios: Performing madness and ecstasy in the practices of art, analysis and culture", en *Journal of Jungian Scholarly Studies*, (Boston), vol. 4, núm. 4. Disponible en: <http://www.thejungiansociety.org/Jung%20Society/e-journal/Volume-4/Astrachan-2009.pdf>

Baéz, J. (2007). "Intervención en la Psicosis desde el Psicoanálisis", en *Tesis Psicológica*, (Colombia), núm. 2, pp. 101-107.

Báez, J. (2010) "El dispositivo analítico para la psicosis", en *Revista CES Psicología*, (Colombia), vol. 3, núm. 1, pp. 115-125.

Bataille, G. (2008) "Estudio VII. Prefacio de Madame Edwarda", en *idem., El Erotismo*, Barcelona, Tusquets, pp. 271-276.

Baur, V. (2010). "Paranoia y creación. Un lazo antiguo entre Lacan y Dalí", en *Perspectivas en Psicología*, (Argentina), vol. 7, núm. 1, Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 53-57.

Berdullas, P., Malamud, M. y Ortiz, G. (2010). "Psicosis y significación en Freud", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), vol. 17, Universidad de Buenos Aires. pp. 41-46.

Bodei, R. (2002) "Logics of delirium" en *Pli Journal of Philosophy*, (Reino Unido), vol. 13, Universidad de Warwick, pp. 65-78.

Cadwell, L. (2009) "Schizophrenizing Lacan. Deleuze [Guattari], and Anti-Oedipus", en *Intersections*, (Seattle), vol. 10, núm. 2. pp. 18-27

Cano, P. Castaño, A. Gallano, C. y Marti, M. (1997) "Trastornos psicóticos ¿déficit o falla del lenguaje?", en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. 17, núm. 63, pp. 147-152

Calasso, R. (2008) *La locura que viene de las ninfas*, Madrid, Sexto Piso.

Cantin, L. (2009) "An Effective Treatment of Psychosis with Psychoanalysis in Québec City since 1982", en *Annual Review of Critical Psychology*, (Quebec) vol. 17, pp. 286-319

Cañal, J. (2010). "Notas epistemológicas para una aproximación al fenómeno elemental psicótico: Psiquiatría fenomenológica y psicoanálisis", en *Docta Ignorancia Digital*, (España), Vol. 1, núm. 1, pp. 22-29. Disponible en: http://sid.usal.es/idocs/F8/ART15553/notas_epistemologicas.pdf

Colodrón, A. (1999) *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia.*, Madrid, Editorial Triacastela.

Constantinidou, Despina-Alexandra (2010). "The Paranoid Simulacrum in Surrealism: From Embracing Madness to the Mechanism of a Mental Illness as the Purveyor of Individual Meaning",

en *Gramma Journal of Theory and Criticism*, (Grecia), vol. 18, Universidad Aristóteles de Tesalónica, pp.119-133.

Cortés, J. (2008) "Acerca de la experiencia del sinsentido en la locura y la normalidad", en *Alpha, Revista de Artes, Letras y Filosofía*, (Chile), núm. 26, Universidad de Los Lagos, pp. 119-133

Cox-Cameron, O. (2000). "Lacan's doctoral thesis: Turbulent preface or founding legend?", en *Psychoanalytische Perspectieven*, (Bélgica), núm. 41/42, Universidad de Ghent, pp. 17-45.

Czermak, M. (1987) *Estudios psicoanalíticos de las psicosis. Pasiones del Objeto*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2009) *Rizoma*, México, Fontamara.

Derrida, J. (1996) "Ser justos con Freud", en varios autores, *Pensar la locura*, Argentina, Paidós, pp. 121-173.

Dör, J. (1986) *Introducción a la lectura de Lacan I: El inconsciente estructurado como un lenguaje*, Barcelona, Gedisa.

Dör, J. (2000) *Estructuras clínicas y psicoanálisis*, Argentina, Amorrortu.

Erasmus de Rotterdam (2007). *Elogio de la locura*, Barcelona, Ediciones Folio.

Farré, J. (2011) "Una lectura posible del Lacan de "La Familia" desde la óptica de Georges Politzer", en *Historia de la Psicología*, (Argentina), vol. 18, núm. 2, Universidad de Buenos Aires, pp. 58-63.

Fernández, L. y Ruiz, M. E. (2003) "Del miedo y la locura", en Jáidar, I. (comp.), *Convergencias en el campo de la subjetividad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 53-76.

Foucault, M. (1976) *Historia de la locura en la época clásica I*, México, Fondo de Cultura Económica.

Foucault (1976a) *Historia de la locura en la época clásica II*, México, Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1984) *Las neuropsicosis de defensa*, O.C. Vol. III. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 41-61.

Freud, S. (1984a) *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. O.C. Vol. XII. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 1-76.

Freud, S. (1984b) *Sobre la dinámica de la transferencia*. O.C. Vol. XII. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 95-105.

Freud, S. (1984c) *Recordar, repetir, reelaborar*. O.C. Vol. XII. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 149-157.

Freud, S. (1984d). *27a conferencia. La transferencia*. O.C. Vol. XVI. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 392-407.

Freud, S. (1984e) *Más allá del principio de placer*. O.C. Vol. XVIII. Amorrortu. Buenos Aires,

Argentina. pp. 1-62.

Freud, S. (1984f) *Psicología de las masas y análisis del yo*. O.C. Vol. XVIII. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 63-136.

Freud, S. (1984g) *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. O.C. Vol. XVIII. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina. pp. 213-226.

Freud, S. (1984h) *El yo y el ello*. O.C. Vol. XIX. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina. pp. 1-66.
Freud, S. (1984i) *Neurosis y psicosis*. O.C. Vol. XIX. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina. pp. 151-159.

Freud, S. (1984j) *Breve informe sobre el psicoanálisis*. O.C. Vol. XIX. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 203-221.

Freud, S. (1984k) *La negación*. O.C. Vol. XIX. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 250-257
Freud, S. (1984l) *34a conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones*. O.C. Vol. XXII.

Amorrortu. Buenos Aires, Argentina. pp. 126-145

Frydman, A., Lombardi, G., Mantegazza, R., Salinas, L., Thompson, S. y Toro, C. (2006) "El proceso de diagnóstico en psicoanálisis", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), vol. 14, Universidad de Buenos Aires, pp. 103-110.

Frydman, A. y Thompson, S. (2009) "Observaciones sobre el factor electivo y su agente en psicoanálisis", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), vol. 16, Universidad de Buenos Aires, pp. 81-89.

Garrabé, J. (2002). *Henri Ey y el pensamiento psiquiátrico contemporáneo*, México, Fondo de Cultura económica.

Gurevicz, M., Lombardi, G. y Mordoh, E. (2007) "Algunas precisiones sobre el proceso diagnóstico en psicoanálisis", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), vol. 14, Universidad de Buenos Aires, pp. 85-89.

Gaudillière, J.-M. (2004) "The Reasons of Madness", *Diogenes*, (California), vol. 51, núm. 2. pp. 33-44.

Julien, P. (2002) *Psicosis, perversión, neurosis: La lectura de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Amorrortu.

Lacan, J. (1976) *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI editores. pp. 15-329.

Lacan, J. (1976a). "Motivos del crimen paranoico: el crimen de las hermanas Papin", en *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI Editores. pp. 338-346.

Lacan, J. (1981) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (1983) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (1984) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (1986) "Intervención en el primer congreso de psiquiatría 1950", *Intervenciones y Textos 1*, Buenos Aires, Editorial Manantial, pp. 32-36.

Lacan, J. (1999) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós. Lacan, J. (2003) *La familia*, Buenos Aires, Argonauta.

Lacan, J. (2008) "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, pp. 509-557

Lacan, J. (2008a) "Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud", *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, pp. 837-846.

Lacan, J. (2009) "Más allá del "Principio de realidad"", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 81-98.

Lacan, J. (2009a) "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 99-105

Lacan, J. (2009b) "Acerca de la causalidad psíquica", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 151-190.

Lacan, J. (2009c) "Intervención sobre la transferencia", *Escritos 1*. México, Siglo XXI Editores, pp. 209-220.

Lacan, J. (2009d) "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", *Escritos 1*. México, Siglo XXI Editores, pp. 231-309

Lacan, J. (2009e) "Variantes de la cura-tipo", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 311-346.

Lacan, J. (2009f) "Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 351-361.

Lacan, J. (2009g) "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 363-378

Lacan, J. (2009h) "La instancia de la letra o la razón desde Freud", *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, pp. 461-495.

Librett, J. (2010) "On the Exclusion of Madness from Reason: Between History and Philosophy", *Konturen: Borderlines in psychoanalysis*, (Estados Unidos), vol. 3, Universidad de Oregon. Disponible en: http://konturen.uoregon.edu/volume_3/IntroS1final.pdf

Lolas, F. (2000) "Diagnóstico psiquiátrico: rótulo, trastorno, comorbilidad", en *Revista Médica de Chile*. Vol. 123, núm. 7. pp. 705-707.

Machín, R. y Romero, L. (2006) "Los borrosos límites del diagnóstico de las psicosis. ¿En qué ayuda un psicoanálisis? Ilustración clínica", en *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, Vol. 9, núm. 4. pp. 611-635.

Masotta, O. (2011) "Psicosis", *Ensayos lacanianos*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, pp. 241-256.

Matilla, K. (2008). "Clínica lacaniana de los fenómenos elementales en la paranoia: Historia y Teoría", en *Revista Frenia*, (España), Vol. 7, pp. 221-258.

Mazzuca, R. (2007) "Las identificaciones en la primera parte de la obra de Lacan (1931-1959)", en *Anuario de Investigaciones*, (Argentina), Vol. 14, Universidad de Buenos Aires, pp. 75-83.

Miller, J.-A., Jolibois, M., Henry, F. y de Georges, P. (2003) *La psicosis ordinaria*, Buenos Aires, Paidós.

Muñoz, P. (2008) "El concepto de locura en la obra de Jacques Lacan", en *Anuario de Investigaciones*, Vol. 15, Universidad de Buenos Aires. pp. 87-98.

Muñoz, P. (2009) "Algunas elaboraciones psicoanalíticas en torno del uso del concepto de locura como distinto del concepto de psicosis", *Anuario de Investigaciones*, Vol. 16, Universidad de Buenos Aires. pp. 125-132.

Muñoz, P. (2010) "La locura y sus versiones en la obra de J. Lacan I: locura y neurosis", *Anuario de Investigaciones*, Vol. 17, Universidad de Buenos Aires, pp. 103-112.

Naranjo, A. (2005) "La noción de sujeto en psicoanálisis: Una relectura de la obra freudiana, a propósito del concepto de represión", en *Revista Límite*, (Chile), Vol. 1, núm. 12, Universidad de Tarapacá, Arica, pp. 119-135.

Palombi, F. (2009). "Neither inside, nor outside. Considerations on the structure of the subject and of language in Jacques Lacan" en *Etica & Política*, (Italia), Vol. 11, núm. 1. pp. 351-360

Palomero, V. (1997) "¿Desde qué lugar puede operar el psicoanalista en el tratamiento de la psicosis?", en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, Vol. 17, núm. 63. pp. 133-140.

Peskin, L. (2006) "*El diagnóstico psicoanalítico*", en *Subjetividad y procesos cognitivos*, núm. 8, (Buenos Aires), pp. 244-266.

Plá, J. C. (2010) *Crimen de hermanas*, México, Centro Psicoanalítico Montealbán.

Porge, E. (1998) *Los nombres del padre en Jacques Lacan, puntuaciones y problemáticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Rodríguez, R. (1998) "Psicoanálisis y psicosis: una cuestión ética", Intervención en el Coloquio del mismo nombre, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 7,8 y 9 de enero. Disponible en: <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-15.html>

Roudinesco, E. (1994) *Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Roustang, F. (1989). *Lacan, del equívoco al callejón sin salida*, México, Siglo XXI Editores.

Rovatti, P. (2002) "Astride a Low Wall: Notes on Philosophy and Madness", en *Pli Journal of Philosophy*, (Reino Unido), Vol. 13, Universidad de Warwick, pp. 13-25.

Ryder, A. (2010) "Inner experience is not psychosis: Bataille's ethics and lacanian subjectivity", *Parrhesia Journal*, (Australia), núm. 9, pp. 94-108

Safouan, M. (2003) *Lacaniana I: Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*, Buenos Aires, Paidós.

Serrato, J. (2009) "La locura artificial de Roberto Calasso. El discurso irracionalista frente a las ciencias", en *Acta Poética*, (México), Vol. 30, núm. 1, Instituto de Investigaciones Filológicas,

UNAM, pp. 343-350

Soler, C. (2003) "The paradoxes of the symptom in psychoanalysis", en *The Cambridge Companion to Lacan*, Rabaté J.-M. (ed.) Cambridge University Press, (Nueva York), pp. 86-101

Soler, C. (2010) *Estudios sobre las psicosis*, Buenos Aires, Manantial.

Sánchez-Barranco A., Sánchez-Barranco, P. y Sánchez-Barranco, I. (2006) "Reconstrucción histórica de la obra de Jacques Lacan", en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, Vol. 26, núm. 97. pp. 107-131

Stephens, A. (2007) "Reflecting Tragedy: Nietzsche, Lacan, Narcissus", *Literature and Aesthetics*, (Australia), Vol. 17, núm. 1. pp. 77-95

Vanheule, S. (2011) "Lacan's construction and deconstruction of the double-mirror device", en *Frontiers in Psychology: Psychoanalysis and Neuropsychoanalysis*, (Estados Unidos), Vol. 2, pp. 209-218.

Vanheule, S. & Verhaeghe, P. (2009) "Identity through a Psychoanalytic Looking Glass" en *Theory & Psychology*, (Reino Unido), Vol. 19, núm. 3. pp. 391-411

Velosa, J. (2010) "Consideraciones sobre las psicosis paranoicas y su relación con la personalidad: Anotaciones en torno a la tesis de doctorado de Jacques Lacan, el asunto de las psicosis y su relación con lo subjetivo", en *Tesis Psicológica*, (Colombia), núm. 5. pp. 46-57

Vidal, J. (2000) "El fenómeno paranoide en las neurosis y en las psicosis", en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, Vol. 20, núm. 73. pp. 43-60

Apéndice. La cuestión del diagnóstico: Estructuras clínicas versus psicopatología

Hoy tenía intenciones de penetrar la esencia de la locura y
pensé que era una locura.

Jacques Lacan, Seminario 3, Clase VII

a. El saber psicopatológico y la importancia del acto nominativo

Cuando se estudia la historia de los trastornos mentales es claro que éstos han pasado por un largo proceso de identificación y desidentificación con el saber que los define como tales. Michel Foucault (1976) ha documentado esta transición analizando los procesos que culminaron con la apropiación de las llamadas “enfermedades mentales” y los fenómenos experienciales que les acompañan. En este sentido el primer problema al que se enfrentan los llamados *médicos del alma* en su intento por definir el fenómeno psicopatológico es aquella dependencia del acto diagnóstico (en tanto que acto de conocimiento y acto nominativo) a una existencia estable, factible, es decir, medible, y coherente de los indicadores clínicos previamente definidos. Ordenamiento de un campo que permanece hasta el día de hoy tan caótico y renuente como lo observaron los primeros psicopatólogos hace ya casi dos siglos.

A pesar de que la psiquiatría ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a la producción de un glosario descriptivo auxiliar en la definición de “la enfermedad” (relación que da por supuesta la universalidad de sus categorías) en realidad es poco lo que se ha hecho aparte de la mera invención de un lenguaje nosográfico que no puede ser considerado menos que determinante en tanto que proporciona unas reglas semiológicas, digamos el saber de la ciencia, que a su vez presentan al psiquiatra como agente que “[...] sólo captura la queja por el sufrimiento en la

red de signos de ese mismo saber [...]” (Frydman, Lombardi, Mategazza, Salinas, Thompson, y Toro 2006, p. 104) y que en su “precisión” concentra sus empeños solamente en los signos objetivos de los “trastornos” desatendiendo los procesos de su determinación subjetiva. Compartimos la crítica que Gurevicz, Lombardi y Mordoh (2007, p. 86) dirigen en este sentido, a saber; “[...] el diagnóstico psiquiátrico, estilo DSM IV, tiende a dejar al sujeto en una posición pasiva, o peor aún, lo pasiviza en el punto en el que recibe desde el exterior un saber clasificatorio preestablecido. El sujeto es allí leído y evaluado con un saber clasificatorio exterior según el que se precisará y se ajustará su diagnóstico para aplicar los recursos terapéuticos correspondientes al trastorno específico que padece.” Cabe señalar que este tipo de observaciones no son ajenas a los psiquiatras ya que desde hace varios años han aparecido en el seno mismo de esta disciplina autores (Lolas, F. 2000, p. 707) que admiten que “[...] persiste en los catálogos diagnósticos una tendencia cosificante. Por la simple asignación de un rótulo diagnóstico, pareciera que las condiciones aludidas existen y constituyen "cosas" concretas [...]” y no *personas* en el sentido que la etimología latina *persōna* sugiere, es decir, esa máscara que encubre el rostro verdadero y cuya potencia reside exactamente en que puede sostener el engaño. Lacan lo explica en términos simples pero no por ello menos comprometedores, la función de todo discurso es la función del significante, engañar sobre aquello que ha de ser significado. (Lacan 1984, óp. cit. p. 266)

Consideramos que el tema del diagnóstico como nominación merece un comentario particular, y siguiendo el análisis foucaultiano, diremos que se trata efectivamente de una temática que tiene que ver con el poder, cuestión que sin dejar de ser problemática, no es suficiente para explicar los efectos del saber psicopatológico en el sujeto. En el seminario *Los escritos técnicos* Lacan (1981, óp. cit. p. 264) habla de la importancia que tiene la nominación en términos de lo real de la cosa; “Porque la palabra elefante existe en la lengua de los hombres, el elefante ha entrado en sus deliberaciones, los hombres pudieron tomar respecto de ellos, incluso antes de tocarlos, resoluciones mucho más decisivas para estos

paquidermos que cualquier otra cosa ocurrida en su historia [...] Sólo con la palabra elefante y el modo en que la utilizan los hombres, les ocurren a los elefantes cosas, favorables o desfavorables, fastas o nefastas, pero de todos modos catastróficas [...] Por otra parte, es evidente, basta con que hable de ellos, para que gracias a la palabra elefante, no sea necesario que estén aquí para que efectivamente estén aquí y sean más reales que los individuos elefantes contingentes.” De acuerdo a la lectura de Leonardo Peskin (2006, p. 247) Lacan, siguiendo a Hegel, dirá que el acto de nominación determina el destino de los objetos, la simbolización por la palabra es la destrucción de la cosa. En *Función y campo de la palabra* lo resume de la siguiente manera: “[...] el símbolo se manifiesta en primer lugar como el asesinato de la cosa, y esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo.” (Lacan 2009d, óp. cit. p.306)

Siguiendo con la problematización de lo que significa el nombramiento de los objetos relativos a la práctica clínica volvemos al texto de Foucault (1976, óp. cit. p. 304), quien no reserva su opinión sobre lo que significan las clasificaciones psicopatológicas, acusa a la psiquiatría de promover “[...] la existencia de grandes especies –manía, o paranoia, o demencia precoz–, no la existencia de un dominio lógicamente estructurado en que las enfermedades estén definidas por la totalidad de lo patológico.” En este sentido quizá el mayor cuestionamiento que puede hacerse a la práctica diagnóstica en psiquiatría tenga que ver con el tema de la coincidencia entre las descripciones nosográficas, el malestar subjetivo (parte irrecusable que debe considerar toda aproximación clínica), la conceptualización social del trastorno y la entidad nosológica fenomenológicamente hablando. Cabría preguntarse *¿es si quiera posible una correspondencia entre estas dimensiones?* Foucault –con su acostumbrado estilo– sugiere que esto es sencillamente imposible dado que toda actividad clasificatoria ejecutada desde la posición del saber funciona en un espacio vacío, “[...] desplegándose para un resultado nulo, corrigiéndose sin cesar para no llegar a nada: actividad incesante que jamás ha logrado ser un trabajo real.” (Ibíd.) Es cierto que uno de los problemas que encara el clínico en cuanto al ímpetu clasificatorio es aquel de los

llamados “falsos positivos”, signos que en apariencia coinciden con la clasificación dispuesta pero que siempre guardan un ápice de resistencia a la objetivación y su consideración (equívoca) como objetos reales/naturales.

Desde sus comienzos el psicoanálisis reconoce y rescata la diferencia entre el acto de nominación y el fenómeno nombrado, diferencia fundamental que se propone a partir de las estructuras clínicas desarrollada en la obra de Freud y Lacan. Siguiendo esta lógica diremos que la posición que debe adoptar el psicoanalista al respecto es aquella de la no-objetivación y aún más, tendrá que oponerse radicalmente a ella (a la objetivación) y habrá de plantear una apertura de los espacios clínicos para que el sujeto rotulado “enfermo” o “desadaptado” ponga en marcha un discurso que aspire a ser propio. Desde el momento en que la locura es entendida como un fenómeno mórbido, de tal modo que se presupone la existencia de ciertos signos estables y de su correlato anatomopatológico, se pierde toda posibilidad de ir más allá del concepto de psicosis. La práctica clínica sin duda desbarata estas suposiciones y pone en evidencia los obstáculos para reconocer e identificar estos signos como homologables a la fenomenología de las entidades patológicas.

En este punto de nuestro análisis se presenta inevitablemente el siguiente cuestionamiento: *¿a quién sirve realmente el diagnóstico?* Está muy claro que para el sujeto que va, o que es llevado a la consulta del psiquiatra, el diagnóstico le asigna (en la mayoría de los casos) un lugar de anclaje en el dolor y el patetismo de una existencia condenada, sin embargo, la respuesta a esta cuestión no puede ser en modo alguno unívoca. La obtención de un diagnóstico que identifique “adecuadamente” los síntomas tendrá un efecto tranquilizador, especialmente para el médico, por otro lado proporcionará al “enfermo” un lugar al cual asirse, una certeza respecto a su malestar. El sujeto se acerca a una “verdad” sobre el síntoma. Quizá la diferencia entre el primer efecto y el segundo sea únicamente que para el “enfermo” el diagnóstico no reduce la angustia, por el

contrario, lo subsume a una categoría en la que pierde su singularidad quedando obturada cualquier posibilidad de interpelación sobre aquello que le acontece.

Si bien es propio de toda práctica clínica el establecimiento de las correlaciones determinantes entre los rasgos que proporciona la sintomatología y la nominación de la entidad patológica, también es cierto que el efecto terapéutico depende estrictamente de la pertinencia de tales correlaciones. En este sentido coincidimos enteramente con Dör (2000, p. 21); “Cuanto más profundo es el conocimiento de dicho determinismo, tanto más se multiplican la cantidad de correlaciones entre las causas y los efectos, y esto redundando en una especificación más afinada de los diagnósticos.” Parece patente que esta redundancia de los criterios diagnósticos estará condenada a repetirse infinitamente al modo de las figuras fractales, esto al amparo de los enormes avances de la investigación en neuropsiquiatría.⁷⁵ La locura –aunque quizá sea más apropiado comenzar a usar la voz plural– permanece tan enigmática como siempre, su fenomenología, no obstante, como la cualquier otra manifestación humana, ha cambiado con el tiempo y no deja de ser desconcertante tanto por su forma, su gravedad y lo que descubre respecto de las relaciones sociales. Sobre este último punto Foucault (1976, óp. cit. p. 272) escribe: “La conciencia científica o médica de la locura, aun cuando reconozca la imposibilidad de curar, siempre está virtualmente comprometida a un sistema de operaciones que debería permitir borrar los síntomas o dominar las causas; por otra parte, la conciencia práctica que separa, condena y hace desaparecer al loco está necesariamente mezclada con cierta concepción política, jurídica, económica del individuo en la sociedad.” En oposición al discurso científico, para el filósofo y para este trabajo, la locura tiene un estatuto que va mucho más allá del hecho psicopatológico, es una condición existencial inherente al hombre, un verdadero *ser-en-el-mundo*.⁷⁶

⁷⁵ Las técnicas de *neuroimaging* y la investigación del genoma humano son sólo un par de ejemplos de la actual complejidad en este campo del conocimiento.

⁷⁶ En palabras de Lacan; “[...] al ser del hombre no sólo no se lo puede comprender sin la locura, sino que ni aun sería el ser del hombre si no llevara en sí la locura como límite de su libertad.” (2009b, p. 174)

b. Los procesos analítico-estructurales

El diagnóstico como concepto teórico y práctico en psicoanálisis posee una acepción bien diferente a la que hemos venido detallando. Así, los llamados procesos psíquicos tienen su propia determinación en la causalidad psíquica, y si bien se trata de un determinismo que subyace a esta causalidad, es un punto en el que hay que reconocer que “[...] no existen acomodaciones estables entre la naturaleza de la causas y la de los efectos.” (Dör 2000, óp. cit. p. 21). La no equivalencia que el psicoanálisis denuncia y el cuestionamiento que de ahí puede pronunciarse acerca del diagnóstico no debe, empero, instigarnos a abandonar el concepto. Es necesario redefinir en base a qué criterios se realiza y en qué lugar de la teoría y de la práctica debe ubicarse. La clínica estructural provee un marco de referencia particularmente conveniente para resolver estos contrastes. Lacan, apoyándose en Freud, cuestionó aquellos casos que resisten a la nomenclatura nosográfica, abandonó la búsqueda de la “verdad” del síntoma (la verdad del discurso científico como el saber sobre el origen del fenómeno patológico) y se concentró en formular una concepción en la cual lo verdaderamente importante es la representación lingüística que prevalece sobre *una realidad que en realidad escapa a toda objetivación*. Uno de los postulados centrales será que el *ser humano es ante todo un ser inmerso en un sistema cultural definido* y que este sistema es en esencia simbólico. En este orden lingüístico se entreabre la oportunidad de trabajo clínico bajo la premisa de que si el hombre está determinado por el lenguaje, es en el sistema lingüístico mismo y no en los objetos o fenómenos que éste refiere donde se articula toda la lógica del síntoma⁷⁷.

Sin lugar a dudas el diagnóstico es una de las cuestiones que mayor controversia despierta entre los analistas y esto no sin motivos. Es difícil hacer

⁷⁷ “[...] la ley del hombre es la ley del lenguaje desde que las primeras palabras de reconocimiento presidieron los primeros dones [...]” (Lacan 2009e, p. 263)

coincidir los postulados más fundamentales de la clínica psicoanalítica a una definición del diagnóstico sin antes deconstruir el concepto en su acepción tradicional y reformularlo como entidad independiente del saber médico-psiquiátrico. Freud mismo procedió de este modo al no desestimar las clasificaciones nosográficas (no dudó en retomar los tipos clínicos de la psiquiatría) pero proponiendo una categorización reordenada, reeditada y siempre interrogándose sobre las condiciones y los mecanismos de la producción de los síntomas más que por su mera nomenclatura. Recorrer el camino trazado por Freud y Lacan para aprehender las consecuencias que puede llegar a tener la práctica del diagnóstico en psicoanálisis sería una empresa a la que bien podrían dedicarse volúmenes enteros, desde luego esto está fuera de los alcances y objetivos de este trabajo, la invitación aquí es a una reflexión que posibilite resolver un argumento acerca de lo que podría llamarse “diagnóstico psicoanalítico”.⁷⁸

⁷⁸ Para facilitar el curso de nuestra exposición a continuación presentamos algunas de las precisiones que analistas especializados han elaborado respecto al tema, estas definiciones habrán de orientar nuestra discusión a lo largo de este trabajo sin que esto implique que se vuelvan definitivas para nuestras conclusiones:

“Se trata, ante todo, de una dificultad de [...] Localización que, en este nivel, se convierte en regla, confrontado como está el analista con ciertas confusiones en los indicadores clínicos que, en ocasiones, hasta pueden parecer inexistentes.” (Dör 2000, p. 11)

“[...] el trabajo por el cual el analista se ubica en el campo transferencial del paciente, para hacer posible desde allí una manifestación más nítida del síntoma [...] El resultado del proceso no es solamente una etiqueta o código diagnóstico, sino una puesta en forma del síntoma en un vínculo transferencial [...]” (Frydman et. al. 2006, p. 104)

“[...] el proceso diagnóstico psicoanalítico, a diferencia del diagnóstico psiquiátrico, conlleva de por sí efectos terapéuticos [...] el sujeto puede en dicho proceso, determinar su participación inconsciente en la etiología del síntoma que lo aqueja [...] dicha participación será diferente en las neurosis, en las perversiones y en las psicosis, así como también, dentro de cada una de esas categorías [...] no podemos reducir el sujeto y su relación con el padecer sintomático al tipo clínico en el cual aquél se inscribe.” (Gurevicz et. al. 2007, p. 86)

Es claramente definible que para los psicoanalistas existe una diferencia fundamental entre la noción del diagnóstico como resultado y como proceso. La idea de resultado apunta a la nominación de rasgos clínicos basada (exclusivamente) en un criterio diferencial, la noción de proceso, por el contrario, da cuenta de un trabajo realizado sobre lo singular del síntoma. Esto querrá decir que se respeta la originalidad de sus formas porque no es sólo un trabajo de identificación o discernimiento –empeño que no debe desaparecer– sino que se trata de escuchar aquello que el sujeto tiene que decir. Esta perspectiva añade una dimensión por demás ausente, el síntoma revela una estructura, a saber, una (des)organización existencial en la que el sujeto tiene plena participación, sea esto de manera advertida o inadvertidamente.

El trabajo diagnóstico en psicoanálisis será admisible en términos de una función de establecimiento de indicadores clínicos que “[...] aunque no prejuzguen en nada sobre la pertinencia de la práctica, son de todos modos indicadores metapsicológicos que nos permiten circunscribir ciertas entidades nosográficas estables [...]”. (Dör 2000, óp. cit. p. 12) Estos postes deberán ser ubicados en dos niveles diferentes, primero como auxiliares en la elaboración del diagnóstico y segundo como directrices en el curso del trabajo terapéutico. Procediendo de esta forma se llega a la conclusión de que los rasgos que orientarían una nosografía psicoanalítica son “intransmisibles fuera del trabajo de elaboración que cada cual puede hacer sobre su propia práctica.” (Ibíd.) Más allá de que esto signifique que toda práctica diagnóstica quedará relegada a la práctica privada de cada analista, lo que esta tesis sostiene es que el proceso diagnóstico se constituye en la búsqueda de recurrencias y el establecimiento de diferencias con el fin de construir un saber que nos permita abordar la complejidad de lo real del síntoma de manera conjunta con el sujeto. Desde la clínica se indica que en la variabilidad de la fenomenología de los síntomas existe un ordenamiento al que se superponen unas leyes que definen toda su organización. Reconocer la existencia de reglas fundamentadas desprende un ordenamiento del campo de las manifestaciones sintomáticas del sujeto que permite articular una nueva nosología

que sea a la vez sistemática y precisa pero que deje de lado los criterios cerrados de las perspectivas tradicionales. La diferencia entre la clínica “psi” y la clínica analítica es que para la segunda el diagnóstico, al ser una práctica que *se produce en transferencia*, da cuenta de la posición que el sujeto asume y concluye sobre la estructura en tanto que material clínico y no tanto sobre la personificación de dicho material. Fue Freud el primero en observar que en la variabilidad de lo fenoménico hay una legalidad que hace posible ordenar las manifestaciones clínicas de acuerdo a ciertas reglas de determinación. Si bien es cierto que por lo general no encontraremos estas formas clínicas de manera pura en el trabajo del día a día esto no debe ser un asunto que nos ocupe demasiado puesto que tampoco estos indicadores son suficientes para dar cuenta los significantes particulares que se inscriben en la historia de cada sujeto, la singularidad del caso será siempre más rica que la estructura que la ordena y la contiene. Si el psicoanalista identifica demasiado rápido al paciente con su saber corre el riesgo de comprender solamente lo que ya de entrada cree conocer. ¿Qué es lo que sabe un analista? diremos que sabe acerca las psicosis, de las neurosis y de las leyes del inconsciente que determinan dichas estructuras, pero sobre lo que no sabe es de la singularidad de esa psicosis o de esa neurosis, mucho menos acerca del camino que seguirá el deseo del sujeto en el curso de un análisis. Es por esto que Freud y Lacan insistieron siempre en abordar cada caso como si fuese el primero, el analista nada debe saber sobre el supuesto saber que el sujeto le adjudica y es en este sentido que debe entenderse la afirmación que éste último hace: “Lo que el analista debe saber: ignorar lo que sabe”. (Lacan 2009e, p. 335)

Si bien el diagnóstico es una herramienta indispensable para el intercambio en el trabajo clínico de los analistas es necesario acostumbrarse a laborar en el terreno de las paradojas. Para que la técnica no se vuelva en contra nuestra “[...] debemos aceptar esos dos niveles [...] dimensiones manifiestas descriptibles y otras [...] latentes, inconscientes, deducibles pero siempre con algún grado de incertidumbre.” (Peskin 2006, óp. cit. p. 253-254) Si es esta

dimensión paradójica lo que constituye la especificidad de la práctica diagnóstica en psicoanálisis es menester puntualizar lo siguiente:

1. El acto diagnóstico es un acto deliberadamente planteado en suspenso y consagrado a un devenir del trabajo analítico, se sabrá algo al respecto después de cierto tiempo nunca antes.

2. En la medida en que su confirmación opera bajo la lógica de *après-coup* el diagnóstico viene a ser una suspensión (temporal) de las intervenciones en la dirección de la cura.

3. Si bien se trata de un momento preliminar en el tratamiento, esto no quiere decir que la práctica diagnóstica pueda quedar al margen de lo que llamamos dispositivo analítico

4. El diagnóstico se sostiene fundamentalmente por el decir y la puesta en escena de actos por parte del sujeto, el saber nosográfico-estructural y las elaboraciones causalísticas sólo ocupan un lugar de confirmación. Este es un punto de especial importancia ya que fue el mismo Lacan quien definió que el síntoma queda resuelto sólo en la medida en que sea sometido a un análisis del lenguaje (2009d, *óp cit.* p. 260) y es que si “[...] la formación del síntoma es tributaria de la palabra y del lenguaje, el diagnóstico está necesariamente implicado en ellos. Los indicadores diagnósticos estructurales sólo aparecen en este único registro. Ahora bien, no constituyen elementos fiables en esta evaluación diagnóstica sino a condición de que se los pueda desprender de la identificación de los síntomas. La identidad de un síntoma nunca es más que un artefacto acreditable a los efectos del inconsciente. Así, pues, la investigación diagnóstica deberá hallar su basamento más acá del síntoma, o sea, en un espacio intersubjetivo, el que Freud definía como comunicación de inconsciente a inconsciente [...]”. (Dör 2000, *óp cit.* p. 27) Sin dejar de tener

en consideración esto último debemos advertir que no se trata “[...] de interacciones meramente empáticas o de influencias sugestivas [...]” si bien “[...] es posible definir cierta topografía de las afecciones psicopatológicas. Esta topografía consiste principalmente en cierto modo de localización que debe tomar en cuenta las propiedades mas fundamentales de su objeto: la causalidad psíquica y, particularmente, el carácter imprevisible de los efectos del inconsciente.” (Ibíd.)

c. El diagnóstico en transferencia

La peculiaridad del diagnóstico psicoanalítico en tanto que proceso es que orienta su definición en el sentido de la *experiencia* que tiene lugar en el dispositivo. El psicoanálisis en cuanto práctica es siempre una relación de sujeto a sujeto, de ahí su especificidad. Dicha relación resiste y “observa una dimensión irreductible a toda psicología” cuya pretensión es la “objetivación” de las propiedades de lo que significa “el individuo”. En *Intervención sobre la transferencia* Lacan (2009c, óp cit. p. 210) escribe “En psicoanálisis [...] el sujeto [...] se constituye por un discurso donde la mera presencia del psicoanalista aporta, antes de toda intervención, la dimensión del diálogo.” El análisis es entonces un ensayo fundamentalmente dialéctico en tanto que su orden es el de la palabra. Lacan advierte cuidado respecto de los abordajes de la psicología, y en gran medida de lo que vendría a ser la psiquiatría moderna. El peligro ahí es el de la cosificación de la humanidad del ser, es decir, la alienación del *hombre-sujeto* hacia algo que quedaría articulado como un *hombre-objeto*, un “homopsychologicus”. (Ibíd. p. 211) En un análisis el diagnóstico dependerá siempre de “[...] un tiempo inevitable de adquisición de experiencia [...]” así como “[...] de las <<herramientas>> subjetivas de que se dispone para enfrentar esa práctica.” (Dör 2000, óp cit. p. 11). Partiendo de esta premisa diremos que resulta impensable la pretensión de un diagnóstico que anteceda al intercambio propio de la relación analizante-analista, en todo caso, la cuestión sería lo que se quiere decir cuando

se afirma que el diagnóstico debe ser elaborado a partir del trabajo con la transferencia.

¿*Qué es la transferencia?* ¿Se trata únicamente de una operación lanzada desde el lugar del analista para inaugurar el dispositivo? ¿Es preciso esperar a que “algo” suceda en las sesiones? ¿Debe el analista buscar el vertedero de contenidos discursivos sobre su propia figura con una acción determinada? Por el lado del sujeto que hace analizar Freud habló de la transferencia como la presentación de sentimientos frente a la figura idealizada del analista, afectos que no significan –como algunos de sus más incautos lectores han interpretado– un enamoramiento burdo cuya fuente sería la fantasía de unión sexual. La transferencia, dirá en la 27^a conferencia (Freud 1984d), puede adoptar un inimaginable número de formas que van desde el reclamo hasta la sumisión pasando por el enamoramiento propiamente dicho. En *Sobre la dinámica de la transferencia* (Freud 1984b) escribe: “[...] todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse. Esto da por resultado, digamos así, un clisé (o también varios) que se repite –es reimpreso– de manera regular en la trayectoria de la vida, en la medida en que lo consientan las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos de amor asequibles, aunque no se mantiene del todo inmutable frente a impresiones recientes.” (Ibíd. pp. 97-98) Se distinguen las *mociones pulsionales inconscientes (reprimidas)* de las *mociones pulsionales conscientes* en la medida en que las primeras son desplazamientos libidinales que no han encontrado objeto (y que permanecen por esa misma razón en una dimensión inconsciente) en la realidad de tal manera que sólo pueden alcanzar satisfacción en la fantasía, es decir, que son absolutamente imperceptibles para el sujeto en tanto que su objeto se desfigura en esa misma fantasía. Las segundas son, quizá no simplemente, movimientos dirigidos (en su búsqueda de satisfacción) hacia un objeto real y asequible para la conciencia del sujeto. De

cualquier modo, ambas movilizaciones constituyen las investiduras de objeto en la vida anímica de los seres humanos como una combinatoria. Esta investidura es lo que llamaremos transferencia.⁷⁹

En su texto de 1951 Lacan (2009c, óp., cit. p. 219) define la transferencia en los siguientes términos: “[...] no es nada real en el sujeto, sino la aparición, en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica, de los modos permanentes según lo cuales constituye sus objetos [...] Qué es entonces interpretar la transferencia. No otra cosa que llenar con un engaño el vacío de ese punto muerto. Pero este engaño es útil, pues aunque falaz, vuelve a lanzar el proceso.” Se trata de la función elemental del lenguaje y su estructura signifiante, el discurso del sujeto del mismo modo que el sujeto del no es transparente, cualquier aspecto relativo a su verdad sólo aparece ahí donde la palabra cesa, digamos, en las fallas del lenguaje que Freud llamó *producciones del inconsciente*.

El diagnóstico como proceso transferencial es una innovación propia del psicoanálisis en tanto que se ubica por fuera de cualquier intento y propone retomar responsabilidad frente al sufrimiento que se expresa en el síntoma. (Gurevicz et. al. óp. cit. p.87) Será precisamente el trabajo de la transferencia lo que permitirá un giro en la posición que el sujeto asume. En *Recordar, repetir,*

⁷⁹ Para Freud todas las investiduras de objeto tendrán un trasfondo en común, el componente libidinal frustrado, aquello que el paciente no ha podido colocar en otro lugar y que es dirigido hacia la figura del analista, ya sea que se trate de un sentimiento amoroso u hostil. Esto querrá decir que la transferencia dentro del análisis será una repetición de un vínculo libidinal que ha sucedido previamente en la vida afectiva del sujeto, repetición que debe ser esforzada a su localización originaria para que sea posible el discernimiento de su valor en tanto que formación sintomática. En este sentido Freud (1984a) escribe lo que será la piedra angular de la definición lacaniana acerca del síntoma: “[...] no es algo terminado, congelado, sino que sigue creciendo, y su desarrollo prosigue como el de un ser viviente.” (Ibíd. p. 403-404). Desde esta perspectiva es posible discernir entre el conflicto psíquico como producto de un proceso patógeno y el conflicto normal, digamos la frustración, llegando incluso a afirmarse que el primero tendría que encontrar su “solución” en el segundo. Esta es la tarea máxima a la cual el psicoanalista puede y debe llegar en lo relativo al trabajo de la transferencia. De este modo el trabajo de la transferencia queda definido fundamentalmente como una labor de sustitución de las significaciones sobre el síntoma por otras nuevas, creadas a partir del trabajo analítico en las que la figura del analista es investida con toda clase de *mociones pulsionales reprimidas*.

reelaborar, Freud (1984c, pp. 154-155) indica que se trata de un “tomar coraje” frente al padecer para que con el auxilio del analista se haga de éste un síntoma en el que el sujeto tiene plena implicación y del cual habrá de obtener algo “valioso para su vida”. Diremos que esta es la finalidad verdadera del diagnóstico en psicoanálisis, no se trata ya de una palabra absoluta que simplemente se convierta en un vehículo de los signos del Otro, el analista deberá mantener una posición “abstinente” frente a la demanda del sujeto, reclamo que apunta a cuestiones del tipo *dígame qué soy, dígame qué tengo*. Lacan lo expone magistralmente en su seminario *de Las formaciones del inconsciente* (1999, óp cit. p. 438); el analista será en principio nocivo para el sujeto en tanto que su sola presencia vendría a ratificar su demanda, por medio del trabajo de la transferencia bien llevado esta situación se vuelve en su reverso, es decir, la figura del analista no represente al Otro del saber sino que se convierte en una vía de acceso hacia la pregunta por el deseo propio.⁸⁰

d. La nosología estructural del psicoanálisis lacaniano

La influencia del análisis estructuralista desarrollado por la antropología de Lévi-Strauss fue determinante el pensamiento de Lacan, particularmente en lo que concierne a la conceptualización de la función simbólica del lenguaje. Pues bien, se trata de una lógica para la cual el sujeto se constituye por una combinatoria de factores simultáneamente predecibles y azarosos. Puesto que no existe una estructura inamovible que determine todos los efectos fenomenológicos del “trastorno” es imposible pensar una nosología al margen de esa organización singular de la que, sin embargo, puede encontrarse ciertas coordenadas en común: “La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 261) Lacan acentúa la definición del conjunto, no como una totalidad sino, respetando su carácter analítico, como una cadena en

⁸⁰ “Lo que enseñamos al sujeto a reconocer cómo su inconsciente es su historia; es decir que lo ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de “vuelcos” históricos.” (Lacan 2009e, óp. cit. p. 253)

la que un objeto será promovido a tal estatuto en la medida en que sea coherente a algún otro objeto, es decir en la medida en que le sea complementario, o mejor, suplementario. (Ibíd., p. 262). Así, la estructura demuestra ser una cuestión irresoluble que guarda siempre un enigma que tiene que ver con el síntoma como testimonio de aquella incompletud que es lo fundamental de la condición humana.

Los tipos clínicos serán “estructuras existenciales, modos de aparición circunstancial” (Peskin 2006, óp. cit. pp. 253-254) en los que es posible encontrar ciertos “elementos estables” cuya localización no podrá ser abordada en otro lugar que no sea el decir del sujeto. (Dör 2000, óp. cit. pp. 22-23) A diferencia de lo que sucede con el discurso científico, el cual impone como exigencia el que nadie se sirva del significante para significar un hecho de la naturaleza, para el psicoanálisis el significante siempre está en la naturaleza, es el punto del cual hay que partir. La física moderna, precisamente porque no es mística, indica Lacan, se basa en el puro significante en tanto que implica la conjunción de dos significantes primordiales, el *Uno* y el *Todo*, “–que todas las cosas son una o que el uno es todas las cosas–.” (Lacan 1984, óp. cit. p. 263) Para la ciencia positivista el *Todo* de los fenómenos podrá ser comprendido por medio del *Uno* del saber, sapiencia que podrá explicar todo lo relativo a un fenómeno en tanto que objeto natural. Otra posición es la que se ostenta desde una perspectiva analítica; “Nuestro punto de partida, el punto al que siempre volvemos, pues siempre estaremos en el punto de partida, es que todo verdadero significante es, en cuanto tal, un significante que no significa nada.” (Ibíd., p. 264) Desde el discurso científicista los objetos naturales se plantean evadiendo el efecto significante que los hace existir, Lacan, fiel a su estilo, lleva la cuestión más allá provocando a su auditorio con la siguiente pregunta: *¿es posible que las psicosis sean clasificadas entonces como un fenómeno natural?*

Ya para 1956 Lacan habrá abandonado la tesis de la filosofía spinozista que hacía “hablar a la naturaleza por sí misma”, y dirigiendo una reflexión hacia sus planteamientos del pasado escribe: “Pero estas pretendidas ingenuidades

eran naturales en gente para quien todo lo que se presentaba con una naturaleza significativa estaba hecho para significar algo.” (Ibíd., p. 267) No existe correspondencia alguna que merezca llamarse “biunívoca” entre la palabra y la cosa en tanto que la significación no se sostiene sino por la referencia a otra significación. En *Instancia de la letra o la razón desde Freud* se precisa que esta “ingenuidad” es más bien una verdadera ilusión que conduce al “lógico-positivismo” hacia una búsqueda del “sentido del sentido” como si el significante debiera su existencia a una significación cualquiera, es decir, a una significación natural. Esta premisa resulta sencillamente inconcebible desde la subversión del algoritmo saussuriano; es por la primacía del significante sobre el significado que se produce el efecto de la significación. (Lacan 2009g, pp. 465-466) Tal vez no sería desmesurado afirmar que este es todo el problema que proyectan las nosografías, se cree que los símbolos inventados para definir los objetos son efectivamente correlativos al objeto natural que pretende aprehender. La confusión es insalvable, se piensa que el significante sirve para significar algo cuando en realidad se trata de todo lo contrario:

“Hay que comprender muy bien que cuando se clasifica, comienzan contando el número de lo que aparentemente se presenta como los órganos coloreados de una flor, y que se llaman pétalos. Siempre es igual, una flor presenta cierto número de unidades que se pueden contar, es una botánica muy primitiva. Profundizándola, se percatarán de que a veces esos pétalos del ignorante no son tales, son sépalos, y no tienen la misma función. De igual modo, en lo que nos concierne, distintos registros, anatómico, genético, embriológico, fisiológico, funcional, pueden estar involucrados y superponerse. Para que la clasificación sea significativa es necesario que sea natural. ¿Cómo buscaremos esa naturalidad?” (Lacan 1984, óp cit. p. 150)

Es probable que una respuesta satisfactoria a esta y otras cuestiones planteadas por Lacan esté todavía muy lejos. Aun así podemos confiar en que si los tipos clínicos se organizan entre sí bajo una lógica que las articula en una

suerte de estructura de las estructuras, se trata, empero, de un ordenamiento no-todo en tanto que ella está siempre abierta e incompleta. No existe en lo que solemos llamar “la subjetividad” aquella mitológica repetición de una estructura equivalente a otra, hay la pregunta en el sujeto por un Otro que es uno y cero, infinito y eternamente enigmático. Quizá lo único verdaderamente importante sea reconocer que existen todas juntas sin que esto implique una pérdida de la singularidad que le es propia a cada una, es decir, sin que se entrecrucen en un sentido combinatorio e indiferenciado.

El trabajo del diagnóstico en psicoanálisis se define en el espacio que es lenguaje en tanto que es con la articulación de un discurso que el sujeto puede indicar al analista y a sí mismo “las brechas significativas” que determinan la estructura por la dinámica del deseo. Esto es precisamente lo que llamaremos “rasgos estructurales”, la trayectoria sobre la cual se explaya el síntoma en todas sus direcciones. Diremos que la diferencia entre el síntoma y los rasgos estructurales constituye lo esencial del diagnóstico psicoanalítico puesto que el primero no tiene ponderación como entidad nosológica por sí mismo sino que tiene siempre un valor significativo aleatorio y se forma por una “estratificación” sucesiva de significantes. Lacan ofrece la articulación de los tres registros para formalizar una definición de las estructuras clínicas, “El discurso concreto es el lenguaje real, y eso, el lenguaje, habla. Los registros de lo simbólico y lo imaginario los encontramos en los otros dos términos con los que se articula la estructura del lenguaje, es decir, el significado y el significante.” (Ibíd. p.82) La significación sólo es posible, en términos imaginarios, por medio de la función simbólica del lenguaje, a saber, el significante. Este efecto del significante concede a toda significación su naturaleza “evanescente” (del latín *evanescēre*, que se desvanece o se esfuma), y esto es lo que permite que el sujeto sea “arrastrado” hacia el registro en el que cualquier significación es posible: “Como existe ese maldito sistema del significante del cual no han podido comprender ni cómo está ahí, ni cómo existe, ni para qué sirve, ni a donde los lleva, él es quien los lleva a ustedes.” (Ibíd. p.83) La estructura será entonces aquella construcción

simbólica producida a partir de la inscripción de una metáfora primordial que “[...] recubre con su trama todo lo vivido humano, que siempre está ahí, más o menos latente [...]”. (Ibíd. p. 163)

De esta manera se arriba a una conclusión fundamental: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, el síntoma es formulado como una estructura metafórica de significantes, concretamente del significante del trauma primordial. En este sentido la tesis de Lacan propone que la naturaleza del significante no es sólo verbal sino que cualquier elemento de lo que llamamos realidad puede ser elevado a la categoría significante independientemente del campo de los objetos nominados. El problema en cuestión es el de los efectos terapéuticos del psicoanálisis, secuelas que vienen a dar cuenta del alcance e importancia) del lenguaje frente a la realidad de los trastornos y sus síntomas, se sabe que las manifestaciones sintomáticas que menos implican un *apalabramiento* (ansiedad, desórdenes somáticos, alteraciones cognitivas) pueden verse transformadas por esta misma vía. Lo anterior es algo que constatan los psicoanalistas todos los días en sus consultorios: el trabajo con el síntoma no sólo trata de los alcances terapéuticos sino que es éste mismo el que establece límites a sus objetivos, siempre deberá cuestionarse la racionalidad de dicha operación. (Soler 2003, pp. 86-87)